Biblioteca de PSICOLOGIA PROFUNDA

2. A. Freud - *Psicoanálisis del desarrollo del niño y del adolescente*
4. A. Freud - *Psicoanálisis del jardín de infantes y la educación del niño*
6. C. G. Jung - *La psicología de la transferencia*
7. C. G. Jung - *Símbolos de transformación*
8. A. Freud - *El psicoanálisis y la crianza del niño*
9. A. Freud - *El psicoanálisis infantil y la clínica*
12. C. G. Jung - *La interpretación de la naturaleza y la psique*
13. W. R. Bion - *Atención e interpretación*
14. C. G. Jung - *Arquetipos e inconsciente colectivo*
15. A. Freud - *Neurosis y sintomatología infantil*
16. C. G. Jung - *Formaciones de lo inconsciente*
17. L. Grinberg - *Identidad y cambio*
20. A. Garma - *Psicoanálisis de los sueños*
21. O. Fenichel - *Teoría psicoanalítica de las neurosis*
22. Marie Langer - *Maternidad y sexo*
24. Hanna Segal - *Introducción a la obra de Melanie Klein*
25. W. R. Bion - *Aprendiendo de la experiencia*
29. C. G. Jung - *Psicología y simbólica del arquetipo*
30. A. Garma - *Nuevas aportaciones al psicoanálisis de los sueños*
31. Arminda Aberastury - *Aportaciones al psicoanálisis de niños*
32. A. Garma - *El psicoanálisis. Teoría clínica y técnica*
33. R. W. White - *El yo y la realidad en la teoría psicoanalítica*
35. W. Reich - *La función del orgasmo*
36. J. Bleger - *Simbiosis y ambigüedad*
37. J. Sandler, Ch. Dare y A. Holder - *El paciente y el análisis*
40. Anna Freud - *Normalidad y patología en la niñez*
42. S. Leclaire y J. D. Nasio - *Desenmascarar lo real. El objeto en psicoanálisis*
44. I. Berenstein - *Familia y enfermedad mental*
45. I. Berenstein - *El complejo de Edipo. Estructura y significación*
48. J. Bowlby - *El vínculo afectivo*
49. J. Bowlby - *La separación afectiva*
50. J. Bowlby - *La pérdida afectiva. Tristeza y depresión*
51. E. H. Rolla - *Familia y personalidad*
56. I. Berenstein - *Psicoanálisis y semiótica de los sueños*
57. Anna Freud - *Estudios psicoanalíticos*
59. O. Kernberg - *La teoría de las relaciones objetales y el psicoanálisis clínico*
60. M. Sami-Ali - *Cuerpo real, cuerpo imaginario*
62. W. R. Bion - *Seminarios de psicoanálisis*
63. J. Chasseguet-Smirgel - *Los caminos del anti-Edipo*
64. G. Groddeck - *Las primeras 32 conferencias psicoanalíticas para enfermos*
65. M. A. Mattoon - *El análisis junguiano de los sueños*
66. D. Foulkes - *Gramática de los sueños*
67. Anna Freud - *El yo y los mecanismos de defensa*
68. Heinz Kohut - *La restauración del sí-mismo*

Luis Hornstein • Piera Aulagnier
María Lucila Pelento • André Green
María Cristina Rother de Hornstein
Hugo Bianchi • Maurice Dayan
Elena Friszman Bosoer

CUERPO, HISTORIA, INTERPRETACION

Piera Aulagnier: de lo originario al proyecto identificatorio



PAIDOS
Buenos Aires
Barcelona
México

Traducción de Irene Agoff (capítulos 2, 4, 5, 8, 9 y 12)

Cubierta de Gustavo Macri

1a. edición, 1991

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

© Copyright de todas las ediciones en castellano

Editorial Paidós SAICF
Defensa 599, Buenos Aires

Ediciones Paidós Ibérica SA
Mariano Cubí 92, Barcelona

Editorial Paidós Mexicana SA
Guanajuato 202, México

La reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma que sea, idéntica o modificada, escrita a máquina, por el sistema "multigraph", mimeógrafo, impreso por fotocopia, fotoduplicación, etc., no autorizada por los editores, viola derechos reservados. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

ISBN 950-12-4155-6

INDICE

Primera parte

DE FREUD A PIERA AULAGNIER

1. PIERA AULAGNIER: SUS CUESTIONES FUNDAMENTALES

Luis Hornstein

INTRODUCCION

"En la empresa científica no debería haber espacio para el horror a lo nuevo. Por su carácter eternamente incompleto e insuficiente, la ciencia está condenada a confiar para su salud en nuevos descubrimientos y concepciones. A fin de no sufrir fáciles desengaños, hará bien en abroquelarse en el escepticismo y no aceptar nada nuevo que no haya resistido un riguroso examen. No obstante, en ocasiones este escepticismo exhibe dos caracteres insospechados. Se pone rígido frente a lo nuevo que llega, en tanto tiene por sacrosanto a lo ya consabido y creído, contentándose con desestimar aquello, aun antes de someterlo a indagación" (Freud, S., 1924).

"Multiplicidad de las personas psíquicas": es así como Freud le transmite en 1897 a Fliess su idea de una tópica. En esa misma carta insiste: "El hecho de la identificación admite, quizá, ser tomado literalmente" (21). Hasta un cuarto de siglo más tarde Freud no conceptualizará esa "multiplicidad de las personas psíquicas".

La tópica freudiana es una pluralidad de instancias. Además del inconsciente reprimido, Freud postulará lo inconsciente represor: aspectos inconscientes del yo y del superyó. El superyó tiene un patrimonio energético diferenciado y es definido "como una real y efectiva constelación estructural y no como una abstracción". Esa "multiplicidad de las personas psíquicas" origina los conflictos inter e intrasistémicos.

Pero el conflicto no puede ser pensado sólo en su dimensión tópica. El conflicto, para Freud, remite al triple registro de su metapsicología. Registro *tópico:* preconsciente-inconsciente; ello, yo, superyó. Registro *dinámico:* conflicto pulsional (Eros y pulsión de muerte). Registro *económico:* energía libre y ligada, proceso primario y secundario. El abandono de cualquiera de los tres registros empobrece la metapsicología.

En el posfreudismo suele ocurrir que cada escuela privilegie un concepto freudiano, lo aísle disociándolo del término antitético del cual es solidario y lo amplifique descentrándolo de todo aquello que lo vuelve activo en el conjunto teórico.

Una tarea imprescindible es la reconstrucción de la tópica freudiana, delimitando las fronteras de sus provincias para evitar atribuirle a alguna de las instancias la totalidad del campo teórico. El inconsciente reprimido fue privilegiado por Lacan y por los analistas franceses que se formaron con él. En el último Lacan hay un énfasis en aquello que está más allá del campo de la representación. Al definir lo real como lo imposible se produjo un deslizamiento desde el inconsciente reprimido a aquello que no cesa de no inscribirse. Por otra parte, el yo ha sido más trabajado por la escuela norteamericana. Pero se lo autonomizó y se lo sustrajo del conflicto. Por su lado, los kleinianos han privilegiado lo arcaico, tanto el ello como el superyó, no como antecedente procesal sino más bien como fundamento siempre operante, descuidando los aspectos neuróticos.

En cada país, el análisis debió afrontar las resistencias ideológico-culturales y, por supuesto, no salió ileso sino mediante una formación de compromiso. En Estados Unidos las resistencias mayores procedieron de la medicina; en Francia, de la filosofía. En 1925 Freud las identificó como las dos principales resistencias (37).

"De modo que más que del retorno de lo reprimido habría que hablar del retorno de lo represor". Con ello alerta Pontalis acerca del descuido y, hasta de la represión, que en el psicoanálisis francés hubo de las instancias represoras. El yo, ese yo al que se consideraba desmantelado definitivamente, ese yo unificado y unificante, que puede reconocerse como sí-mismo, como sí y mismo, como unidad y continuidad, que contiene la multiplicidad de identificaciones, ha retornado, dice Pontalis, y es indicador de una problemática freudiana no resuelta (72).

El enfrentamiento entre dos concepciones del yo es una cuestión nuclear en el psicoanálisis contemporáneo. La teoría freudiana asigna al yo las funciones más diversas: control de la motilidad y de la percepción, prueba de la realidad, anticipación, pensamiento; pero también: desconocimiento, racionalización, defensa compulsiva contra las reivindicaciones pulsionales. Esta bipolaridad ha llevado al psicoanálisis norteamericano a optar por las funciones autónomas del yo, por su adaptación a la realidad, haciendo intervenir nociones como las de energía neutralizada a disposición del yo, esfera no conflictual, función sintética.

Entre el yo imaginario de Lacan y el yo autónomo de Hartmann hay oposición teórica. Reducir el yo a su función adaptativa implica retroceder a etapas prefreudianas pero, a la inversa, reducir el yo a una imagen engañosa implica subestimar su función dinámica. El dogmatismo, tanto en un sentido como en el otro, rápidamente linda con la incoherencia. No es coherente afirmar la alienación total, definitiva del yo; así como, en una perspectiva opuesta, postular la autonomía del yo (55).

El yo, decía Freud, "contiene la historia de las elecciones de objetos". El yo, agregará P. Aulagnier, es efecto de la apropiación de los enunciados identificatorios que sobre él formularon los objetos investidos. Pondrá luego a prueba sus deseos y sus afectos y se comprometerá en sus acciones, enunciando sus propios pensamientos y sus proyectos singulares. Este yo capaz de enunciación es la instancia a la cual el analista no puede perder de vista.[1]

1. Freud, en 1926, cuando advirtió la lectura tendenciosa que no pocos de sus discípulos habían hecho de sus formulaciones de las dependencias del yo en 1923, formuló: "Entonces es atinado preguntar cómo se compadece este reconocimiento de la potencialidad del yo con la descripción que esbozamos, en el estudio *El yo y el ello,* acerca de la posición de ese mismo yo. Describimos ahí los vasallajes del yo respecto del ello, así como respecto del superyó, su impotencia y su apronte angustiado hacia ambos, desenmascaramos su arrogancia trabajosamente mantenida. Desde entonces, ese juicio ha hallado fuerte eco en la bibliografía psicoanalítica. Innumerables voces destacan con insistencia la endeblez del yo frente al ello, de lo acorde a la *ratio* frente a lo demoníaco en nosotros, prestas a hacer de esa tesis el pilar básico de una cosmovisión psicoanalítica. La intelección de la manera en que la represión demuestra su eficacia, ¿no debería mover a los analistas, justamente a ellos, a abstenerse de una toma de partido tan extrema?" (39). La insistencia en las exigencias a que estaba sometido el yo fue deformada por un planteo de la impotencia del yo, negando de esa manera la compleja arquitectónica freudiana del aparato psíquico. Allí donde Freud hablaba de dependencia, algunos descubrían una debilidad que era el signo de una inferioridad ontológica.

Como psicoanalistas sabemos que no debiéramos considerar al yo como una realidad en sí. Proponer al yo como una realidad independiente entraña el peligro de rechazar hacia el pasado su relación con el inconsciente y nos hace olvidar que continúa estando en el campo del conflicto. Pero también sabemos que considerar al yo como mera apariencia y sin ninguna consistencia en relación con el inconsciente conduce inevitablemente a perder el punto de vista tópico y dinámico, y a abandonar la concepción que propuso Freud de la vida psíquica: centrada en el conflicto entre instancias.

A partir de 1970 se produjo cierto viraje en la investigación dentro del campo psicoanalítico francés, tal como lo evidencia la obra de P. Aulagnier: aumentó el interés por el yo y por la actividad de pensar. ¿Cuáles son las cuestiones metapsicológicas que conciernen a una teoría del pensamiento en nuestra práctica? "Qué quiere decir pensar, bajo qué condiciones semejante actividad resulta posible y pensable, son cuestiones que comienzan a ocupar el frente de la escena. Por cierto que queda por recorrer un largo camino, pero nos parece un buen augurio para el futuro de nuestra disciplina comprobar que, lejos del ruido de las nuevas modas o del taciturno machaqueo del dogma, comienza a descifrarse una vía a la cual, efectivamente, sólo la obra de Freud podría conducirnos. Pero que él mismo no había aún recorrido" (3).

Dilucidar la genealogía de un desarrollo teórico requiere, además de delimitar el álgebra de sus estructuras formales que lo dotan de su coherencia interna, situar históricamente las instituciones y las prácticas que presionan sobre las formas conceptuales y que constituyen el "saber". Es la única forma de inteligir la existencia histórica de una disciplina y evitar la ilusión teoricista que se empantana en un formalismo ahistórico al su-

poner que el psicoanálisis se agota en sus estructuras conceptuales; como si los conceptos surgiesen y se desarrollasen puros e incontaminados a partir de psicoanalistas también puros e incontaminados de las influencias histórico-ideológicas.

Cuanto menos sepamos del pasado y del presente más incierto será nuestro juicio sobre el porvenir —advierte Freud— (41). Haré un somero inventario del horizonte epistemológico e ideológico del psicoanálisis francés de las últimas décadas.

La fenomenología que imperaba en la década del 50 privilegiaba la descripción de los fenómenos. A partir del estructuralismo, el origen del sentido ya no podía estar situado donde creía el fenomenólogo —en el autor del discurso, en el individuo que cree expresarse—, sino que residía en el mismo lenguaje. La estructura inconsciente se había convertido en la implacable razón de todo, la lógica necesariamente no percibida de la cual las conductas eran el efecto involuntario, ciego y sintomático. Se generó un platonismo de las formas que evacuaba todo reconocimiento de dinámica de fuerzas del conflicto, promoviéndose una apología fatalista de las estructuras. Al flujo de los acontecimientos —tiempo historicista— se lo consideraba una fábula empirista.

La difusión de la teoría lacaniana fue contemporánea con un proyecto estructuralista que propagó ciertas consignas: la muerte del hombre (Foucault); el antihumanismo teórico (Althusser); la disolución del hombre (Lévi-Strauss). Lacan tuvo la suya: "muerte del yo".

E. Roudinesco resume la historia del estructuralismo francés puntualizando dos momentos teóricos. En un primer tiempo, la lingüística es utilizada como ciencia piloto en el psicoanálisis y en la etnología; en un segundo tiempo, surge un conjunto de trabajos que tienen como eje organizador la evaluación del estatuto de las "ciencias humanas", planteando la primacía del lenguaje sobre el

pensamiento, del sistema sobre lo vivido, de la forma sobre el contenido, de la letra sobre el sujeto, de la sincronía sobre la diacronía (78).[2]

Cornelius Castoriadis, en su exhaustivo estudio de las ideologías que han impregnado desde hace un tiempo la escena parisiense, subraya la exclusión de lo social e histórico, del pensamiento y la praxis. Sugiere recuperar la dimensión de historicidad que supone una subjetividad que puede pensar su presente, su pasado y su futuro (13).

Es evidente que la episteme contemporánea está atravesando por el debate modernidad-posmodernidad. ¿Cómo dilucidar sus efectos en el psicoanálisis? Alrededor de la cuestión del "fin de la historia" se articulan casi todas las polémicas. Sus consignas principales son: "muerte del sujeto", "disolución del hombre", "crisis de la razón", "era del vacío", "derrota del pensamiento". Se configuró una ideología que hace sinónimos lucidez y pesimismo.

Nuestro siglo de ciencia y técnica es desesperadamente religioso. Para muchos el psicoanálisis se convirtió en una ideología: creencia refinada de los que están seguros de no creer ya en nada, creencia nihilista que provee ese tono áspero donde el escepticismo hastiado se hace notar. Se ha expandido la imagen de un hombre incapaz de

2. El estructuralismo privilegia un primado del esquema combinatorio y su prevalencia con respecto a todo contenido. Nada menos que Foucault —uno de los padres del estructuralismo— escribe en 1977: "No veo quién puede ser más antiestructuralista que yo", refiriéndose a la eliminación de la categoría de acontecimiento y de la historia. Enfatiza que rechaza en sus conceptualizaciones el recurso absoluto al campo simbólico o al dominio de las estructuras significantes, privilegiando, en cambio, las relaciones de fuerza y los conflictos que de allí derivan: "Pienso que no hay que referirse al gran modelo de la lengua y de los signos, sino al de la guerra y de la batalla. La historicidad que nos arrastra y nos determina es belicosa; no es lenguajera" (19).

comprometerse en una acción colectiva, lo que conlleva una pulverización del yo.

Freud pensaba al yo no sólo como instituido, sino también como instituyente. Destacó siempre su capacidad de innovación y de invención por oposición a la repetición y a la dócil adaptación. Así escribe en 1926 que el yo no sólo tiene como meta la adaptación a la realidad, sino "también es posible intervenir en el mundo exterior alterándolo y produciendo en él, deliberadamente, aquellas condiciones que posibiliten la satisfacción. Esta actividad se convierte luego en la operación suprema del yo: decidir cuándo es más acorde al fin dominar sus pasiones e inclinarse ante la realidad, o tomar partido por ellas y ponerse en pie de guerra frente al mundo exterior: he ahí el alfa y el omega de la sabiduría de vida" (40).

P. Aulagnier es una de las autoras que mejor ilustra el nuevo panorama del psicoanálisis francés de las dos últimas décadas. Es un psicoanálisis vivo, aunque esa vitalidad no excluya cierto desconcierto. Ese cambio de paisaje se evidencia por el surgimiento de una compleja constelación conceptual:

— recuperación de ciertas problemáticas (el conflicto, lo económico, la historia, lo corporal, lo pulsional, la problemática identificatoria y la realidad);
— retorno a la clínica y a un mayor interés por los cuadros "en los límites de lo analizable";
— replanteo de la cuestión del proyecto terapéutico y de la ética del psicoanálisis;
— evitación de la huida a la filosofía y a la psicoliteratura (tentación tan francesa);
— puesta en primer plano del problema del narcisismo y los ideales;

— jerarquización del tema de la pretransferencia y su vinculación con la divulgación y fetichización del psicoanálisis;
— revalorización de la ilusión como dimensión fundante, constitutiva y transformadora de la realidad.

Piera Aulagnier aborda y profundiza problemáticas cruciales del psicoanálisis contemporáneo. Su obra es una elaboración acerca de los fundamentos que no pierde de vista la clínica. "La práctica no puede ser sino teórico-clínica". Este enunciado resume una convicción profunda que la llevó a subrayar la implicación de la teoría en la escucha ("teorización flotante") y de lo escuchado en la teorización.

Es posible diferenciar en sus escritos distintos momentos teóricos. En una primera etapa, hasta 1968, desarrolla temas psicopatológicos: estructura maníaco-depresiva, psicótica y perversa. Una segunda, en la cual predomina una reflexión sobre la relación teoría-práctica. Finalmente, una tercera, en la que realiza una revisión exhaustiva de la metapsicología en *La violencia de la interpretación* (1975), que prosigue con *Los destinos del placer* (1979), *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo* (1984) y *Un interprète en quête de sens* (1986).

En sus primeros trabajos, las referencias mayores son aún lacanianas: el deseo del Otro, la castración simbólica, el Nombre-del-Padre, la primacía del significante. Progresivamente emergen en sus textos sus propios conceptos: violencia primaria y secundaria, sombra hablada, portavoz, proceso originario, pictograma, proyecto identificatorio, enunciados identificatorios, contrato narcisista, causalidad interpretada, pasión de transferencia, yo historiador, interpenetración, y tantos otros. Esos conceptos que forjó son testimonio de un diálogo y un debate ejemplar con la clínica.

Se destacan en sus escritos algunas "cuestiones fundamentales": la psicosis, el yo, la historia, lo pulsional, la realidad, el pensamiento, la interpretación, el proyecto terapéutico, la pasión, la alienación.

Retrospectivamente podemos definir un eje privilegiado en el itinerario teórico de Piera Aulagnier: el proceso identificatorio. El yo no se constituye como una mónada, sino en el espacio de la relación con el Otro. *Es por la historia de la relación con sus objetos que el yo construye la propia.* El yo, "aprendiz de historiador", opone sus frágiles construcciones a ese "maestro-brujo", el ello, metahistoriador de un texto sin palabras que ningún discurso podrá modificar del todo. El yo no es "autónomo" como el de la *ego-psychology.* No puede ser pensado sin relación con aquello que no cesa de acompañarlo y determinarlo: el inconsciente reprimido. Si bien las primeras identificaciones son provistas por la madre, el yo es también una instancia *identificante* y no sólo un títere del discurso materno.

La elaboración de P. Aulagnier —como el yo— fue primero enunciada para poder ser enunciante sin dejar de reconocer sus filiaciones —Freud y Lacan—. Enunciante de un proyecto que le es propio y que singulariza su vínculo con la teoría y la práctica analítica.

A pesar de su postura crítica a las propuestas institucionales de Lacan y a la modalidad que asumió su práctica, nunca dejó de reconocer su deuda teórica: "A Lacan le debemos la importancia que han llegado a tener en la teoría analítica los conceptos de simbólico y de imaginario; también le debemos un cuestionamiento del psicoanálisis y una teoría acerca de la identificación de la cual la nuestra ha tomado lo esencial" (1). Realizó como pocos aquello que Laplanche define como *trabajo de filiación:* esa elaboración psíquica que permite el desasimiento del progenitor, pero continuando su obra (59).

La reflexión de P. Aulagnier concierne especialmente a la Tópica. *Topique* es el nombre de la revista que fundó en 1969 y que dirigió hasta su muerte. *Su teoría del aparato psíquico no es una mera relectura de Freud, ni tampoco una adición de Lacan a Freud.* Al recuperar la complejidad de la segunda tópica freudiana e incorporarle ciertas elaboraciones de Lacan, produjo una tópica diferente. No sólo retoma la oposición entre representación de palabra y representación de cosa; sino que también indica las modificaciones decisivas aportadas por el lenguaje al funcionamiento del aparato psíquico. El hecho de poder nombrar imágenes y afectos está asociado con la capacidad del enunciante de reflexionar por sí mismo, de reconocerse mediante la asunción de un cierto número de enunciados autodesignativos. P. Aulagnier también le otorga un valor esencial a lo originario caracterizado por la ausencia de toda referencia que permita separar entre un polo subjetivo y un polo de exterioridad.

Teorizó acerca de las relaciones entre el yo y el sujeto. El yo tiene una organización que lo diferencia de las otras instancias. El sujeto designa, en cambio, una dinámica que desborda la división en instancias. No se puede plantear el sujeto sin esta instancia fundada sobre el lenguaje y el pensamiento que es el yo (67). El sujeto es aquello que subvierte no solamente la pretensión del yo de igualarse al conjunto de la psique, sino también la posibilidad para el pensamiento de constituirse en organización autónoma y de no estar sometido más que a sus propias leyes.[3]

3. Lacan, en su relectura de Freud, desplegó su concepto de sujeto concebido como efecto del significante. Sujeto irreductible a todo aquello que sería representación y significación. El sujeto, para Lacan, está a la vez presente y ausente en la cadena significante y se manifiesta de manera privilegiada en todo aquello que del discurso escapa a la intención consciente de aquel que lo pronuncia. Inasimilable a todo aquello que sea del orden de la sustancia del ser pensante, el

P. Aulagnier cuestiona la extensión dada por Lacan al concepto de significante. Sostiene que sólo es legítimo aplicarlo al lenguaje propiamente dicho. No considera que debiera instituirse una heterogeneidad total entre sujeto y yo. *La oposición entre simbólico e imaginario es una dialéctica interna al yo.* La distinción entre simbólico e imaginario diferencia ese núcleo estable del yo de todas las figuras contingentes a las que reviste su proyecto identificatorio. El identificante tiene necesidad de asegurarse un identificado que sea para él una referencia inalienable. No comparte con Lacan la distinción neta entre un sujeto inconsciente determinado por lo simbólico y un yo consciente capturado en la ilusión de lo imaginario. Coincide con Rosolato: "Habría un exceso de simplificación si se considera el sujeto y el yo en una oposición sin relaciones posibles" (77).

Otro punto de divergencia es el lugar del pensamiento, la realidad y la historia en la teoría psicoanalítica. En tanto para Lacan la verdad del sujeto está del lado del inconsciente, el pensamiento como aprehensión ordenada y comunicable de una realidad objetiva es desvalorizado. La coherencia y la inteligibilidad del mundo no serían otra cosa que un engaño imaginario que viene a enmascarar aquello que en la relación del sujeto con lo real excede el registro de la representación.

La cuestión del pensamiento en psicoanálisis es controvertida. Por la regla fundamental, el analizado es

sujeto es, por el contrario, afectado por una carencia radical que lo hace fundamentalmente deseante. El deseo es aquello que se encuentra subtendido y que sin cesar es relanzado por la carencia inscripta en la psique de un objeto-causa radicalmente heterogéneo al campo de lo figurable y de la representación. Lacan estableció una oposición tajante entre el sujeto y el yo; este último se forma a partir de la imagen especular y está constituido por la suma de identificaciones al semejante (63).

invitado a asociar libremente, y el analista, a su vez, escucha e interpreta, no debiendo restringirse a una disciplina de intelección que se podría convertir en una actitud esterilizante. El pensar psicoanalítico no se reduce a conexiones de ideas lineales, sino que pone en comunicación lo alto y lo bajo, el centro y la periferia, lo formulable y lo informulable. Su trabajo esencial es la invención de lo heterogéneo por un desplazamiento incesante de referencias, y es de lo heterogéneo que pretende dar cuenta la función teorética.

No se trata, para la teoría psicoanalítica, de dejar escapar este objeto incongruente, racionalizándolo, ni intentar reproducirlo pretendiendo imitar el proceso primario (18).

P. Aulagnier, y en eso sigue a Freud, sostiene la validez relativa del pensamiento. Castoriadis puntualiza que el término "sujeto del inconsciente" no es de Freud. Para Freud el sujeto es transaccional, producto de las diversas instancias.[4]

4. Se encuentra frecuentemente en la literatura psicoanalítica de estos últimos años, la expresión "sujeto del inconsciente". La realidad psíquica no era pensada por Freud como un "sujeto", sino como una pluralidad de sujetos. En la obra freudiana como en la de los continuadores, las "instancias" obran cada una por su cuenta y persiguen finalidades que les son propias. Entre estas finalidades, afirma Castoriadis, la primera es perseverar en su ser propio (¡sentido último de la resistencia!): la especificidad, el ser aparte, de cada una de las instancias implica la existencia, para cada una, de un mundo propio, de objetos, de modos de relación, de valoraciones que le son particulares. Se ha pretendido descuartizar al sujeto humano bajo dos modalidades. Por un lado, se considera el para sí en tanto que simple proceso autocentrado y autoconservador, pero "ciego" para todo lo que supera las instrumentalidades que dependen de estas dos finalidades. El ser humano no sería más "sujeto" que el sistema inmunitario. Se llega así al "proceso sin sujeto" (gran descubrimiento: ¿Qué es entonces una galaxia, si no un "proceso sin sujeto"?). Es la línea Lévi-Strauss/Althusser/Foucault. O bien, se pretende reabsorber completamente al

Lacan teorizó acerca de la dimensión ortopédica del yo y analizó lo que la función de realidad implica en cuanto desconocimiento, así como lo que puede haber de coartada defensiva en el ideal de la adaptación (62).

¿Qué es la realidad? Es necesario no simplificarla y permitir la emergencia de la multiplicidad innumerable, de las interpretaciones del mundo que habita en cada sujeto (17). No hay autonomía del yo en relación con su historia libidinal, pero tampoco en relación con la realidad. El advenimiento de la subjetividad y el vivenciar actual de un sujeto no pueden ser pensados bajo una modalidad solipsista. *Es una falsa alternativa aquella que plantea optar entre un yo autónomo o un yo autista.* Es este falso dilema el que aspira a resolver P. Aulagnier con su teorización del yo y del proceso identificatorio.

Asume ese desafío: ¿cómo pensar una teoría del yo que no niegue precisamente lo que el psicoanálisis introdujo como insoslayable, es decir, el conflicto? El temor de muchos analistas es que la conceptualización del yo

---

sujeto humano en la dimensión del lenguaje; se dirá entonces que está capturado, perdido, alienado en el lenguaje que no habla sino que es hablado (o, ¿por qué no?, que él no escribe sino que está escrito) —con el riesgo de instalar "detrás" de él un "sujeto del inconsciente", el cual evidentemente se anula desde que una palabra ha sido pronunciada—. Esta es la línea de Lacan/Barthes/Derrida (14).

El establecimiento de una relación distinta entre lo consciente y lo inconsciente debe contener, del lado de la instancia consciente, la reflexividad y la capacidad de acción deliberada. Eso no implica de ningún modo la "toma de poder" por lo consciente, la asimilación o el desecamiento del inconsciente. El psicoanálisis no tiene nada que ver con una "adaptación" cualquiera al estado de cosas existentes, sino que apunta precisamente a la capacidad de interrogar este orden. Ese orden está poco amenazado por una explosión de "deseos" por definición inarticulados e inarticulables, o por la fantástica aparición sobre la escena social del "sujeto del inconsciente". La actividad deliberada es, desde el punto de vista metapsicológico, la existencia de una cantidad de energía libre coordinada con la reflexividad.

diluya la existencia del inconsciente y la escisión constitutiva del sujeto.

La relación entre el yo y lo inconsciente es la vía obligada para el reconocimiento por el yo de su deseo y de su lugar en relación con el Otro. La otra escena no concierne solamente a la prehistoria del yo, sino también a lo más actual de su historia.

El yo no puede plantearse más que dando a su pasado y a su porvenir un sentido, eligiendo un proyecto identificatorio y una interpretación de su historia reelaborada sin cesar. El yo es un historiador y su historización depende del proceso identificatorio.

Muchas corrientes posfreudianas sostienen que el psicoanálisis no busca la verdad histórica. Consideran la verdad histórica como una fantasía retrospectiva proyectada hacia el pasado. P. Aulagnier aportó elementos para ese debate actual concerniente a la relación verdad material, verdad histórico- vivencial y realidad psíquica. No se trata de oponer realidad objetiva a representación fantasmática, sino de encontrar relaciones entre las *circunstancias reales* responsables de experiencias significativas en la historia de un sujeto y las *circunstancias fantasmáticas* que acompañan su representación mediante la realidad psíquica y por ella. Entre ambas se interponen las *circunstancias interpretadas* producto del yo que, como todo historiador, quiere dilucidar las causas y los efectos de las batallas ganadas y perdidas, de las alianzas respetadas y de las traiciones padecidas. Esta es una versión selectiva y censurada pero que no puede obviar el impacto de ciertos acontecimientos. La realidad histórica es el conjunto de esas experiencias que jalonan la primera infancia de todo sujeto. Su surgimiento enfrenta al niño a experiencias afectivas, somáticas, psíquicas, que lo obligan a una reorganización de su psique, a una reevaluación estructurante o desestructurante de su balance económico, a una reorganización más rica o

más pobre de sus reparos identificatorios. Esas experiencias vividas serán —según los casos— reprimidas, siempre reconstruidas cuando el recuerdo persista. El trabajo analítico podrá permitirle al sujeto transformar la significación de esas experiencias, relativizar el impacto e imputarles otras causalidades (7).

Es habitual transformar el estudio de los textos —tanto de Freud como de los autores posfreudianos— en un meticuloso estudio de sus detalles, sin poner jamás en tela de juicio y replantearse los principios. El trabajo teórico en psicoanálisis debiera arribar a los fundamentos, evitando inclinaciones escolásticas. Su norte no puede ser otro que recuperar tanto la modalidad de interrogación como la inventiva teórica del fundador del psicoanálisis.

En tanto recortamos la obra de Freud, propendemos a una historización defectuosa y, por lo tanto, a una relación neurótica con los textos. Ello nos condena a la reminiscencia o a la repetición. Pero, ¿por qué no privilegiar —en cambio— el recuerdo y la reelaboración?

Retornar a Freud es una consigna legítima siempre que signifique no congelarlo ni petrificarlo, sino recuperar el espacio abierto por el discurso freudiano para trabajarlo en sus grandes direcciones (metapsicológica y clínica, sin olvidarnos de la técnica) (54). ¿Cómo reformular, con los recursos teóricos actualmente disponibles, los innumerables problemas que requieren ser dilucidados en el psicoanálisis?

¿Cómo hacer la historia del psicoanálisis sin caer en un inventario cultural que pretenda no olvidar nada? ¿Cómo hemos leído a Freud, a Klein, a Lacan, a Winnicott, a Piera Aulagnier, a los autores norteamericanos contemporáneos, a los analistas argentinos? ¿Cómo hacer una recapitulación que no encalle en la fácil denuncia de

las desviaciones, sino que puntualice los movimientos de la historia? ¿Cómo definir las diversas corrientes actuales del psicoanálisis? ¿Cómo diferenciar aquello que sólo tiene valor circunstancial de aquello que permanecerá? ¿Cómo ubicar a un autor en la complejidad de lo ya escrito?[5]

Muchos debates nacen de una necesidad de los "teóricos" más que de una necesidad de la teoría: la pretensión de ser los únicos herederos legítimos de Freud. Así lo evidencian los anatemas que se arrojan mutuamente las diversas corrientes del psicoanálisis en el mundo. El modelo "clásico" del análisis no alcanza para acercar a los norteamericanos y a los franceses. La estima mutua es poca, casi ninguna. En Inglaterra, los kleinianos, que se pretenden lo más intransigentes sobre el respeto al encuadre freudiano, no son juzgados, sin embargo, como muy ortodoxos por sus colegas no kleinianos. Los lacanianos, que han reivindicado —por lo menos en sus orígenes— un "retorno a Freud", que les ha servido de contraseña, se han tomado las mayores libertades con las reglas que rigen el encuadre analítico. Los reproches de los "unos " a los "otros" ilustran la heterogeneidad del psicoanálisis contemporáneo: a los norteamericanos, se les reprocha la "ortopedia" analítica; a los ingleses, el maternaje abusivo; a los lacanianos, la racionalización del fracaso y el culto a la desesperanza; y a todos los franceses, una indiferencia explícita por el sufrimiento de los pacientes (47).

5. Coincido con S. Bleichmar cuando insiste en que ser psicoanalista implica ubicarse en la serie de generaciones y que, por el contrario, la petulancia con la cual el discurso de las diversas escuelas intenta conservar sus propios baluartes, sólo es índice de fragilidad. "Un psicoanálisis en el cual todo se reinventa permanentemente, en el cual cada escuela parece engendrarse a sí misma desligada de la historia de las generaciones, sólo puede acarrear la muerte en la medida en que la endogamia de las sectas no permite la confrontación de los enunciados, única forma de acceso a una circulación productiva" (11).

La pluralidad de teorías hace difícil el diálogo: "las teorías psicoanalíticas". El plural implica una manera de situarse en psicoanálisis. Ese plural se funda en la cosa misma: la percepción de lo múltiple y sus diferencias. Freud utilizaba generalmente el plural: los síntomas, las inhibiciones, las identificaciones, las pulsiones, las transferencias, las fantasías, las psicosis, las perversiones, las defensas. Eso le permitía dilucidar lo singular sin diluirse en lo general. Actualmente, en nuestro medio, se utiliza un lenguaje que alude a un singular abstracto: la identificación, el deseo, la demanda, la psicosis, la perversión, la neurosis, el fantasma, la pulsión, el fin del análisis. La manera de nominar influye en la modalidad de teorizar. No se trata, por lo tanto, de una cuestión formal, sino de una opción que atañe a los fundamentos.

Si aspiramos a que los debates sean más productivos, debiéramos disminuir el hiato entre lo que se dice en los intercambios formales y lo que sucede en la intimidad de los consultorios: hay una brecha creciente entre cierta megalomanía discursiva y la dura realidad de la clínica. ¿Cómo evitar la divergencia entre lo que se hace con los pacientes y una producción escrita cada vez más redundante? La mayoría de los textos utilizan un lenguaje y un manejo de citas o conceptos cuya única función acaso sea proveer contraseñas de pertenencia a los diversos grupos, en lugar de dar testimonio de los cuestionamientos que surgen de la clínica (55).

Freud señala que la patología muestra una desgarradura donde en lo normal está presente una articulación. ¿No ocurrirá lo mismo con la teoría? En la teoría "normal" existe una articulación entre teoría y práctica; en la patología de la teoría existe una desgarradura de la práctica.

La disociación entre teoría y práctica ha generado otra entre "clínicos" y "teóricos". Para los "teóricos", la única forma de establecer al análisis como ciencia es construyendo una axiomática sin que la relación con la clínica importe demasiado. Tienden a considerar a la clínica una rama menor, casi una degradación. Los "clínicos", a su turno, se satisfacen con fórmulas metapsicológicas simplificadas y hasta simplistas, las mínimas indispensables para poder operar técnicamente, y tienden a dejar la "ciencia" en manos de filósofos, lingüistas, epistemólogos. Esta disociación conduce a que toda teoría tiende a formalizarse como dogma y toda práctica a convertirse en ritual.

¿Cómo no quedar capturados en esa falsa disyuntiva: dogmatismo o eclecticismo? Tal vez, como sugiere R. Rodulfo, diferenciando el "afiliarse a una línea" del "irse haciendo una posición". Un analista se va "haciendo una posición". Esta es inevitablemente singular en tanto es resultado de un trayecto ya realizado en el cual se conjugan los debates de cada analista con la clínica, con las lecturas, con su análisis, con su historia. "Irse haciendo una posición" supone evitar tanto el sectarismo dogmático como el eclecticismo (74).

¿Cómo superar la oposición estéril de escuelas, grupos y grupúsculos? Es obvio que no mediante un eclecticismo inconsistente.

Sólo profundizando, cada uno en sus propias líneas teóricas, las diferencias y eventuales convergencias. El espléndido aislamiento en que se mantienen los desarrollos de las diversas corrientes y el desprecio por los que no son de "la parroquia", son signos de debilidad y no de fuerza. Esa in-diferencia es intolerancia a las diferencias, es la obra del narcicismo que siente el otro como amenazante. Coincido con Le Guen: "Si aceptáramos que en nuestro campo perdure la coexistencia de teorías opuestas más allá del tiempo de confrontación necesario, seríamos en el mejor de los casos una filosofía, y en el peor un *bricolage* ecléctico. Si queremos que nuestros enfrentamientos, dentro del campo analítico, sean fecundos, no

podremos evitar que sean vivos y tal vez hasta violentos" (68). Es necesario profundizar los debates teóricos y desligarse de las controversias cuyo horizonte son las cuestiones de legitimidad por pertenencias institucionales o grupales.[6]

La lectura de un autor, en vez de eludir las contradicciones y dificultades, tratará de ponerlas a trabajar y así lograr formulaciones que modifiquen el planteamiento del problema; entenderá la historia de un pensamiento no como una simple cronología (en la que los descubrimientos clínicos y teóricos se agregan por mera adición), ni una dialéctica (en la cual el último estadio resolvería las dificultades en una síntesis suprema). La lectura no

6. Laplanche enfatiza la exigencia de nuestro compromiso con el psicoanálisis contemporáneo ya que nuestro tiempo es "el del inventario por hacer y de la herencia por recibir de los tres grandes dogmatismos en vías de desaparición: *ego-psychology*, kleinianismo y lacanismo. No por placer de destruir revelando las debilidades y aporías de los sistemas, pero tampoco en el afán de rehacer un edificio ecléctico, ni en la pretensión de acampar tiritando sobre las ruinas de toda teoría, envueltos en la delgada tela remendada y llena de agujeros de la 'clínica'. Venir después de otros no es ni una fuente de riqueza ni una maldición, pero puede ser un privilegio si uno se sabe situar, en relación con ellos, en la posición precisa, significativa, que lo habilite para hacer trabajar sus propuestas, y aun para ponerlas a trabajar nuevamente" (57). Vieja cuestión, debatida y reformulada una y otra vez por tantos analistas. Se trata, creo, de evitar un psicoanálisis nostálgico. La nostalgia es el anhelo de reencontrar lo pasado. Es el investimiento de un objeto idealizado pero, a diferencia de lo que ocurre en la melancolía, la sombra del objeto no cae sobre el yo. La nostalgia tiene sus encantos; pero, ¿quién lo ignora?, tiene un riesgo: el desinvestimiento del presente y del futuro. La única manera de no ser atrapados por la nostalgia es investir un proyecto. Un proyecto al servicio de Eros supone la elaboración de ciertos duelos y tiene como protagonista la diferencia.

eludirá las elecciones, pues ellas son necesarias y se fundamentan en una investigación histórico-interpretativa que permite despejar las exigencias fundamentales. Se trata, por lo tanto, de una lectura con una triple perspectiva: problemática, histórica y crítica (60).

Necesitamos construir una historia crítica y problemática del pensamiento freudiano y posfreudiano. *Es ésta una tarea que requiere el aporte de muchos.*

Para quien quiere conocer más a fondo una obra, nada es tan irritante como una lectura cuya voz recubre el texto original. Se deseaba la proximidad y uno se ve mantenido a distancia. La locuacidad del lector-autor levanta una barrera; tras ella no se percibe más que una fantasía nebulosa. El recurso al texto como otro del comentario permite identificar dónde empiezan las proyecciones y las manipulaciones arbitrarias del lector abusivo, y verificar si el análisis y el comentario han dado en la tecla. A veces es fácil darse cuenta, según los casos, de que el texto no ha sido estudiado suficientemente, que ha sido mal interpretado o interpretado en exceso.

La primera preocupación de una lectura debe ser asegurar al texto su presencia más fuerte y su independencia máxima: que se consolide su existencia propia, que se ofrezca con todos los caracteres de la autonomía. Que oponga sus diferencias y marque sus distancias. El texto a leer se me enfrenta, y mi interés no está en apropiármelo bajo el aspecto que le presta mi subjetividad , sino en dejarle afirmar todas sus propiedades, todas sus determinaciones particulares.

La voluntad de conocimiento tiene que hacerse cómplice del texto en el poder que éste tiene de resistirnos, en aquello que se sustrae a una anexión ilusoria. La obra estudiada nos ofrece una resistencia análoga a la que encontramos ante una subjetividad extraña: se escapa a todo proyecto que no admite pagar el precio por atravesar el espacio interpuesto. Así como en el análisis el otro es

escuchado como otro, más allá de la proyección, un texto debiera ser leído en primera instancia en su literalidad.

El encuentro con un texto supone dos direcciones distintas: una, que afecta al texto mismo, los límites del campo de indagación, la definición más o menos explícita de lo que importa explorar; otra, que afecta a la naturaleza de nuestra lectura: nuestras aportaciones, nuestros fines y los instrumentos de los que nos serviremos; también los procedimientos a los que recurriremos.

La anulación de la diferencia entre nuestros recursos instrumentales y la configuración objetiva del texto tendrá como consecuencia un debilitamiento del resultado. Si el texto no es consolidado en su realidad propia, la interpretación corre el riesgo de ser sólo el despliegue de una fantasía del intérprete. Si el texto está mal situado, lo que se afirme de él no será pertinente o no pertinente: será más bien indefinible.

Toda lectura, luego de haber sabido reconocer la alteridad del texto a la que se aboca, debiera desarrollar a propósito del texto una reflexión autónoma y diferenciarse. Por próxima que haya sido la identificación del lector con el texto, la lectura no repite la obra tal como ésta se enuncia a sí misma. Una lectura crítica es dócil al objeto pero independiente por su proyecto y su intencionalidad.

Freud, en 1895, sustituye la analogía del recuerdo patógeno como quiste por la del infiltrado. La tarea analítica, en adelante, no consistirá en extirpar algo "sino en disolver la resistencia y así facilitar a la circulación el camino por un ámbito antes bloqueado" (22). Estoy convencido de que "el facilitar a la circulación el camino por un ámbito antes bloqueado" es una tarea fundamental en el psicoanálisis contemporáneo. Es la única forma de evitar que las distintas corrientes posfreudianas se aíslen como quistes.

Los desarrollos posfreudianos no son inteligibles si no es en función de la inflexión que le dan al texto fundador.

Parafraseando a Freud, la teoría psicoanalítica actual es un edificio con muchas dimensiones. Sólo es posible orientarse en este laberinto teniendo presente los planos originales que constituyen los cimientos del edificio. Ante cimientos frágiles el edificio se tambalea.

Propondré una lectura de P. Aulagnier inscribiéndola en el mapa teórico de Freud tal como lo introdujo Rafael Paz hace ya 20 años: teoría del Edipo, de las pulsiones, del aparato psíquico, de la identificación, de la técnica, de las psicosis. Serán los apartados de este capítulo. *Aspiro a facilitar la circulación desde (y hacia) la obra de Freud. Mi proyecto, entonces, en esta lectura de P. Aulagnier es vincularla con las regiones teóricas freudianas.*

En cada una de las regiones teóricas freudianas privilegiaré tanto los conceptos que enuncia P. Aulagnier como el énfasis con que acentúa algunas elaboraciones de Freud y Lacan.

En la *teoría del complejo de Edipo* me ocuparé de los conceptos de violencia primaria y secundaria, sombra hablada, portavoz, escena primaria, deseo del padre, teorías sexuales infantiles, castración (tanto en el registro identificatorio como en el del pensamiento).

En la *teoría de las pulsiones* mencionaré el "deseo de no deseo", la tendencia a la desinvestidura propia de la pulsión de muerte y su relación con el sufrimiento.

En la *teoría del aparato psíquico* me referiré a la tópica que propone y los tres espacios: originario, primario y secundario.

En la *teoría de la identificación* es aún más evidente la originalidad del aporte de P. Aulagnier al psicoanálisis. Para dilucidar el proceso identificatorio acuña nuevos conceptos: proyecto identificatorio, enunciados identificatorios, identificante e identificado, principio de permanencia y de cambio, conflicto identificatorio, libido identificatoria. Intentaré formular ciertas articulaciones

conceptuales que ilustren la consistencia y profundidad de su teoría del trayecto identificatorio.

En *teoría de la técnica* comentaré algunas de sus propuestas técnicas solidarias con sus elaboraciones metapsicológicas. El título de su primer libro, *La violencia de la interpretación*, se refiere en primera instancia a la violencia simbólica que ejerce la madre sobre el *infans;* pero también a la que efectuamos como analistas con los pacientes. Si esta violencia es excesiva (violencia secundaria) convertimos al amor de transferencia necesario para que haya análisis en pasión de transferencia que conduce a la alienación del paciente. *Los destinos del placer* (título de su segundo libro) son el amor, la pasión y la alienación. Son destinos del placer, desde ya, en la vida cotidiana, pero también vicisitudes posibles de la práctica analítica. Tanto en la vida como en el análisis sus diferencias no son desdeñables.

En el último apartado expondré su *teoría de la potencialidad psicótica*, indicando cómo, mediante el concepto de interpenetración, se preserva tanto de una teoría traumática ingenua que soslaya la problemática de la retroacción, como de una concepción idealista que vea los fenómenos clínicos como derivados del mundo fantasmático sin considerar las reactualizaciones que genera la realidad actual sobre la realidad psíquica.

Todo sujeto quiere saber si ha contribuido a forjar una historia o si no ha hecho otra cosa que contarse historias. P. Aulagnier habló de un "pequeño trozo de inmortalidad" al que todos aspiramos. Es la prolongación temporal del proyecto identificatorio.

El yo está dispuesto a morir, "pero quiere creer que algo de sí mismo permanecerá". Ello lo obliga a prever un juicio que sólo será formulable después de su muerte: "Una vez escrita la última línea, no solamente el libro ya no es modificable, sino —y esto es más importante— el autor ya no tiene la posibilidad de gravitar sobre el juicio, sobre la interpretación de sus eventuales lectores. Podemos continuar esta metáfora y decir que el yo como autor del libro de su vida no solamente querría tener la seguridad de que lo van a leer, sino que querría prever, conocer lo que pensarán de él sus lectores póstumos"(2).

Dependerá de sus lectores actuales, pero en mayor medida de sus lectores póstumos, la respuesta a ese interrogante en lo que a P. Aulagnier concierne. Por mi parte, prefiero concluir esta introducción con esas palabras de Francis Bacon: "Los discípulos deben a sus maestros sólo una fe temporal y una suspensión del propio juicio hasta tanto no hayan recibido una instrucción completa, pero no una dimensión absoluta ni un cautiverio perpetuo de su mente. Así pues, dejemos que los grandes autores reciban el tributo que les corresponda, sin que el tiempo, que es el autor de todos los autores, se vea privado del suyo, el cual consiste en avanzar ininterrumpidamente en el descubrimiento de la verdad".

1. EDIPO

> *"El niño toma a ambos miembros de la pareja parental, y sobre todo a uno de ellos, como objeto de sus deseos eróticos. Por lo común obedece en ello a una incitación de los padres mismos, cuya ternura presenta los más nítidos caracteres de un quehacer sexual, si bien inhibido en sus metas. El padre prefiere por regla general a la hija y la madre al hijo varón; el ni-*

ño reacciona a ello deseando, el hijo, reemplazar al padre, y la hija, a la madre" (Freud, S., 1910).

Una historia que se inicia con un desvalimiento —el infantil— no puede sino tener una dimensión traumática. Freud le dio al Edipo el estatuto de complejo nuclear. También es nuclear en términos de historización. En el interior de la trama edípica, la individualidad biológica adviene al mundo humano y el psiquismo se plasma en la inscripción constitutiva de esas relaciones.

La prohibición del incesto garantiza la separación del niño de la madre, sea cual fuere el sexo del niño. La alteridad sexual permite al niño salir de un apresamiento fascinante en la imagen del doble narcisista. Es la función paterna la que significa el vínculo madre-hijo y, ubicando los personajes del Edipo en sus respectivas posiciones, eleva la situación edípica, con su peculiar trama de prescripciones y sujeciones, a la categoría de figura históricamente predominante entre las relaciones humanas de intercambio (51).

La historicidad que concierne al psicoanálisis se vincula al escenario edípico ya que éste determina: la escena primaria (como interrogante acerca del origen), el embarazo (inclusión ligadora del hijo al cuerpo de la madre), el parto (disyunción del cuerpo materno), la relación con el pecho (refusión debida a la prematurez), la constitución del yo (separación individualizante), las fijaciones pregenitales en relación con el objeto, la triangulación edípica (articulación de las relaciones entre prohibición separadora y reunión por identificación con el rival), la sublimación (conjunción con el mundo cultural), la adolescencia (como duelo separador de los padres), la elección de objeto (encontrar al objeto es reencontrarlo) y, nuevamente, la escena primitiva (pasaje a la maternidad-paternidad).

Freud pensaba que el acceso a "la situación femenina sólo se establece cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo, y entonces, siguiendo una antigua equivalencia simbólica, el hijo aparece en lugar del pene" (42). Todo niño se inscribe en una tópica constituida por ese deseo materno desplazado. Si la castración fue asumida por la madre, el niño será desalojado de la fantasía de ser todo para ella. La no incondicionalidad de la madre le indicará que ella posee y desea otros objetos, además de él.

La escena primaria es la unión entre el hecho biológico de la concepción y el hecho simbólico de la filiación. Si la escena primaria representa un enigma, subraya P. Aulagnier, es fundamentalmente porque remite al origen más radical: aquel en el cual desde un no-ser surge el niño. Ese no-ser se convierte en una matriz fantasmática porque permanece como lo irrepresentable por excelencia. *La escena primaria que verdaderamente cuenta es aquella que jamás pudo haber sido presenciada.* Es una curiosidad imperiosa acerca del nacimiento, procreación, filiación.[7]

7. Freud en 1908 escribe que el esfuerzo de saber de los niños no se despierta como consecuencia de una necesidad innata de averiguar, sino bajo el aguijón de las pulsiones egoístas: "El retiro de asistencia de los padres, experimentado o temido con razón, la vislumbre de que se estará obligado a compartir para siempre todo bien con el recién llegado, tienen por efecto despertar la vida de sentimientos del niño y aguzar su capacidad de pensar, [...] el niño pasa a ocuparse del primer, grandioso problema de la vida, y se pregunta de dónde vienen los hijos [...] la pregunta misma, como todo investigar, es un producto del apremio de la vida". Más adelante el pensar del niño se emancipa y prosigue como pulsión autónoma de investigar. Recibe las respuestas de los adultos y "a partir de ese primer engaño y rechazo alimentan desconfianza hacia los adultos, adquieren la vislumbre de algo prohibido que los 'grandes' desean mantenerles en reserva y por eso rodean de secreto sus ulteriores investigaciones. [...] Desde este conflicto psíquico puede desenvolverse pronto una 'escisión psíquica'; una de las

El niño se enfrenta a la escena primaria que surge al comienzo bajo el dominio absoluto del deseo materno y su omnipotencia. Luego del reconocimiento de la presencia de un pecho separado del propio cuerpo, emerge otro lugar a través del cual se le preanuncia a la psique la existencia del padre y el reconocimiento de la pareja paterna. Antes de ser ocupado por los atributos que demuestran la existencia del padre, ese otro lugar es aquello mediante lo cual la psique se representa la existencia de un objeto o lugar enigmático. Mientras pueda considerarse objeto exclusivo del deseo materno, mientras conserve la certeza de que lo desea como único objeto de su placer, ella sigue deseando exactamente lo que él desea. A esta identidad deberá renunciar tan pronto como tenga la intuición de la posibilidad de un deseo del otro referido a otro lugar, que lo desaloje de esa posición de objeto exclusivo de placer. *Desde ese momento la triangulación de la fantasía muestra que en ella se le asigna un sitio a ese otro lugar ocupado por una x que designa al objeto enigmático del deseo de la madre.*[8]

El deseo materno será visualizado en relación con el padre, ya que la madre espera de él una presencia que no

---

opiniones, la que conlleva el ser 'bueno', pero también la suspensión del reflexionar, deviene la dominante, conciente; la otra, para el cual el trabajo de investigación ha aportado entre tanto nuevas pruebas que no deben tener vigencia, deviene sofocada, 'inconsciente'. Queda de esta manera constituido el complejo nuclear de las neurosis" (23).

8. "El psicoanálisis contemporáneo —señala Green—, según muchos indicios lo atestiguan, ha comprendido (si bien es cierto que tardíamente) que si el Edipo seguía siendo la referencia estructural indispensable, las condiciones determinantes del Edipo no debían buscarse en sus precursores genéticos oral, anal o fálico, considerados desde el ángulo de las referencias realistas (en efecto, oralidad, analidad y falicidad dependen de relaciones de objeto que en parte son reales), ni en una fantasmática generalizada de su estructura, al modo de Melanie Klein, sino en el fantasma isomorfo del Edipo: el de la escena primitiva" (48).

es la del niño y producirá, en relación con el padre, signos de placer o de displacer que ya no conciernen al niño. Este encuentro con otro lugar será testimonio de la presencia de un padre y de un deseo no sometido al poder materno, y posibilitará contemplar al padre como al que desea el placer materno, el que lo causa, y al placer materno, como el que se origina en ese deseo que ella, a su vez, desea. Para que el padre sea reconocido como depositario del poder fálico es preciso que sea deseado por la madre; y para que la madre sea reconocida como prohibida al deseo en tanto madre, pero mantenida como modelo del objeto futuro del deseo, en tanto mujer, no sólo es preciso que el sexo femenino sea reconocido como diferente sino que el niño debe visualizar al padre como deseante de esa diferencia.

Mediante las teorías sexuales infantiles el niño pretende dar respuesta a la causa de sí mismo, del sufrimiento, del deseo. La pregunta "¿Cómo nacen los niños?" recubre un interrogante sobre cómo es la sexualidad de la pareja parental, el enigma de su placer y de lo que podría ser causa de su deseo. ¿Cómo nacen los niños? ¿Cómo nace el placer? ¿Cómo nace el displacer? Son formulaciones de un único interrogante que busca una relación entre nacimiento-niño-deseo. La pregunta "¿Cómo nacen los niños?" es equivalente a "¿Cómo nace el sujeto?".

Las teorías sexuales infantiles son elaboradas por el niño para explicar ciertos enigmas. El primero es el nacimiento de un niño. Este acontecimiento es traumático, tanto desde el punto de vista cuantitativo, ya que es una excitación difícil de ligar, como desde el punto de vista cualitativo, porque hay una inadecuación entre las posibilidades de elaboración simbólica y el nivel del problema planteado. En *Moisés y la religión monoteísta,* Freud escribe: "La influencia compulsiva más intensa proviene de aquellas impresiones que alcanzaron al niño

en una época en que no podemos atribuir receptividad plena a su aparato psíquico" (45).

Lo traumático es dejar de ser el centro del universo: "Su Majestad el Bebé". Es ello lo que lleva al niño a teorizar. El niño sigue expuesto a lo inconmensurable: sentidos, gratificaciones, frustraciones, todos excesivos. Excesos que generan ese "cuerpo extraño interno" que sepultará la amnesia infantil. Está inerme, pero no tanto. Mientras tanto elabora sus teorías sexuales infantiles, su novela familiar, sus interpretaciones de los hechos.

La escena primaria y el pensamiento sexual infantil son las dos producciones a través de las cuales el niño responde al interrogante acerca del origen. Los remodelamientos que sufre esta fantasía testimonian las modificaciones sucesivas que podrá aportar el yo a su teoría infantil sobre su origen y sobre los orígenes. La fantasía edípica presupone una teoría edípica, y ésta es consecuencia de la elaboración que le impone a la psique los elementos que le informan acerca de las cualidades características de los objetos. Estas cualidades no son ajenas al deseo de quienes se desplazan en la escena de la realidad y a la relación entre el niño y ellos.

Las primeras construcciones fantasmáticas otorgarán a la madre y a su deseo un lugar de omnipotencia. Ese primer fantaseo, universal, es remodelado cuando la mirada perciba al que ocupa el otro lugar, que se distingue en relación con el espacio materno. El displacer que causa la existencia de un tercero, deseante y deseado por la madre, debe ser compensado por el placer de una mirada que, al contemplar su encuentro, su copresencia y su catectización recíproca, contemple una situación en la que reina el placer, en la que unirse causa placer (1). Si la vivencia del placer materno exige la del placer paterno, si lo que cada uno desea es su placer, el niño podrá representarse como efecto de ese doble deseo. Al relativizar la omnipotencia del otro primordial, la fantasía de

la escena primaria se resignificará. La relación sujeto-deseo será forjada, en adelante, por la problemática edípica, por el conocimiento de la diferencia de los sexos y por la primacía acordada a la zona genital en la jerarquía del placer.

No se trata de una cronología lineal. Por la retroacción, lo más profundo deja de ser equivalente de lo más temprano. El concepto de retroacción apunta a la consideración constante del Edipo como condición estructurante que otorga historicidad a todo acontecimiento.[9]

Una y otra vez el niño se enfrenta a una experiencia, a un discurso, a una realidad que se anticipan a sus posibilidades de respuesta y a lo que puede saber y prever acerca de las razones, el sentido, las consecuencias: "Exceso de sentido, exceso de excitación, exceso de frustración pero también exceso de gratificación o exceso de protección: lo que se le pide excede siempre los límites de sus respuestas" (1).

Las palabras y los actos maternos se *anticipan* a lo que el niño puede conocer de ellos. La palabra materna derrama un flujo portador y creador de sentido que excede la capacidad del *infans* de reconocer su significación y de retomarla por cuenta propia.

La madre se dirige al niño ubicándolo como destinatario de un discurso, mientras que él carece de la posibilidad de apropiarse de la significación del enunciado. Aquello que él oye será metabolizado en un material

9. La retroacción es central en la concepción de la temporalidad y de la causalidad psíquica, ya que experiencias inscriptas como huellas mnémicas son modificadas por lo actual. Es a partir de lo actual que adquieren un sentido nuevo y eficacia psíquica. La retroacción impide pensar la historia en un determinismo lineal y evita convertir las determinaciones infantiles en un fatalismo. Ese fatalismo se fue acentuando en el posfreudismo con la idea de que lo más arcaico es un destino.

homogéneo con respecto a cada uno de los espacios psíquicos.

Antes del advenimiento del yo encontramos al *infans*. Ese *infans* que propone al investimiento de la madre su cuerpo, prestándose a ser hablado por los enunciados maternos, pero que también le ofrece a ese discurso su realidad anatómica, su aspecto, su funcionamiento fisiológico que marcan un límite a la omnipotencia del discurso materno y que obligan a este discurso a confrontarse con aquello que puede tener de ilusorio su convicción de conocer las necesidades del *infans*, de adivinar las respuestas que él espera. Ilusión necesaria, sin embargo, para que ella pueda anticipar al niño que sucederá al *infans*, al yo que habitará y hablará ese cuerpo.

La madre es el enunciante y el mediador privilegiado de un discurso ambiental que le transmite al niño, bajo una forma premodelada por su propia psique, las conminaciones, las prohibiciones, y mediante el cual le indica los límites de lo posible y de lo lícito. El orden que gobierna los enunciados de la voz materna es testimonio de su sujeción tanto al sistema de parentesco, como a la estructura lingüística, así como a las consecuencias que tiene sobre el discurso el deseo inconsciente. Este trinomio produce la primera violencia que la psique del *infans* vivirá en su encuentro con la voz materna.

La *violencia primaria* es la acción mediante la cual se le impone a la psique del *infans* una elección, un pensamiento o una acción motivados en el deseo del que lo impone, pero que se apoyan en un objeto que corresponde para el niño a la categoría de lo necesario. Esta violencia bordea el exceso, evitable, si la madre renuncia a detentar para siempre el lugar de sujeto donador de vida y dispensador de todo aquello que es para el *infans* fuente de placer, de alegría, de goce. La meta del exceso de violencia es despojar al niño de todo pensamiento autónomo, asegurando la satisfacción de un deseo de no cambio.

Mientras el niño no habla, la madre puede preservar la ilusión de una concordancia entre lo que ella cree que él piensa y aquello que él piensa. Pero el niño, cuando descubre que es una ilusión atribuir a la mirada parental el poder de definir sus pensamientos, da un paso tan fundamental como el del descubrimiento de la diferencia de los sexos. Este paso puede ser detenido por el temor de ser privado de la palabra, temor que el discurso materno puede dejar entrever.

El niño deberá aceptar el peso de la duda. Poder ejercer un derecho de pensamiento, pensar lo que el otro no piensa es una condición necesaria para el funcionamiento del yo, pero acceder a ese derecho implica renunciar a encontrar en la escena de la realidad una voz que garantice la verdad. Sólo mediante esta renuncia puede el sujeto cuestionar al Otro. Este cuestionamiento sólo es posible si el discurso materno es puesto en tela de juicio y reconoce la existencia de un referente que ningún sujeto singular puede encarnar y al que todo sujeto puede apelar. La madre puede investir el pensamiento del niño si acepta la diferencia, la alteridad del niño en relación con ella. Si la madre reconoce que no puede saber lo que el hijo piensa, el pensamiento del niño puede obtener una prima de placer. El placer de pensar sólo es posible si el pensamiento puede aportar la prueba de que no es la simple repetición de uno ya pensado (10).

La acción anticipatoria del discurso materno ofrece al sujeto un don sin el cual no podría convertirse en sujeto, ya que desde un primer momento transforma en (digamos) accesible y compartido parte de lo indecible y lo impensable característicos de lo originario. Esta metabolización operada por la madre en relación con las vivencias del *infans* se instrumenta y se justifica ante ella por el saber que se atribuye en relación con las necesidades de ese cuerpo y esa psique. Es necesario que se opere esta transformación radical que permite que la

respuesta que el *infans* recibe prenuncie la denominación y el reconocimiento de lo que serán luego sus objetos de demanda. Lo que la madre desea se convierte en lo que demanda y espera la psique del *infans*.

La *violencia secundaria* consiste en el deseo de preservar aquello que sólo durante una fase de la existencia es legítimo y necesario. Si emerge en la madre un deseo de no cambio ("que nada cambie") tiene un poder desestructurante ya que éste es un enunciado prototípico de la violencia secundaria que se apuntala en la violencia primaria, y que inevitablemente inducirá el recurso a defensas psicóticas o movilizará el deseo de autoalienación del propio pensamiento.

Piera Aulagnier le atribuye a la madre la tarea de *portavoz*. Porta la voz en tanto desde la llegada al mundo del *infans* comenta, predice, acuna al conjunto de las manifestaciones del niño, pero también es portavoz, vocera, en el sentido de delegado, de representante de un orden exterior a cuyas leyes y exigencias ese discurso materno está sometido. La voz materna comunica entre sí dos espacios psíquicos. Por su desamparo, el niño necesita del otro primordial. Esta necesidad no es reductible a las funciones vitales que el otro debe desempeñar. Los materiales que se ofrecen a la representación pictográfica y primaria del niño están constituidos por objetos modelados por el trabajo de la psique materna. Lo originario y primario del niño incorpora materiales que han sufrido un primer avatar que se debe a los procesos secundarios de la madre.

La psique toma en sí un objeto marcado por el principio de realidad y lo metaboliza según el principio de placer. *Alucinar el pecho es alucinar lo que el pecho representa para la madre.* La psique no encuentra un real, sino una realidad que es humana por estar investida por la libido materna.

El concepto de *sombra hablada* designa un conjunto de enunciados que son testimonio del anhelo maternal concerniente al niño. Enunciados con los que la madre se forma una imagen identificatoria que se anticipa a la enunciación que el propio niño hace de sí mismo. La sombra hablada es ese fragmento de discurso materno que representa para el yo de la madre aquello que el *infans* representa para el deseo inconsciente. Es aquello que del objeto imposible y prohibido de ese deseo ha podido transformarse en decible y en lícito.

La sombra hablada ubica al niño real en una relación estrecha con los primeros destinatarios del deseo de la madre: sus propios padre y madre. Es heredera de la historia edípica de la madre y de su represión.

El deseo de hijo garantiza al niño que no es el simple resultado de un accidente biológico, pero hay una distancia entre el deseo de hijo y el deseo por este hijo. *La madre ocupa el lugar de alguien que da deseo, don esencial para la estructura psíquica, pero que se niega a ser donante del objeto, negativa igualmente necesaria.* A través de ese deseo la madre instituye al hijo como heredero de un saber acerca de la diferencia entre el objeto que actualiza un deseo y el objeto que le permite al deseo persistir. La madre convierte al niño en sucesor de un deseo que persiste y circula.

A esa sombra hablada se dirigirá el discurso del portavoz. *El eje del proceso identificatorio es la transmisión de sujeto a sujeto de algo reprimido, indispensable para las exigencias estructurales del yo.* Las alteraciones de este proceso explican para P. Aulagnier la emergencia de una potencialidad psicótica y señalan la función que desempeña una tercera referencia. Referencia que remite al padre como primer representante de los otros; garante de la existencia de un orden cultural constitutivo del discurso y de lo social.

La relación del niño con la madre es asimétrica. Si bien el *infans* es objeto privilegiado de la catectización mater-

na, no es objeto exclusivo, ya que la madre preserva, junto al amor por su hijo, su investimiento por otros objetos, su interés para tal o cual actividad, su autoinvestimiento y el investimiento libidinal hacia sus otros hijos. La relación que establece la madre con el yo anticipado es una relación aconflictiva. Los anhelos identificatorios que la madre formula en nombre del lactante en esta primera fase no se enfrentan con anhelos diferentes que éste podría formular y catectizar.

El niño desea lo que necesita y necesita lo que desea. La existencia, la presencia y el investimiento de la madre son para él condiciones vitales. No puede no investir a la madre y tampoco puede repartir sus investimientos sobre otros objetos para moderar su intensidad. La madre es una elección obligada, un objeto no sustituible, un objeto que no puede faltar y que acapara la totalidad de la libido, excepto esa parte con que el *infans* deberá investir su propio cuerpo, sus zonas sensoriales y sus funciones.

La madre anticipa para su hijo (hija) un anhelo que le permitirá ubicarse como padre (madre) en el futuro. Este anhelo conjuga dos posiciones y dos funciones: la ocupada por su propio padre (madre) y la que podrá ocupar el *infans* como padre (madre) futuro. *Entre estos dos eslabones se sitúa el padre real del niño.* Este dirigirá su mirada hacia él para captar lo que significa el término padre y cuál es el sentido del concepto función paterna.

Ese anhelo que hereda el niño condensa dos relaciones libidinales: la que la madre había establecido con su propio padre en su infancia, y la que vive actualmente con aquel al que efectivamente le dio un hijo. Así como la madre es el primer representante del otro, el padre es el primer representante de los otros o del discurso del conjunto. Es quien permite a la madre designar un referente que garantice que su discurso, sus exigencias, sus prohibiciones no son arbitrarias sino culturales. El discurso cultural le delega el derecho y el deber de transmitirlos.

La presencia del padre real señala cómo antes del acceso a la categoría del concepto existe un eslabón intermedio que le ofrece una primera encarnación del símbolo a partir del cual, y secundariamente, podrá separar al concepto de su primer soporte en la escena de lo real. El niño reconoce al representante de la función paterna a través del discurso de la madre, pero también en el discurso pronunciado por la voz paterna.

En una primera fase ese otro lugar, el del padre, está asignado por el deseo materno. Pero, en una segunda fase, el padre ocupa el lugar de quien tiene derecho a decretar lo que el hijo puede ofrecer a la madre como placer y lo que le está prohibido proponer en tanto él, el padre, desea a la madre y es deseado por ella. El padre será visto por el niño como el objeto a seducir y, a la vez, como el objeto del odio.

La relación del padre con su hijo tendrá las huellas de la relación con su propio padre. El, que en una época lejana quiso matar a su padre, proyectará en su hijo un deseo de muerte que le concierne. Será necesario que el deseo de muerte, reprimido en el padre, sea reemplazado por el anhelo consciente de que su hijo llegue a ser aquel a quien se le da el derecho a ejercer una misma función en un tiempo futuro.

El niño constituye para el padre un signo y una prueba de la función fálica de su propio pene. Lo que el padre ofrece a través de la mediación de su nombre, de su ley, de su autoridad, es un derecho de herencia sobre estos dones para que se los legue a otro hijo. De ese modo, enuncia la aceptación de su propia muerte. Al aceptar reconocerse como sucesor y reconocer un sucesor acepta legar su función. De tal manera confirma que la muerte es la consecuencia de una ley universal y no el precio con el que paga su propio deseo de muerte en relación con su padre.

"Eros y pulsión de muerte luchan en el ello; dijimos ya con qué medio cada una de estas pulsiones se defiende de la otra. Podríamos figurarlo como si el ello estuviera bajo el imperio de las mudas pero poderosas pulsiones de muerte, que tienen reposo y querrían llamar a reposo a Eros, el perturbador de la paz, siguiendo las señas del principio de placer; no obstante, nos preocupa que así subestimemos el papel de Eros" (Freud, S., 1923).

Freud diferenció el psicoanálisis de la filosofía de su época: "El psicoanálisis no es un sistema como los filosóficos, que parten de algunos conceptos básicos definidos con precisión y procuran apresar con ellos el universo todo, tras lo cual ya no resta espacio para nuevos descubrimientos y mejores intelecciones" (35). El sistema filosófico pretende ser concluso, partiendo de algunos conceptos básicos de los que todo se deduce rigurosamente, mientras que el psicoanálisis "soporta que sus conceptos básicos no sean claros, que sus premisas sean provisionales, y espera del trabajo futuro su mejor precisión". Freud opuso a la ambición especulativa de panconceptualización el particularismo específico limitado desde un principio a una determinada región de fenómenos. Prefirió el carácter abierto de lo experimental al carácter cerrado del sistema.

Los conceptos básicos (Grundbegriffe) *cumplen diversa función en la metafísica y en la metapsicología.* En filosofía concepto básico traduce la exigencia de un apriorismo radical, mientras que en psicoanálisis es siempre revisable puesto que sólo se valida en ese incesante proceso de investigación de la práctica. De allí la saludable indeterminación de estos conceptos básicos opuestos a la ultradeterminación de las categorías filosóficas. Por el contrario, para Freud, un concepto no contradictorio es de tal condición que no entra en contradicción con un aspecto de lo real. Tal es el verdadero concepto metapsicológico que se opone al concepto especulativo, inevitablemente abstracto, porque ha sido producido para hacer posible una totalización que supone la supresión de los niveles de lo real y la sobrevaloración simultánea de aquellos aspectos de lo real que acreditan esa totalización a expensas de otros aspectos.

En 1915 Freud advierte que un concepto básico es el de pulsión: "Un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal" (27). En *Esquema del psicoanálisis,* Freud concluye que luego de muchas vacilaciones ha resuelto aceptar sólo dos pulsiones. "La meta de la primera [Eros] es producir unidades cada vez más grandes y así conservarlas, o sea, una ligazón; la meta de la otra [pulsión de muerte] es, al contrario, disolver nexos, y así destruir las cosas del mundo" (44).

La pulsión es una exigencia de trabajo para el aparato psíquico, es decir de transformación: el cuerpo ligado al psiquismo exige de él algo. La relación entre la pulsión y su representación no es la de una esencia con su expresión psíquica, sino efecto de un vínculo, de una fijación, de un encuentro entre dos elementos exteriores el uno al otro.

Tanto en Freud como en el psicoanálisis contemporáneo se pueden diferenciar dos concepciones de la pulsión: una endógena y genética que, al invocar un

sustrato biológico, se puede definir como biologizante; otra que, al concebir la pulsión como producto de lo traumático y de la seducción, puede ser definida como exógena. Es Laplanche quien con su teoría de la seducción generalizada profundiza esta concepción.[10]

El vínculo con la madre precede a todos los demás. El deseo se origina en las vivencias de satisfacción que inscriben representaciones asociadas al placer. Luego del encuentro original boca-pecho, experiencia inaugural de una posibilidad de placer de las zonas erógenas, un mismo objeto se constituye como causa de la desaparición de la necesidad y, conjuntamente, causa del placer

10. Laplanche piensa que la noción de seducción no encontró todavía el lugar teórico que le corresponde en el pensamiento psicoanalítico. Propone dilucidar las razones que hicieron que se abandone la teoría de la seducción. La teoría de la seducción anterior a 1897 tenía limitaciones que obligaron a Freud a relegarla ya que, por el lado de las escenas, Freud se atenía a los niveles de psicopatología más manifiesta: a las relaciones perversas —en el sentido clínico del término— entre el adulto y el niño. Esta cuestión hizo crujir a la teoría porque no es sino un aspecto parcial y restrictivo de la factualidad el que había sido invocado. En 1897, la teoría de la seducción sufrió un verdadero cataclismo, y privada del contexto de la seducción la retroacción no puede sino buscar otro anclaje: la biología. La propuesta de Laplanche es dar cuenta de aquello que, si bien estaba presente en Freud, no ha sido cabalmente conceptualizado: la seducción precoz. El padre, anterior protagonista de la seducción infantil, deja su lugar a la madre, quien a través de los cuidados corporales se convierte en la primera seductora. Es un paso fundamental para postular una teoría de la seducción generalizada que cerque con precisión la efectividad de la seducción originaria. De otro modo no tendríamos más remedio que combinar el biologismo de la pulsión con una antropofilogénesis de las fantasías. Laplanche define como seducción originaria "esta situación fundamental en la cual el adulto propone al niño significantes no verbales tanto como verbales, incluso comportamentales, impregnados de significaciones sexuales inconscientes". La teoría de la seducción se refiere —en su sentido más amplio— a la implantación de ese cuerpo extraño-interno que es la pulsión (59).

erógeno. La pulsión sexual se autonomiza en un movimiento hacia el autoerotismo.

La satisfacción de la necesidad requiere la presencia del otro. Es ese otro con sus atributos el que es fantaseado. El autoerotismo remite a esa dimensión fantasmática de la sexualidad: el objeto es abandonado y se produce un vuelco hacia la fantasía. El autoerotismo es un estado secundario, primario para la sexualidad, pero no para el ser humano, ya que presupone un vínculo con otro que cuida. En ese mundo autoerótico se inscribe una historia que está presente en los padres.

El objeto, en tanto ausente, está inscripto en una materialidad capaz de recoger su huella. Las huellas mnémicas son marcas de un encuentro pasado que significan y señalan al objeto perdido en su ausencia. Lo perdido no designa ningún objeto, ni siquiera parcial, sino lo que todo objeto tiene la función de velar: la paradójica nostalgia por un objeto original que nunca se tuvo. El objeto perdido es lo que el deseo perdió al dejarse informar por Eros. Ese objeto perdido no será sustituible totalmente por ningún objeto ulterior. A esta inevitable separación se refiere Freud en 1920: "La pulsión reprimida nunca cesa de aspirar a su satisfacción plena, que consistiría en la repetición de una vivencia primaria de satisfacción; todas las formaciones sustitutivas y reactivas, y todas las sublimaciones, son insuficientes para cancelar su tensión acuciante, y la diferencia entre el placer de satisfacción hallado y el pretendido engendra el factor pulsionante, que no admite aferrarse a ninguna de las situaciones establecidas" (33).

P. Aulagnier suscribe el último dualismo pulsional. Escribe Freud en *El yo y el ello:* "Eros persigue la meta de complicar la vida mediante la reunión, la síntesis, de la sustancia viva dispersada en partículas, [...] las pulsiones de muerte son, en lo esencial, mudas, y casi todo el alboroto de la vida parte de Eros" (36). Para P. Aulagnier,

Tánatos representa todas las fuerzas de la desligadura, de lo negativo, del rechazo, del odio: "Todo ocurre como si el tener que representar, como corolario del tener que desear, perturbase un dormir anterior, un antes inteligible para nuestro pensamiento y en cuyo transcurso todo era silencio. Observamos la manifestación de un odio radical, presente desde un primer momento, contra una actividad de representación cuyo inicio presupone, a causa de su ligazón con lo corporal, la percepción de un estado de necesidad que ella tiene como función anular" (1).[11]

La pulsión de muerte se actualizará desinvistiendo al objeto. Esa desinvestidura no se realiza en beneficio de otro objeto, sino que amenaza a todo objeto, todo encuentro, toda experiencia que para ser y poseer una existencia psíquica exigen la preservación de la actividad de ligadura propia de Eros (4).

La dualidad pulsional subtiende la oposición placer-displacer y divide al deseo mismo en una intención de unión conforme al principio de la actividad representativa y una intención de abolición de todo objeto capaz de suscitar el deseo. "Deseo de no deseo": ésa es para Piera

11. Como plantea Green, si uno recorre las interpretaciones actuales de la pulsión de muerte se hace evidente el estallido de la unidad del campo teórico posfreudiano por las diversas reformulaciones de la teoría, muchas de las cuales no se presentan como simples complementos de la obra de Freud, sino que constituyen verdaderas alternativas teóricas. "Por lo que concierne a la pulsión de muerte, señalemos que ninguno de los sistemas teóricos posfreudianos hace suya la letra de la teoría freudiana." Green, por su parte, propone la hipótesis de que la perspectiva esencial de las pulsiones de vida es asegurar una función objetalizante. La pulsión de muerte tiene como meta una función desobjetalizante por la desligazón; "esta cualificación permite comprender que no es solamente la relación con el objeto la que se ve atacada, sino también todas las sustituciones de éste" (49).

Aulagnier la meta de la pulsión de muerte. Los diferentes encuentros entre la psique y el mundo modulan bajo la forma del pictograma, de la fantasía y de lo enunciado esta dualidad pulsional. "La teoría pulsional nos permite tender un puente entre el presente de una vida y de un sufrimiento y ese 'momento pasado' siempre actuante, movimiento de nacimiento de esa actividad de representación cuyas construcciones son nuestra vida psíquica" (4).

El tener que desear origina el odio que acompaña a la primera experiencia de no-placer que revela la existencia de otro lugar y la dependencia psíquica frente a él. Esta tendencia regresiva hacia un antes es lo que llamamos Tánatos. *Lo deseado no es la muerte, sino ese antes del deseo, antes de un placer pagado siempre por un momento en que el displacer es o sería posible.* Eros puede imponerse sólo si la espera de placer no se prolonga, ya que su astucia consiste en ofrecer a Tánatos, por la vía del objeto, la ilusión de que ha alcanzado su meta: el silencio del deseo, el estado de quietud, el reposo de la actividad de representación.

El espacio que enfrenta la psique se resume en un primer tiempo en el espacio del cuerpo propio y en el espacio psíquico materno. La única información que interesa al proceso originario concierne al placer o al displacer que acompaña a este primer encuentro boca-pecho.

El cuerpo se impone a la catectización del yo por dos caminos: como origen del placer, producto del cuerpo a cuerpo con el otro y con el discurso que ese otro mantiene sobre ese cuerpo (el cuerpo hablado). Este cuerpo-placer es el primer bien propio, la primera posesión investida por el yo. Investimiento que es para el yo una necesidad vital. Así podrá investir las zonas erógenas y pasar del cuerpo fragmentado a la unidad. El placer erógeno es condición del placer narcisista o identificatorio. Ese cuerpo-placer es el primer elemento de la realidad que vuelve posible el investimiento por el yo de la dimensión real de

los objetos. Pero también (segundo camino) el yo encuentra su cuerpo como cuerpo-sufrimiento, y esto tendrá consecuencias en la relación que mantenga el yo con la realidad (2). La realidad podrá ser persecutoria, y más aún, desinvestida, si predomina el cuerpo-sufrimiento.[12]

Desde el comienzo de la vida emerge el conflicto pulsional. El primer grito del recién nacido ilustra que vive porque Eros se opone a las metas de Tánatos, el último suspiro que exhala el moribundo nos señala la desaparición de la escena psíquica de uno de los dos adversarios. Esta antinomia original que oponen Eros y Tánatos, investidura y desinvestidura, es la matriz conflictual sobre la cual se despliega toda la vida psíquica (7).

La desinvestidura operada por Tánatos produce el borramiento definitivo de la representación del objeto. "Ningún otro objeto sustitutivo podría reemplazarlo y recuperar la investidura de que gozaba el primero. El único reemplazante es la nada absoluta, esa nada que produce la abolición del acto de borramiento mismo" (4). La meta de la pulsión de muerte es lograr una desinvestidura que, más allá del objeto preciso al que parece apuntar, concierne a la totalidad de los objetos investidos por Eros. La meta de Tánatos es la desaparición de todo

12. En 1980 escribe P. Aulagnier: "El yo ha encontrado su propio espacio corporal como el representante metonímico de ese espacio que llamamos realidad, representante que lo ha obligado a reconocer no solamente la existencia de un afuera-(del)-yo *(hors-Je),* sino de un afuera-(del)-yo que escapa a los *diktats* de su deseo, que le impone sus exigencias, sus prohibiciones, que le revela los límites de su poder, la desmesura de sus anhelos. Y precisamente porque el cuerpo se presta a esta función metonímica, porque impone a la psique un trabajo de metabolización-representación mediante el cual un primer objeto será sellado, marcado, por un índice de realidad, es que podemos encontrar el vínculo de 'filiación' entre la relación que el yo instaurará con la realidad y con aquellas que han sido su matriz y apoyo anaclítico: las primeras acciones de representación de la relación yo-cuerpo" (7).

objeto que pueda provocar por su ausencia el surgimiento del deseo. Todo acto de desinvestidura logrado no deja ninguna huella, ningún signo que pueda atestiguar que algo había sido investido.

El triunfo de la pulsión de muerte producirá una nada en el conjunto de los objetos que constituían el capital representativo del sujeto y en el conjunto de los soportes de que podía disponer su capital libidinal. El desinvestimiento producido por Tánatos ha evaporado la representación del objeto porque ha evaporado una representación relacional: una parte de la energía libidinal ha sido consumida. Todo objeto que supusiera el retorno de una misma relación de investimiento queda desposeído del poder de imantar en su favor la parte de libido que habría debido permanecer en búsqueda de objeto.

El sufrimiento, en tanto incentiva un deseo de desinvestidura, es una oportunidad para la pulsión de muerte. El sufrimiento es una experiencia que concierne al sujeto que todavía inviste y que está enfrentado a la pérdida, al rechazo, a la decepción que le impone un objeto investido. Cuando la desinvestidura está al servicio de Eros, se preserva la posibilidad y la necesidad de un nuevo soporte. Cada vez que el cuerpo, la realidad o el otro generan sufrimiento, esos soportes caen bajo la amenaza de una desinvestidura.

El sufrimiento es tanto una necesidad como un riesgo. Es una necesidad porque es aquello que obliga a la psique a reconocer la diferencia entre la realidad y la fantasía, y es un riesgo porque la psique, ante el exceso de sufrimiento, puede desinvestir aquello que lo causa.

3. APARATO PSIQUICO

"En efecto, esa alma no es algo simple; más bien, es una jerarquía

de instancias superiores y subordinadas, una maraña de impulsos que esfuerzan su ejecución independientemente unos de otros, de acuerdo con la multiplicidad de pulsiones y de vínculos con el mundo exterior, entre los cuales muchos son opuestos e inconciliables entre sí" (Freud, S., 1917).

El psicoanálisis nace con el reconocimiento de la necesidad de contar con una tópica que permita fundar el orden de fenómenos que esclarece (52). Para situar el conflicto es necesario suponer instancias antagónicas en su funcionamiento. La hipótesis tópica y la afirmación de la irreductibilidad del conflicto son indisolubles.

La psique está sumergida desde un primer momento en un espacio que le es heterogéneo, cuyos efectos padece en forma continua (12). Mediante la representación de estos efectos, la psique se forja una primera representación de sí misma.

El estado de encuentro entre el *infans* y su madre se caracteriza por el desfasaje entre el *infans* que se representa su estado de necesidad y la madre que responde a los efectos de estas representaciones, interpretándolas de acuerdo con una significación anticipada que sólo posteriormente será inteligible para el *infans* y que exigirá la puesta en marcha de los otros dos procesos de representación.

El encuentro boca-pecho es la experiencia originaria de un triple descubrimiento: para la psique del *infans*, la de una experiencia de placer; para el cuerpo, la de una experiencia de satisfacción; para la madre, el descubrimiento de una experiencia física y la percepción posterior al parto de un don necesario para la vida de su bebé.

¿Cómo dar cuenta de la complejidad, la sobredeterminación y la heterogeneidad de las fuerzas en juego en ese primer encuentro que el proceso originario representará? Afecto, sentido, cultura están copresentes y son responsables del gusto de esas primeras moléculas de leche que toma el *infans:* el aporte alimentario se acompaña siempre con la absorción de un alimento psíquico que la madre interpretará como absorción de una oferta de sentido (1).

El aparato psíquico está constituido por tres modos de representación con sus respectivas representaciones: *el proceso originario* (el pictograma), *el primario* (la fantasía) *y el secundario* (representación ideica). El espacio originario, primario y secundario serán las instancias de esta tópica. La puesta en marcha de cada proceso es provocada por la necesidad que se le impone a la psique de conocer una propiedad del objeto exterior que el proceso anterior ignoraba.

Para el proceso originario, todo existente es autoengendrado por la psique. Para el primario, todo existente es efecto del poder del deseo del Otro. Para el secundario, todo existente tiene una causa inteligible que el discurso podrá conocer.

Para el yo, conocer el mundo equivale a representárselo de tal modo que la relación que liga los elementos que ocupan su escena le sean inteligibles.

Proceso originario

Desde el nacimiento comienza una actividad corporal tanto como psíquica. Los estados del cuerpo, de privación o de satisfacción, son metabolizados en representaciones. La vida del cuerpo y la vida psíquica son previas a la entrada en escena del yo y de su tipo específico de representación: las representaciones ideicas.

Lo propio del pictograma es negar lo afuera de sí. Las manifestaciones propias de lo originario serán interpretadas por el portavoz. La forma con que el pecho define la demanda, preforma el objeto de la demanda y constituye aquello que se inscribirá como objeto complementario en la representación pictográfica.

Desde el pictograma la psique sufre las consecuencias de la dependencia cuerpo-realidad exterior, psique-aportes libidinales del otro. Esa doble dependencia, aunque es negada por lo originario, existe y tendrá consecuencias fundamentales en la vida psíquica.

En lo originario se forjan dos representaciones antinómicas. En una, la realización del deseo implicará un estado de reunificación entre el representante y el objeto representado. En la segunda, el propósito del deseo será la desaparición de todo objeto que pueda suscitarlo. Eros definirá el movimiento que lleva a la psique a unirse al objeto; la pulsión de muerte, el movimiento que la lleva a rechazarlo.

La complementariedad zona-objeto, por el postulado del autoengendramiento, determina que el displacer originado en la ausencia del objeto o en su inadecuación, por exceso o por defecto, se presentará como ausencia, exceso o defecto de la zona misma. El objeto malo es indisociable de una zona mala. *El deseo de destruir el objeto se acompañará siempre con el deseo de aniquilar una zona erógena y sensorial.*

Piera Aulagnier comparte con Freud y Klein la idea de un dualismo pulsional irreductible. Ella propone la definición amplia de la actividad de representación como equivalente psíquico del trabajo de metabolización propio de la actividad orgánica. Cuando los tres espacios se han constituido, toda información impuesta por la existencia del afuera de la psique debe ser metabolizada en los tres sistemas (pictográfico, fantasmático e ideico).

En lo originario, la psique contempla e inviste un

reflejo de ella misma que establece su identidad y su relación especular al espacio, del cual ella desconoce la exterioridad.[13]

El proceso originario tiene por finalidad metabolizar las excitaciones tanto endógenas como de los estímulos que lo movilizan desde el mundo exterior. Y lo hace bajo la modalidad de experiencia de placer o de sufrimiento que acompaña a los diversos encuentros. El proceso originario persistirá a lo largo de toda la vida, constituyendo ese fondo representacional que vincula esos primeros encuentros con sus componentes somáticos con todo lo vivido posterior.

Proceso primario

El comienzo de la actividad del proceso primario es efecto del reconocimiento de la existencia de un espacio separado del propio. La puesta en escena fantasmática representa dos espacios, pero ambos sometidos a la omnipotencia del deseo del otro primordial. El postulado

13. Freud escribe en 1938: "El primer objeto erótico del niño es el pecho materno nutricio; el amor se engendra apuntalado en la necesidad de nutrición satisfecha. Por cierto que al comienzo el pecho no es distinguido del cuerpo propio, y cuando tiene que ser divorciado el cuerpo, trasladado hacia afuera por la frecuencia con que el niño lo echa de menos, toma consigo, como objeto, una parte de la investidura libidinal originariamente narcisista". Esta primera representación del pecho no diferenciado del cuerpo propio es el investimiento primordial. Ulteriormente será investido el pecho trasladado hacia afuera. "Este primer objeto se completa luego en la persona de la madre, quien no sólo nutre, sino también cuida, y provoca en el niño tantas otras sensaciones corporales, así placenteras como displacenteras. En el cuidado del cuerpo, ella deviene la primera seductora del niño. En estas dos relaciones arraiga la significatividad única de la madre, que es incomparable y se fija inmutable para toda la vida, como el primero y más intenso objeto de amor... en ambos sexos" (44).

de lo primario implica una interpretación escénica del mundo que asigna a todo acontecimiento y a todo existente una causa definida por la intención atribuida al otro.

P. Aulagnier piensa que no existe una división tan neta entre representación de cosa y representación de palabra a la cual Freud sí le atribuía una demarcación tópica en su metapsicología. Postula entre el estado de *infans* y el de sujeto hablante una fase que, a pesar de la doble inscripción, permanece sometida al postulado de lo primario.

La inscripción psíquica de la representación de palabra se puede concebir bajo dos modalidades. Si se la hace coincidir con acceso a la lógica del discurso sólo se podrá hablar de representación de palabra con la instauración del proceso secundario. Si, por el contrario, se admite la existencia de una fase precoz en cuyo transcurso se opera la unión representación de cosa-representación de palabra que impone un nuevo tipo de información a la actividad psíquica se puede decir que algunas producciones psíquicas, a pesar de la doble inscripción, siguen regidas por la lógica del deseo.

El acceso al lenguaje para Piera Aulagnier supone el pasaje del placer de oír de lo originario, al deseo de aprehender de lo primario para finalmente arribar a la exigencia de significación del proceso secundario.

En lo primario todo lo oído remite a dos significados: uno engloba un conjunto de representaciones en las cuales el fantaseante es designado como el objeto deseado; el otro engloba el conjunto contrario: las representaciones mediante las cuales la experiencia de displacer se presenta como la meta a que apunta el deseo del otro.

Lo secundario trasciende las significaciones primarias y sus dos únicos significados, desplazándose el interés hacia la búsqueda de significado a partir de los enunciados efectivamente pronunciados.

El proceso primario es la modalidad de funcionamiento de la psique cuando se impone el reconocimiento de una diferencia entre dos espacios y dos deseos. *Lo primario da lugar a un trabajo de actividad psíquica cuyos momentos fecundos suponen la aceptación de una serie de diferencias: entre dos espacios psíquicos; entre los dos representantes de la pareja parental; entre el deseo y la demanda; entre ser hombre y ser mujer, y por último, entre significación primaria y secundaria.*

Yo

Freud define al yo apelando al triple registro de su metapsicología: desde el punto de vista *tópico,* se encuentra en una relación de dependencia, tanto respecto de las reivindicaciones del ello, como de los imperativos del superyó y de las exigencias de la realidad. Aunque se presenta como mediador y encargado de los intereses de la totalidad de la persona, su autonomía es relativa. Desde el punto de vista *dinámico* representa el polo defensivo del conflicto que pone en marcha una serie de mecanismos de defensa activados a partir de la señal de angustia. Desde el punto de vista *económico* permite el pasaje de la energía libre (proceso primario) a la energía ligada (proceso secundario).

¿Cómo evitar la oposición entre un yo-función, propenso al adaptacionismo, y un yo-representación, condenado al desconocimiento? (55). Oposición que simplifica —pero no resuelve— la tarea de construir una metapsicología del yo que dé cuenta de la duplicidad que lo constituye.

Freud, en su teorización, preserva esta duplicidad del yo. En el "Proyecto de psicología" acentúa la función inhibitoria del yo (20). Lo define como una organización representacional (neuronal) caracterizada por asociaciones (facilitaciones) entre los diversos sistemas de recuerdos, con un investimiento constante que le permite

inhibir el proceso primario (tanto la realización alucinatoria como la defensa primaria), posibilitando el proceso secundario. *El yo actúa en función de su carga energética e interviene como parte constante en el conflicto, en virtud de su doble función: inhibidora de los procesos primarios y defensiva.* Esta elaboración acerca del yo es una prefiguración de lo que luego será descrito en "Introducción del narcisismo" como reservorio libidinal, en *Más allá del principio de placer,* como vesícula protoplasmática, en *El yo y el ello,* como conteniendo la historia de los objetos otrora investidos.[14]

La oposición de Lacan a la *ego-psychology,* en tanto ésta pretendía convertir al yo en un sucesor de la antigua razón, tuvo sobrados fundamentos en la década del 50. Pero Lacan y sus discípulos han soslayado el construir una metapsicología del yo. Necesitamos una teoría del yo, dice Laplanche, que no sea "semejante a la psicología académica y clásica que se ha pretendido injertar en el pensamiento psicoanalítico" (56).[15]

El acceso al lenguaje, enfatiza P. Aulagnier, aporta

14. En 1916, Freud define al yo con su compleja arquitectura, y cómo, partiendo de las investiduras libidinales y sus destinos, "nos procuramos una primera intelección de la fábrica de las fuerzas del alma. Las neurosis de transferencia nos ofrecieron el material más favorable para ello. Pero el yo, las diversas organizaciones que lo componen, la manera en que están edificadas y su modo de funcionamiento siguieron ocultos para nosotros". Así como "mediante el análisis de las afecciones narcisistas esperábamos poder llegar a conocer la composición de nuestro yo y su edificio de instancias" (30).

15. Algunos lacanianos plantean una falsa disyuntiva: o se acepta toda la teoría de Lacan y sus propuestas institucionales o, si se intenta procesar algunos de sus aportes dentro del conjunto del pensamiento analítico, es inevitable el deslizarse hacia los pantanos del eclecticismo. Se trata de no limitarse a parafrasear a Lacan, sino trabajar sus conceptos sosteniendo con él ese debate que —sobre todo en sus primeras épocas— él supo mantener con Freud.

modificaciones decisivas en la tópica y dinámica del psiquismo. El poder nombrar imágenes y afectos supone la capacidad que el enunciante adquiere de reflexionar por él mismo, de reconocerse mediante la asunción de un cierto número de enunciados identificatorios.

Lo decible constituye la cualidad característica de las producciones del yo. Lo que no está enlazado a la representación de palabra no tiene existencia para el yo, lo que no quiere decir que no sufra sus efectos. Tarea del lenguaje es permitirle al yo conocer las fuerzas que operan en su espacio. Un conocimiento buscado por el yo, sólo si recibe, buscándolo, una prima de placer.

El yo está en proceso, en proceso identificatorio. Además de actualidad es trabajo incesante: de elaboración, de duelo, de apropiación, de descarte. Proceso identificatorio a partir de las representaciones identificatorias que los otros primordiales le aportaron. Todo el tiempo el yo investiga o construye para enfrentar cambios en el medio que lo rodea. *El yo es la instancia para la cual los objetos de placer se hallan en la realidad y está obligado a investirla.* Tiene la tarea de transformar, metabolizar, el objeto pulsional para tornarlo conforme al objeto real con el cual tiene que entendérselas, y nunca un placer real será independiente de la singular organización inconsciente de ese yo y de sus singulares puntos de fijación, pero tampoco de lo que encuentra en la realidad.

Lacan aportó una lectura distinta de Freud y riquísimas reflexiones. Lo que se sistematiza en la década del 60 y se radicaliza en los últimos años con los matemas merece ser debatido, evitando tanto el maniqueísmo polémico como el quedar subordinado a campos de fuerza institucionales. Se requiere trabajar la teoría de Lacan dando cuenta de sus fuentes, sus referencias conceptuales, sus fundamentos y sus finalidades. Esa difícil tarea no creo que pueda ser llevada a cabo por epígonos que imitan los gestos de Lacan pero no su trabajo de pensamiento. Epígonos que difunden un esoterismo vacuo que —por querer decir demasiado— terminan no diciendo nada.

Si bien el yo en su trabajo de representación tiene el anhelo de volver lo "afuera de la psique" conforme a sus construcciones, éstas encuentran muy rápidamente la resistencia que ese "afuera de la psique" le opone, desmintiendo una parte de las interpretaciones que el yo se da sobre las causas de sus placeres, de sus sufrimientos, de sus metas. Desmentida necesaria y que lo obliga a reconocer esa realidad que no coincide con el mundo fantasmático.

El yo necesita disponer de un mínimo de reparos identificatorios. Esos puntos de certeza son provistos por la identificación simbólica.

El trabajo de construcción-reconstrucción permanente de un pasado es necesario para investir este tiempo inasible que es el presente. Es preciso que el yo pueda anclar sobre un número mínimo de referentes estables de los cuales su memoria le garantice su permanencia. Es ésta una condición necesaria para que las transformaciones no pongan en peligro esa parte permanente y singular que deberá transmitirse de capítulo en capítulo para dar coherencia y sentido a la historia que se cuenta (8). "Historias... aquellas que se le cuentan a los niños, aquellas que se cuentan entre los adultos con la esperanza de que no se descubrirán sus mentiras, aquellas que uno se recita con toda buena fe sobre sí mismo, aquellas escritas por los profetas proclamando las verdades eternas protegidas de todo cambio... y después las otras, las científicas, indefinidamente reescritas por doctos historiadores hurgando los archivos a la búsqueda de verdaderas circunstancias, de verdaderas causas... Historiadores en los cuales su trabajo se parece mucho a aquello que incumbe al yo, a todo yo, obligado a describir-construir la historia de su propio pasado, para que su presente tenga sentido y para que el concepto de futuro se torne pensable" (5).

A partir de los encuentros y de las informaciones que los otros y la realidad envían al yo, ya no puede seguir creyendo en una representación única de sí mismo. Se presentarán siempre riesgos de cuestionamientos y de fisura: "Esta fisura se puede situar en el interior del armado primero: estaremos en ese caso frente a la potencialidad psicótica, que se manifestará en un conflicto entre los dos componentes del yo como tal" (6). Para evitar esa potencialidad psicótica ciertas referencias simbólicas deberán estar preservadas. Retomaré este tema en el apartado dedicado a la psicosis.

Los primeros parágrafos de su historia no pueden ser escritos más que por retroacción, teniendo en cuenta los testimonios de aquellos que pueden recordar lo que el yo ha vivido.

La entrada en escena del yo es simultáneamente la entrada en escena de un tiempo historizado. El pensamiento será siempre sorprendido por aquello que, procediendo de la otra escena, significa a un sujeto y a un deseo que sin cesar subvierten la necesidad de orden y de dominio que el yo pretende tener sobre el conjunto de la realidad psíquica.

La imagen de sí reposa sobre una fusión indisoluble entre los investimientos del yo y los investimientos objetales, es decir, entre la economía narcisista y la objetal. Los encuentros significativos exigirán una reorganización de los investimientos, una nueva repartición entre los soportes internos (narcisistas) y los soportes externos (objetales), la elección de nuevos objetos, el duelo por otros. Ninguno de estos movimientos dejará de encontrar resistencias, tanto interiores como exteriores (el deseo del otro, las exigencias culturales). Resistencias que requieren una negociación, tanto entre las propias instancias psíquicas, como entre el yo y los otros investidos, así como entre Eros y Tánatos.

El yo sustituye el tiempo pasado por un relato. Esta

historización de lo vivido es una condición necesaria para investir el tiempo futuro. El yo encuentra en su presente una potencialidad que espera realizar en su devenir futuro. El yo necesita retrotraer a un pasado la causa de lo que él es, de lo que vive, de lo que anhela para el futuro. El yo deberá preservar una ligazón entre presente y pasado, y postular una causalidad que torne sensata la experiencia que vive.

Para Freud, "el sentimiento de sí" es tributario de una historia, de los logros, de la configuración de vínculos, de la constelación de ideales, pero especialmente de los proyectos que desde el futuro marcan una trayectoria a recorrer.

El investimiento narcisista del yo es imprescindible para su constitución, y determina la autoconservación y el aseguramiento de los límites pero, sobre todo, garantiza el funcionamiento del yo por amor a sí mismo. De allí surgen una cantidad de consecuencias: constancia de las investiduras, libre circulación de la energía, capacidad de resistir las intrusiones del objeto y sus variaciones aleatorias, tolerancia a la regresión.

La vida psíquica debe establecer una alianza entre aquello que permanece y aquello que cambia, entre aquel núcleo de singularidad permanente de identificaciones y de capital fantasmático, y los compromisos, las recomposiciones, las modificaciones que exigen los encuentros y los investimientos con otros sujetos y con otras metas (7).

El investimiento del tiempo presente es el resultado de una operación económica fugaz, constante y compleja, ya que el yo retira del investimiento del tiempo pasado aquella parte de la libido que permite investir un tiempo futuro. El tiempo presente no es más que ese momento donde se opera ese movimiento de desplazamiento libidinal entre dos tiempos que no tienen más existencia que la psíquica: un tiempo pasado sólo preservado en el recuerdo, y un tiempo por venir que como tal es sólo existente como anticipación (9).

Las imágenes que ofrecen los otros significativos y valorados acerca de quién es yo contribuyen a hacer menos angustiante la interrogación. Pero la duda está siempre presente y las certidumbres acarrean el riesgo de cierta mutilación de la movilidad identificatoria. El yo está conformado por las representaciones de sí y también por sus "posesiones", que comprenden tanto las relaciones de objeto como sus realizaciones.

El yo metaboliza las representaciones fantasmáticas convirtiéndolas en representaciones relacionales. Cada vez que un objeto actual despierta la memoria del cuerpo, cada vez que sensibiliza esas cicatrices que señalan sus diferentes duelos libidinales y narcisistas, se comprueba en todo sujeto una nueva distribución entre la fantasía y el pensamiento.

El yo despliega una actividad de pensamiento bajo la forma de un trabajo interpretativo que se aplica al conjunto de la realidad perceptible. Pero esa interpretación, a la cual el yo no puede sustraerse sin desaparecer, no puede efectuarse más que dentro del sistema de significaciones del lenguaje.

El yo está obligado a encontrar una interpretación causal para su sufrimiento que le impida el desinvestimiento total. "Estás condenado por y para toda la vida a una puesta en pensamientos y en sentido de tu propio espacio corporal, de los objetos-meta de tus deseos, de esta realidad con la que deberás cohabitar, que les asegure para siempre permanecer como soportes privilegiados de tus investiduras" (4). Ese veredicto marca al yo desde su surgimiento en la escena psíquica: pensar su cuerpo, pensar su estatuto de deseante y la realidad que deberá proteger del riesgo de desinvestidura definitiva. Es tarea del yo preservar la investidura de su cuerpo, de los otros, y de la realidad que nunca corresponderá totalmente a la

representación que él desearía darse de ella. Ese cuerpo, ese otro investido, esa realidad, serán inevitablemente fuente de sufrimiento, provocando un movimiento de desinvestidura. La tarea del yo es oponerse a ese movimiento de retiro. "Pensar, investir, sufrir: los dos primeros verbos designan las dos funciones sin las cuales el yo no podría advenir ni preservar su lugar sobre la escena psíquica: el tercero, el precio que deberá pagar para lograrlo" (4).

El yo está "condenado a investir", defendiéndose contra una desinvestidura que podría hacer desaparecer el conjunto de los objetos que son sus soportes. Tal desaparición haría que el yo se autoexcluya del campo de las investiduras, ya que no es posible para esta instancia pensar su propia existencia fuera del registro relacional. El yo no inviste objetos inanimados, sino otros sujetos regidos por sus propios deseos y que, en diversos momentos, en forma más o menos violenta, rechazarán el papel de preservar una relación que los sitúa en un lugar que no quieren o no pueden ocupar. No hay relación del yo con los otros que esté al abrigo del conflicto, pero se requiere que éste no sobrepase un cierto umbral para que no se produzca ese movimiento de desinvestidura. Toda alteración de la relación del yo con los objetos acarrea consecuencias en el campo narcisista. *Todo objeto investido conlleva un peligro de sufrimiento proporcional a su investidura.*

Es propio del yo no poder aprehenderse, sino bajo la forma de un saber del yo sobre el yo. El proceso secundario intenta establecer una causalidad entre los fenómenos que se le plantean. El proceso primario es un modo de actividad en el que lo puesto en escena es conjuntamente presentación de su causa y efecto de su acción, tiene un atributo de certeza. A la inversa, la interpretación que elabora el yo y su trabajo de puesta en sentido se caracteriza por su dependencia de una prueba de verificación

y por su posibilidad de recurrir, cuando la verificación no puede efectuarse, a otro tipo de garantía.[16]

El principio de realidad, para Freud, consiste en que lo representado ya no es lo agradable, sino lo real a pesar del displacer que pueda producir. ¿Cómo distinguir entre principio de placer y principio de realidad? Una de las maneras es recurrir a la categoría de la diferencia. El principio de placer tiende a ignorar la diferencia, a organizar un campo en el que el después se presenta como el retorno del antes, la alteridad como identidad. El de realidad la respeta, ya que exige que todo elemento pueda diferenciarse, ser situado en relación con el antes y el después, con lo mismo y la alteridad. En tal caso, el presente y eventualmente el futuro no son una mera representación de lo ya vivido, sino que se instaura en el campo de la repetición y de la diferencia.

El principio de realidad no pretende ser la definición de ningún real objetivo, sino que es el conjunto de categorías a las que el proceso secundario debe plegarse a fin de tener conocimiento de una realidad del cuerpo, del mundo y de la psique que el yo encuentra, inviste, remodela, interpreta pero que no es su construcción autónoma.

La duda es el equivalente de la castración en el registro del pensamiento. Mediante la duda se separa el investimiento de la voz que enuncia del investimiento del enunciado, y de la información que se recibe o que se descubre generándose ese paso formidable a partir del

16. Freud postuló que la neurosis evita el desmentido de la realidad, mientras que la psicosis la desmiente y procura sustituirla. "Llamamos normal o sana a una conducta que aúna determinados rasgos de ambas reacciones: que, como la neurosis, no desmiente la realidad, pero, como en la psicosis, se empeña en modificarla. Esta conducta adecuada a fines, normal, lleva naturalmente a efectuar un trabajo que opere sobre el mundo exterior, y no se conforma, como la psicosis, con producir alteraciones internas; ya no es autoplástica, sino aloplástica" (38).

cual el investimiento de una idea ya no es función del placer o el displacer que la acompaña, sino de la verdad o de la falsedad que ella enuncia.

El yo, en adelante, no se limita a aceptar una idea o rechazarla en nombre del placer o del sufrimiento que resultaría de ello ni tampoco porque ame o deteste la voz que lo enuncia: esta voz conservará su investimiento, pero sus enunciados serán sometidos a la prueba de lo verdadero o de lo falso. Se instituye una instancia tercera que deberá desempeñar el papel de garante. *Esta triangulación escuchante-enunciante-tercero garante es fundamental para evitar situaciones duales.* Esta triangulación en todo sujeto adulto siempre puede anularse, y esto es lo que caracteriza el estado de alienación. Si sólo es verdadero lo que enuncia la voz idealizada, el yo no puede ser autogarante de ninguno de sus deseos, de sus padecimientos, de sus proyectos.

La *alienación* es una situación relacional en la que el yo remite la totalidad de sus pensamientos al juicio exclusivo de otro que puede, con exclusividad, dotarlas de sentido o declararlas insensatas. La alienación implica una pérdida sufrida por el yo de todo derecho de juicio sobre su propia actividad de pensar.

Freud diferencia idealización de sublimación. La sublimación supone una realización de los ideales, mientras que la idealización implica cierta renegación. La alienación es el límite extremo que puede alcanzar el yo en la realización de un deseo de abolir toda situación de conflicto y de sufrimiento. Concreta de tal manera una tentación siempre presente: volver a hallar la certeza excluyendo tanto la duda como el conflicto.

Uno de los temas que más preocuparon a P. Aulagnier fue el de la alienación, tanto en el proceso analítico como en la formación teórica de los analistas. En este caso, asume la forma del dogmatismo. En éste, la idealización de un discurso conduce a una mutilación de la actividad

de pensamiento. Esta idealización sirve de sostén a grupos cada vez más amplios que pueden compartir la misma necesidad narcisista de pertenencia. El dogmatismo es alienante ya que sustituye la pulsión de saber por el anhelo de albergar lo ya pensado por otro, consumando un deseo de muerte que concierne al pensamiento. El texto elevado a dogma exime del costoso trabajo psíquico que implica escuchar la singularidad de cada historia. Un proyecto dogmático es un ejercicio de clausura y nace de una agorafobia intelectual, de una ansiedad ante la incertidumbre y de un anhelo de seguridad en lo absoluto. *El dogmatismo consiste en un universo conceptual que se engendra a sí mismo y que impone su propia idealidad sobre la clínica en lugar de entrar con ella en una ininterrumpida relación de diálogo.*

4. IDENTIFICACION

"Habíamos logrado esclarecer el sufrimiento doloroso de la melancolía mediante el supuesto de que un objeto perdido se vuelve a erigir en el yo, vale decir, una investidura de objeto es relevada por una identificación. En aquel momento, empero, no conocíamos toda la significatividad de este proceso y no sabíamos ni cuán, cuán frecuente ni cuán típico es.

Desde entonces hemos comprendido que tal sustitución participa en considerable medida en la conformación del yo, y contribuye esencialmente a producir lo que se denomina su carácter" (Freud, S., 1923).

La identificación, luego de haber sido conceptualizada por Freud en "Duelo y melancolía" como una modalidad patológica de resolver un duelo, se convierte en la operación por la cual se constituyen tanto el yo como el superyó. La melancolía le permitió echar una mirada "en la constitución íntima del yo humano" en la cual la investidura de objeto fue reemplazada por "una identificación del yo con el objeto resignado. La sombra del objeto cayó sobre el yo" (29).

En 1921, Freud asigna al concepto de identificación un alcance mucho mayor que en los anteriores ensayos, al diferenciar las identificaciones primaria, narcisista e histérica (34). En 1923, advierte los efectos estructurantes de las identificaciones.

Estructuración que se da en el seno de la estructura edípica y teniendo como borde la angustia de castración. Para Freud todo converge en la constelación edípica. Las instituciones del yo: la censura, las defensas, la prueba de realidad; y las del superyó: los ideales, la conciencia moral y la autoobservación serán reubicadas en la textura del Edipo. La combinatoria de los lazos edípicos atravesados por la ambivalencia y la bisexualidad permite a Freud pensar de manera coherente el juego identificatorio e integrar las implicaciones del Edipo, con todos sus componentes y condiciones (prematuración, dependencia prolongada, bisexualidad psíquica, ambivalencia), con el dualismo Eros-pulsión de muerte (36).

El proceso identificatorio embarca al niño en una búsqueda que implica una renuncia al conjunto de los objetos que, en una primera época de su vida, representaron los soportes conjuntos de su libido objetal y narcisista, objetos que le han permitido plantearse cómo ser y designar a los objetos codiciados por su tener.

El yo no se forja de manera solipsista. Es desde el Otro que le es brindada la identificación simbólica. *El concepto de identificación simbólica responde a la necesidad de*

privilegiar el advenimiento de una subjetividad que sólo puede constituirse reconociéndose identificada a partir del Otro. El investimiento narcisista del yo supone la referencia a un núcleo identificatorio estable y a un ideal del yo asumible. Es por la historia de la relación con sus objetos que el yo construye su propia historia. Escribe Freud en 1923: "El carácter del yo es una sedimentación de las investiduras de objeto resignadas, contiene la historia de estas elecciones de objeto" (36).

El yo es producto de las sucesivas experiencias de impotencia en las que fue modelado por el otro. Las imágenes que el yo construye de sí mismo tienen siempre como referencia su propia imagen, pero también las que le brindan los otros. El yo debe articular esas dos referencias: su reconocimiento y el reconocimiento de él mismo por parte de la mirada de los otros. Progresivamente, la verdad de los enunciados que se refieren al yo y lo definen ya no está en poder exclusivo del discurso de ningún otro, sino que es esperada del "discurso del conjunto" (1).

A medida que se va construyendo, el yo incorpora rasgos y cualidades de los objetos. La identificación se plantea como el medio más general al cual recurre la economía libidinal para conservar aquello que el principio de realidad obliga a abandonar. El reemplazo de una elección libidinal por un investimiento yoico le permite al yo imponerse como objeto de relevo que compensa la pérdida.

El narcisismo secundario transforma el deseo hacia el objeto en investimiento yoico: el yo se convierte en objeto de deseo. La identificación, al suprimir al objeto, lo neutraliza. A través de la identificación, el yo encuentra en él mismo su satisfacción y se libera de su dependencia de los objetos. El yo prefiere el ser al tener, aunque al tener refuerce el sentimiento de ser. Aceptar al objeto es aceptar su variabilidad, sus sorpresas, y que pueda estar o no.

El yo, en tanto narcisista, intentará ante el sufrimiento empobrecer cada vez más sus relaciones objetales y emanciparse del objeto instaurándolo en el yo. La investidura narcisista suprime la distancia que separa al objeto del yo.

El yo, para Freud, no es sólo un aparato biológico funcional destinado a percibir, a someter al principio de realidad las pulsiones del ello, sino que es el precipitado de antiguas investiduras de objeto, a las que —por las vicisitudes de la historia— ha debido abandonar.

Lo propio del proceso identificatorio es no concluirse nunca, pero tiene que ofrecer ciertos puntos simbólicos de reparo para que esa trayectoria no sea fuente de desorganizantes angustias que en su reiteración pueden hacer claudicar la búsqueda. El yo está constituido por un conjunto complejo de identificaciones producto de los enunciados que sobre el yo formularon los otros significativos.

El proceso identificatorio tiene como condición y como meta asegurar al yo un saber sobre el yo futuro y sobre el futuro del yo. Después de la declinación del complejo de Edipo, nuevas referencias modelarán la imagen del yo. El yo abre un primer acceso al futuro cuando pueda proyectar en él el encuentro con un estado y un ser pasado. Ello presupone que ha podido reconocer y aceptar una diferencia entre lo que es y lo que querría ser: el yo debe lograr hacer pensable para sí su propio devenir, pensable la diferencia entre él tal como se representa y él tal como devendrá, él tal como se descubre deviniendo.

El yo esboza su propia temporalidad, invistiendo un espacio-tiempo futuro y la diferencia de sí mismo a sí mismo. La apropiación de un anhelo identificatorio que tenga en cuenta este no retorno de lo mismo es una condición vital para el funcionamiento del yo.

El Edipo hace que el ideal se ubique más allá del yo actual, es la herida narcisista que produce una fisura que

separa al yo del ideal y proyecta un encuentro con él sólo en el porvenir. El yo no es el ideal pero ha de serlo: el ideal del yo se genera a partir de un no ser y aspirar a tener. Desde el ideal se inviste narcisísticamente lo que se supone presente en estado potencial en el yo actual.

Con la declinación edípica, los interrogantes acerca de quién es yo y qué deberá llegar a ser ya no podrán responderse por el otro primordial, sino que el yo deberá intentar responder a estos interrogantes en su propio nombre. *Desde entonces, entre el yo y el ideal persistirá un intervalo que representa la asunción de la prueba de la castración en el registro identificatorio.*[17]

El proyecto es la vía de acceso a la categoría del futuro y tiene como consecuencia la acción que desde allí se ejerce para constituir un tiempo pasado compatible con el investimiento de un devenir. El tiempo y la historia sólo pueden llegar a ser parte integrante del funcionamiento del yo gracias a un proyecto que le dé un estatuto en el campo psíquico. "El conjunto de los enunciados identificatorios designa quién es yo y los objetos que él posee, que sueña llegar a ser y que anhela tener; la tarea que les incumbe es salvaguardar el poder —de sustitución, de invención de otras referencias y de nuevos emblemas, de cambio— de estos enunciados y, también, dar lugar a la

17. Piera Aulagnier explicita la prueba de la castración en el registro identificatorio: "Entre el yo futuro y el yo actual debe persistir una diferencia, una x que represente lo que debería añadirse al yo para que ambos coincidan. Esta x debe faltar siempre: representa la asunción de la prueba de castración en el registro identificatorio y recuerda lo que esta prueba deja intacto: la esperanza narcisista de un autoencuentro, permanentemente diferido, entre el yo y su ideal que permitiría el cese de toda búsqueda identificatoria. Es entonces un compromiso que el yo firma con el tiempo: renuncia en convertir el futuro en el lugar en que el pasado podría retornar, acepta esa comprobación pero preserva la esperanza de que algún día ese futuro pueda volver a darle la posesión de un pasado tal como lo sueña" (1).

parte de sueño necesaria para el funcionamiento del yo" (1).

La anticipación materna, a través de sus enunciados identificatorios, es el prerrequisito para la reconducción del yo por el yo. Hay algo que caracteriza a estos enunciados: el yo que deberá advenir tiene, desde el nacimiento, un carácter de exterioridad, de no identidad en relación con el yo materno que los enuncia. El proceso identificatorio tiene una determinación simbólica presente en el inconsciente de los padres.

El nacimiento del yo supone una relación de separación entre él y el yo del otro primordial. Si no pudiera atribuirse esta no identidad no habría nacimiento del yo. Deberá estar presente este índice de exterioridad, a través del cual la realidad exterior se presenta al yo como espacio exterior no reductible al suyo propio y también como espacio que contiene a los objetos que espera convertir en sus haberes: proceso identificatorio. El yo planteará una separación entre ser y tener; entre lo que querría llegar a ser y lo que querría poseer (diferencia entre el registro narcisista y el registro objetal), entre el trayecto identificatorio y las elecciones de objeto (79).

Durante una primera etapa de la vida infantil, el niño se apropia de una historia que se le cuenta. Esta versión está destinada a sustituir las representaciones pictográficas y fantasmáticas que acompañaron a ese vivenciar por la nominación y la significación de las experiencias más determinantes.

El conjunto de las miradas de los otros le proponen al yo las piezas de un rompecabezas que él es el único capaz de armar: tiene que elegir las que lo ayuden a proseguir y a consolidar su construcción identificatoria. Pero a fin de que el armado final del rompecabezas le ofrezca una imagen familiar e investible, se tiene que poder basar en un primer resultado de su propio trabajo de reunificación de esos dos componentes del yo que son el *identificante* y

algunos de los primeros *identificados* ofrecidos por el portavoz.

El edificio identificatorio es siempre mixto. A esas primeras piezas que garantizan al sujeto sus puntos de certeza (identificación simbólica) se agregarán las "piezas aplicadas", esas identificaciones que son producto de la imagen esperada e investida por la mirada de los destinatarios de sus demandas. Este segundo conjunto, según los momentos, según la problemática y la expectativa de los destinatarios, se adaptará mejor o peor a aquel primer armado. La potencialidad conflictual, en el registro de la identificación, encuentra su razón en este carácter mixto del yo (6).[18]

Se presentarán siempre riesgos de fragmentación, la potencialidad de una fisura. Esta fisura se puede situar en el interior del armado primero: estaremos en ese caso frente a la *potencialidad psicótica,* que se manifestará en un conflicto entre el identificante y los primeros identificados. Se puede situar entre el primer armado y esas piezas agregadas que dan testimonio de lo que ha devenido y deviene el yo: *potencialidad neurótica.*

18. Freud pensó la constitución del yo, el pasaje del autoerotismo al narcisismo a partir de la esquizofrenia. Esta le indicó esa fisura instalada en el interior del yo. "Estamos familiarizados con la concepción de que la patología, mediante sus aumentos y engrosamientos, puede llamarnos la atención sobre constelaciones normales que de otro modo se nos escaparían. Toda vez que nos muestra una ruptura o desgarradura, es posible que normalmente preexistiera una articulación. Si arrojamos un cristal al suelo se hace añicos, pero no caprichosamente, sino que se fragmenta siguiendo líneas de escisión cuyo deslinde, aunque invisible, estaba comandado ya por la estructura del cristal. Unas tales estructuras desgarradas y hechas añicos son también los enfermos mentales" (42).

"Es muy difícil ejercer el psicoanálisis en calidad de solitario; pues se trata de una empresa exquisitamente comunitaria. Y en cualquier caso sería mucho mejor que todos rugiéramos o aulláramos a coro y en armonía, en lugar de que cada cual se limite a gruñir en su rincón" (Freud, S., 1925).

P. Aulagnier no ha cesado de desarrollar una reflexión cada vez más exigente sobre el acto analítico y sobre la teoría que de él debe dar cuenta.

La escucha clínica tiene una relación particular con el pensamiento teórico. La *teorización flotante* es una actitud de selección de lo pensable que moviliza todo aquello que conoce el analista respecto del funcionamiento psíquico, y posibilita la movilidad de sus pensamientos en la escucha.

Las propuestas técnicas de P. Aulagnier son solidarias con su constelación metapsicológica. Un interrogante subtiende las elaboraciones de P. Aulagnier: "¿Somos hoy capaces de formular una definición del psicoanálisis y del trabajo del psicoanalista que no quede desmentida por lo que suceda de hecho en nuestra práctica, y que permita superar la fisura nacida entre la ambición del discurso teórico y una praxis enfrentada con la dura realidad de un sujeto que no es ni un ser teórico ni un ser trascendental?" (3).

Todo analista está expuesto a un pensar y a un hacer ante el despliegue de un enigma interminable que tiene que elucidar por medio de construcciones "teóricas" sucesivas, siempre fragmentarias y esencialmente incompletas. Cotidianamente confronta la totalidad de lo psíquico. Cada historia singular mantiene indefinidas relaciones con los conceptos adquiridos en su formación teórica. Todo analista debe preservar esta alianza entre conocido y desconocido, entre las restricciones y exigencias del pensamiento teórico y la libertad que debe estar presente para posibilitar la atención flotante que da lugar a pensamientos imprevistos e imprevisibles (6).[19]

Así como cada analista tiene el derecho de privilegiar ciertos aspectos de la teoría, la escucha del paciente lo obliga a poner entre paréntesis sus intereses teóricos que son siempre sectoriales.

La tarea analítica sólo es posible si ambos participantes pueden hallar placer en esa nueva creación compartida que es la experiencia analítica. Creación en distintos registros: creación por el analizando de una nueva versión de su historia; creación por el analista que se descubre construyendo con otro algo nuevo e inesperado, y creación por los dos participantes de una historia transferencial.

El trabajo analítico consiste en evitar tanto ese silencio despectivo que actualmente parece de buen tono

19. La certeza, que constituía el patrimonio de lo originario y lo primario, es sustituida en el registro del yo por la duda que, de ahora en más, no puede ser soslayada. Tener que pensar, tener que dudar de lo pensado, tener que verificarlo: tales son las exigencias que el yo no puede esquivar. "No puede haber realización del proyecto analítico, ni trabajo que merezca este calificativo, si ambos participantes no son capaces de correr el riesgo de descubrir pensamientos que podrían cuestionar sus conocimientos más firmes: esto vale, por idénticas razones, tanto para el analizando como para el analista, con respecto a lo que el primero creía conocer sobre sí mismo, y con respecto a lo que el segundo creía al resguardo de la duda en su propia teoría. Correr dicho riesgo no implica que éste tendrá lugar, sino aceptar una apuesta que concierne, para los dos, a la posesión de sus bienes más preciados. Apuesta sólo sostenible si se experimenta el deseo de favorecer en sí mismo y en otros el surgimiento de un pensamiento nuevo" (3).

cultivar, como la interpretación prefabricada. El analista, según P. Aulagnier apoyada en la propuesta freudiana, "parece más emparentado con un rudo trabajador afanándose sobre su obra y defendiéndola, dispuesto a arremangarse para ayudar al otro a salir del camino en el que corre el riesgo de atascarse, que como una suerte de asceta del silencio que observa con tranquilidad el espectáculo que se le ofrece y espera que el otro quiera salir de su atolladero" (3).

Uno de los principales méritos de Piera Aulagnier es haber sido la primera en exponer minuciosamente las trampas de la difusión de un saber que devino ideología de la *intelligentsia* parisiense.

En ese medio se produjo una idealización del análisis que no apunta al analista, sino al análisis en cuanto práctica, mecanismo, proceso, máquina analizante. Poco importa el saber o no saber, el hacer o no hacer del que ocupa el sillón, ya que es por construcción un sujeto supuestamente producido por la maquinaria y que no puede hacer otra cosa sino reproducir, activa o pasivamente, el mismo resultado. Poco importa lo que diga o no diga, lo que viva o sueñe el que está sobre el diván, puesto que él conserva la convicción de que la maquinaria realizará su programa sea cual fuere la singularidad de los dos participantes en presencia (2). La amnesia infantil es sustituida por el anonimato de un texto que la cultura ha institucionalizado, texto que repite la historia de la infancia y que obstaculiza la construcción de su historia infantil. *La divulgación y fetichización del psicoanálisis hace que, en ciertos casos, el compromiso analítico se formalice entre dos creyentes del psicoanálisis: el primero (analista), por ser heredero de un saber; y el segundo (analizando) por ser heredero de una cultura que concede un sitio a ese saber.* Esa idealización pretransferencial

corre el riesgo de convertir a la experiencia analítica en un ritual. "Cuando se observa lo que hoy se pretende práctica psicoanalítica, cuando se advierte la parte que ocupa en el discurso de buen número de sus practicantes —término más apropiado aquí que el de práctico— la ideología, la repetición y las estereotipias, se tiene la impresión, a despecho de una aparente referencia a los mismos postulados de Freud, de estar contemplando un traje de arlequín que, lejos de aportar al análisis un sabor festivo, le quita toda alegría y todo valor" (4).

Cinco ejes teóricos no han dejado nunca de estar presentes después de Freud, afirma Rosolato (tecnológico, idealoducto, logodinámico, al negativo y transgresivo). Estos ejes inducidos por determinadas formas clínicas propugnan a su vez un tipo de práctica. Bien usados —sobre todo si se evita una tentación totalizadora— estos ejes no son "desviaciones" sino componentes del trabajo analítico. Según las particularidades del paciente, puede predominar uno de ellos. Todo analista debiera dilucidar la cuestión de los méritos parciales de cada uno de estos ejes. Las soluciones sistemáticas fueron seductoras en una primera instancia por su simplicidad de uso y su monolitismo aplicado a todos los casos.

En el psicoanálisis norteamericano clásico prevalece el *eje tecnológico.* El analista se posiciona como un técnico evitando enfrentarse, mediante una sistematización exhaustiva de las variables en juego, a la especificidad de cada proceso analítico. El ideal tecnológico imita protocolos de verificación importados de disciplinas vecinas: medicina, biología, física (75).

Son propios del *eje idealoducto* la referencia a ideales comunes y el especial manejo de la transferencia. Las intervenciones del analista son como revelaciones, un decir imposible de prever, una palabra siempre sorprendente. Se caracteriza por difundir una sospecha constante sobre la interpretación. Lo que es un cuestionamiento

legítimo se convierte en un escepticismo triunfante. La persistencia del silencio a ultranza deviene una posición confortable que pretende situarse más allá de las interpretaciones relativas al contenido, las resistencias y la transferencia (76). Debido a ello, la idealización se incrementa en la medida en que el analizando pueda imaginar interpretaciones apuntaladas en intervenciones enigmáticas y oraculares que se deslizan hacia una continua virtualidad por su enigmática polisemia. Todo ello genera una transferencia idealizada o, para decirlo en términos de Aulagnier, una pasión de transferencia.[20]

Así como Freud diferenciaba a los pacientes según el grado de resistencia, actualmente es fundamental diferenciar pacientes con baja y alta creencia. Muchos autores han abordado las dificultades técnicas que le plantean al analista aquellos pacientes con una pretransferencia

20. Para Rosolato, el *eje transgresivo* lo marcan aquellas corrientes que generan una modificación importante en la manera de conducir la cura. Algunas transgresiones pasan del rechazo al reconocimiento. El reconocimiento suele implicar oficialismo. Lo transgresivo se convierte en la "ortodoxia". ¿No fue acaso el kleinismo el análisis ortodoxo en Buenos Aires hasta hace unos años? Lo transgresivo no apunta tanto a la ruptura con la técnica "clásica". Lo transgresivo debe ser entendido más bien en relación con las historias regionales y las corrientes que hegemonizan, en un momento dado, el psicoanálisis y definen la "ortodoxia". En la década del 60, en Buenos Aires, no ser kleiniano era transgresivo. Por el contrario, en Estados Unidos, Klein y Bion eran considerados transgresivos hasta hace poco tiempo. Se pueden enumerar variantes del psicoanálisis transgresivo: las técnicas activas, las de compensación, las liberadoras. Ferenczi fue el precursor de las *técnicas activas.* Para abreviar la duración de la cura propiciaba técnicas más flexibles. Ferenczi alertó acerca de la rigidez que puede instalarse en una cierta "ortodoxia". En cuanto a las *técnicas de compensación,* la innovación viene de los desarrollos de la escuela inglesa, así como de las propuestas de Kohut. Por último, las *técnicas liberadoras:* su precursor es Reich. Se refuerza una actitud antiintelectualista mediante el énfasis en la catarsis.

idealizada. Son los creyentes que se arrullan en muchos divanes. El paciente —como la pulsión— es una exigencia de trabajo; el creyente —en cambio— reclama un ritual. Estos últimos cumplen con todos los requisitos formales. Hablan con propiedad o, mejor dicho, manejan la jerga que supuestamente se espera. Pero con ellos no se despliega un proceso analítico (69).

Como analistas aspiramos a establecer un diálogo permanente entre pasado y presente, ya que la historia no es pasado sino cuando es recordada. Nuestra meta es que la mirada hacia el pasado permita la asunción de un futuro que no sea sólo repetición, sino que aporte la diferencia. El recordar desactualiza el pasado al temporalizarlo. Ese pasado sólo se puede reconstruir partiendo de aquello que esa historia moviliza en el presente.

En el trabajo analítico disponemos de una historia oficial. Confrontamos esa historia con aquella a construir desde las formaciones de compromiso.

La relación presente entre ese tiempo vivido en el pasado más o menos lejano y la narración que permite que un tiempo muerto encuentre lugar en un discurso vivo, lejos de ser una cuestión metafísica, es justamente aquello que realizamos día tras día en nuestra clínica. Encuentro entre dos historiadores y dos versiones: el análisis no es otra cosa que eso, pero lejos de conducir a una situación de conflicto que concluiría con la victoria de uno sobre el otro, el proceso analítico da lugar a una tercera versión de la historia construida conjuntamente por paciente y analista.

La meta del trabajo analítico es poner en marcha y preservar un trabajo de reinterpretación abierto. El vivenciar actual le permite al analizando modificar la interpretación de su pasado. Esta reinterpretación modifica su interpretación de su presente.

Las interpretaciones y las construcciones le permiten al analizando apropiarse y reconstruir el sentido de un fragmento de la historia de su pasado libidinal con el fin de ponerlo al servicio de la singularidad de su proyecto identificatorio actual. Le posibilitan darse una nueva versión sobre su pasado y tener nuevas ilusiones sobre su futuro: él es efecto de una historia, una historia que ha dejado de ser destino.

La experiencia analítica es una tarea en común e incluye una dimensión afectiva. La neutralidad no tiende a eliminar todo intercambio en esa dimensión para convertir al analista en soporte silencioso de proyecciones y de afectos movilizados por la regresión del paciente. La transformación de un saber teórico en un discurso viviente y singular exige que el analista invista a sus intervenciones del potencial afectivo que procede de la relación transferencial. Esta le revelará al analista no sólo su "saber", sino también sus posibilidades en cuanto capital libidinal que remite a su propia historia relacional. *Sólo la inclusión de esta dimensión afectiva evita que la interpretación analítica se convierta en un sistema interpretativo estereotipado tan universal como ineficaz.*

P. Aulagnier diferencia el afecto del sentimiento; el sentimiento corresponde al yo. Todo sentimiento es consecuencia de la relación que se establece entre un encuentro actual y uno pasado. El actual le será deudor de un poder emocional que no tendría por sí mismo, pero el encuentro pasado será reinterpretado en conformidad con el placer o el sufrimiento que el sujeto vive en el presente.

Al hacer consciente lo inconsciente, las representaciones que operan según la legalidad del proceso primario se inscriben en el proceso secundario. El proceso primario puede ser definido en los registros energético (tendencia a la descarga, movilidad de la energía), representacional (condensación, desplazamiento) y categorial (ausencia de negación, de duda, no sometimiento a los

datos del espacio y del tiempo). En cambio, en el proceso secundario, la energía se encuentra ligada; las representaciones son investidas en forma más estable y la satisfacción es aplazada, posibilitando experiencias mentales que ponen a prueba las distintas vías de satisfacción posible hasta lograr la acción específica. El pensamiento es el paradigma del funcionamiento con energía ligada, que asocia la elevada carga que supone la atención con el desplazamiento de pequeñas investiduras que lo posibilitan. La reelaboración es un trabajo de ligadura que se opone a la desligadura de lo tanático.

La interpretación, al operar un desplazamiento en cuanto a la causalidad, reorganiza el campo de la significación; su meta es que el analizando logre conjugar de otra manera los verbos ser (registro identificatorio) y tener (registro objetal). La interpretación, más allá de su efecto puntual, implica un proceso de reelaboración que enlaza, a su vez, un trabajo de diferenciación y de reorganización de los investimientos libidinales. *La interpretación pretende modificar la relación existente entre el yo y el espacio psíquico ajeno a su jurisdicción.*

La interpretación tiene una dimensión imprevista, pero no por ello es impulsiva. Ningún psicoanalista dudaría de esos fenómenos de resonancia entre inconsciente e inconsciente. Pero estas reacciones inconscientes juegan un papel fundamental en la escucha del analista porque son transformadas en sentimientos por su yo (9).

Las producciones psíquicas del analista, producto del encuentro con el paciente, son elementos imprescindibles de la teorización flotante. Así conceptualiza P. Aulagnier la forma en que asume la capacidad de pensar durante la sesión analítica. La teorización flotante evita que el silencio del analista se convierta en la expresión de un movimiento de desinvestidura. La teorización flotante debe ser fuente de pensamientos creados, nunca preexis-

tentes, y que no pueden surgir más que en el marco espacio-temporal de la sesión.

El acto de interpretar no surge sólo como resultado del encuentro entre dos inconscientes, sino que incluye la actividad de pensamiento del analista, su toma de conciencia vinculada tanto a su propia problemática inconsciente como a su saber "teórico". *Si bien el análisis no es una ciencia exacta tampoco es una mística.*

La construcción aspira a reconstruir una parte de la historia infantil, a reencontrar ese fragmento de verdad que pertenece a la historia del conflicto pulsional. A partir de la construcción, ciertas dimensiones del presente serán interpretadas como repeticiones de la historia del paciente. Por novedosa que sea la historia transferencial, es necesario que respete y refuerce la singularidad de la historia del analizando.

Freud planteaba que en aquellos casos en que no se consiguiera despertar el recuerdo, la convicción sobre la veracidad de las construcciones podría tener el mismo efecto que la rememoración. Cuanto más arcaica es la experiencia que la construcción trata de recuperar, más se apela al andamiaje "teórico" y menos se podrá contar con el recuerdo. Mayor es el riesgo de que se proyecte una fantasía (o una teoría) del analista. Actualmente, en casi todas las corrientes posfreudianas existe la ilusión de elaborar de manera cada vez más detallada la historia en sus niveles primarios, originarios.

Las construcciones en el análisis no pretenden recuperar acontecimientos aislados, sino tramas. La escena primaria o el Edipo no son acontecimientos o conjunto de acontecimientos, sino redes relacionales complejas.

La interpretación tiene como efecto una reorganización de los enunciados identificatorios por los que el yo se define como yo pasado, yo actual, y como enunciante de un anhelo concerniente a su futuro. Recordar no es sólo traer a la memoria ciertos sucesos aislados, sino formar secuen-

cias significativas. Es ser capaz de constituir la propia existencia en la forma de un relato del cual cada recuerdo es sólo un fragmento. La rememoración no pretende volver a producir el pasado tal como fue cuando era presente. *Rememorar a partir de la repetición es aprehender la realidad histórica ubicada en la profundidad del pasado como habiendo sido un presente.*

Como psicoanalistas, nuestra tarea es historizar y no hacer una mera crónica. "Crónica" es el relato que reproduce el pasado con fidelidad pero sin establecer una interpretación de los hechos. La historia por hacer en el trabajo analítico establece relaciones entre el pasado que se evoca y su repetición.

Para P. Aulagnier "el proyecto analítico tomará apoyo en la experiencia singular, realizada por el analizando, de su relación con su propia temporalidad, para permitirle sustituir el tiempo vivido por el relato histórico de un tiempo que puede, pero sólo a este precio —es decir, transformándose en un puro relato—, pasar a ser para el yo ese patrimonio inalienable, único que puede aportarle la certeza de que para él es posible un futuro" (3).

Sólo la búsqueda de verdades históricas evita desplegar en las interpretaciones una retórica de la persuasión. Para que una interpretación sea válida no basta que sea verosímil para el paciente. Freud nunca dejó de tener presente la sospecha de la sugestión que se ejerce durante el análisis. Una problemática actual es cómo deslindar convicción de sugestión. Es por ello que si bien la convicción del analizando es importante, la brújula de la rememoración permite el rescate de la alteridad del paciente tanto en relación con el saber teórico del analista como con la proyección en el paciente de la conflictiva del analista. En suma: evitar la violencia secundaria.

Freud utilizaba la sugestión en el análisis para favo-

recer el trabajo analítico, para vencer las resistencias, y diferenciaba al análisis de otras técnicas terapéuticas porque la transferencia, además de ser utilizada, es interpretada. La interpretación de la transferencia tiene como meta eliminar, tanto como sea posible, la dimensión sugestiva.

En 1921, Freud define la sugestión como un convencimiento que no se basa "en la percepción ni en el trabajo del pensamiento, sino en una ligazón erótica" (34). *El psicoanálisis remite a una historia pero no repite una historia, ya que a la repetición se le suma el recuerdo y la reelaboración.* Conjuga ligazón erótica (repetición, transferencia) con trabajo de pensamiento (recuerdo y reelaboración). Si se trata sólo de ligazón erótica, estamos en el campo de la sugestión. Si se trata sólo de un trabajo de pensamiento (recuerdo y reelaboración sin repetición), caemos en la intelectualización, el ritual vacuo, el intercambio de conocimientos sin sustrato vivencial.

La repetición transferencial permite al paciente, en función de una experiencia que esta vez halla sitio en el discurso, reconocer la verdad de la construcción que se le propone. Pero esta repetición de su vínculo con un otro idealizado puede hacerle aceptar, como parte de su historia, toda palabra del analista investido por la transferencia como sujeto supuesto saber. "Pero si la transferencia no es reductible a la simple sugestión es porque el sujeto puede, al menos hasta cierto punto, verificar por lo que él vive, dentro de su experiencia de analizado adulto, la pertinencia de la reinterpretación que le proponemos de tal o cual acontecimiento de su historia infantil" (6).[21]

21. No sólo la transferencia remite a la historia, sino que la historia es la historia de las transferencias. Freud decía: "El carácter del yo es una sedimentación de las investiduras de objetos resignadas, contiene la historia de estas relaciones de objeto". Parafraseando a Freud, postularé que la realidad psíquica es la sedimentación de las transferencias producidas por los objetos investidos, contiene la historia de lo que fuimos transferencialmente para esos objetos.

Incluso un yo que haya renunciado a su imagen idealizada (yo ideal) mantiene en suspenso la posibilidad de que otro pueda encarnarla (idealización). Búsqueda del "otro prehistórico inolvidable" que todos intentamos encontrar (21). Un otro que nos entienda más allá de las palabras. Ese otro genera un fenómeno de alienación. La realidad es como ese otro la define. La alienación así producida pone fin a todo pensamiento propio. Pensar es crear y no repetir. Es una regresión la que se da cuando la capacidad de pensar queda suplantada por la idealización de un otro o de un discurso al que se le atribuye función de saber absoluto, ya que sólo el reconocimiento de que no hay saber absoluto vuelve legítima la aspiración a saber. Freud diferenciaba la fase animista de la religiosa y la científica. La omnipotencia se desplaza del yo ideal (fase animista) a un otro omnipotente (fase religiosa), mientras que "en la cosmovisión científica ya no queda espacio alguno para la omnipotencia del hombre" (24).

La idealización preserva una forma regresiva de vínculo con el objeto, es resultante de un duelo no elaborado, es un mecanismo defensivo que evidencia el fracaso en modificar las arcaicas imagos objetales. La idealización debe diferenciarse de los ideales que se liberan de la omnipotencia y que implican la aceptación de la castración en el registro identificatorio.

El trabajo analítico es una historización simbolizante. Concierne a la instancia que introduce en la vida psíquica la temporalidad (el preconsciente en la primera tópica, el yo en la segunda). No resuelve esta problemática suponer al yo como agente de desconocimiento, sino que es nece-

sario pensarlo en la doble posición en que Freud lo ubicaba (55). P. Aulagnier aportó elaboraciones indispensables para una metapsicología del yo. Asumió el desafío de pensar una teoría del yo que no negara el conflicto.

El proceso analítico muestra que la relación de cada quien con la verdad es un movimiento no dominable de apertura y de cierre de un inconsciente que no es solamente testimonio de la permanencia de lo arcaico, sino que constituye también el punto de emergencia más vivo de la palabra y del deseo que está presente sin cesar sorprendiendo al pensamiento, enfrentándolo a lo imprevisto de una verdad referida a la subjetividad y sus raíces, desmintiendo toda ilusión de coincidencia total entre el yo y la vida psíquica.

El diálogo incesante con la experiencia requiere la continuación sin fin del trabajo interpretativo, tanto dentro de las sesiones como fuera de ellas. La teoría no es otra cosa que esa prolongación de la interpretación fuera de sesión pero sometida a otras condiciones discursivas (16).

Un debate insoslayable es el lugar a otorgarle al pensamiento en la práctica analítica. El pensamiento será siempre sorprendido por aquello que, procediendo de la otra escena, significa a un sujeto y a un deseo, que sin cesar subvierten la necesidad de orden y de dominio que el yo pretende tener sobre el conjunto de la realidad psíquica. "Investir la actividad de pensar, ser capaz de sentir placer al favorecer ese investimiento en otro, amar el riesgo de descubrir otra verdad a pesar del precio que cueste, tales son las cualidades psíquicas que el analista habrá podido hacer suyas durante su propio análisis [...] el analista, si es capaz frente a todo sujeto de respetar su autonomía de pensamiento, de favorecerla, podrá poner su trabajo interpretativo al servicio de la búsqueda de verdad del otro, y no al servicio de su suficiencia de supuesto teórico" (3).

El proyecto analítico tiene como condición de posibilidad aceptar que lo propio de la experiencia sea el tener que concluir. Desear vivir es la primera condición para que haya vida psíquica, pero preservarse como sujeto deseante supone el entrelazamiento de dos miras antinómicas: el investimiento anticipado de un tiempo futuro así como la esperanza del retorno de lo que se vivió durante una experiencia pasada.

El yo tendrá como tarea amalgamar esas dos metas contradictorias con el fin de investir el tiempo futuro en cuanto experiencia por hacer. Para que el yo pueda privilegiar un anhelo de vida a expensas de un deseo de muerte es preciso que logre pensar con placer la idea de su futuro. En la relación analítica emergen siempre esa fuerza de la nostalgia y el rechazo del duelo que se expresa en el encontrar a alguien que sabe quién es el sujeto desde el origen, que conoce la totalidad de los deseos, de los placeres, de las angustias, y que permitiría recuperar un pasado en el que ningún elemento faltara. Este es el riesgo de alienación del proceso analítico.

La alienación es una de las vicisitudes del conflicto identificatorio (73). Es testimonio del encuentro del sujeto con una potencia alienante. Piera Aulagnier lo considera un fenómeno frecuente en la experiencia analítica.

¿Cuáles son las relaciones de la alienación con la pasión? La alienación puede no ser pasional y la pasión por la droga o por el juego no comporta necesariamente alienarse en otro yo. La diferencia entre la pasión y el amor no es cuantitativa, sino cualitativa. La pasión excluye lo compartido y la reciprocidad. Para el apasionado, el otro se convierte en objeto de necesidad y su propio yo está privado de aquello que sólo el objeto podría hacer posible.

La relación analítica tiene caracteres de no equivalencia, tanto en el amor como en el sufrimiento. Al amor de transferencia no le responde un amor contratrans-

ferencial y, más bien, si esto ocurre, pone en serio riesgo el proceso analítico. *La ética analítica supone hacer reconocer al analizando que, una vez que se ha superado la etapa de la lactancia, ningún otro sujeto puede convertirse para el yo en poseedor exclusivo de los objetos necesarios para la preservación de su vida física y psíquica.* P. Aulagnier dedicó varios artículos a diferenciar el amor de transferencia (necesario para que se despliegue un análisis) de la pasión de transferencia (que hace imposible el trabajo analítico).

P. Aulagnier se interrogó extensamente acerca de si la relación pasional señala un déficit de la fusión pulsional propia de ciertos sujetos, mientras que otros estarían protegidos por una intrincación pulsional relativamente estable. ¿Habría una suerte de potencialidad pasional? O, segunda opción, ¿todo sujeto preserva una tentación pasional? Se inclina por esta segunda posibilidad y advierte sobre el riesgo de "abuso de transferencia".[22]

P. Aulagnier hizo también aportes fundamentales para el trabajo psicoanalítico con psicóticos. Resumiré algunas de sus elaboraciones al respecto.

El psicótico tiende a proyectar en el analista personajes intrusivos que reflejan sus transferencias posibles. No se le puede impedir que proyecte, pero también él debe vislumbrar que el analista puede estar en otro lugar; plantea que los psicóticos han aprendido a no demandar nada, y no vacila en asumir como analista el lugar del demandador: "Es sólo aceptando reconocerse demandador de sus palabras, de su presencia, de las modificaciones que se pueden producir, como el analista puede llegar a crear las condiciones que hagan posible la interpretación" (6). Recomienda también prudencia en cuanto a la interpretación de la transferencia: "En el registro de la psicosis, una interpretación transferencial comunicada demasiado pronto (uno tiene que poder esperar la ocasión de formularla en un tiempo posterior) arriesga siempre operar un fenómeno de coalescencia entre el interpretante y la representación fantasmática que pone en palabra" (6).

Si en la neurosis, desde las primeras entrevistas, favorecemos el mecanismo proyectivo para permitir al sujeto la reactualización de su historia infantil, en la psicosis "la apertura se tiene que dirigir a la exigencia inversa: hacer sensible al sujeto lo que dentro de esta relación no se repite, lo diferente que ella ofrece, lo no experimentado todavía" (6).

P. Aulagnier consagró muchos textos a dilucidar lo que denomina "proyecto terapéutico". Estamos lejos de creer en un modelo de normalidad, lo que no impide evaluar qué precio el paciente paga por la insistencia de ciertas defensas, fijaciones, inhibiciones, angustia, sufrimiento no elaborativo. Si bien el análisis no puede convertirse en una ortopedia del yo, tampoco debe devenir una búsqueda metafísica del origen y de la verdad absoluta. Despojarnos del *furor curandis* no implica que el problema terapéutico no nos concierna.

Ni la curación por añadidura ni la curación sintomática a cualquier precio son propuestas legítimas. Ni la

22. P. Aulagnier define como abuso de transferencia "toda práctica y toda conceptualización teórica que amenacen confirmar al analizando la legitimidad de la ilusión que le hace afirmar que lo que se tiene que pensar sobre el sujeto y sobre este sujeto ya fue pensado de una vez y para siempre por un analista y, por lo tanto, que el analista no puede esperar ni oír nada nuevo de y en el discurso que se le ofrece. Algo que era una ilusión útil para la instalación de la transferencia, se transforma en una ilusión mortífera que privará al analizando de todo interés por la búsqueda de pensamientos nuevos y de representaciones perdidas, búsqueda cuyo investimiento el proceso exige. [...] Este abuso de poder también puede ser ejercido a través de la interpretación a ultranza y, podríamos decir prefabricada, o a través de la persistencia de un silencio que vendrá a probarle al analizando que en el encuentro no hay intercambio de saber, y que lo que él dice no aporta ningún nuevo pensamiento al analista" (3).

idealización ingenua ni la desesperanza nihilista. ¿Acaso como analistas no combatimos lo tanático, aquello mortífero que impide al analizando su acceso a la vida? Freud conjugaba deseo de saber y deseo de curar. Es una tergiversación de su pensamiento postular que la preocupación por lo terapéutico le era ajena.

La tarea analítica tiene por meta que el yo se libere de cierto número de trabas que le dificultan el investimiento de sus metas, necesarias para administrar su patrimonio libidinal cuyo placer necesita recuperar para ser, para tener y para ejercer esa función de anticipación de sí mismo, sin la cual se derrumba su proyecto identificatorio y su relación con la temporalidad (2).

Cuando interrogamos una relación real-actual, transferencial o no, interrogamos simultáneamente la historia de las sucesivas elecciones de objeto. Encontrar el objeto, decía Freud, es reencontrarlo. Desde la primera entrevista interrogamos las causas posibles de esas perturbaciones, de esas inhibiciones, de ese sufrimiento que el yo nos dice sentir para preservar él investimiento de sus referencias identificatorias, de su cuerpo, de los otros, cuyo desinvestimiento estaría acompañado por una huida de la realidad y por un renunciamiento a ser. Cuando alguien nos pide análisis nos transmite que no puede continuar pagando el precio de ese sufrimiento. El trabajo analítico pretende operar una nueva repartición de los investimientos para que éstos sean fuentes de placer que no impliquen que se desconozca o que se reniegue tal o cual exigencia de la realidad, sea la realidad del cuerpo, de la sexualidad o la realidad social.

La demanda de análisis se debe a ese exceso de sufrimiento, producto del enfrentamiento del yo con el deseo, con los apremios de la realidad y con las exigencias del superyó. La tarea analítica pretende que el paciente invista narcisísticamente su yo actual, pero también el tiempo futuro, y así valorizar su propia alteración, ya que,

a diferencia de un yo caracteropatizado, el yo sólo puede persistir tornándose otro, aceptando descubrirse distinto del yo que era y del yo que debe devenir.

La cura analítica tiende a lograr una reducción del espacio psíquico dominado por lo inconsciente; a cambiar la relación entre el yo y los retornos de lo reprimido de manera que pierdan sentido las inhibiciones, las defensas, la angustia, los síntomas y los estereotipos caracteriales a los que el analizando se veía obligado a recurrir. *El proceso analítico aspira a que el analizando acepte la singularidad de su historia, y de tal manera descubra que sus encuentros actuales están influidos por los privilegios que se conceden a tal o cual rasgo del objeto, a tal o cual referencia identificatoria y a tal o cual forma de compensación narcisista.*

P. Aulagnier enuncia con claridad cuáles son sus objetivos en todo trabajo analítico: "Mi propósito o mi esperanza son que el sujeto, terminado su itinerario analítico, pueda poner lo que adquirió en la experiencia vivida al servicio de objetivos elegidos siempre en función de la singularidad de su problemática, de su alquimia psíquica, de su historia, desde luego, pero de objetivos que, por diferentes que sean de los míos, respondan a la misma finalidad: reforzar la acción de Eros a expensas de Tánatos, hacer más fácil el acceso al derecho y al placer de pensar, de disfrutar, de existir, en caso necesario habilitar a la psique para que movilice ciertos mecanismos de elucidación, de puesta a distancia, de interpretación, frente a las pruebas que puedan sobrevenir en la posterioridad del análisis, facilitar un trabajo de sublimación que permita al sujeto renunciar, sin pagarlo demasiado caro, a ciertas satisfacciones pulsionales" (6).

"Así se resignaría el vano empeño por convencer al enfermo sobre el desvarío de su delirio, su contradicción con la realidad objetiva, y en cambio se hallaría en el reconocimiento de ese núcleo de verdad un suelo común sobre el cual pudiera desarrollarse el trabajo terapéutico. Este trabajo consistiría en librar el fragmento de verdad histórico-vivencial de sus desfiguraciones y apuntalamientos en el presente real-objetivo, y resituarlo en los lugares del pasado a los que pertenece" (Freud, S., 1937).

Los fundamentos de la psicosis sólo pueden ser abordados en el contexto de una interrogación acerca de los procesos de representación y su vinculación con la historia. *La de P. Aulagnier es una teoría de la potencialidad psicótica.* Las condiciones necesarias no son condiciones suficientes. En ese intervalo que separa lo necesario de lo suficiente se sitúa no sólo lo que escapa al saber psicoanalítico, sino también lo que convierte a la psicosis en un destino en que el sujeto tiene un rol propio.

No concibe al delirio como producto de un déficit (pérdida de realidad, devastación del objeto por identificación proyectiva patológica, forclusión del Nombre-del-Padre), sino por la construcción de un determinado tipo de pensamiento con cierta finalidad y razones propias.

El psicoanálisis ha intentado definir la relación del psicótico con el discurso mediante una serie de carencias,

pero no ha teorizado adecuadamente acerca del suplemento del cual es testimonio la creación psicótica. La relación entre el yo y el discurso es diferente de la del neurótico, ya que la relación yo-discurso presupone un yo constituido, y la psicosis interroga sobre aquello que acontece cuando la constitución del yo está perturbada.

El yo sólo puede tener acceso a la temporalidad si se produce desde el comienzo un entrelazamiento entre los hilos del tiempo y los hilos del deseo. *El origen de la historia debe coincidir con el origen de la historia del deseo.* El neurótico ha llevado a cabo esta alianza tiempo-deseo respetando la movilidad temporal, pero rehusando la movilidad de los objetos que son soportes de esos deseos.

Para el psicótico, toda experiencia relacional es una tentativa de resolver un conflicto identificatorio que se sitúa en un tiempo y en un nivel más arcaico. De esta resolución dependen su existencia y su supervivencia. P. Aulagnier sostiene que *el único lenguaje que torna comprensible la problemática de la psicosis es el de la identificación.*[23]

El psicótico transferirá a la situación analítica lo que continúa repitiendo de su relación con el discurso del Otro. Esta relación no enfrenta al analista con ninguna transparencia del inconsciente, ni con una simple repetición de lo que sería el funcionamiento normal de una primera fase de la actividad psíquica.

23. A partir de "Introducción del narcisismo", Freud se interroga acerca del yo y su constitución. "De nuevo tendremos que colegir la simplicidad aparente de lo normal desde las desfiguraciones y exageraciones de lo patológico" (26). La simplicidad aparente de lo normal es el yo que encubre su complejo proceso de producción. Ese yo cuya unidad se postulaba como natural sólo porque se desconocían su génesis y sus funciones. El yo desestructurado de la psicosis le hace descubrir a Freud una fase autoerótica, previa al narcisismo, en la cual la unificación corporal todavía no se logró.

Interpretar un delirio recurriendo a conceptos universales es enfrentar al sujeto con la misma prohibición de escribir en su propio nombre su historia. La interpretación debe intercalar, entre la historia que el delirio cuenta y la historia de una infancia que la teoría nos ofrece, aquellos elementos que devuelvan un lugar y un derecho de ciudadanía a la singularidad de la historia psíquica de este sujeto.

No pocas veces la historia singular es reemplazada por esquemas universales que explicarían la psicosis y no esta psicosis. Nuestro trabajo no consiste en interpretar toda manifestación clínica por mecánica remisión a los conceptos fundamentales (Edipo, narcisismo, castración, pulsión, deseo), sino que es necesario situar cada fenómeno clínico y dilucidar su función en el interior de la realidad psíquica donde se realiza, aclarando —en lo posible— la legalidad que lo determina de acuerdo con el conjunto de dimensiones operantes. Para interpretar es legítimo apelar al recurso de las causalidades universales, siempre que sea una excepción y no una regla.

El discurso delirante no es una reconstrucción fantasmática debida a una regresión a un modo anterior de funcionamiento del deseo. Es una elaboración del yo que produce enunciados sobre el origen. El pensamiento delirante primario es un pensamiento enquistado y no reprimido que puede, bajo ciertas condiciones, romper sus membranas e invadir el espacio psíquico. La potencialidad psicótica da lugar, en tal caso, al delirio efectivo de la esquizofrenia o de la paranoia.

En el espacio familiar de la esquizofrenia hay preguntas en cuyas respuestas aparecen fallas esenciales relacionadas con el origen del sujeto. El niño reactualiza una posición fantasmática arcaica concerniente a la madre y se encuentra desposeído de todo aquello que puede hacerlo advenir como existente singular e irreductible.

El yo no puede, entonces, formular un enunciado que

ligue su presencia al deseo de la pareja parental. Su lugar no es el de aquel que sostiene un proyecto, sino el que designa el retorno de lo mismo. Se produce, como consecuencia, una inversión de la función anticipatoria de la enunciación maternal que está vaciada de toda referencia al origen. Producto de este vaciamiento es la incapacidad de pensar la temporalidad.

El delirio psicótico supone tres condiciones: la primera reside en un encuentro entre lo originario y la realidad exterior que reafirma una presencia del pictograma del rechazo y del deseo de autoaniquilación; la segunda condición establece una relación entre lo primario y los signos de realidad que justifican la importancia acordada a los acontecimientos y a las experiencias reales impuestas al fantaseante. En esta realidad histórica tienen un lugar predominante los signos de no-deseo y de displacer de la madre. Estos dos primeros encuentros no bastan. Para crear la falla propicia a una ulterior elaboración delirante es necesario que se agregue la realidad histórica de lo escuchado: que el encuentro entre el yo y el comentario que el portavoz impone a la causa de los afectos experimentados redoble los efectos de lo ya vivido en lo originario y lo primario.

La potencialidad psicótica no es una posibilidad latente universal sino una organización de la psique que, si bien puede no dar lugar a síntomas manifiestos, muestra la presencia de un pensamiento delirante primario enquistado y no reprimido. Si este quiste estalla, se pasa de lo potencial a lo manifiesto.

A partir del pensamiento delirante primario podrá instaurarse un sistema de significaciones acordes con él (sistema paranoico); podrá producirse una forma particular de escisión que se manifiesta a través de un enquistamiento de tal pensamiento, lo cual le permite al sujeto funcionar de acuerdo con una aparente y frágil normalidad (potencialidad psicótica); por último, este pensa-

miento no da lugar a sistematización alguna sino que actúa como una interpretación única y exhaustiva que marca toda experiencia significativa (vivencia esquizofrénica).

El pensamiento delirante primario se refiere al origen del sujeto y al origen de su historia: las primeras cosas oídas referentes a este doble origen se le han revelado al sujeto como contradictorias con sus vivencias afectivas y efectivas. Se manifiesta una antinomia entre el comentario y lo comentado. Aceptar el comentario, retomarlo por cuenta propia, implicaría adueñarse de una historia sin sujeto y de un discurso que le negaría toda verdad a la experiencia sensible. Rechazarlo implicaría enfrentar una experiencia inefable. Para evitar estos dos callejones sin salida el yo dispone de la posibilidad de interpretar el comentario, logrando así un primer párrafo de su historia escrito mediante el pensamiento delirante primario.

La pregunta sobre cómo nacen los niños se vuelve problemática al haber una falta de un enunciado referente al origen o un enunciado que remite al niño a una significación que su yo no puede asumir. La tarea del portavoz es ofrecerle al niño un primer enunciado referente a ese origen de la historia. Si el yo no encuentra en el discurso un pensamiento del que pueda apropiarse como postulado inicial para su propia teorización de los orígenes, se ve obligado a crearlo.

La madre del esquizofrénico no puede investir todo aquello que demostraría que al dar la vida se engendra un ser nuevo. En estas mujeres existe un deseo de maternidad que es diferente de un deseo de hijo. La madre no pudo reprimir una significación primaria de su relación con su propia madre y ello impidió el acceso al concepto de función materna y a su poder de simbolización. Esta falla en la simbolización imposibilita al niño el encuentro de un lugar en el sistema de parentesco, perturbando su acceso a lo simbólico.

El *deseo de maternidad* aspira a revivir en posición inversa la relación con su propia madre. Este deseo de maternidad es la negación de un deseo de engendrar, considerado como el poder de dar origen a una vida y a un ser nuevo. La identidad y la transmisión de una función simbólica han sido reemplazadas por un deber de identidad en los representantes sucesivos de esta función.

Es reconocida la participación del padre en la procreación, pero lo que se niega es que haya podido ser movida por un deseo y que lo que ha dado nacimiento al hijo sea un deseo compartido.

Se produce una mutilación de todo aquello que sea un signo de la singularidad del niño, de su tiempo, de su destino. Si bien el niño no tiene acceso a la comprensión de esta problemática, de todas maneras sufre sus efectos.

En el encuentro del *infans* con lo exterior a la psique predominará la representación relacionada con el rechazo, con la nada, con el odio. No se trata sólo de que el discurso materno no puede designar al deseo de la pareja como causa originaria del niño, sino que este discurso se negará a reconocer la existencia de un momento en el que llegó al mundo algo original. Todo lo que en la existencia del *infans* asuma la forma de lo imprevisto, de una demanda cuya respuesta no se conoce de antemano, y también todo lo que podría recordar la participación del padre le provocará displacer. La madre manifestará una conducta de captación del hijo y de negación del tercero mediante un discurso que no proporciona al *infans* un enunciado acerca de su origen que relacione su propio nacimiento con el deseo de la pareja.

El *pensamiento delirante primario* remodela la realidad de algo aprehendido referente a experiencias que ha padecido efectivamente el sujeto y que conciernen:

— al encuentro con una madre que manifiesta y expresa

que la causa del origen del sujeto no es ni el deseo de la pareja que le ha dado vida, ni un placer de crear algo nuevo que ella podría reconocer y valorizar;
— al encuentro con experiencias corporales, fuente de sufrimiento, que confirman que el que ha nacido en el dolor sólo puede encontrar al mundo con dolor;
— al encuentro con algo aprehendido en el discurso materno que, o bien se niega a reconocer que el displacer forma parte de la vivencia del sujeto, o bien le impone un comentario acerca de él que priva de sentido a esa experiencia.

El pensamiento delirante primario forjará una interpretación que remodele la vivencia coextensa con estos tres encuentros. El pensamiento delirante, al reelaborar un fragmento del discurso materno intenta reparar el abuso de poder del que ha sido responsable este mismo discurso. Es por ello que P. Aulagnier invierte el título de su libro, *La violencia de la interpretación*, en la parte consagrada a la psicosis que titula: "La interpretación de la violencia". *El delirio no es otra cosa que una interpretación de la violencia padecida.* El discurso delirante intenta dar sentido a una violencia cometida por el portavoz interpretando la violencia, ligándola a una causa que salvaguarde a la madre como soporte libidinal necesario.

El yo necesita formular un enunciado fundamental que le permita una puesta en sentido de su relación con el mundo. El enunciado materno carece de respuestas, ya que para ella el yo del niño no es un yo. Al niño no se le reconoce el derecho a un sistema de significación que no sea la simple repetición en eco del sistema materno.

Allí donde debería constituirse el proyecto, allí donde la idea de futuro debiera permitirle al yo transitar una temporalidad organizada, el retorno de lo mismo detiene

el tiempo en beneficio de la repetición de lo idéntico. *La sombra hablada no anticipa al sujeto, lo proyecta regresivamente a ese lugar que el portavoz había ocupado en una época pasada.*

Esa inversión del efecto anticipatorio priva de todo sentido a la respuesta dada a la pregunta acerca del origen. Para la madre, ese nacimiento no es un momento inaugural en el que surge una nueva vida, sino repetición de una vivencia que ya se había producido.

Mientras el niño no habla, la madre puede preservar la ilusión de que existe una concordancia entre lo que ella piensa y lo que cree que él piensa; está dispuesta a ofrecerle un saber acerca del lenguaje necesario para que adquiera la palabra a condición de poder imponerle que sólo repita lo que su lenguaje pretende significar. Ya que si llegase a considerar a su yo como agente autónomo con derecho a pensar le demostraría a ella que el pasado no puede retornar, que el deseo de lo mismo es irrealizable, que su discurso carece de un concepto. La madre sólo puede preservar su control sobre la actividad pensante del niño si reduce esta actividad al equivalente de una función sin proyecto.[24]

La psicosis es la culminación de condiciones que operan en los sucesivos encuentros. Lo originario y su pictograma encuentran una realidad exterior que no se presta a reflejar un estado de fusión, de totalización. En lo

24. Refiriéndose al historial de Philippe, P. Aulagnier escribe después de las primeras entrevistas: "Me formé una hipótesis acerca de la ligazón presente entre la versión de ese vivenciar infantil que narra una no-historia desposeída de toda función causal y un naciente que se encontró con un deseo de muerte ahí donde habría debido encontrar un deseo de vida". Es frecuente en las madres de psicóticos no ver tanto un odio intenso, sino una tentativa de desinvestimiento que ha transformado la relación de la madre y el hijo en una relación entre dos robots; "un robot que alimenta y un robot que traga, un robot que educa-un robot que es educado" (6).

primario, la realidad del deseo materno se manifiesta efectivamente mediante la ausencia de momentos de concordancia entre la puesta en escena, fuente de placer, y el placer que se espera de su presencia y de sus dones. En la conducta de la madre y del entorno, en su manera de ofrecer y de exigir, en lo que ella da y demanda, el niño reconoce, con razón, los signos de un no-deseo.

El encuentro entre lo originario y un mundo acorde con el pictograma de la nada, el encuentro entre la puesta en escena de lo primario y un mundo en donde faltan los signos del deseo no son suficientes para crear un destino psicótico. Se requiere una tercera condición que concierne a la significación que el discurso del portavoz pretende imponer a la causa de los afectos experimentados, afectos que sólo podrían perder algo de su dramática intensidad si se le ofreciesen a la psique signos sensatos con los cuales ligarlos.

El yo se inviste gracias a aquello que, en el discurso aprehendido e investido, retorna sobre la escena psíquica para ofrecerle sus enunciados identificantes. Estos enunciados no pueden ser autocreados por la instancia a la que deben inicialmente dar nacimiento. Se requiere que estos enunciados confirmen el derecho a reconocerse en una imagen narcisizante y valorizada.

En la psicosis, la imagen identificatoria, que los enunciados imponen, no es una imagen de cuerpo unificado y unificante ni una imagen de lo pensante que valorice, como bien propio, esa nueva función que se está obligado a ejercer. El yo que debe devenir se ve confrontado con una triple negación y una triple violencia:

— se le niega el derecho a reconocerse como agente de una función pensante autónoma, a sentir placer creando pensamientos que podría reivindicar como producción propia;

— se le niega todo derecho a pretender como verdaderos los sentimientos experimentados;
— se le impone un relato histórico que carece de todo fundamento y que oculta esa falta, reemplazándola mediante un enunciado falso.

El análisis del contenido y de la economía del delirio se vincula estrechamente a la realidad histórica. La realidad histórica remite a un conjunto de acontecimientos reales sobrevenidos en la infancia y que han tenido una influencia específica en el destino de la psique. Esta influencia se precipita cuando surge en la realidad material un acontecimiento intenso o repetido que pone en acto una puesta en escena fantasmática anterior, de manera tal que se produce entre la fantasía y la realidad un fenómeno de *interpenetración* que vuelve imposible la represión y la reelaboración de la fantasía, de la cual la realidad viene a confirmar la leyenda.

La potencialidad psicótica señala un conflicto interno al yo, una fijación a esa fase autoerótica previa a la fase narcisista. La relación identificante e identificado tiene fisuras que impiden al sujeto tener la garantía de que ciertas referencias identificatorias en el registro de lo simbólico son inalienables y que no entran en cuestión, cualquiera que sea el conflicto identificatorio ulterior.

Salvo la instalación de una psicosis infantil precoz, todo sujeto sale del mundo de la infancia hacia el espacio extrafamiliar que lo enfrenta a nuevas exigencias, a nuevos ofrecimientos, a un discurso más o menos concordante o abiertamente contradictorio con aquel que había escuchado hasta entonces. Para que este movimiento se pueda realizar, es necesario que en ese recorrido el yo haya logrado un compromiso que le asegure una alianza entre las partes que componen ese compromiso. Esta es una condición necesaria para que se preserven las funcio-

nes psíquicas propias del yo. De las cláusulas de ese compromiso dependerán los reparos identificatorios que el yo haya podido asumir, tomando a su cargo la continuación de su trayecto identificatorio. Los padres fueron los consignatarios primeros de ese compromiso. Por las peripecias de su historia el yo puede encontrarse frente a un acontecimiento que hace fracasar ese compromiso identificatorio, reactualizando un conflicto entre el principio de permanencia y el principio de cambio que rigen el trayecto identificatorio. Esa alianza entre lo que permanece y lo que cambia es necesaria para evitarle al yo su dislocación.

El compromiso identificatorio no pone al yo al abrigo de alguna forma de conflicto. Ese conflicto generará formaciones de compromiso sintomáticas. Si en este compromiso el yo ha podido preservar la permanencia de un conjunto de reparos que le aseguran su posición en el orden simbólico, podrá aceptar e investir este principio de cambio que le impone la temporalidad y que lo enfrenta a un devenir que no concluirá hasta su muerte. Este devenir imprevisible se concretizará en ese desfile continuo de figuras, de momentos, de acontecimientos que marcan y singularizan su historia.

La separación que puede producirse entre aquello que el yo es, aquello que esperaba devenir o aquello que él creería haber devenido será responsable de la reapertura del conflicto identificatorio: pero este conflicto no afectará la posición ocupada de una vez por todas por el yo en el orden simbólico.

Si el yo no ha tenido éxito, a partir de la infancia, en devenir autogarante de su propia permanencia a través del cambio, si ha sido obligado a transformar esa alianza temporaria que todo yo infantil firma con el yo parental en una colonización definitiva de una parte de su territorio y si, a pesar del precio pagado y la mutilación que ello comporta para su autonomía el conflicto resurge, ese

yo estará obligado a reencontrar en la escena de la realidad un nuevo cosignatario que reemplace al primero.

Piera Aulagnier diferencia la escena primaria en la esquizofrenia y en la paranoia. En la paranoia, la temática del odio y del conflicto, de la desconfianza, del amor debido a un deber y de un placer obligado es lo que predomina. El niño tendrá, como consecuencia, una teoría de su origen en la que prevalece la positividad irreductible del conflicto.

Hay rasgos específicos del delirio paranoico: uno es la de una lógica absoluta que no tolera ninguna falla. Otro es el lugar acordado al concepto de odio en su teorización del mundo. El odio es como un cemento que organiza el mundo representacional a cuyo alrededor estos sujetos harán gravitar todos sus sentimientos, reacciones y acciones. Un tercer rasgo es la posibilidad de preservar una escena primaria triangular en la que predomina el odio. Este odio no es sólo proyección.

Hay una ausencia en el discurso del portavoz, determinante de una transmisión incorrecta, que difiere de la madre del esquizofrénico. En el origen del niño, la madre puede reconocer su deseo de creación y el deseo del padre, pero a condición de que este último se presente como aquello contra lo cual deberán combatir la madre y el hijo. Por su lado, los padres de los paranoicos suelen tener los siguientes rasgos:

— en relación con el deseo de la mujer, un mismo veredicto que la declara mala y peligrosa para el niño;
— el ejercicio de un poder que se transforma en un abuso manifiesto;
— son frecuentes los signos de una decadencia social o

aparición de rasgos de carácter, cuyo aspecto patológico es totalmente obvio para el niño;

— la reivindicación de un saber concerniente a un sistema educativo que se impone por la violencia y por el bien del niño;

— a veces, el padre tiene un deseo de procreación. En vez del pecho que nunca pudo dar intentará crear una relación de dependencia absoluta.

En la escena primaria el niño percibe que la pareja erotiza de manera constante el enfrentamiento conflictivo. Estado de pareja y estado de odio son sinónimos, y el conflicto entre los deseos será planteado como causa de los orígenes y de su propio origen. Engendrado por el conflicto, efecto del odio, el sujeto corre el riesgo de descubrirse como espacio desgarrado por dos deseos antinómicos. El origen de la existencia remite al estado de odio. Sólo será posible preservarse como ser viviente y preservar al mundo como existente mientras persista algo que odiar y alguien que lo odia a uno. Esta es la lógica que funda la relación paranoica una vez que el delirio se instala. La idealización de la imago paterna, la alianza realizada para que el conflicto intrapsíquico pueda proyectarse al exterior y para que las dos mitades de la pareja se conviertan en un soporte sobre el que sea posible proyectar la escisión, son los medios a los que se apela para fijar un mecanismo proyectivo que permita preservar al yo como un espacio unificado.

Piera Aulagnier, al utilizar el concepto de interpenetración entre un escenario fantasmático y una serie de acontecimientos, pretende evitar tanto el realismo de una teoría traumática simplista, que eliminaría la problemática de la retroacción en la causalidad psíquica, como

la interpretación de tipo idealista que hace depender los síntomas del mundo fantasmático sin tener en cuenta las reactualizaciones que sobre la realidad psíquica genera la realidad material. Ni el acontecimiento en sí ni una estructura psíquica atemporal son responsables del destino psicótico.[25]

La potencialidad psicótica designa uno de los resultados a los cuales puede conducir la negociación que lleva adelante el yo con el yo parental en el curso de su infancia, con ese yo anticipado que ha precedido su propio advenimiento sobre la escena psíquica y del cual él debe diferenciarse si no quiere transformarse en un robot.

25. El efecto de interpenetración es el que se produce entre un enunciado de valor identificante, pronunciado por una voz particularmente investida, y la vivencia emocional del niño en el momento en que lo oye. Esta interpenetración convierte a algo reprimido en no reprimible. "La representación fantasmática ha encontrado, en un enunciado que devela al yo, una posición identificatoria acorde a la ocupada por el deseante en el fantasma, un identificado sobre el cual se desplaza, sin resto, sin modificación, el afecto que acompaña a la representación fantasmática. El enunciado identificatorio hace reflexión en la representación fantasmática y vuelve inoperante el trabajo de modificación, de relativización, inherente al paso del afecto, que es propio del fantasma, al sentimiento que es resultado de ese trabajo de dación de sentido, de puesta en sentido, operado por el yo" (6). Lo reprimido en estos casos se ha vuelto no reprimible a causa de su íntima conexión con un enunciado identificatorio. P. Aulagnier recupera aquello que Freud había teorizado en "Lo ominoso": el vínculo entre realidad psíquica y realidad material. Freud, para desentrañar esta problemática, escribe: "Se tiene un efecto ominoso cuando se borran los límites entre fantasía y realidad, cuando aparece frente a nosotros como real algo que habíamos tenido por fantástico". La reactualización fantasmática a partir de ciertos acontecimientos le hacen concluir a Freud: "Lo ominoso del vivenciar se produce cuando unos complejos infantiles reprimidos son reanimados por una impresión, o cuando parecen ser reafirmadas unas convicciones primitivas superadas". (32).

1. Aulagnier, P.: *La violencia de la interpretación,* Amorrortu, Buenos Aires, 1977.
2. —: *Los destinos del placer,* Petrel, Barcelona, 1980.
3. —: *El sentido perdido,* Trieb, Buenos Aires, 1980.
4. —: "Condamné à investir", *Nouvelle Revue de Psychanalyse,* Nro. 25, 1982. [Trad. esp.: "Condenado a investir", *Revista de la APA,* 1984, 2-3.]
5. —: "Temps vecu, histoire parlée", *Topique,* 31, París, 1983.
6. —: *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo,* Amorrortu, Buenos Aires, 1986.
7. —: *Un interprète en quête de sens,* Ramsay, París, 1986.
8. —: "Se construire un passe", Congreso de Mónaco, 1988.
9. —: "Le temps de l'interprétation", Coloquio de Río, 1989.
10. Bleichmar, S.: *En los orígenes del sujeto psíquico,* Amorrortu, Buenos Aires, 1986.
11. —: Prólogo a *El inconsciente y el ello,* de J. Laplanche, Amorrortu, Buenos Aires, 1987.
12. Cartolano de Mandet, E.: "La situación de encuentro entre la teoría, la práctica y la realidad en la obra de Piera Aulagnier", trabajo mimeografiado.
13. Castoriadis, C.: "La psychanalyse, projet et élucidation", *Topique,* 19, 1977.
14. —: "L'état du sujet aujourd'hui", *Topique,* 38, 1986.
15. —: *La institución imaginaria de la sociedad,* Tusquets, Barcelona, 1989.
16. Dayan, M.: *L'arbre des styles,* Aubier Montagne, París, 1980.
17. —: *Inconscient et realité,* PUF, París, 1985.

18. —: Prefacio a *Un interprète en quête de sens,* de P. Aulagnier, Ramsay, París, 1986.
19. Foucault, M.: *Microfísica del poder,* La Piqueta, Madrid, 1980.
20. Freud, S. (1895): "Proyecto de psicología", *Obras Completas,* Buenos Aires, Amorrortu, tomo I.
21. — (1892-99): "Fragmentos de la correspondencia con Fliess", ob. cit., tomo I.
22. — (1895): "Estudios sobre la histeria", ob. cit., tomo II.
23. — (1908): "Sobre las teorías sexuales infantiles", ob. cit., tomo IX.
24. — (1913): *Tótem y tabú,* ob. cit., tomo XIII.
25. — (1913): "El interés por el psicoanálisis", ob. cit., tomo XIII.
26. — (1914): "Introducción del narcisismo", ob. cit., tomo XIV.
27. — (1915): "Pulsiones y destino de las pulsiones", ob. cit., tomo XIV.
28. — (1915): "Lo inconsciente", ob. cit., tomo XIV.
29. — (1915): "Duelo y melancolía", ob. cit., tomo XIV.
30. — (1916-7): "Conferencias de introducción al psicoanálisis", ob. cit., tomo XVI.
31. — (1917): "Una dificultad del psicoanálisis", ob. cit., tomo XVII.
32. — (1919): "Lo ominoso", ob. cit., tomo XVII.
33. — (1920): *Más allá del principio de placer,* ob. cit., tomo XVIII.
34. — (1921): *Psicología de las masas y análisis del yo,* ob. cit., tomo XVIII.
35. — (1922): "Psicoanálisis y teoría de la libido", ob. cit., tomo XVIII.
36. — (1923): *El yo y el ello,* ob. cit., tomo XIX.
37. — (1925): "Las resistencias contra el psicoanálisis", ob. cit., tomo XIX.

38. — (1925): "La pérdida de realidad en la neurosis y la psicosis", ob. cit., tomo XIX.
39. — (1926): *Inhibición, síntoma y angustia,* ob. cit., tomo XX.
40. — (1926): "¿Pueden los legos ejercer el análisis?", ob. cit., tomo XX.
41. — (1927): "El porvenir de una ilusión", ob. cit., tomo XXI.
42. — (1932): "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis", ob. cit., tomo XXII.
43. — (1937): "Construcciones en el análisis", ob. cit., tomo XXIII.
44. — (1938): *Esquema del psicoanálisis,* ob. cit., tomo XXIII.
45. — (1938): *Moisés y la religión monoteísta,* ob. cit., tomo XXIII.
46. Freud, S. - Groddeck, G.: *Correspondencia,* Anagrama, Barcelona, 1977.
47. Green, A.: "L'ideal: mesure et demesure", *Nouvelle Revue de Psychanalyse,* Nro. 27, 1983.
48. —: *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte,* Amorrortu, Buenos Aires, 1987.
49. —: "Pulsión de muerte, narcisismo negativo, función desobjetalizante", en A. Green, J. Laplanche y otros, *La pulsión de muerte,* Amorrortu, Buenos Aires, 1989.
50. —: "Response à des quelques questions inconcevables", *Topique,* 37, 1986. [Trad. esp.: "Respuesta a preguntas inconcebibles", cap. 4 de este libro.]
51. Hornstein, L.: *Teoría de las ideologías y psicoanálisis,* Kargieman, Buenos Aires, 1973.
52. —: "Aparato psíquico", *Revista argentina de psicología,* 22, 1978.
53. —: "Acerca del Edipo", Analítica 1, Caracas, 1979.

54. —: *Introducción al psicoanálisis,* Trieb, Buenos Aires, 1983.
55. —: *Cura psicoanalítica y sublimación,* Nueva Visión, Buenos Aires, 1988.
56. Laplanche, J.: *Vida y muerte en psicoanálisis,* Amorrortu, Buenos Aires, 1973.
57. —: Prólogo a *En los orígenes del sujeto psíquico,* de Silvia Bleichmar, Amorrortu, Buenos Aires, 1986.
58. —: *El inconsciente y el ello,* Amorrortu, Buenos Aires, 1987.
59. —: *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis,* Amorrortu, Buenos Aires, 1989.
60. —: "La pulsión de muerte en la teoría de la pulsión sexual", en A. Green, J. Laplanche y otros, *La pulsión de muerte,* Amorrortu, Buenos Aires, 1989.
61. Lacan, J. (1953): *El Seminario. Libro 1. Los escritos técnicos de Freud,* Paidós, Barcelona, 1981.
62. — (1954): *El Seminario. Libro 2. El yo en la teoría de Freud y en la práctica psicoanalítica,* Paidós, Barcelona, 1983.
63. — (1964): *El Seminario. Libro 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis,* Barral, Barcelona, 1977.
64. — (1966): *Escritos I,* Siglo XXI, México, 1971.
65. — (1966): *Escritos II,* Siglo XXI, México, 1975.
66. — (1973): *El Seminario. Libro 20. Aún,* Paidós, Buenos Aires, 1991.
67. Lebeaux, Y.: "Je, sujet et identification", *Topique,* 37, 1986.
68. Le Guen, C.: *Pratique de la méthode psychoanalytique,* PUF, París, 1982.
69. McDougall, J.: *Teatros de la mente,* Madrid, Tecnipublicaciones, 1986.
70. Mijolla-Mellor, S.: "Réflexions psychanalytiques sur l'intellectualité", *Topique,* 34, 1985.

71. Paz, R.: Clases del Centro de Docencia e Investigación, edición mimeografiada, 1973.
72. Pontalis, J.: *Entre el sueño y el dolor,* Sudamericana, Buenos Aires, 1978.
73. Puget, J.: "Uno de los destinos de la pulsión: la alienación", Panel, A.P.A., 1986.
74. Rodulfo, R.: "Mitopolíticas", *Actualidad psicológica,* agosto, 1988.
75. Rosolato, G.: "El análisis de las resistencias", *Revista Trabajo del Psicoanálisis,* México, 1982, 2.
76. —: "El psicoanálisis idealoducto", *Revista Trabajo del Psicoanálisis,* México, 1986, 8.
77. —: *La relación de desconocido,* Petrel, Barcelona, 1982.
78. Roudinesco, E.: *Histoire de la psychanalyse en France,* Seuil, París, 1986, vol. 2.
79. Rother de Hornstein, M. C.: "Historia y proyecto: el yo como devenir", *Revista de Psicoanálisis, A.P.A.,* 1987, 3.
80. Schneider, M.: "Questions de legitimité", *Nouvelle Revue de Psychanalyse,* 27, 1983.

Segunda parte

CUERPO

2. NACIMIENTO DE UN CUERPO, ORIGEN DE UNA HISTORIA*

Piera Aulagnier

PREAMBULO

El viajero que recorra el mundo mítico estará seguro de encontrar adivinos y, entre ellos, algunos ciegos ilustres. Estos ciegos le enseñarán el castigo que aguarda a quien, al realizar un deseo prohibido, se ha atrevido a tornar cognoscible, manifiesto —para sí y para los otros— lo que debió permanecer ignorado, latente. Pero su poder adivinatorio podría sugerir al mismo viajero que el verdadero conocimiento exige liberarse de esa pantalla que es lo visible. O bien damos crédito al mundo sensible y entendemos que la realidad se ajusta a su apariencia, o bien no nos dejamos cazar en la trampa, y entonces lo mejor es eliminarla.

Pero si siguiéramos este consejo al pie de la letra, rápidamente comprenderíamos que la realidad humana, no ya la mítica, no se deja aprehender sino por la vía de una actividad sensorial que sirve de selector y también de puente entre la realidad psíquica y aquellos otros espacios de los que ella toma sus materiales, empezando por su propio espacio somático.

Antes de adentrarnos en la función que va a cumplir el cuerpo como mediador y como apuesta relacional entre dos psiques y entre la psique y el mundo, examinemos las tres formas de existencia bajo las cuales la realidad (y por

*Trabajo publicado en 1986 (véanse págs. 394 y sigs.)

lo tanto el cuerpo) se presenta al ser humano; el compromiso que habrá de resultar nos proporcionará la cuarta. Empleo aquí el término realidad en su acepción menos teórica y más natural para el pensamiento humano: para el sujeto, la realidad coincide con la totalidad de los fenómenos cuya existencia constituye una *evidencia.* Esto no significa que todo sujeto reconozca un mismo conjunto de existentes, sino que para todos, a la inversa, sólo este conjunto ocupará un sitio en las construcciones de su realidad.

Pero estas construcciones, ya sean obra del proceso originario, primario o secundario, nos enseñan también de qué manera reacciona la psique ante la presencia de cualquier fenómeno capaz de modificar su estado afectivo. Este poder, al transformarlo en un acontecimiento psíquico, impone a la psique la evidencia de su presencia. Todo acto de conocimiento está precedido por un acto de investidura, y éste es desencadenado por la experiencia afectiva que acompaña a ese estado de encuentro, siempre presente, entre la psique y el medio —físico, psíquico, somático— que la rodea.

Según la define Freud, la realidad psíquica atestigua los efectos sucesivos y oscilantes de su encuentro con este medio, cuyas modificaciones *señalarán* a la psique sus reacciones al encuentro mismo. La psique decodificará estos signos utilizando claves diferentes según el momento en que se opere la interreacción. Al final de este preámbulo veremos cómo trata el proceso originario a estos primeros signos relacionales o a estos "juicios de existencia", cuyos efectos va a acusar aun cuando ignore la exterioridad de su fuente, para considerar en primer lugar lo que se instala desde el momento en que la psique puede reconocer la existencia de un otro y de un mundo separados de ella. Los fenómenos que la obligan a tomar en cuenta el concepto de *separable* (paso fundamental, según la expresión del propio Freud, para el funcionamiento psíquico) podrán ser las manifestaciones del deseo obrantes en la psique de los otros ocupantes del mundo, o bien la consecuencia de las leyes que organizan el espacio sociocultural o incluso de las que rigen el funcionamiento somático. Manifestaciones heterogéneas pero que la psique va no sólo a incluir en el mismo término de realidad, sino entre las cuales va a comenzar por postular una misma relación de causa-efecto. En la organización de este fragmento de realidad que el sujeto habita e inviste, así como en el funcionamiento de su cuerpo, el sujeto leerá primero las consecuencias del poder ejercido por la psique de otros que lo rodean y que son los soportes privilegiados de sus investiduras.

De ahí esta primera formulación de la realidad que el niño va a darse: *la realidad está regida por el deseo de los otros.*

Mientras se permanece en la primera infancia, el sujeto alberga la convicción de que todo lo que sucede o no sucede a su alrededor, todo lo que toca su cuerpo y todo lo que modifica su vivencia psíquica, es testimonio del poder que él imputa al deseo (el suyo y/o el de los padres); de que estos acontecimientos, por diferentes que sean, son los signos mediante los cuales un deseo confeso u oculto, permitido o prohibido, adopta una forma visible para su mirada. (Concepción infantil siempre presente en el adulto, sea cual fuere la instancia por la que sustituirá a los padres: cada vez que un acontecimiento del mundo viene a golpear y a trastornar nuestra existencia, el azar rara vez ocupa un sitio en el registro de las causas. Aunque el sujeto esté dispuesto a reconocer la "naturalidad" del acontecimiento, no por ello reconocerá la "naturalidad" de su encuentro con éste.)

Pero, una vez pasada la infancia, el sujeto no podrá cohabitar con sus *partenaires* en un mismo espacio sociocultural si no se adhiere al consenso que respeta la gran mayoría de sus ocupantes con respecto a lo que ellos van

a definir como realidad. Si no existiera este consenso, ninguna sociedad, sea la que fuere, podría preservarse; si no se lo pudiera compartir, el sujeto quedaría excluido de ella.

De ahí que el sujeto tome en consideración esta segunda formulación: *la realidad se ajusta al conocimiento que da de ella el saber dominante en una cultura.*

Recordemos, por si hace falta, que esta constatación no data de hoy ni de la época freudiana; hace mucho que se sabe que para el hombre no hay realidad natural ni tampoco realidad puramente sensorial. Lo que aparece sobre la retina del ojo que ve un árbol es sin duda idéntico, pero lo que el sujeto percibe será muy diferente según que reconozca en este árbol una especie vegetal o el depositario del espíritu de un antepasado. El analista es quien mejor ubicado está para saber que nunca podremos conocer desde el interior lo que *ve* este otro sujeto.[1]

A Freud le debemos esta última fórmula: *la realidad, en última instancia, es incognoscible.*

Fórmula que, esta vez, es la constatación de un pensamiento teórico que ha hecho todo el recorrido de lo que podía conocer de la realidad, y que supo aceptar que a esta toma de conocimiento se le sustrae indefinidamente un resto.

Este "resto", que se sitúa fuera de lo cognoscible, me parece próximo a lo que Lacan definía con el concepto de real, diferenciado del de realidad. Lo real, diría yo parafraseando otra expresión de Lacan, es lo que resiste a la realidad en cuanto realidad para y del humano. Pero aun es preciso incluir en este humano al analista, y reconocer

1. Claro está que el impacto del discurso cultural interviene igualmente en la organización de nuestro mundo relacional y ético, y además ese mismo discurso nos proporciona los únicos criterios que pueden decidir la verdad o falsedad de nuestros juicios.

que, como todo sujeto, está constreñido a los límites que la "naturaleza" de su psique impone al trabajo de su pensamiento, a su propósito de conocimiento.

Pero dejemos a los teóricos y volvamos al profano: las dos formulaciones propuestas más arriba suponen, como se ha visto, que la psique ha podido dar ese "paso fundamental" que le permitió reconocer la existencia de un "otra parte". ¿Pero, qué sucede antes de este momento? Mientras espacio psíquico y espacio somático son indisociables, mientras ningún existente exterior puede ser conocido como tal, todo lo que afecta a la psique, todo lo que modifica sus propias experiencias, responderá al único postulado del autoengendramiento. La psique imputará a la actividad de las zonas sensoriales el poder de engendrar sus propias experiencias (placer o sufrimiento), sus propios movimientos de investidura o desinvestidura y, con ello, la única "evidencia" que podría existir en estos albores de la vida.

En este tiempo que precede a la prueba de la separación, la realidad, término que merece aquí comillas dobles, va a coincidir totalmente con sus *efectos* sobre la organización somática, con las modificaciones, las reacciones que tienen lugar en ella. La única formulación que se le podría aplicar sería la siguiente: *la realidad es autoengendrada por la actividad sensorial.*

Una vez reconocida la exterioridad del pecho, primer representante de un mundo separado, el sujeto tendrá acceso a ese nuevo espacio de realidad en el cual unos "signos" captados por nuestros sentidos conformarán los dos soportes de toda relación de lo que ellos perciben o suponen de sus deseos recíprocos: estos signos, por excelencia, forman parte de lo fantasmable, de lo interpretable, de lo pensable. Por diferentes que puedan ser, van a compartir un mismo carácter: su presencia o su ausencia ejercen un poder de modificación sobre el medio, sobre el cuerpo y ante todo sobre el propio estado psíquico.

Modificación objetiva o modificación que sólo el interpretante ve o cree ver, lo que bastará para que se opere una automodificación de su propia vivencia psíquica.

Por ese motivo es posible sostener que nuestro espacio relacional encuentra sus puntos de anclaje en los indicios por los que se presentan e inscriben, sobre la escena de la realidad, las modificaciones actuantes en el espacio psíquico de los dos polos de la relación. Cuando conciernan al espacio somático, estas "modificaciones" van a cumplir una función señaladora particular.

Las tres formulaciones que he propuesto para definir la relación de la psique con la realidad, pueden aplicarse exactamente a la relación presente entre la psique y el propio espacio somático. También aquí la actividad de las zonas sensoriales, el poderlo todo del deseo, lo que el discurso cultural enuncia sobre el cuerpo, darán lugar a tres representaciones del cuerpo y a las tres formas de conocimiento que la psique se proporciona a su respecto: tomas de conocimiento que se suceden en el tiempo, sin por ello excluirse entre sí. Ellas nos enfrentan a las tres formas de existencia y con los tres principios de causalidad que la realidad y el cuerpo deben preservar para no poner en peligro sus investiduras, motivo por el cual las tres tomarán parte en el compromiso que constituye a la cuarta, la más decisiva para nuestro funcionamiento psíquico.

La relación de todo sujeto con ese cuerpo que lo enfrenta a su realidad más cercana, más familiar y más investida, dependerá del compromiso que haya podido anudar entre tres concepciones causales del cuerpo; las dos primeras responden a exigencias psíquicas universales y atemporales, mientras que la última será no sólo función del tiempo y del espacio cultural propios del sujeto, sino también la única que la psique pueda recusar, o remodificar y reinterpretar para hacerla conciliable con las otras dos. Así pues, nuestra relación con el cuerpo, así

como nuestra relación con la realidad, son función de la manera en que el sujeto oye, deforma o permanece sordo al discurso del conjunto. Es evidente que sus reacciones son consecuencia de la especificidad de su economía psíquica y no de la particularidad de su cultura, salvo ciertas condiciones excepcionales; pero el análisis de los postulados del mensaje cultural me parece una excelente vía para abordar la respuesta que la psique elegirá darle.

No creo traicionar la complejidad del proceder analítico si digo que su meta es conseguir sacar a luz las razones y sinrazones responsables del compromiso elegido por un sujeto particular, y las consecuencias que de ello resultan en su relación con el cuerpo, con los otros, consigo mismo. Pero, para hacerlo, forzoso es que nos refiramos a una forma de compromiso que juzgamos compartida en lo esencial por un conjunto de sujetos que pudieron permanecer fuera del campo de la psicopatología: compromiso que no sé bien si hay que definir como mayoritario o como normal, pero que permite al analista verificar y calibrar el impacto del discurso dominante en una cultura dada; en la nuestra, el discurso científico.

De ahí la interrogación que planteo: ¿qué significó para nuestra relación con el cuerpo, para una captación de nuestro propio funcionamiento somático la debilitación del discurso religioso en provecho del discurso científico? (La misma pregunta podría formularse respecto de nuestra relación con la realidad, lo social, la ley... Pero sucede que es el cuerpo el que ocupa un lugar pivote en este trabajo.)

Desde luego, no tengo la ambición de responder a una pregunta tan compleja y fundamental.

Me limitaré a señalar dos características que separan y especifican al cuerpo tal como nos lo hacía pensar el discurso religioso, y al cuerpo tal como nos lo hace conocer el discurso científico: la primera concierne al lugar, otorgado por el primero y negado por el segundo, del deseo en

el origen y destino del cuerpo; la segunda atañe al registro de lo visible.

La concepción religiosa del mundo, que marcó a nuestra cultura durante siglos no es reducible, ciertamente, a un fantasma. Toda religión es resultado de un largo trabajo de elaboración, de sublimación, de represión... Lo cierto es que ese cuerpo que los textos sagrados nos afirmaban conforme con el modelo de un primer cuerpo creado por Dios, ese cuerpo que reencontraremos intacto en el momento de la Resurrección, podía cohabitar con una representación fantasmática que enlazará siempre a su representado, y por lo tanto al cuerpo, con un deseo. Todo discurso cultural tiene la misión de producir una suerte de aculturación de *una parte* de las miras fantasmáticas; no está en las posibilidades de este discurso eliminarlas, pero está en sus posibilidades ofrecerles fines sustitutivos, compensaciones parciales. Esta labor tendrá más posibilidades aún de éxito mientras el *deseo* siga ocupando un sitio en lo que enuncia la cultura respecto de la organización, el destino, la naturaleza de los hombres y las cosas. El cuerpo con el que la ciencia nos enfrenta se caracteriza por la exclusión del deseo como causa de su funcionamiento y como explicación causal de su destino y su muerte. Este saber científico, este mismo saber en el que se insertó el discurso analítico, que en otro tiempo no habría sido pensable ni admisible —poco importan además las contradicciones, las recusaciones recíprocas que oponen estos dos saberes—, se propuso como meta, más allá del campo de investigación que privilegie, la *demostración* de una verdad que ya no puede formar parte de lo *sagrado,* ni pretenderse una *revelación* inmutable.

¿Qué se produjo desde que el cuerpo se convirtió en un objeto privilegiado de observación e investigación? ¿A qué deseo, a qué *visión* del cuerpo nos remite la ciencia? ¿Qué

cuerpo nos incitaba a ver el discurso sagrado; qué otra imagen nos impone el discurso científico?

Antes de que la mirada del hombre de ciencia se posara sobre el cuerpo, el único objeto de observación era un cuerpo *visible* y un cuerpo *unificado,* mientras el interior seguía siéndole invisible, preservándose así el enigma de su funcionamiento. El "erudito", tanto como el profano, sólo tenían que habérselas con cuerpos enteros: el primero podía apoyar sus certezas, a resguardo de lo demostrable, sobre la relación presente entre los signos visibles de un sufrimiento y un interior invisible. Esta preservación de una dimensión invisible permitía que el sujeto profano hiciera cohabitar, sin mayor dificultad, la causalidad "erudita" imputada a su enfermedad y la causalidad divina imputada al ser así de su cuerpo. Mientras la Iglesia pudo prohibir la disección y mientras esta prohibición fue respetada, la mirada estuvo protegida del encuentro con un cuerpo que la hubiera enfrentado a un interior hecho de partes, de órganos, de pedazos.

Esta fragmentación fue acentuándose cada vez más: la biología ya no estudia los grandes sistemas, estudia la célula y, más allá, los elementos que la componen. Este saber suplantó la imagen de un cuerpo por la de una reunión de miles de millones de células al servicio de una máquina altamente sofisticada y cuyo funcionamiento escapa al conocimiento que de ella pudiera tener el profano. "Y Dios creó la célula." En cierto sentido importa poco la verdad o falsedad de este enunciado, pero basta formularlo para comprender que ya no se puede agregar "a la imagen de las células de Dios".

Por supuesto, el sujeto puede volver a hacer sitio a un Dios creador imputándole un proyecto referido al viviente en su totalidad; sólo que, como ya hacía notar Freud respecto de Darwin, ¿estamos seguros de que el hombre puede contentarse con el lugar que un proyecto semejante

le asigna? Lo dudo. De todos modos, lo que aquí me interesa no es la relación del hombre con Dios, sino su relación con su cuerpo. Una vez que al cuerpo como totalidad se le sustituyó la célula para tratar de dilucidar las leyes de su propio funcionamiento, y una vez que se demostró que esas leyes conciernen al conjunto de células que constituyen al viviente, al sujeto se le hace muy difícil postular un deseo como causa y como organizador de *su* funcionamiento somático. Los destinos de su cuerpo se sitúan *fuera del deseo.* Mientras el conocimiento del cuerpo privilegiaba su costado visible, el sujeto podía forjarse la imagen de su interior que le seguía siendo familiar, que él podía volverse decible mediante la apelación a *metáforas compatibles con sus construcciones fantasmáticas.* En el momento en que este interior se hizo visible, pasó a ser por eso, paradójicamente, algo que el sujeto profano ya no puede conocer sino dando crédito exclusivamente al saber de los especialistas. Otros saben, otros tienen el poder de demostrar la verdad de su afirmación, otros tienen el poder de actuar sobre el funcionamiento del cuerpo. Este saber sobre el cuerpo forma parte, claro está, de una búsqueda que, más allá del cuerpo, interroga al conjunto de los fenómenos del mundo. Y precisamente por eso, discurso mítico, discurso religioso, discurso científico desembocan en definitiva en un mismo resultado: imponer su construcción de la realidad. (Abriré aquí un breve paréntesis para señalar que una de las consecuencias específicas del discurso científico fue desde siempre, pero de una manera cada vez más radical, poner en duda esta certeza, esta evidencia fundamental de la que gozaban nuestros testimonios sensoriales. Pero no hay que olvidar que para que el funcionamiento psíquico de cualquier hombre quede preservado, es necesario que este poner en duda se desplace a un nivel teórico y no intervenga en lo cotidiano de su existencia.)

Volvamos al cuerpo de la ciencia y a lo que puede o no puede hacer el sujeto profano con los conocimientos que tenga sobre él. Recusarlos en bloque implicaría que el sujeto recuse al mismo tiempo aquello que la ciencia, y por lo tanto nuestra cultura, dicen sobre la realidad: hemos visto que el sujeto no puede sostener ese repudio sino excluyéndose de su espacio social y que, para conservar su lugar en él, debe aceptar un consenso en cuanto a lo que el término de realidad abarca; para eso, tomar un préstamo *obligatorio* al saber dominante en su cultura.

En nuestro espacio-tiempo, la escuela, los medios de comunicación de masas, el discurso circulante van a proponer, van a imponer a todos los sujetos la apropiación de ciertos elementos de conocimiento más o menos fragmentarios y más o menos confusos, pero gracias a los cuales dispondrán de un discurso teórico sobre el cuerpo referido a un cuerpo modelo y a un cuerpo universal, pero del que también forma parte el suyo propio. Cuerpo modelo o modelo del funcionamiento del cuerpo que, por diferente que sea de lo que de él dice la ciencia, es un derivado de ésta. Este derivado sufrirá un doble tratamiento: por una parte, el sujeto extraerá de este discurso cierto número de enunciados gracias a los cuales ese saber teórico sobre el cuerpo, y por lo tanto sobre la realidad, podrá formar parte de su compromiso global. La elección de los enunciados dependerá de cuán aptos sean para conciliarse con un cuerpo fantasmable e investible por la psique.

Por otra parte, el sujeto va a servirse de otros enunciados para dar forma y lugar a una construcción teórica del cuerpo que él va a preservar, junto con algunos otros de la misma especie, en una "reserva" de su capital ideico. Reserva que se corresponde con la que tiene la labor de proteger de la luz del día a los fantasmas reprimidos. Esta "reserva ideica" (les recuerdo que me sitúo y permanezco

en el registro de las construcciones del yo)* está resguardada de la acción de la represión; el sujeto conserva el poder de mantener a distancia, en una especie de olvido, las construcciones que ella contiene; o bien, a la inversa, el de memorizarlas para hacer de ellas, en ciertas condiciones, el referente psíquico privilegiado de su cuerpo. (Me estoy refiriendo, claro está, al sujeto profano y no al científico, cuya relación con sus propios descubrimientos y conocimientos merecería un examen especial que nos enseñaría sin duda muchas cosas sobre lo que se puede definir o no como escisión.)

El lugar que en determinadas situaciones ocupen estas construcciones "teóricas" les fijará una tarea completamente específica: cumplir un papel de *para-fantasma* en provecho del sujeto y de su cuerpo. Este largo rodeo sobre la realidad, el cuerpo y las exigencias culturales me pareció la condición previa para el estudio del estatuto psíquico del *cuerpo hablado.*

LOS DISCURSOS SOBRE EL CUERPO

Freud nos enseñó que no se puede analizar el contenido latente de un sueño sino partiendo de su contenido manifiesto. Por este motivo, comenzaré con lo que nuestro cuerpo hace visible en los registros de la emoción y del sufrimiento somático,[2] para tratar de determinar su

*En los textos que componen este volumen, el término yo corresponde al francés *je*. Se utiliza, en cambio, yo [*moi*] cuando el vocablo a traducir sea *moi*. [T.]

2. Muchos otros signos componentes de este cuerpo visible merecerían una misma atención, empezando por los que tienen que ver con la sexualidad. Pero nuestro tema esencial concierne al "tratamiento" de algunas manifestaciones somáticas por parte de la psique, aquellas que ella va a convertir en sus mensajeros.

papel en la constitución de ese "cuerpo latente" que es su cara y su doble psíquico.

Las representaciones sucesivas de este cuerpo secundarán la evolución de la vida somática, pero una y otra vez este cuerpo guardará conformidad con las motivaciones inconscientes que deciden sobre las causalidades a las que el sujeto imputa los acontecimientos relevantes de lo que vive. A su vez, esta elección causal decidirá el lugar que ocupará el cuerpo (su nacimiento, su devenir, su muerte futura) en una historización de su tiempo y de su vida que es el presupuesto de la puesta en marcha y de la prosecución del proceso identificatorio. El yo no puede ser sino deviniendo su propio biógrafo, y en su biografía deberá hacer sitio a los discursos con los cuales habla de su propio cuerpo y con los que lo hace hablar para sí. Estos discursos sobre su cuerpo singular dan la palabra a las únicas inscripciones y modificaciones que el sujeto podrá leer y decodificar como las marcas visibles de una historia libidinal que, por su parte, se ha inscrito y continúa grabándose sobre esa cara invisible que es la psique: historia libidinal, pero asimismo historia identificatoria. Una vez que esta historia se ha escrito, exigirá la periódica inversión de una parte de los párrafos, hará necesarias la desaparición de algunos y la invención de otros, para culminar en una versión que el sujeto cree en cada momento definitiva, siendo que para prestarse a un trabajo de reconstrucción, de reorganización de sus contenidos y *ante todo* de sus causalidades, debe permanecer abierta cada vez que ello se revele necesario. Esta versión se mantiene inestable, y sólo por eso puede el sujeto asegurarse de su propia permanencia, sin dejar de aceptar los inevitables cambios físicos y psíquicos que se sucederán mientras la muerte no venga a ponerles fin. Si el yo no conservara conjuntamente la certeza de habitar un mismo y único cuerpo, cualesquiera que sean sus

modificaciones, la permanencia necesaria de ciertos puntos de referencia identificatorios desaparecería.

Para lograrlo, el yo va a imputar una misma función relacional y una misma causalidad a cierto número de impresiones y experiencias, aunque su cuerpo las haya vivido en tiempos y situaciones diferentes. Esta analogía reconstruida en un *después,* cercano o lejano, del accidente-acontecimiento, le es necesaria para instalar ciertos puntos de almohadillado que se enlazarán entre sí mediante un hilo rojo que permita al yo reencontrarse y orientarse en una historia (la suya), historia que, como todas, se caracteriza por su movimiento continuo.

De ahí la importancia que es preciso otorgar a ese conjunto de "signos" e inscripciones corporales que pueden prestarse a semejante función de orientadores temporales y relacionales.

Se sitúan en este conjunto las manifestaciones somáticas de la emoción y aquellas que vienen a señalar al sujeto, y a los otros, un estado de sufrimiento en su propio cuerpo: son las únicas por las que me dejaré guiar en este trabajo.

El término emoción, contrariamente al de afecto, no goza de un lugar específico en la terminología analítica. Ello me deja más a mis anchas para darle una acepción bien precisa y designar con él la parte visible de ese iceberg que es el afecto, y por lo tanto las manifestaciones subjetivas de esos movimientos de investidura y desinvestidura que el yo sólo puede aprehender por resultar para él fuente de emoción. En su relación con el otro y con el mundo, el yo puede ignorar el papel que cumplen esos afectos que son la envidia, el odio, el amor; desconoce por lo general que son responsables de su manera de vivir esta relación, y sigue convencido de que la causa es preciso buscarla en el exterior. A la inversa, la emoción se refiere a una vivencia de la que el yo no sólo tiene conocimiento, sino de la que, casi siempre, dice saber qué

cosa la provocó. Ahora bien, esta causa guarda una relación privilegiada, aunque no exclusiva, con algo visto, con algo oído, con algo tocado, o sea con lo sensorial. Además, el estado emotivo forma parte de lo que se hace ver a la mirada del otro: uno puede ignorar lo que emociona, pero no obstante percibe los signos de la participación somática que esta vivencia comporta. La emoción modifica el estado somático, y son estos signos corporales los que se ofrecen a la mirada, los que conmueven a quien es testigo de ellos y desencadenan una misma modificación en su propio soma, aun cuando no sea su causa directa. De este modo, la emoción pone a dos cuerpos en resonancia y les impone respuestas similares. El cuerpo de uno responde al cuerpo del otro pero, como la emoción concierne al yo, también se puede afirmar que éste se emociona por aquello que su cuerpo le hace conocer y compartir de la vivencia del cuerpo del otro.

Las otras manifestaciones somáticas que se toman aquí en cuenta atañen no al estado de enfermedad sino a la experiencia de sufrimiento que puede acompañarlo. Sufrimiento que informa al sujeto y al otro de que "algo" que puede permanecer oculto ha venido a modificar el estado de su cuerpo. Por supuesto, el placer cumple una misma función de mensaje y de autoinformación; la experiencia del sufrimiento no es ni más ni menos importante que la del placer: ambas son necesarias y ambas son insoslayables. Pero mientras que el sufrimiento hace apelación al poder de quien es supuestamente capaz de modificar la realidad somática y el medio que rodea al "sufriente", el placer (como más tarde el goce) va acompañado del mensaje inverso: lo que podría modificarse en el cuerpo o en el exterior es percibido como una amenaza. Estos signos y estos mensajes de fuente somática ejercerán un impacto decisivo en la ordenación de ese *tiempo de la infancia* durante el cual el medio familiar y particularmente la madre son los encargados de velar por el

estado del cuerpo, de descubrir las manifestaciones que expresen *el estar bien del cuerpo,* o a la inversa el *mal* presente y que casi siempre se decodifica como la señal anunciadora del peligro, todavía no conocido, que acecha al niño. Desde esta perspectiva, podemos decir que el niño ofrece a la mirada de la madre las manifestaciones de su bienestar, pero que le impone las manifestaciones de su sufrimiento, más aún cuando esta última detenta un poder de denuncia contra aquellos a los cuales ese sufrimiento se muestra (a veces ejerce una misma función de autoacusación para el sufriente). El sufrimiento en general, pero más particularmente el del niño, rara vez deja indiferente la mirada de los otros. En la mayoría despierta el recuerdo de la fragilidad, de la dependencia, de la necesidad de ayuda, conjunto de rasgos que forman parte de la representación que el adulto conserva dentro de sí del niño que él fue. Más que cualquiera otra vivencia infantil, el sufrimiento induce un movimiento de identificación en aquel que ya no es un niño y que va a recuperar momentáneamente, o bien el lugar del "niño sufriente", o bien el de aquel que podría suprimir todo sufrimiento, poder que se había imputado a los propios padres.

Esta empatía nos explica *en parte* —pues se le suman otros factores— por qué el sufrimiento vivido por el cuerpo del niño le permite operar ese trabajo psíquico que transformará un accidente, una dura prueba —integrantes de una experiencia universal— en ese acontecimiento singular que se instalará en la historia, igualmente singular, que él se construye acerca de su cuerpo y de su psique. Para hacerlo, es verdad, con el sufrimiento sólo no basta; hay que añadirle la respuesta que generó, así esta respuesta haya sido el silencio, cargado de sentidos en este caso, y ante todo el discurso que sobre el sufrimiento padecido podrá emitir la madre a posteriori. El relato que de la prueba sufrida por el

cuerpo vaya a hacer la madre, o la manera como la excluirá del discurso que hace oír al niño sobre su pasado, ejercerán una influencia decisiva en la relación que el sujeto va a mantener con ese "mal" que su cuerpo podrá padecer en lo sucesivo. A un primer sufrimiento desaparecido mucho tiempo atrás, lo sustituirá un discurso que permita al sujeto guardarlo en su memoria: discurso que resuena en sus oídos cada vez que un sufrimiento somático reaparece en su cuerpo en un conflicto relacional que va a marcar su vida psíquica.

Esta "puesta en historia" de la vida somática exige la presencia de un biógrafo único, que pueda enlazar el accidente con un acontecimiento al que él responsabiliza de su propio destino psíquico. Para ello es preciso además que pueda ocupar el lugar de aquel por el cual y al cual *"le suceden acontecimientos"*, y no el lugar del acontecimiento mismo. No hay biógrafo ni biografía mientras a una primera indisociación espacio psíquico-espacio somático no le suceda una puesta en conexión de estos dos espacios; donde la psique y el cuerpo ocupan, cada uno de ellos, uno de los dos polos. Esta puesta en conexión señala el paso del cuerpo sensorial a un cuerpo relacional que permite a la psique asignar una función de mensajero a sus manifestaciones somáticas, e igualmente leer en las respuestas dadas a ese cuerpo mensajes que le estarían dirigidos. El devenir de esta relación no sólo varía de sujeto a sujeto sino que debe ser siempre, en todo sujeto, modificable según las experiencias a las que lo enfrentan la vida psíquica y la vida somática. Me limitaré a bosquejar esos "destinos relacionales" que ligan el devenir del cuerpo con el devenir de la psique, y me detendré sobre aquello que se organiza al producirse un primer encuentro entre la psique y el cuerpo, ese cuerpo sobre el que se ejerce de entrada la acción del mundo. El recorrido que voy a seguir parecerá menos oscuro si formulo de entrada las tres hipótesis en las que se asienta:

1. El acto que inaugura la vida psíquica plantea un estado de mismidad entre lo que adviene en una zona sensorial y lo que de ello se manifiesta en el espacio psíquico.

2. El yo no puede habitar ni investir un cuerpo desposeído de la historia de lo que vivió. Una primera versión construida y mantenida en espera en la psique materna acoge a este cuerpo para unirse a él. Forma siempre parte de ese "yo anticipado" al que se dirige el discurso materno, la imagen del cuerpo del niño que se esperaba. Si el yo anticipado es un yo historizado que inserta de entrada al niño en un sistema de parentesco y con ello en un orden temporal y simbólico, la imagen corporal de este yo, tal como la construyó el portavoz, conserva la marca de su deseo (el deseo materno). Como no le está permitido soñar que el niño venidero realizará el retorno de su padre o de su madre, que será hombre y mujer, que estará resguardado de la muerte para siempre, la madre tiene derecho (y hay aquí una necesidad para el niño) a soñar con la belleza, con los parecidos futuros, con la fuerza de ese cuerpo venidero. Hablo, por supuesto, de sueño diurno. Pero cuando se asume el riesgo (necesario) de crearse y de preinvestir una imagen en ausencia de su soporte real, se asume también el de descubrir la no conformidad, el desajuste entre la imagen y el soporte. Se trata de una apuesta inevitable que generalmente la madre conseguirá ganar. Pero puede ocurrir que la imagen no pueda conciliarse con un cuerpo demasiado diferente, demasiado extraño para la mirada materna. La madre se topa siempre con el cuerpo del *infans* como riesgo; también puede encontrárselo como una resistencia o como una desmentida, fuente de un conflicto inmediato y a veces insuperable. Al final de este texto veremos por qué razón este conflicto puede ser responsable de una situación de duelo absolutamente singular.

3. A partir del momento en que la psique pueda y deba pensar su cuerpo, el otro y el mundo en términos de relaciones, comenzará ese proceso de identificación que hace que todo lugar identificatorio decida la dialéctica relacional entre dos yoes y que todo cambio en uno de los dos polos repercuta sobre el otro. A partir de este mismo momento, el cuerpo (sus cambios, su sexualidad, sus eventuales accidentes) podrá convertirse en representante del otro y en testigo de su poder para modificar la realidad, cada vez que la relación entre el sujeto y el otro se torne demasiado conflictiva y demasiado dolorosa.

La relación yo-cuerpo, que ha sustituido a la relación yo-otro, tomará a su cargo un mismo conflicto.

Esta sustitución puede inducir al otro a ocuparse de tu cuerpo, a preocuparse por lo que le sucede, a rodearlo de "cuidados": cuando esto ocurre, el cuerpo le devolverá su lugar legítimo y reasumirá el papel de mediador relacional que seguirá cumpliendo en el curso de la infancia.[3] Si el otro permanece ciego o sordo a lo que le ocurre al cuerpo, o si sus respuestas son inadecuadas, lo que era una sustitución provisional puede llegar a ser un estado definitivo. El cuerpo, ocupando el lugar del otro, preserva para la psique la última posibilidad de conservar el signo *"relación"* en sus "alfabetos", signo indispensable para que se organicen las construcciones de lo primario y lo secundario.

Una sustitución *transitoria* entre el otro y el cuerpo es un fenómeno al que todos los sujetos habrán echado mano, sea que apelen a ella para modificar las respuestas recibidas, sea que esa sustitución les venga impuesta por

3. En el curso de la infancia y después, pero de manera más esporádica si el niño ha podido "heredar" un cuerpo que consiguió superar las "enfermedades infantiles" de la psique.

el cuerpo mismo. El peligro de muerte que el cuerpo puede correr efectivamente, una mutilación que amenace con despojar al yo de una función particularmente investida, van a modificar la relación entre psique y cuerpo y, en el mejor de los casos, harán ocupar a la psique el lugar de un reparador y de un protector del cuerpo; ello durante el tiempo que se necesite para que se supere el peligro o para que la psique pueda movilizar defensas que le permitan elaborar aquello cuyo duelo debe hacer en lo que atañe a su propia imagen del cuerpo.

Cuando esta sustitución se vuelve permanente, lo que aparece son tres cuadros:

En el *primero,* que encontramos en la psicosis, el otro y el propio cuerpo se han transformado en destinatarios intercambiables. La relación que el sujeto mantiene con su propio cuerpo es la reproducción de la que mantiene con el otro. Esta relación con el cuerpo, que a veces puede tomar una forma negativa, también puede servirle de escudo contra cualquier tentativa del otro de hacer intrusión en su mundo psíquico a fin de poner en entredicho y de sacudir una relación que ha quedado petrificada de una vez para siempre. En este caso, la "retirada" a una relación exclusiva con el cuerpo permite al sujeto sobrevivir a pesar de esa gelificación relacional en los límites de lo soportable.

En el *segundo* cuadro, el cuerpo pasa a ser el mediador y la clave *únicos* de la relación; sólo a través de lo que le sucede a su cuerpo va el sujeto a decodificar el deseo del otro para con él y a imponerle el reconocimiento del suyo propio. El sufrimiento del cuerpo, su mal funcionamiento cumplen entonces la misma función relacional que corresponde al goce. El goce que acompaña el encuentro entre dos cuerpos se hace prueba de la investidura que liga a los

dos yoes, de la concordancia *total* pero siempre *momentánea* de sus fantasmas y deseos. En el caso que analizamos, el sufrimiento sostiene y alimenta un conflicto no ya momentáneo sino permanente, lo que garantiza a su vez la permanencia de la relación.

Aunque menos frecuente, puede presentarse un *tercer* cuadro: el sujeto recusa cualquier función relacional al estado de sufrimiento y al estado de placer experimentados por su cuerpo. Guarda la convicción, que proclama a toda voz, de que no sufre ni goza a causa de otro o gracias a otro, sino porque su cuerpo, *todo cuerpo,* responde "por naturaleza" de determinada manera a determinado estímulo. La sola realidad "natural" es responsable del sufrimiento, y a ella acusa el sujeto, como también la acusará de ser absolutamente inmodificable por el sujeto.

Hallamos aquí una relación con el cuerpo propio inscrita en una relación más global con la realidad y que viene a recordar que, paradójicamente, el lugar primordial que el yo parece otorgar a la realidad y a sus poderes es consecuencia de la escasa investidura de la que ésta goza, de lo difícil que le resulta al sujeto no apartarse totalmente de ella o no dejarse invadir por el odio que le inspira. Odio que se verá sustentado y disfrazado por la constancia de ese "mal" que trabaja en su cuerpo.

Cada una de estas hipótesis sería merecedora de un tiempo de elaboración más compatible con la escritura de un libro que con la de un ensayo. He optado por privilegiar la primera y por señalar brevemente su impacto sobre las otras dos.

LA "PUESTA EN VIDA" DEL APARATO PSIQUICO

A menudo he comparado la acción de lo primario con la

de un *metteur en scène* y la de lo secundario con la de un *metteur en sens*,* pero los dos tienen como presupuesto esa "puesta en vida" del aparato psíquico que debemos a la actividad de nuestros órganos de los sentidos. La primera condición de la vida de la psique es la posibilidad de autorrepresentarse su propiedad de organización *viviente.* Los primeros elementos del único "alfabeto" o de la única paleta que puede utilizar lo originario son el producto de una metabolización, la que impone la psique a las también primeras informaciones que la actividad sensorial le aporta con sus reacciones a los estímulos que acompañan a lo que se inscribe, desaparece o se modifica en la escena del mundo. Pero estos estímulos que el mundo emite no se transformarían en *informaciones psíquicas* si alguien no cumpliera el papel de emisor y selector de aquel subgrupo de estímulos que, *en este primer tiempo de la vida,* son los únicos en poder ser metabolizados por la psique como reveladores de sus propios movimientos de investidura y desinvestidura.

Por más elemental o complejo que sea un organismo vivo, no se lo puede estudiar aislándolo de ese medio que actúa sobre él y al que él reacciona. Para que la vida somática se preserve, es preciso que el medio físico pueda satisfacer las necesidades insoslayables del soma. Para que la vida psíquica se preserve, es preciso que el medio psíquico respete exigencias igualmente insoslayables y que, además, actúe sobre ese espacio de realidad sobre el que el recién nacido no tiene ningún influjo directo. En la mayoría de los casos, es la madre la que se hace cargo de esta doble función, y quien conjuntamente deberá organizar y modificar su propio espacio psíquico en forma tal

Metteur en scène: término de uso corriente en el lenguaje teatral, que designa al director o responsable de la puesta en escena. La forma *metteur en sens* se toma de ésta, y su sentido literal sería el "responsable de la puesta en sentido". [T.]

que responda a las exigencias de la psique del *infans.* Medios físico y psíquico llevarán la impronta del modelo que de ellos propone el discurso cultural y, particularmente, el discurso paterno. Impronta necesaria para relativizar la que debemos meramente a los efectos ejercidos por un primer ambiente sobre la psique de la madre en su niñez, y por el recuerdo reestructurado que conserva de él; pero esta última impronta sigue siendo, no obstante, la más decisiva. Y por este motivo la madre será el agente privilegiado de las modificaciones que especifiquen el medio psíquico y físico que recibe al recién nacido: el *infans* se la encontrará bajo la especie de este *"modificador".*[4] Aunque empiece por ignorar su existencia, no puede sustraerse a las consecuencias de unas

4. Otorgar a la madre, como lo hacen la mayoría de los analistas, un lugar predominante, no implica olvidarse del que ocupa el padre. Desde este comienzo de vida el padre ejerce también una acción modificadora sobre el medio psíquico que rodea al recién nacido. Pero en la casi totalidad de los casos *una* persona —y casi siempre la madre— cumple un papel alimentario privilegiado, al ofrecer el pecho o el biberón, aportando al *infans* —por deseo o por deber— una satisfacción vital. Esta persona que tiene el poder de responder a las necesidades y, haciéndolo, de ser la fuente de las primeras experiencias de placer y sufrimiento, viene a cumplir una función de *modificador* de la realidad somatopsíquica mediante el cual se prenuncia la presencia de un mundo habitado.

Por eso la madre es también aquella por la cual abrirá brecha en la psique del *infans* el primer "signo" de la presencia de un padre o de su ausencia: su elección de estos "signos" dependerá de su relación con ese padre. En un tiempo ulterior, pero sin duda muy próximo, el niño podrá recursarlos y forjar los suyos propios, instaurando con el padre una relación que concordará o no con la que la precediera. Lo cierto es que en el registro temporal la relación con la madre tiene efectivamente la primacía, así como la experiencia del embarazo induce en la madre una forma de investidura para el ser que lleva en su interior, investidura que no posee la misma cualidad que la que instala el padre durante su espera del hijo.

Es éste un privilegio "natural" cuya marca, positiva o negativa, el hombre llevará siempre.

modificaciones de su medio más cercano que irán a la par con la modificación de su propia vivencia somática y psíquica. Al no poder tomar conocimiento de un "modificador" *separado,* los movimientos afectivos coextensos con su vivencia propia se presentarán a la psique como autoengendrados por su solo poder. Del lado de la madre nos encontramos, opuestamente, con una psique que ya ha historizado y anticipado lo que se juega en estos encuentros, y que de entrada decodifica los primeros signos de vida a través del filtro de su propia historia, escribiendo así los primeros párrafos de lo que pasará a ser la historia que se contará el propio niño sobre el *infans* que fue.

Pero por el momento dejemos a la madre de lado y volvamos a las producciones inaugurales de la vida psíquica del *infans.* Desarrollé largamente este problema en el capítulo de *La violencia de la interpretación* dedicado a los conceptos de proceso originario, pictograma y al postulado de autoengendramiento que determina la organización de éstos. Me permito remitir al lector a esos desarrollos, pues aquí me limitaré a insistir sobre el papel cumplido por la sensorialidad al producirse la puesta en vida del aparato psíquico.[5] Las investigaciones actuales sobre las interacciones más precoces entre aquel que entra en un mundo viviente y aquellos que lo habitan, invitan a proponer esta hipótesis: entre los estímulos captados por nuestros receptores sensoriales, algunos en función de la cualidad e intensidad de la excitación, pero más todavía en función del *momento en que se efectúa el encuentro zona-estímulo,*[6] serán fuente de una experiencia sensorial capaz de llevar su irradiación al conjunto de las zonas. El placer o sufrimiento de una zona pasan a ser placer o sufrimiento para el conjunto de los sentidos.[7]

Si nos atenemos exclusivamente a este proceso representativo, comprenderemos que el objeto sólo existe psíquicamente por su mero poder de modificar la respuesta sensorial (y por lo tanto somática) y, por esta vía, de actuar sobre la experiencia psíquica. De ahí esta *primera constatación: en las construcciones de lo originario, los efectos del encuentro ocupan el lugar del encuentro.* Lo cual explica la razón por la que placer y sufrimiento no pueden presentarse ante la psique sino como autoengendrados por su propio poder. Pero si bien estos "efectos de sentido" suministran a la psique estos signos de la existencia del mundo que ella puede metabolizar como los únicos capaces de afectar e impresionar su superficie, también hemos visto que la mayor parte de tales estímulos tienen, como emisor y selector principal, a la madre. Su cualidad y frecuencia dependen de lo que el "emisor" quiere transmitir o transmite a pesar suyo; por lo tanto, él es parte activa en el efecto placer o en el efecto sufrimiento que resultará de todo ello. De ahí esta *segunda constatación: ese placer o ese sufrimiento, que la psique se presenta como autoengendrados, son "el existente psíquico" que anticipa y prenuncia al objeto-madre.* Una experiencia de nuestro cuerpo ocupa el lugar que después ocupará la madre: al yo anticipado le hace pareja una "madre anticipada" por una experiencia de cuerpo.[8]

5. Piera Aulagnier, *La violence de l'interprétation,* París, P.U.F., 1975. Todo este texto se basa en las hipótesis metapsicológicas defendidas en este libro, referidas al concepto de proceso originario que él introducía, y las prolonga.

6. La consideración del "momento" en que se efectúa la sucesión de encuentros entre la psique y el mundo es un factor cuya importancia me parece cada vez mayor.

7. Estas experiencias somatopsíquicas de placer facilitarán la futura representación de un cuerpo unificado. Opuestamente, la psique, en cuanto posea los medios para ello, intentará oponerse a este poder "irradiante" del sufrimiento, con el riesgo de no disponer más que de una representación fragmentada del espacio somático.

8. Podemos comparar a esta "madre anticipada" con lo que Bion

Tenemos aquí el punto de partida de esa relación niño-madre que el sujeto descubrirá e investirá ulteriormente, pero que por momentos también podrá desinvestir para retornar de ello con una relación psique-cuerpo remodelada.

Tercera constatación: Antes de que la mirada se encuentre con un otro (o con una madre), la psique se encuentra y se refleja en los signos de vida que emite su propio cuerpo.

Tres constataciones que prueban que el pictograma del objeto-zona complementaria es cabalmente el único del que dispone el proceso originario. (Sería de máximo interés reflexionar desde un ángulo analítico sobre las reacciones psíquicas subsiguientes a ciertas experiencias de privación sensorial.)

Este poder de los sentidos de afectar a la psique le permitirá transformar una zona sensorial en una zona erógena.[9] La primera oreja psíquica no capta sonidos y menos aún significaciones: capta las variaciones de su propio estado, de su propia vivencia, la sucesión de una experiencia de placer y de una experiencia de sufrimiento. Y si este placer o este sufrimiento faltan, la reacción sensorial puede existir fisiológicamente, pero no tendrá existencia psíquica. En lo relativo a lo originario, hay un punto que quiero subrayar con el mayor énfasis: el tiempo en el que este proceso es el único capaz de transformar los signos de la vida somática en signos de la vida psíquica, puede durar tres horas, tres días o tres semanas, no importa; su actividad persistirá igualmente a lo largo de toda nuestra existencia.

Les propondré comparar los materiales en los que abrevan los procesos originario, primario y secundario, con tres conjuntos de elementos constitutivos de tres escrituras o de tres lenguas, poseedoras cada una de leyes sintácticas propias. No forma parte de los elementos de la escritura originaria ese "metasigno" *(el signo relación)* que sería necesario para que ella hiciera un sitio en sus figuraciones al concepto de lo "separable". Al no estar presente, no puede haber ninguna puesta en relación entre estas producciones y un destinatario que supuestamente responderá a ellas. Sus figuraciones comparten el carácter de ciertos enunciados, son performativas, el escritor *es* lo que se escribe, y este "escrito" es conjuntamente figuración de una exigencia y de una autorrespuesta. Lo que se escribe (o se *pictografía*) ha metabolizado un estado somático como presentación de un afecto psíquico, *conjuntamente experimentado y figurado como autoengendrado.*

La escritura de la que hará uso lo primario posee este metasigno (quiero decir, el signo "relación") necesario para fantasmatizar el deseo presente entre el que fantasmatiza y el deseo imputado al otro, remodelado en su puesta en escena. Es verdad que mientras consideremos sólo lo primario, esta realización fantasmática pondrá en escena una relación de fusión, de posesión, de dominio... *dos* espacios pero *un solo* deseo todopoderoso y siempre realizado.[10]

---

definió como preconcepto: en uno y otro caso, un molde relacional espera y precede al que será uno de sus soportes. Pero la similitud termina aquí: la hipótesis de Bion apela a una visión que no deja de recordar el concepto kantiano de intuición. La mía, más "materialista", supone la presencia de ese "elemento de realidad" suministrado por una vivencia somática.

9. Hablar de zona erógena es pasar, *ipso facto,* del registro del cuerpo al registro psíquico: en la terminología psicoanalítica los términos placer y sufrimiento, cualesquiera que sean su fuente y la actividad que los produjo, no tienen sentido sino aplicados a una experiencia psíquica.

10. Hay que comprender bien la expresión fantasma de fusión: el deseo que se realiza en este fantasma es la *fusión* entre *dos* espacios psíquicos, *dos* cuerpos, *dos* placeres. Lo negado concierne al poder de rechazar ese estado de fusión. Pero esto supone que su separación haya

Los signos de los que se servirá el lenguaje secundario en sus enunciados tienen la particularidad de estar doblemente al servicio de las leyes que rigen una relación de comunicación recíproca: el enunciado se construye de entrada por referencia al destinatario al que se dirige, y los signos de este lenguaje son comunicados a aquel que no los posee todavía, por aquel que ya ha tenido acceso a ellos. Al igual que en cualquier lengua conocida, ciertas palabras de este tercer lenguaje psíquico caerán en desuso, otras resultarán prohibidas y se inventarán otras nuevas. La lengua que hablamos para describir el mundo está marcada por el movimiento histórico de la cultura que la habla; el lenguaje que nos sirve para tomar conocimiento de nuestros deseos, de nuestros sentimientos, de nuestros proyectos identificatorios está marcado, ante todo, por la historia singular de cada enunciante, por sus exclusiones, sus olvidos, sus innovaciones.

Una vez aprendidas estas tres lenguas, la psique continuará utilizándolas a lo largo de su existencia. Pero mientras que una parte de los signos de lo primario y de lo secundario podrán intercambiarse para desembocar en la formación de una suerte de lengua compuesta —donde la prelación es tomada por unos u otros según las vivencias afectivas del enunciante—, con la lengua originaria no sucede lo mismo. Esta última continúa ignorando que cuerpo y psique reaccionan y viven gracias al estado de relación continua entre sí y de ambos con su medio.

La escritura de lo originario no puede dar forma más que a la *corporización figurativa* propuesta por el picto-

---

sido percibida y que se la haya abolido sustituyéndole una *relación* de fusión, de reunificación entre *dos* partes que excluirían la más ínfima diferencia o que se revelarían complementarias. Podríamos asignar a este fantasma una fórmula matemática: $1 + 1 = 1$; el resultado es falso pero el signo + entre dos términos queda preservado.

grama, única figuración que la psique puede forjar de su propio espacio, de sus propias experiencias afectivas, de sus propias producciones. El proceso originario no conoce del mundo más que sus efectos sobre el soma, así como no conoce de esta vida somática más que las consecuencias de su resonancia natural y constante con los movimientos de investidura y desinvestidura que signan la vida psíquica. Ignoro si este fondo representativo que continúa tomando del soma sus materiales es la causa o la consecuencia de la preservación de la participación del cuerpo en nuestros estados afectivos y emocionales, pero aun a riesgo de fatigarlos con mi insistencia, voy a volver sobre una de las consecuencias de la actividad permanente de este "fondo representativo".

Los *efectos somáticos* por los que la vida del mundo abre brecha en todo nuevo organismo no son un fenómeno transitorio, sólo cesan con nuestra muerte. Freud hablaba de una "fuente somática" del afecto; yo sugeriría gustosa la expresión de *"fuente somática de la representación psíquica del mundo"*, para subrayar que si todo lo que existe llega a ser tal para el proceso originario, es sólo por su poder de afectar la organización somática (desde luego, forman parte de este "todo" las propias producciones psíquicas). Esta figuración de un mundo-cuerpo que es el pictograma no puede tener lugar en el proceso primario o secundario, ni formar parte de ningún reprimido secundario; éste no contiene más que representaciones que ya han sufrido la obra del *metteur en scène* y del *metteur en sens*. No se debe caer en la trampa de la construcción teórica que les propongo: si bien se acerca a lo que yo pienso que es el pictograma, confirma también que sólo desde el exterior podemos *imaginar* ese "ser" psíquico, que para eso tenemos que calzarnos nuestras gafas teóricas y colocar delante de nosotros y a distancia aquello que procuramos ver. Nunca podremos pensar ni fantasmatizar *desde el interior* el efecto somático como

único representante del mundo, ni la vida psíquica como único reflejo de este efecto del cuerpo. Pero esta construcción teórica permite comprender el papel que puede volver a jugar lo que se organizó en un tiempo psíquico que precede a esa mirada sobre el mundo que lo volverá fantasmatizable y pensable por el sujeto y para él. Cada vez que nuestra relación con el mundo se sustrae a cualquier captación en un fantasma o en un pensamiento, por no haber podido preservar la investidura de al menos uno de sus ocupantes, nos hallamos en una situación próxima, aunque *no idéntica,* a aquella que inauguró nuestra existencia: la vida del mundo y el mundo ya no son representables más que por los "efectos somáticos" que acompañan a la angustia de un encuentro con una escena vacía. La representación de esta vivencia somática sigue siendo el último recurso que permite a los procesos primario y secundario fantasmatizar y pensar *su relación* con esta última y única construcción psíquica, por la cual huellas del mundo continúan existiendo para la psique. Se preserva así una *última puesta en relación* que es la condición misma para que lo primario y lo secundario no sean conducidos a cesar su actividad, lo que entrañaría al mismo tiempo el silenciamiento del aparato psíquico; el cual, salvo muerte precoz, habrá aprendido siempre, bien o mal, a hablar sus tres lenguas, y que no puede olvidar una totalmente sin quedar mudo.

El mundo en el que se mueve el autista y ciertos fenómenos alucinatorios particulares que encontramos en la vivencia psicótica, nos ilustran sobre las consecuencias de la catástrofe que representa para el sujeto la desaparición del signo *"relación"* en su capital representativo o, para ser más exactos, la reducción de su uso a una forma relacional fijada de una vez para siempre, inmutable.[11]

11. La desaparición total de este signo no es compatible con la preservación de una vida psíquica cualquiera, una vez que el alba de nuestra existencia ha quedado atrás.

Numerosos trabajos analíticos referentes al niño autista y esquizofrénico parecen confirmar mi concepción de lo originario.

¿Qué nos muestran estas investigaciones sobre el rango que el autista impone al objeto sino que el niño lo sustituye por su mero poder sensorial, y que ésta es la única propiedad que se lo torna existente?

El objeto no es nada más ni otra cosa que la sensación de dureza característica de esa cosita de madera o hierro que la mano tritura y manipula con gestos estereotipados, ese movimiento repetitivo que la derriba, la hace dar vueltas, para que la mano vuelva a recogerla.

Y lo mismo puede decirse (me refiero especialmente a los trabajos de Frances Tustin sobre el *autistic shape*) de esa marca "suave" que la lengua imprime sobre la pared interna de la mejilla, ese aglomerado de saliva que puede juntarse con tal o cual superficie de la cavidad oral. En cuanto al cuerpo en su conjunto, por momentos puede no existir ya sino por un movimiento rítmico, y él en un balanceo, reducido en su totalidad a la pura sensación del movimiento que lo anima. Esas *sensaciones somáticas,* que ahora son para la psique las únicas pruebas de su vida y de la vida, son efectivamente autocreadas por el sujeto. Una vez reducido el objeto a su mero poder sensorial, también él es efectivamente engendrado por esa autoestimulación mediante la cual la psique aporta su objeto complementario a una zona y a una función sensoriales garantes de que se ha conservado en estado de sobrevivencia.

En cuanto a los estímulos de fuentes exteriores, el autista intentará oponerse a su poder de intrusión exigiendo el no cambio del medio que lo rodea. El autista no pue-

de imponer al mundo la inmovilidad, que significaría su muerte, pero puede tratar de exigir la repetición idéntica de ese mínimo de movimientos inevitables merced a los cuales puede no verlos más, seguir creyendo en la fijeza del medio. Todo estímulo imprevisto que venga del otro —y con ello de un espacio del mundo que ya no se percibe como un reflejo del espacio del cuerpo— será recibido como una intrusión que amenaza con hacerlo estallar y con destruir este continente, el único que puede garantizar a la psique la preservación de *su* espacio y, con ello, de un aparato psíquico incapaz de sostenerse en el vacío.

Me hubiese gustado referirme a la cuestión que plantea la automutilación en el autismo, y a ese extraño poder de ignorar el sufrimiento que debió de acompañarla. El tema me llevaría demasiado lejos, pero la extrañeza de este comportamiento me parece confirmar de otra manera la indisociación presente entre espacio del cuerpo/espacio del mundo: se le impone al cuerpo lo que no se le puede imponer a un mundo cuya existencia se quiere ignorar. ¿Confirma la indiferencia al sufrimiento la indiferencia a un mundo que uno puede destruir cada vez que su movimiento amenaza con imponerse? El niño autista o esquizofrénico no se automutila en un momento cualquiera. No pretendo que estos comentarios —más que sumarios— esclarezcan esta particularidad del comportamiento psicótico frente al sufrimiento, pero indican una vía de abordaje.

Antes de concluir esta breve incursión por el mundo de la psicosis infantil, voy a cotejar estos fenómenos con ciertas experiencias momentáneas presentes en la vivencia esquizofrénica del sujeto adulto, pero que también pueden formar parte de una experiencia fugitiva de la que ningún sujeto está resguardado. A ellas me refería cuando pronuncié el término "alucinaciones" sensoriales: experiencias durante las cuales el sujeto ya no es sino esa sensación de un espacio somático que pierde sus límites

o se contrae, esa sensación de un abismo interior en el que son devorados los órganos internos.[12] Hoy en día ya no estoy tan segura de que el término alucinación sea legítimo. Alucinar es proyectar al exterior el agente de una estimulación auditiva, visual, táctil, que vuelve a nosotros como signo de la hostilidad del mundo, pero asimismo como prueba de su presencia y del vínculo que nos une a él, vínculo perseguidor y molesto, pero vínculo al fin.

El autista no alucina un estímulo sensorial, lo crea. En lo que respecta a las sensaciones de fuente somática características de esas experiencias cercanas aunque no idénticas que encontramos en el exterior del mundo del autismo, también vacilaría a la hora de considerarlas como una forma de alucinación en sentido estricto. Preferiría juzgarlas como la manifestación fugaz del afecto resultante de un encuentro entre el sujeto y un acontecimiento vivido por la psique como un cataclismo que destruyó momentáneamente toda posibilidad de preservar su relación con el otro y su mundo. De este mundo sólo queda entonces el efecto somático de este encuentro efectivamente catastrófico: este efecto pasa a ser el representante del mundo, pero esta sustitución, como hemos visto, no puede efectuarse sino en el proceso originario, no puede hallar sitio sino en una representación pictográfica.

Esto significa que, entre las posibles consecuencias derivadas del encuentro entre la psique y el mundo, existe una que sólo resulta figurable por el proceso originario. La presencia de esta sola construcción sobre la escena psíquica no puede ser sino una experiencia fugitiva, pues los procesos primario y secundario tendrán que

12. Piera Aulagnier, "Le retrait dans l'hallucination: un équivalent du retrait autistique?" Conferencia pronunciada en el Congreso celebrado en Mónaco en junio de 1984. Publicada en el número 3 de la revista *Lieux de l'enfance,* Privat.

poder recobrar lo antes posible su actividad para dar forma a construcciones en las que el signo relación ocupe su lugar. Desde ese momento, el sujeto, en un a posteriori inmediato, podrá refantasmatizar y repensar las intenciones del mundo para con él mismo, imputándoles la causa de esa "presentación" de la experiencia vivida por su cuerpo. Esta formulación a posteriori de lo que quedó fuera de lo decible en el momento mismo de su sobrevenida, retornará a nuestro oído en la forma de lo que el sujeto esta vez alucina, proyectando al exterior el agente de una desorganización del espacio del mundo que se sustituye a esa experiencia, durante la cual el orden rector de la organización somática y sus respuestas quedó quebrantado.

Esta última incursión por lo originario me pareció necesaria antes de abordar lo que va a jugarse para el cuerpo cuando se produzca su encuentro con la *emoción*, aquella que suscitan sus manifestaciones en la madre, emoción cuya percepción por el *infans* inaugura la unión de su psique con ese discurso y esa historia que lo aguardaban.

Les recuerdo, y ante todo me lo recuerdo a mí misma, que si este trabajo tiene alguna posibilidad de ser otra cosa que una simple reformulación de algo ya escrito, es gracias al lugar que intento conferir a los diferentes rangos tomados por el cuerpo en las sucesivas construcciones que la psique se forja a su respecto. Querer dilucidar el devenir de estas representaciones separándolas del devenir del aparato psíquico en su totalidad, sería un recurso artificioso; a menos —y así lo espero— que este "añadido" sobre el cuerpo pueda reinsertarse en un discurso más global sobre la psique, en cuyo caso podría iluminar algunos de sus puntos ciegos. Pero esta historia del cuerpo que les propuse debería también permitirnos completar la que nos construimos acerca de la psique. Dos historias que no existirían si no pudiésemos basarnos en

las que se forjó el sujeto mucho antes de encontrarse con nosotros.

EL CUERPO PARA LA MADRE

Arribo así a mi segunda hipótesis, que formularé en forma de pregunta: ¿qué representa el cuerpo del *infans* para esa madre que supuestamente lo espera y lo recibe? Yo diría de buena gana que ahí donde la madre esperaba... ¿a aquel que habría puesto fin a la espera?, ¿a aquel que le probaría la realización de su deseo de ser madre?, ¿a la última elaboración del objeto de un largo sueño iniciado en su propia infancia? ...encuentra un cuerpo, y aquí está la fuente de aquel "riesgo" relacional al que me refería en el inicio de este trabajo. Este encuentro va a exigir una reorganización de su propia economía psíquica, que deberá extender a ese cuerpo la investidura de la que hasta entonces gozaba únicamente el representante psíquico que lo precedió. Ya he señalado el poder de modificación de la madre sobre esa parte de realidad a la que reaccionan la psique y el soma del *infans*, reacciones que le revelan su propio poder de ser afectada por la vida del mundo y de ser modificada por aquello que la afecta. Pero esta revelación es asimismo revelación para la psique materna: las primeras manifestaciones de la vida psíquica y somática del *infans* le pondrán al descubierto el poder de emoción y modificación sobre su propia psique detentando a su respecto por ese pequeño fragmento de realidad, tan cercana, que el cuerpo de su hijo representa. Las manifestaciones de la vida somática del *infans* producirán emoción en la madre, y las manifestaciones de esta emoción modificarán el medio al que el *infans* reacciona y, con ello, sus efectos sobre su vida psicosomática. Y aquí surge de nuevo la importancia del componente somático de la emoción: la relación de la

madre con el cuerpo del *infans* implica de entrada una parte de placer erotizado, permitido y necesario, que ella puede ignorar *parcialmente,* pero que constituye el basamento del *anclaje somático* del amor que dirige al cuerpo singular de su hijo, amor que, lejos de ignorar, está pronta a hacer oír. Ese cuerpo que ella ve, que ella toca, esa boca a la que une su pezón, son o deberían ser para ella fuentes de un placer en el que su propio cuerpo participara. Este componente somático de la emoción materna se transmite de cuerpo a cuerpo; el contacto con un cuerpo emocionado toca al nuestro, una mano que nos toca sin placer no provoca la misma sensación que una mano que siente placer al tocarnos.

Aunque este placer compartido entre dos cuerpos forme parte de lo lícito, sin embargo la madre no podrá legitimarlo para consigo misma si no puede enlazar la emoción sentida con el mensaje de amor, con la demanda de protección que supuestamente le dirige un yo que todavía no ha advenido. La primera representación del cuerpo del *infans* que la madre se forja le imputa de entrada un estatuto relacional que va a transformar la expresión de la necesidad en formulación de una demanda (de amor, de placer, de presencia), y que transformará al mismo tiempo la mayoría de los accidentes somáticos y sufrimientos del cuerpo en un accidente y en un sufrimiento vinculados con la relación que la une al niño. Lo que la madre "ve" de las expresiones y el devenir de un cuerpo (su sueño, su estado de bienestar o de sufrimiento, su crecer, su alimentarse, los primeros signos de su despertar al mundo, sus gritos y sus silencios...) dará lugar a una doble decodificación: por una parte, la madre reconocerá aquí los signos objetivos del estado somático, pero si su mirada no llega a ser —para enorme perjuicio de la relación presente y futura entre ambos— la de un testigo neutro, no afectado, estos signos que afectan su psique y su cuerpo y que se acompañan de placer o

sufrimiento son decodificados como un lenguaje anticipador de la presencia de un yo futuro. Lo que la mirada materna *ve* estará marcado asimismo por su relación con el padre del niño, por su propia historia infantil, por las consecuencias de su actividad de represión y sublimación, por el estado de su propio cuerpo, conjunto de factores que organizan su manera de vivir su investidura respecto del niño. Por eso su mirada encuentra en las manifestaciones del funcionamiento somático una especie de *prueba por el cuerpo del infans* de la verdad de los sentimientos que experimenta ella hacia aquel que habita ese cuerpo. La vivencia de este cuerpo le confirma una y otra vez la legitimidad de la ansiedad que ella sentía, la legitimidad de su culpabilidad por no amarlo lo suficiente, la legitimidad del sentimiento de culpa que acompañó a un nacimiento sellado por la prohibición, la legitimidad del poder protector que ella imputa al amor que el niño le inspira... Esta decodificación, parcialmente arbitraria y siempre singular, va a actuar sobre su reacción a las manifestaciones somáticas del niño y determinará el comportamiento materno, entendiendo aquí por comportamiento el conjunto de aquellos actos suyos que modificarán el entorno del *infans*. Estas modificaciones podrán concordar o no con las motivaciones inconscientes (una mayor presencia o contacto pueden responder a un fantasma de fusión pero ser también una defensa contra una agresividad reprimida), y estas motivaciones actuarán sobre la calidad e intensidad de la participación somática que acompaña al comportamiento materno. El niño percibirá más o menos oscuramente lo que se pueda estar expresando allí en forma disfrazada, pero eso no impide que el comportamiento, sea cual fuere su motivación inconsciente, vaya a actuar sobre la organización objetiva del espacio relacional, y otro tanto sobre lo que podrá decirse o callarse en el discurso con el que la madre hace pensable para sí esta primera fase relacional y mediante

el cual intentará, en un tiempo ulterior, hacérsela pensable al yo infantil. Si el portavoz (la madre) cree "poner en memoria" lo que se juega en el presente, su propio pasado, su propia historia están obrando de entrada para señalar esa parte de lo visible, la más importante, que será objeto de su interpretación y fuente de emoción. Esto no implica o no debería implicar que toda expresión del cuerpo del niño deba ser interpretada y que deba desencadenar en la madre una vivencia emocional. La madre debe ser siempre capaz de modificar ciertos fenómenos que surjan en el *presente* de la vivencia somática, apelando a aquel otro discurso sobre el cuerpo que se conservó en la "reserva teórica" de su capital ideico. Este recurso es necesario para moderar el poder emocional que detentan el *infans* y su cuerpo, y pone de manifiesto la utilidad de la función de "para-fantasma" que puede cumplir ese "cuerpo del saber" que hace posible a la psique materna no ver perfilarse a la muerte en el horizonte de cualquier enfermedad, o a la desnutrición con cada biberón rechazado. Pero es igualmente necesario que este "cuerpo del saber" no ocupe el proscenio más que el tiempo necesario para evitar un exceso, una suma de emociones a las que el propio *infans* no podría amoldarse. Fuera de estas "pausas emocionales", deberá preservarse una relación privilegiada (que por momentos puede adoptar la forma de un enfrentamiento) entre el cuerpo psíquico tal como lo forja el proceso originario, y este cuerpo relacional y emocional, obra de la psique materna. Esta relación permitirá la puesta en forma y la puesta en escena de la representación del cuerpo que *el niño* se construya.

EL EFECTO-SUFRIMIENTO EN LA VIDA INFANTIL

Comencemos por interrogarnos sobre lo que yo llamaría el efecto-sufrimiento en la vida infantil. Poco le importa al niño que la enfermedad tenga o no una etiología orgánica demostrable; además, en la mayoría de los casos él no posee este saber sobre la patología. Pero, aun si lo supiera, seguiría preguntándose qué cosa decidió el encuentro entre su cuerpo y ese virus (pregunta que, como hemos dicho, se hace cualquier sujeto enfermo, tenga la edad que tenga, por poco que la enfermedad le preocupe) y jamás imputa este encuentro al azar ni a la debilidad de sus defensas inmunológicas, sino a lo que se juega en su *medio psíquico*. El niño encuentra una confirmación de esta "causalidad psíquica" imputada a la enfermedad en los efectos que ésta va a provocar en la madre, y en el discurso que ésta va a emitirle tanto sobre su enfermedad actual como sobre las que pudieron presentarse en el pasado. En un trabajo sobre el masoquismo, Micheline Enriquez[13] enfatiza el papel inductor de un discurso materno que transforma el sufrimiento padecido por el niño pequeño en una suerte de dura prueba que conferiría a este último una condición heroica, magnificándose el tiempo del sufrimiento como el tiempo que engendró a un héroe. En *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo*, insistí, a la inversa, en las consecuencias de un discurso que con sus blancos despoja al niño de la historia pasada del cuerpo del *infans* que él fue, historia corporal que, como ya vimos, es indisociable de la que la psique del *infans* se forja de sí misma. Si otorgo un privilegio tan grande a este signo de enfermedad que puede ser el sufrimiento, es ante todo porque cumple una función autoinformante para el propio niño; después, porque el sufrimiento del cuerpo del niño va a inducir, de una u otra manera, una modificación en el comportamiento materno y en la organización del medio. El sufrimiento psíquico puede ser interpretado como un capricho, como la conse-

13. Micheline Enriquez, "Au carrefour de la haine", especialmente el capítulo II (págs. 126 y sigs.), *Epi*, 1985.

cuencia de una frustración, de un rechazo que el niño debe aceptar, como una manifestación que se puede modificar fácilmente y sobre todo como un acontecimiento casi siempre *sin consecuencias* posteriores;[14] esto explica el que a esos enunciados mediante los cuales el niño expresa su sufrimiento psíquico (soy desgraciado, estoy triste, no me quieren más, me han abandonado), la madre pueda oponer con la mejor buena fe los suyos (no eres desgraciado sino caprichoso, no te han abandonado sino que te han castigado, a quien no quiero más es al niño desobediente que a veces te sale, y no a ti). No sucede lo mismo en lo que atañe al sufrimiento físico; su manifestación reviste el carácter de la evidencia, conlleva efectivamente un riesgo que, lejos de ser negado, es a menudo amplificado; jamás dejará indiferente a la madre, quien responde a él procurando atenuarlo o huyendo de lo que para ella forma parte de lo insoportable, o incluso mediante una reacción agresiva. De ahí esta primera consecuencia: el sufrimiento del cuerpo induce en la madre una respuesta que retornará al niño en forma de revelación sobre lo que su sufrimiento representa para el otro. El cuerpo sufriente, sea que el sufrimiento se origine en una afección orgánica o que responda a la participación somática en una "afección" psíquica, cumplirá un papel decisivo en la historia que el niño se construirá acerca del devenir de este cuerpo, y por ende de sí mismo, de lo que en él se modifica a pesar suyo, de lo que se querría modificar y de lo que resiste a este propósito. Como ya hemos visto, es lo inverso de la experiencia del placer, que va acompañado de la esperanza de que nada se modifique, ni en uno mismo, ni en el otro, ni en el medio. En cierto sentido, podríamos decir que la experiencia del placer da lugar a una sola demanda: que nada cambie. La experiencia del

14. Convicción a veces harto errónea, pero a la que el progenitor sigue prestando crédito.

sufrimiento no sólo "demanda" lo contrario (que haya modificación), sino que las modificaciones esperadas varían de un sufriente al otro, y también en un mismo sufriente. Las respuestas van a variar igualmente: en el registro del sufrimiento, demandas y respuestas son *polimorfas*.

Esta es una de las razones por las que acuñé el término de "somatizante polimorfo" para designar un componente normal en la relación del niño con el otro y con la realidad. Para comprender el porqué de este segundo polimorfismo, no se deben olvidar dos características que particularizan el mundo y la vida del niño pequeño:

— La acción decisiva que ejercen objetivamente los padres sobre el medio en donde vive el niño, y la imposibilidad para éste de incidir sobre algunos de sus elementos.

— Lo que suponen para él de enigmático e inexplicable las razones por las que la madre o los padres justifican el porqué y el cómo de este ordenamiento de su propia realidad, el porqué y el cómo de las exigencias que de ello emanan para el niño y el lugar que por este hecho debe él ocupar.

No sólo es limitado su poder de modificar esta realidad, sino que también lo es su posibilidad de apropiarse de las significaciones que a ella se refieren y que darían sentido a una organización que comienza por parecerle arbitraria o caótica.

A la inversa, constata una simetría en el registro emocional entre él y su madre, una simetría en sus posibilidades respectivas de modificar la relación de ambos: las modificaciones serán a menudo diferentes y hasta antinómicas, pero se harán presentes. El niño

puede provocar estas modificaciones del comportamiento materno mediante los mensajes verbales que le dirige, obteniendo así satisfacción a la formulación de sus demandas. Pero también ocurre que sus demandas y mensajes, expresados por la voz del yo, se revelan ineficaces, siendo incluso que la experiencia le ha demostrado que rara vez sucede esto con los "emitidos" por su propio estado somático. Frente a un ámbito sordo a las expresiones de su sufrimiento psíquico, el niño intentará, y a menudo conseguirá, servirse de un sufrimiento de fuente somática para obtener una respuesta. Respuesta casi siempre decepcionante; es raro que una madre sorda al sufrimiento psíquico sepa oír lo que el niño demanda a través de su cuerpo. (A veces este sufrimiento se convierte en la única vía-voz que revela al sufriente la causa ignorada de su padecimiento psíquico.)

"Servirse de su sufrimiento somático": en efecto, aun si la causa de este sufrimiento es puramente orgánica y no debe nada a la acción de la psique sobre el soma, la respuesta que provoca no dejará de revelar al niño el "uso" que puede hacer de él. Este descubrimiento movilizará un interés privilegiado por cualquier signo de padecimiento: lo cual explica la manera muy diferente en que el sujeto tratará su sufrimiento, a menos, por supuesto, que pase ciertos límites. El niño puede padecer una angina y seguir jugando tranquilamente, charlar, comunicarse; también puede hacer de su "dolor" de garganta la sola y única vía de comunicación, no ser él ya sino este "dolor" mientras la respuesta, se lo haga desaparecer o no, no venga a dar voz al yo "sufriente", a inducirlo a volver a ocupar el lugar de un demandador de cuidados psíquicos.

Pasada la infancia, y si dejamos de lado el papel que desempeña el cuerpo en la experiencia del goce, el sujeto recurrirá menos a su cuerpo como transmisor privilegiado de mensajes por cuanto habrá podido diversificar los destinatarios tanto como los objetos de su demanda.

Pero para que esta doble diversificación resulte exitosa, aun hace falta que ese cuerpo, cuya responsabilidad va a transmitirle la madre al final de la infancia, tenga como referente un "cuerpo psíquico" cuya historia pruebe el amor que se le dirigió, el reconocimiento y la valoración de su identidad sexual, de su singularidad, el deseo de verlo preservarse, modificarse, hacerse autónomo.

En caso contrario, las "enfermedades" que el "cuerpo psíquico" continuará sufriendo harán que el yo mantenga con su cuerpo una relación que simplemente reproduzca la que tuvo la madre con el cuerpo del niño o, más exactamente, la que el niño le imputó en la historia que se ha construido. Cuando esto sucede, la relación del sujeto adulto con el sufrimiento de su cuerpo transforma a este sufrimiento en el representante del cuerpo del *infans* y del niño que uno fue, *infans* y niño que uno puede también querer reparar, sobreproteger o, a la inversa, odiar, castigar con un sufrimiento que se le impondrá o que se exacerbará, o incluso al que uno quiere sencillamente ignorar, tomando así por cuenta propia la sordera materna.

El cuerpo sufriente siempre puede volver a ocupar el lugar que el biógrafo había otorgado en un pasado remoto a otros accidentes somáticos, en esa historia que los había transformado en acontecimientos psíquicos. Y como es el mismo biógrafo el que vive el padecimiento presente, la significación imputada a los sufrimientos pasados será parte activa en la que él imputa al sufrimiento presente; las respuestas que se le habían dado, así como las que se había dado a sí mismo, influirán en lo que, cuando el sufrimiento retorne, demandará a los otros, a su cuerpo, a sí mismo.

Concluiré este trabajo proponiendo examinar una situación y un encuentro que van a decidir cierto tipo de prólogo en esa pieza teatral cuyo protagonista es el cuerpo y cuyo autor es la psique: prólogo tan particular

como peligroso para la buena composición de los actos que vendrán después.

Por diferentes lados y desde hace unos cuantos años, la vivencia depresiva de la madre con ocasión de sus primeros contactos con el niño vino a ocupar un lugar creciente en cuanto a explicar los signos más precoces, más inmediatos de un desamparo psíquico en el *infans*. Ahora bien, sea cual fuere la causa desencadenante de esa vivencia depresiva, ésta se exteriorizará siempre en la imposibilidad del "deprimido" de sentir placer en sus contactos, en sus investiduras, y por ellos imposibilidad de sentirlo y por lo tanto de demostrarlo y compartir sus señales. Dejo de lado la importante cuestión que plantea esta muy precoz capacidad del *infans* para percibir el aporte de un placer compartido o su ausencia; y ello aun cuando lo que dije antes sobre la emoción nos ofrezca quizás una vía de enfoque. Consideremos por el momento esta ligazón entre la depresión materna, su imposibilidad para sentir-manifestar placer en sus contactos con el niño, el hecho de que no se *comparta* el placer erógeno y las consecuencias destructivas que ello genera en la psique del *infans*, quien debe autorrepresentarse como poder de engendrar su placer.[15] Esta depresión materna parece casi una constante entre los factores "traumáticos", y es evidente que puede ser consecuencia de un duelo, de una enfermedad, de un conflicto agudo... Pero sus efectos sobre la psique del *infans* me parece que responden, en una primera fase de la vida, a las *manifestaciones* de la depresión más que a su causa, aun si el impacto de ésta se muestre también en la forma en que vivirá la madre su relación con el niño, sobre el cual proyectará de entrada la imagen de aquel (a menudo un primer hijo) cuyo duelo no consiguió resolver, la sombra amenazadora de una imagen del compañero vuelto adversario en el conflicto que se vive, la sombra de un padre o una madre desaparecidos, la imagen enlutada del propio cuerpo al que uno creía protegido de la enfermedad...[16]

El cuadro clínico en el que voy a detenerme está marcado por un acontecimiento responsable de la depresión materna, y por las consecuencias inmediatas que hará sentir sobre el estado de complementariedad que durante un tiempo debe enlazar espacio psíquico con espacio somático, experiencia afectiva y experiencia sensorial. Recuerdo lo que dije más arriba sobre la historia y la imagen de un cuerpo que preceden a su llegada al mundo. Hemos visto que, aun en la hipótesis más optimista de una futura madre en quien los mecanismos de represión, sublimación y asunción de la castración habrían cumplido sus funciones estructurantes, ese "yo anticipado" lleva consigo la *imagen* del niño que todavía no está, imagen fiel a las ilusiones narcisistas de la madre e imagen muy próxima a un niño ideal. (Esta preinvestidura explica

15. Es evidente que la imposibilidad de sentir placer al amamantar, asear o tocar al niño influirá sobre los movimientos necesarios para hacerlo, pero no creo que podamos conformarnos con esta explicación "mecanicista" o "realista". Pienso que es necesario que la madre experimente un placer psíquico, con sus componentes erotizados, para que el *infans* pueda sentir plenamente sus propias experiencias de placer. La madre puede tener el mismo comportamiento gestual, la misma digitación, pero mi sensación es que si no experimenta placer, si no hay circulación de una experiencia de placer común por la vía del cuerpo, la psique del *infans* no recibirá "el alimento" placer que *necesita*, en una forma apta para asimilarlo o metabolizarlo. Habrá presencia de placer, pues sin esta energía vital el aparato psíquico no podría funcionar, pero su calidad y propiedades se traducirán en anomalías y ante todo en la resistencia que ofrece esta forma de energía para ponerse al servicio de las funciones relacionales del aparato.

16. Veremos que en un caso las consecuencias de la depresión materna sobre el *infans* están, a la inversa, directamente ligadas al encuentro.

también por qué para toda madre ese *infans* por nacer será el soporte de todo lo que por momentos pueda cristalizar su angustia, su culpabilidad, su temor a la pérdida.) La experiencia clínica nos prueba cuán frágil puede revelarse cualquier aparente equilibrio psíquico frente a ciertas pruebas: muchas veces indiqué todo lo que comporta de única la experiencia del embarazo y por qué para ciertas mujeres puede representar una dura prueba psíquicamente peligrosa, ya que va a reactivar y removilizar todo un pasado relacional más o menos superado, que ellas deberán revivir en forma invertida. Hemos visto también que los mensajes, los ofrecimientos que la madre dirige al "yo anticipado", como las respuestas que este último supuestamente le devuelve, tomarán apoyo en ese relevo representado por el cuerpo del *infans*, sus expresiones, su estado, sus movimientos, su apatía, sus llantos... Ahora bien, este cuerpo, o mejor dicho las manifestaciones que expresan su vida y su singularidad y por lo tanto esa parte de *imprevisto* que hace de él un cuerpo vivo, deberá ser acogido por la madre como el referente, sobre la escena de la realidad, de aquel representante psíquico que lo precedía y lo aguardaba. El cuerpo del *infans* es *el complemento necesario* para establecer un estado de unión entre un representante psíquico preforjado por la psique materna y que se refería a "la idea niño" (o a su niño ideal), y este niño que está ahí. Sólo el cuerpo del *infans* puede proporcionar a la madre esos "materiales señaladores" que aseguren al "yo anticipado" un punto de anclaje en la realidad de un ser *singular*, que obliguen y hagan posible a la madre preservar la investidura de su representante psíquico del *infans*, y por lo tanto de ese "cuerpo psíquico" presente en su propia psique, sin dejar de investir la *distancia*, que es signo de vida, entre este representante y el *infans* real. Distancia que diferencia pero también distancia *real*, única que puede enlazar su cuerpo psíquico a este cuerpo

singular. Pero, ¿qué sucede si falla este anclaje del representante psíquico en la realidad del cuerpo del *infans*? Son posibles dos eventualidades:

— En la primera, nos hallamos con un fenómeno de idealización parcial y, por este hecho, muy particular: cuanto más propenso sea el desarrollo del *infans* a subrayar esa distancia, más idealizado estará su representante psíquico y más deberá hallarse negado en el niño todo lo que pertenezca al registro de lo diferente, de lo imprevisto. La "decodificación" por la madre de los mensajes que el *infans* emite se mostrará correcta cada vez que el mensaje venga a confirmar su propia representación de aquél, y en el caso contrario esa decodificación invertirá la significación del mensaje. Ciertos rasgos de la conducta, de las funciones somáticas, de las primeras manifestaciones del despertar, de la atención, se verán idealizados, sobreinvestidos, y en cambio serán desvalorizados, combatidos o, más radicalmente, *no vistos*, todo signo de vida y toda modificación que exterioricen y subrayen la diferencia. Esta idealización fragmentaria puede provocar en el *infans* una inseguridad fundamental en lo relativo a los propios testimonios sensoriales, una incertidumbre mutiladora en lo relativo a la conformidad entre él mismo y la imagen devuelta por el espejo, una relación muy extraña con el ideal. Reacciones que encontramos en el esquizofrénico y que nos ilustran la función de escudo que el recurso a la certeza delirante puede entonces cumplir.

— La segunda nos presenta la imposibilidad de la madre, frente a esta misma situación, de efectuar esa idealización fragmentaria que al menos preserva ciertos puntos de anclaje entre el *infans* y su representante psíquico. Imposibilidad que va a colocarla frente a un trabajo de duelo referido a un *infans* vivo. "Hacer el duelo de un vivo": en un sentido, es una experiencia que nos toca

a todos muy de cerca, porque la vida nos la impone cuando un otro todavía investido rechaza nuestro amor.

Pero estas dos situaciones se separan por una diferencia radical: en la segunda, un sujeto fue primero fuertemente investido porque pareció singularmente conforme con su representante psíquico. La ligazón existió cabalmente, incluso fue sobreinvestida, y por eso la ruptura que se nos impone va a modificar el referente psíquico que nos habíamos forjado sobre el amado y a permitir poco a poco la elaboración de un trabajo de desprendimiento, tanto respecto del amado como de su representante psíquico. En la primera, lo que hay que hacer es el duelo de toda posibilidad de ligazón entre el *infans* y el representante psíquico que lo precedió, y ello, además, en el momento en que un cuerpo real no puede seguir vivo sin una ayuda exterior que presuponga una investidura de la vida de ese cuerpo. Pero, ¿cómo podríamos investir un "objeto humano", cualquiera que fuese, que no tuviera representante psíquico? ¿Cómo podríamos investir a un "vivo" que exige *ipso facto* el asesinato de su representante en nuestra propia psique? Dilema que se podría formular en estos términos: o bien la muerte del lactante permite preservar a un representante psíquico cuya idealización no conocerá ningún obstáculo y que permanecerá intacto en espera de un nuevo cuerpo, o bien la vida del lactante se preserva y su representante psíquico estará condenado a muerte, pero en este caso una primera representación relacional madre-*infans* deberá quedar borrada para siempre de la psique para dejar sitio a una nueva. Pero, ¿cuál?

A menos que se entrometa la muerte, la madre se ve arrinconada en una situación que roza con lo imposible. Por un lado, deberá preservar un deseo de vida para este *infans,* investir las funciones necesarias para hacerlo, tratar de captar los mensajes desconcertantes emitidos por su cuerpo; por el otro, tendrá que instalar con este fin

un nuevo referente psíquico, sin lo cual el niño corre el riesgo de convertirse en un *no existente* apenas su presencia ya no sea confirmada por una mirada que ve un cuerpo, que oye un grito, que constata que una boca engulle un alimento.

Pero este nuevo representante carecerá del arraigo en el tiempo, en un deseo, en una historia que sé está presente en los demás casos. Todo nuevo objeto investido en el curso de nuestra existencia viene a ocupar el lugar de algo ya esperado. No es eso sólo, por supuesto, pero disfruta de lo que yo había llamado "una investidura en busca de soporte". La experiencia nos enseña que no cualquier soporte puede cumplir este papel, que cierta "idea" lo precedía y lo anticipaba y que es en verdad el descubrimiento, siempre ilusorio en parte, de su conformidad con esa representación anticipada del objeto de la espera, lo que desencadena el fenómeno que llamamos amor.

En el encuentro al que nos referimos, será preciso o sería preciso que la madre diese espacio a un representante psíquico del niño que exigiese la desaparición del que lo precedía, único que podía sostener una representación relacional madre/hijo ajustada a la economía psíquica materna, sin contar que este abandono se impone en una situación de urgencia. Ahora bien, lo que es verdad para cualquier accidente corporal, sigue siéndolo para cualquier accidente psíquico: si sufrimos una caída, unos pocos segundos bastarán para fracturar nuestro cuerpo; en el mejor de los casos harán falta meses para que los pedazos vuelvan a soldarse y a menudo muchos más para encontrar mecanismos que compensen la disminución funcional resultante.

Ahora bien, la psique de este tipo de madres padece de lo que yo llamaría un "traumatismo del encuentro". Este recién nacido que se impone a su mirada se sitúa, muy a pesar de él, *"fuera de la historia"* o fuera de su historia; el

niño rompe su continuidad con el riesgo de poner en peligro la totalidad de una construcción cuya fragilidad permanecía oculta para el historiador. Al apelar a los recursos de su "borde psíquico", la madre deberá tratar de volver a anudar los hilos, de reenlazar este tiempo presente con un tiempo pasado en forma tal de poder preservar una relación con la temporalidad que sea compatible con el proceso identificatorio y su movimiento. Si fracasa, su reacción depresiva podrá desembocar en un estado melancólico, en un episodio psicótico o en la instalación de un estado depresivo. En caso contrario, y sean cuales fueren los mecanismos psíquicos que le permitieron superar las consecuencias de este "encuentro traumático", deberá llevar a buen fin un trabajo más arduo todavía que el del duelo y que exigirá, lo mismo, un tiempo de elaboración cuya duración será variable pero siempre considerable. En general, este tiempo va a coincidir con el que se necesita para que el *infans* pase al estado de niño, pasaje que ayudará a la psique materna a superar su "trauma" proponiendo a su investidura signos, esta vez *verbales*, que le prueben la presencia de un yo y la función de mensajero que éste va a desempeñar para *sus* propias construcciones. Nuevas construcciones y nuevos mensajes que se prestarán más fácilmente a la interpretación que se da de ellos la madre para acercarse a quienes espera.

Pero este niño fue primero un *infans* mutilado del representante psíquico que debió acogerlo. También él apelará a los medios de *su* borde psíquico para superar las consecuencias de esta experiencia de desposesión, de este primer tiempo que lo colocó fuera de la historia, y también él podrá lograr construirse una historia (la suya) aunque dejando en blanco un primer capítulo.

Sin embargo, el éxito se mostrará aún más problemático para el niño que para la madre: el trabajo psíquico

que implica incumbe a un yo que se encuentra aún en los inicios de su aprendizaje de historiador y constructor.

Por eso las consecuencias de semejante comienzo de vida dejarán casi siempre huellas indelebles en el funcionamiento psíquico de aquel niño o adulto con los que, llegado el caso, el analista se encontrará. Huellas que nos ilustran la particularidad y complejidad de las respuestas que el niño supo hallar para que la vida del *infans* tuviera una continuación.

El conjunto de estas respuestas puede ser dividido en tres casos prototípicos que nos muestran el mecanismo psíquico determinante de cada uno de ellos:

a) La psique del *infans* logra anticipar su asunción de la separación, de la realidad, de un esbozo de comprensión del discurso materno. Gracias a esto, facilitará al máximo la tarea del "decodificador" exterior, volviendo sus mensajes lo más conformes posible con las únicas respuestas que la madre es capaz de dar. Este "demasiado temprano" de la prueba de realidad va a cumplirse a expensas de la autonomía psíquica: no bien pueda formular demandas, el niño permanecerá bien próximo a las que él supone esperadas por la madre, para arrimarse así a ese representante psíquico que ella había preinvestido. El biógrafo se transformará en un copista, condenado a transcribir fielmente una historia que había sido escrita por otro de una vez para siempre.

b) Esta anticipación no puede realizarse o, sea como fuere, fracasa: ese otro con el que la psique se encuentra no podrá ser investido como portador de un deseo de vida y como dispensador de placer. El efecto placer ya no tendrá por soporte representativo un fantasma de fusión, sino que acompañará a una actividad autosensorial cuya

figuración psíquica retoma por su cuenta el postulado de autoengendramiento. Mientras que en la actividad autoerótica el placer tiene su soporte en el fantasma de una relación fusional con el objeto del deseo, en la actividad autosensorial el placer acompaña, como hemos visto, a una figuración en la que los efectos del encuentro pasan a cumplir los oficios de un "objeto" cuyo referente psíquico remite meramente al cuerpo propio. En toda una primera fase de la vida, el postulado de autoengendramiento es el único organizador de las construcciones psíquicas, y ello se debe a que la psique materna organiza un espacio relacional que anticipa la presencia de un representante del objeto exterior; lo cual ocurre durante el tiempo necesario para que la psique del *infans* pueda hacerle un sitio y apropiarse de este metasigno del alfabeto de lo primario que le da acceso a un espacio y un mundo relacionales. Aun hace falta que este acceso, una vez tomado, no se vuelva por momentos impracticable: cuando ello ocurre, el último recurso que le quedará a la psique nos enfrentará al mecanismo que examinábamos más arriba en relación con el autismo.

c) En el tercer caso prototípico comprobaremos la instalación de una forma de escisión absolutamente singular que, aun siendo fuente de conflicto, permitirá al sujeto preservarse, mal que bien, y generalmente mal, un espacio relacional. El objeto exterior reconocido como el único en satisfacer la necesidad, será desconectado de toda fuente erógena de una experiencia de placer, la cual se ha independizado de la experiencia y del tiempo de la satisfacción. Las consecuencias de esta escisión tan singular como precoz reaparecerán en el status y función que el objeto de la necesidad va a preservar. Ellas nos aclaran ciertas formas de anorexia y de adicción, y también la problemática relacional que subyace a una parte de aquellos cuadros clínicos que, por no poder clasificarlos con precisión, definimos como estados límite. La relación

que la psique establece con el otro va a instrumentarse únicamente sobre el deseo y poder que ella le imputa (los de concederle o negarle aquello que el cuerpo necesita) y sobre su propio poder de exigir o rehusar este aporte, independientemente del estado real del cuerpo, trátese del alimento, el sueño o la satisfacción de cualquier otra necesidad. Los únicos signos mediante los cuales la psique puede hacer sitio a un cuerpo que serviría de relevo relacional, son aquellos por los cuales se manifiesta un cuerpo en *estado de necesidad*, lo que no es equivalente a un cuerpo sufriente. Si nos colocamos en la relación padres/hijo, debemos recordar que, no teniendo el niño poder para satisfacer sin aporte exterior ciertas necesidades del cuerpo, sí tiene el de rechazar ese aporte y el de desencadenar, al hacerlo, un conflicto agudo. Se trate del niño o del adulto, este rechazo, como el conflicto que provoca, probarán a la psique el poder que ésta ostenta sobre su cuerpo, así como el vínculo que continúa enlazándola al otro: aquí el conflicto relacional entraña siempre ciertas apuestas reales y vitales, además de otras fijadas de una vez para siempre. Ningún accidente corporal podrá transformarse en un acontecimiento psíquico que encuentre un lugar en el movimiento que define a cada historia. Lo propio de la necesidad es su repetición, que no puede dar lugar sino a la misma repetición de la interpretación que se da la psique, y que ella retoma indefinidamente. Se comprende entonces la inmutabilidad de la relación conflictiva que, a este precio, puede conservarse entre el sujeto y un otro, evitando al primero, niño o adulto, el choque con un mundo desértico que él, en el mejor de los casos, podrá poblar con sus espejismos.

Mi conclusión se resume en muy pocas palabras: así como no hay cuerpo sin sombra, no hay cuerpo psíquico sin esa historia que es su sombra hablada. Sombra

protectora o amenazante, benéfica o maléfica, que protege de una luz demasiado cruda o que anuncia la tormenta; pero, en todos los casos, sombra indispensable, pues su pérdida entrañaría la de la vida, en todas sus formas.

3. DUELO Y TRASTORNOS PSICOSOMATICOS
(La niña de la pregunta sobre los OVNI)

María Lucila Pelento

Cuestiones de límites y de fronteras marcan algunos de los debates surgidos alrededor de la enfermedad psicosomática. Repetidas veces se señaló que este tipo de trastorno se encuentra en los límites de lo analizable. A veces ese límite fue entendido en sentido literal como demarcación de una zona en la que el analista no debe penetrar. Otras veces fue el punto de partida para el desarrollo de hipótesis creadoras, hipótesis que suelen incluir la consideración cuidadosa de las vicisitudes y fallos de la estructuración psíquica temprana.

También se afirmó que este tipo de alteraciones se ubican en un lugar de cruce o, como señaló Ch. Rodas, en un lugar de encrucijada. Y una encrucijada puede ser un lugar de encuentro, de orientación pero también puede ser un lugar de extravío o de confusión.

Por estar ubicados estos trastornos en ese lugar de fronteras, la investigación a la que dan lugar tiene facilitado el contacto con conclusiones provenientes de otras disciplinas. Como sabemos, estos aportes son a veces lisa y llanamente recusados; en otras oportunidades, por el contrario, se los utiliza como respuestas acabadas a todas las preguntas que estos trastornos suscitan. Por supuesto, en este caso esa zona de encrucijada se transforma en zona de extravío.

Existiría también una tercera posibilidad, la que impulsaría, sin forzar integraciones, a pensar esos datos, a transformarlos en interrogantes intentando responderlos con instrumentos conceptuales propios de nuestra disciplina.

Y si, como señaló Bion, la riqueza de una experiencia —sea clínica o teórica— depende de la multiplicidad de los puntos de vista a partir de los cuales puede ser examinada, esta transformación de datos en problemas aumenta esos puntos de vista sumándose éstos a ese enigma central que convocó a los analistas: cómo entender el corte entre cuerpo y psiquismo que se produce en la enfermedad psicosomática.

Deseo puntualizar algunos de los datos que merecen ser pensados: entre otros, los que señalan que las personas sometidas a cambios disruptivos enferman más que las que no lo están o los que afirman que el duelo constituye una situación paradigmática de cambio disruptivo o los que señalan que el estrés posee una especie de antídoto natural y que ese antídoto se llama soporte social (Bernardi, R., 1989).

Estos datos reformulados en preguntas se me volvieron acuciantes tanto en la clínica de adultos como en la clínica de niños. Respecto de esta última, tanto en los trabajos de analistas que investigaron la cuestión del duelo en los niños como en mi propia experiencia, no todo niño que pierde a sus padres produce un trastorno psicosomático. Lo que sí es cierto es que frecuentemente se observan trastornos somáticos de corta duración pero dotados de una enorme carga expresiva; allí el sostén familiar puede ayudar a revertir el malestar, ofreciéndole al niño el plus de placer y las representaciones que necesita. Como señaló P. Aulagnier, estas perturbaciones esporádicas, más que indicar un corte entre el cuerpo y el psiquismo parecen delatar, en cambio, su intrínseca relación.

Sin embargo, la clínica a veces nos enfrenta con niños

en los que la pérdida de uno de los padres parece haber producido un efecto arrasador. Niños que a veces me hicieron recordar a esos niños congelados e indiferentes que describió Kreisler. Niños desvitalizados, con secuelas en su cuerpo y en su psiquismo, que parecen generar un movimiento de alejamiento y no de acercamiento, como si en ellos también se hubiera construido "como una zona siniestrada" (P. Aulagnier, 1988).

Una situación de este tipo observé, sobre todo en el comienzo, en el tratamiento de una niña de seis años a la que llamaré Inés.

Inés llegó a mi consulta por presentar cefaleas e hipertensión. Desde el punto de vista médico se trataba de una situación compleja, ya que la hipertensión no produce cefaleas en los niños, pero las cefaleas aumentan la presión arterial.

Los abuelos relataron que la niña vivía con ellos desde hacía un año y medio, fecha en que sus padres fueron secuestrados. Muy rápidamente los abuelos conjeturaron que su hija y su yerno habían sido asesinados. A la niña se le dijo —después de un tiempo— que sus padres estaban muertos. Sus síntomas somáticos se iniciaron unos seis meses antes de consultarme.

Según sus abuelos, Inés hizo y hacía muy pocas preguntas, habiéndose adaptado con relativa facilidad a la nueva situación.

Unos meses antes del secuestro de la mamá de Inés, ésta le había comentado a su propia madre que estaba triste y preocupada por no quedar de nuevo embarazada y por la desaparición de un abogado, socio y amigo de ellos. Conjeturaba que lo habían secuestrado por presentar hábeas corpus por personas desaparecidas.

Al recibir a Inés encontré a aquella "niña juiciosa" de la que me habían hablado sus abuelos.

Durante los primeros meses de tratamiento realizaba dibujos convencionales, daba muy pocas asociaciones. Respondía a menudo "no sé" o "no se me ocurre nada". Dibujaba sin placer, detrás de un trato formalmente "correcto" se la percibía distante y desinteresada. Aceptaba los hechos sin angustia, ni queja, ni protesta. En una de las oportunidades en que su abuela se atrasó al venir a buscarla —situación que me preocupó por las experiencias vividas por ella—, de un modo hiperrealista concluyó que "ya vendría, se podía haber atrasado por el tráfico".

Después de unos meses de tratamiento surgió un fenómeno que me llamó enormemente la atención: su hipersensibilidad para captar olores a través de los cuales identificaba la cualidad de ciertos objetos. Comenzó a mencionar el "olor a cera del piso", "el olor a jazmín del jabón" o "el olor a rosas" provenientes de flores ubicadas en un lugar no visible desde el consultorio. Esta hipersensibilidad, sumada a su expresión desvitalizada y al tono monocorde de su voz, causaba una profunda impresión.

Con el tiempo, esta agudeza olfatoria generó en mí sentimientos de malestar y de angustia, ya que Inés en un doble movimiento parecía atravesar todos los objetos, tomando al mismo tiempo posesión de su perfume. (Recordé, en ese momento, aquel personaje de la novela *El perfume,* el que llega a asesinar para extraer todo el perfume del cuerpo de su amada.)

De todos modos, si al principio los objetos parecían ser para la niña "sólo un olor", con el tiempo las palabras de la niña me ayudaron a entender que ese vínculo le permitía identificarme e imaginarme en determinado tipo de actividades. En una sesión, de un modo sorprendentemente expresivo exclamó: "Hay olor a fresias, compraste flores, justo las que me gustan". En otra oportunidad expresó: "Cuando venía en el ascensor sentí olor a pintura... una vez, cuando mis abuelos pintaron la casa, 'no teníamos ni un lugar para estar' ". Se me hizo evidente que esos signos se iban transformando con el tiempo en señales de presencia y ausencia, vivenciando esta última literal y metafóricamente como quedarse sin "ni un lugar" en la vida, ni en la mente de aquellos que necesitaba.

A estos fenómenos significativos le sucedieron dibujos también especialmente significativos. En una sesión dibujó una niña sentada en el suelo al lado de la cama; dijo que la niña no podía dormir. Espontáneamente asoció su dibujo con un problema que la aquejaba, su insomnio, describiéndolo como un insomnio vacío, sin imágenes, ni ideas, ni sentimientos. Me preguntó por primera vez si su insomnio podía tener que ver con los dolores de cabeza.

A partir de ese momento cambió el modo de expresión de la niña; su tono se volvió cada vez más imperativo. Mientras dibujaba me pedía objetos en forma tiránica y exigente: "¡Goma!, ¡el rojo!", etc. Estas demandas exigentes —que parecían exigir mi total atención e incondicionalidad— se centraban en un momento en una cuestión determinada: mientras tomaba en sus manos un helicóptero, exigía saber si los OVNI existían o no existían y, si existían, de dónde venían. Me enteré por ella misma que esta pregunta obsedante la dirigía a todas las personas que la rodeaban: su maestra, sus compañeras, sus abuelos.

Poco a poco percibí que lo que desataba su angustia era que le ofrecieran respuestas diferentes o que desvalorizaran su pregunta. Una fantasía que tuvo por la noche —una de esas noches en las que no podía dormir— empezaba a habitar su insomnio blanco: "Me imaginé que un OVNI bajaba del cielo, venían señores malos y se llevaban a la gente". Esta fantasía que la inundó de pánico, la movió por primera vez a despertar y llamar a sus abuelos. (En otra oportunidad y ante una de mis preguntas me había respondido: "No puedo llamar a los abuelos, es de noche y de noche hay que dormir".) En esa ocasión la

abuela y la niña hablaron largamente de lo que les había sucedido a sus padres tiempo atrás. Cedió su pánico y su llanto, y abrazada a su abuela se durmió. Desde ese momento se calmó su insomnio.

Roto cierto pacto de silencio comenzó a desplegar todas las preguntas, las nostalgias y los temores que hasta ese momento no había podido percibir ni comunicar.

En sesión comenzó a llorar: lloraba porque había perdido los lápices de colores que tanto necesitaba, lloraba porque una compañerita la había empujado; en su llanto se condensaban todos los desamparos que había vivido: los que tenía que tolerar y los que hubiera sido importante que no hubiera tenido que vivir. Sin embargo, iba encontrando en sí misma razones que apaciguaban su dolor: a veces reconocía que había empujado a la amiguita primero, otras que se sintió "empujada por sus papases"; a veces pensaba que su maestra tal vez había encontrado los lápices y "se los había cuidado".

Descubrí con el tiempo que Inés encontraba placer en darme placer: me ofrecía un dibujo o me contaba un chiste o me cantaba una canción. Pensé que trataba de revertir así la marca que el encuentro con la depresión de otros había dejado en su psiquismo. Uno de los problemas más difíciles que un niño a veces tiene que afrontar es el del contacto con la depresión de los adultos. En esos casos, no tienen posibilidad de registrar que pueden dar placer y compartirlo. Experimentan en cambio a su hacer como frío y vacío, incorporando —como señaló Kestenberg— el clima depresivo y las vivencias de pérdida de los adultos.

Inés no sólo lloraba o daba placer; también protestaba y se enojaba cuando otro niño ocupaba el tiempo de su analista, hasta que su pregunta cayó como un fruto maduro: "¿Por qué no tengo hermanitos?". Esta pregunta le permitió articular historia y fantasmas. Un sentimiento de culpa omnipotente y defensiva que la había llevado en algún momento a afirmar que si hubiera estado despierta —recordemos su insomnio— habría podido evitar el secuestro de sus padres, iría a diluirse para dejar aparecer —vía repetición— la culpa que sentía por los celos que le desataba la presencia de otros nietos entre ella y sus abuelos.

Enojo celoso y culpa que precipitó la recuperación de otro fragmento de su historia: la abuela recordó y le relató que cuando era pequeña insistía en dormir con sus padres y se enojaba mucho cuando su padre la llevaba de vuelta a su dormitorio.

Durante un largo tiempo fuimos realizando con Inés —con una nena que ya juega— una difícil tarea de discriminación: discriminación de lazos familiares, discriminación entre intención y hecho, entre hacer cosas por azar o "a propósito", entre rabieta y violencia actuada, entre las tristezas de otros y la propia, entre las distintas direcciones de sus deseos y de sus enojos. Poco tiempo antes de terminar su análisis y habiendo desaparecido sus cefaleas y su hipertensión, Inés le pidió a sus abuelos que la llevaran a la calesita, lugar al que obstinadamente se había negado a ir. Poco tiempo después recordaba que "una vez fue a la calesita con sus padres...".

Retomaré ahora algunas de las preguntas que me condujeron a seleccionar el material que acabo de presentar. Pero lo haré partiendo de una pregunta que atravesó gran parte de la teorización de P. Aulagnier: ¿qué sucede cuando el sufrimiento traspasa el nivel de lo tolerable? Esta pregunta exige, en primer lugar, conjeturar o detectar cuál pudo ser —en el caso de existir— esa fuente de sufrimiento extremo. Repitamos entonces la pregunta antes formulada: ¿Puede ser la muerte de ambos padres para un niño esa fuente generadora de un sufrimiento que sobrepasa el nivel de lo tolerable? Dicho en otras palabras, ¿siempre la muerte de uno o ambos padres

ejerce un severo efecto traumático en el niño? Como sabemos, el gran número de investigaciones realizadas en los últimos treinta años no dan una respuesta unívoca.

Sin embargo, leyendo las publicaciones de los últimos años se observa que cada vez más el interés está centrado en descubrir cuáles son las condiciones que hacen que la muerte de uno o ambos padres sea traumática o que el duelo se vuelva imposible (Furman, E., 1974, 1986; Arfouilloux, J. C., 1983).

Si bien es evidente que nunca se puede señalar a priori si la muerte de uno o ambos padres es traumática para el niño y que esto sólo puede ser revelado en el curso de su análisis, sin embargo es útil acercarse a la combinatoria de factores traumatogénicos que algunos de los autores señalaron a partir del análisis de niños.

E. Furman, prosiguiendo la investigación ya planteada en su libro *A Child's Parent Dies,* señala en un nuevo artículo de 1986 algunos de los factores traumatogénicos, entre otros: las circunstancias de la muerte, las experiencias anteriores, la organización defensiva e impulsiva existente, así como el inadecuado sostén *(holding)* ambiental. Por otra parte, J. C. Arfouilloux, en un texto conmovedor titulado *Los niños tristes,* revisa el problema del duelo en los niños señalando que para que un niño pueda ser trabajado por la pérdida que le toca vivir necesita que se lo provea de palabras y de representaciones. Dice este autor: "Corresponde a los adultos hacer expresable mediante palabras todo lo referente a la persona del desaparecido y a las circunstancias de su muerte a fin de que la incorporación —de efectos mutilantes— no sustituya a la introyección de las representaciones —etapa necesaria que permite cierto grado de identificación con el muerto— antes que el trabajo de duelo lo entierre por segunda vez". ¿Qué puede suceder entonces cuando "las circunstancias" de la muerte de los padres dificultan esa tarea de transmisión de representaciones? ¿Qué sucede cuando el tejido social desmiente los hechos? ¿Qué pasa cuando estos factores entran en colusión con esa dificultad que solemos sentir los adultos para hablarle a un niño de una muerte-asesinato? ¿O en colusión con determinada ecuación personal de los adultos?

Ante todo deseo señalar que el curso del análisis de Inés me permitió categorizar la desaparición-asesinato de sus padres como un hecho responsable de un sufrimiento extremo: por la brusquedad de la desaparición, por la pérdida de todos sus referentes habituales, por la angustia y el dolor ahogados de los objetos sustitutos, por la obturación de todo examen de realidad, por la ruptura que provocó del contrato narcisista. ¿En qué forma introdujo Inés la situación vivida, ese hecho sin digerir de su pasado histórico y cuándo? Fue para mí conmovedor observar cómo surgía del corazón del entramado transferencial su pregunta: "¿Existen los OVNI? ¿De dónde vienen?". Esta creación altamente simbólica le permitió sostener una pregunta, cuyo devenir me posibilitó palpar el camino que empezaba a trazar el mecanismo de repetición.

Hago un paréntesis para agregar que muchos años más tarde volví a asombrarme cuando, al leer un trabajo de un historiador sobre las diferencias entre autoritarismo y totalitarismo, el autor señala que todos los Estados autoritarios introducen en la sociedad un "modelo de llegada", es decir un imaginario particular que anuncia que del "más allá" —más allá de la sociedad civil— vienen hombres con funciones especiales. Según los historiadores, este "modelo de llegada" prenuncia los actos sin ley que se proponen realizar.

Cierro el paréntesis para volver a Inés y señalar que para mí fue importante descubrir el largo tiempo que necesitó la niña para acercarse y plantear su pregunta, pregunta que contenía lo que no había podido meta-

bolizar de su historia material, vivencial y pulsional. La pregunta: "¿De dónde vienen los OVNI?". le permitió desplegar fantasías que concernían a esa fuerza arrasadora que la había despojado de sus padres, así como al enigma de su origen: "¿De dónde vienen los bebés?". Pero, a su vez, estas dos preguntas aparecieron ligadas más tarde a los intentos de novela familiar que empezó a construir.

Creo también útil señalar que a pesar de las dificultades que presentó el encuentro con Inés en el primer período de su análisis, sin embargo éste no fue un tiempo vacío. Por el contrario, fue un tiempo en que pudo acercar al ámbito del análisis fenómenos pertenecientes a un nivel muy próximo al pictograma. Dicho en otras palabras, fue un tiempo marcado por la circulación de restos sensoriales, restos que transformados luego en señales permitieron que sus afectos y fantasías empezaran a expresarse. A expresar la necesidad de una presencia incondicional o a mostrarme cómo toda ausencia arriesgaba con dejarla "sin ningún lugar", o a transmitirme el momento en que la ausencia se transformaba en presencia potencial.

La catectización progresiva que Inés fue haciendo de mi persona, de los objetos, del ámbito del análisis como de sus propias funciones —imaginación, pensamiento— permitió que se instalara en la transferencia y que desde allí pudiera ir enhebrando su historia, sus cuestiones y sus verdades.

En esa historia seguramente ocupó un lugar importante la depresión de la madre o de los padres en un momento clave de su estructuración psíquica, situación que la volvió especialmente vulnerable en el tiempo en el que tuvo que afrontar la muerte de sus padres.

Dije antes que la niña quiso, en el último período de su análisis, volver a la calesita, y que esto movilizó un recuerdo adormecido. La descripción enternecedora de

Walter Benjamin en su libro *Escritos* sobre el niño que anda en calesita me ayudó a reentender algunos elementos y también a formularme más preguntas. Dice este autor: "El tablado con sus complacientes animales gira a poca distancia del suelo. Es la altura que mejor nos permite soñar que volamos. Se inicia la música y el niño se aleja a sacudones de la madre. Primero tiene miedo de separarse de ella, pero después se percata de su propia fidelidad... Cuando la música se hace más lenta, el espacio empieza a tartamudear y los árboles tratan de recordar. La calesita se convierte en terreno inseguro y surge la madre, el poste muchas veces chocado en el cual el niño, al aterrizar, arrolla la cuerda de su mirada".

Winnicott nos habló de una paciente que se las había arreglado para no nombrar a los objetos sustitutos —sus padres habían muerto— de ninguna manera.

Esta niña de ningún modo quería volver a la calesita. En el eterno retorno que ésta presentificaba, ¿temía no encontrarse con la mirada de su madre o ya alguna vez no había podido arrollar a ella la cuerda de su mirada?

BIBLIOGRAFIA

Abraham, N. y Torok, M.: "Introjecter-incorporer. Deuil ou melancolie", *Nouvelle Revue de Psychanalyse*, París, Gallimard, Nº 6, 1972.

Arfouilloux, J. C.: *Enfants Tristes*, París, Privat, 1983.

Aulagnier, P.: *La violencia de la interpretación*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975.

—: "Condamné a investir", *Nouvelle Revue de Psychanalyse,* París, Gallimard, Nº 25, 1982.
—: "Como una zona siniestrada", ***Revista de la Escuela*** *Argentina de Psicoterapia para Graduados,* Año 1988, Nº 15.
Bernardi, R.: "Factores de vulnerabilidad y riesgo en medicina psicosomática de acuerdo con las corrientes actuales". Trabajo leído en las Segundas Jornadas Regionales de Salud Mental de la Infancia y la Adolescencia dedicadas a "Trastornos psicosomáticos", Asunción del Paraguay, 1989.
Braun, J. y Pelento, M.: *La pulsión de savoir dans certains deuils spéciaux",* París, Dunod, 1989.
Furman, E. C.: *A Child's Parent Dies,* New Haven, Yale University Press, 1974.
—: "On Trauma: When is the Death of a Parent Traumatic?", *Psychoanal. Study of the Child,* Nº 41, 1986.
Kreisler, L.: *L'enfant du desordre Psychosomatique,* Tolosa, Privat, 1981.
McDougall, J.: *Alegato por cierta anormalidad,* Petrel, 1974.
Rodas, Ch.: "La psicosomática: una encrucijada enigmática", trabajo leído en las Segundas Jornadas Regionales de Salud Mental de la Infancia y de la Adolescencia sobre: "Trastornos psicosomáticos", Asunción del Paraguay, 1989.
Winnicott, D.: *Realidad y juego,* Buenos Aires, Gránica, 1972, cap. 1.

4. RESPUESTAS A PREGUNTAS INCONCEBIBLES*

André Green

En 1975 se publicaba *La violencia de la interpretación* de Piera Aulagnier. Este primer libro había estado precedido por una larga serie de trabajos. Hicieron falta no menos de diez años para que la autora se sintiera capaz de dar a su pensamiento esa cualidad de organización sistemática que sustenta su coherencia y su solidez. Ya en el prefacio de esta obra se define el proyecto y se anticipan sus motivaciones. La experiencia del trabajo con psicóticos fijó para Piera Aulagnier su terreno de investigación, sin duda el más difícil del psicoanálisis. Y, sin duda, también el que cuesta más esfuerzos al analista. No sólo la prueba a que este trabajo clínico lo somete, sino también porque dicho trabajo obliga a poner en tela de juicio los conceptos de la teoría del psiquismo. Piera Aulagnier nos presenta así, en un primer tiempo, el conjunto de sus hipótesis personales, que van "del pictograma al enunciado". La segunda parte de su obra refiere la aplicación de sus concepciones al pensamiento delirante primario en la esquizofrenia y la paranoia, sobre la base de casos detalladamente expuestos. Pero, al decir de Piera Aulagnier, la teorización de sus conceptos personales habría impuesto una postergación al objetivo previamente trazado: "Encontrar una vía de acceso al análisis de la relación del psicótico con el discurso que

*Publicado por primera vez en *Topique,* 37, 1986.

permita a la experiencia analítica desarrollar una acción más cercana a la ambición de su proyecto".[1]

Los destinos del placer [2] (reseñas de los seminarios de Sainte-Anne, 1977-1978) posibilitaron a Piera Aulagnier un tiempo de maduración de lo que iba a seguir, sin precipitarse a compensar aquella postergación. Esto nos permite tener hoy *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo*, donde las hipótesis anunciadas en 1975 continúan funcionando como hilo conductor, pero con un poder de sistematización enriquecido y reforzado.

En esta última obra la exposición del trabajo clínico y la reflexión teórica se entretejen íntimamente. En su paciente Philippe, Piera Aulagnier encontró a la vez a su Schreber y a su Hombre de los lobos. Con la diferencia, respecto del primero, de que el análisis es aquí fruto de una experiencia y no de la lectura de las memorias del paciente. Pues, ¿cómo no asombrarse ante la similitud de ciertas expresiones emanadas de Schreber ("Dios no conocía al hombre vivo, no conocía más que cadáveres"), y las pronunciadas por Philippe? En cuanto al Hombre de los lobos, ¿no es acaso el texto en donde Freud se siente animado por la pasión de lo histórico, y donde se afana en reconstruir minuciosamente un pasado conjetural sellado por el fantasma originario? Esto no significa que Piera Aulagnier se remonte demasiado atrás, seguramente porque el Hombre de los lobos presenta una estructura psicótica y no una psicosis abierta; de ahí su intento de radicalizar un originario en un sentido diferente del de Freud.

Este deseo de completar la teoría freudiana no basta para definir la trayectoria de Piera Aulagnier. Marcada asimismo por la enseñanza de Lacan —su apego al concepto de discurso lo muestra a las claras—, también de éste se separa la autora, por lo mismo que la obra de Lacan agrava quizás aún más la carencia de Freud en lo relativo a la psicosis. Pero esto pone sobre el tapete la concepción misma del psiquismo que estas dos obras generan. No por ello se inclinará Aulagnier hacia la teoría kleiniana. Mientras que Freud y Lacan aparecen constantemente como trasfondo de su pensamiento, Melanie Klein y su filiación son puestos a un lado, en la búsqueda de una solución original para el problema de lo originario.

1. *La violence de l'interprétation*, París, P.U.F., pág. 14.
2. *Les destins du plaisir*, París, P.U.F., 1979.

En la amistosa contribución que, a pedido de la autora, aportaré a este debate y que haré en nombre de antiguos lazos y de un aprecio recíproco, no discutiré sistemáticamente el contenido de *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo*. Preferiré servirme de la libertad que se me concedió, y vagabundear por la obra de Piera Aulagnier, indagar en sus conceptos de base, acentuar —de ser necesario— los puntos de desacuerdo, ofrecer soluciones alternativas. No haré justicia, sin duda, a la riqueza de su libro cuando deje de lado numerosos puntos que merecían ser reconsiderados y argumentados. Téngase a bien disculparme.

El título del libro lo deja presentir: el punto de apoyo de la elaboración es el proceso histórico, y la psicosis marca su desfallecimiento, en realidad su *anacronismo*.

Con respecto a la teoría freudiana, ya desde *La violencia de la interpretación*, Piera sostuvo la necesidad de sumar, a las categorías de lo primario y lo secundario, la de lo originario. A sus ojos, lo primario freudiano no daría cuenta de los procesos psicóticos, que se situarían en cierta anterioridad a los procesos descritos por Freud y que encuentran en el fantasma —es decir, en la organización de representaciones escénicas— su expresión. Por lo tanto, ha de postularse una fase que sería anterior a la

posibilidad de organizar los libretos fantasmáticos. Estos suponen un grado de desarrollo del aparato psíquico y una integridad de su funcionamiento que no están asegurados en el psicótico. Se comprende entonces que el discurso delirante no pueda ser únicamente inteligible a través de los fantasmas que en ellos podamos descubrir. En este aspecto, Piera Aulagnier tiene el tino de poner en guardia a quienes cayesen en la ingenuidad de creer que el inconsciente se manifiesta a cielo abierto en el psicótico, colocando al analista en la paradójica posición de estar enteramente en condiciones de comprender el tenor del delirio, sin que por ello sus interpretaciones aporten el menor cambio del orden del *insight* en el delirante.

Pues el proceso psicótico opera antes del fantasma, a nivel de lo originario y de su especial modo de representación por el pictograma. Este modo de representación está ligado al cuerpo libidinal, en las raíces de la actividad psíquica. Y es en este principio de la vida donde se anuda para el psicótico el enviciamiento cuya marca será portada por su yo.

Esta perspectiva no basta, sin embargo, para crear las condiciones de desarrollo de la psicosis. Tendría el inconveniente de encerrarnos en una concepción solipsista que descuidaría el papel cumplido por el objeto y por las relaciones que se instauran entre el *infans* y el pecho, para explicar las singularidades de la producción pictográfica en el psicótico y sus vicisitudes ulteriores. Piera Aulagnier no cae aquí en un error en el que sí suelen incurrir los autores que teorizan sobre la psicosis. Ella no se contenta con postular un defecto de base que constituiría por sí solo toda la psicosis y que explicaría la arborescencia del proceso psicótico. Las vicisitudes de la historicidad no pueden reducirse únicamente a la historia del sujeto, pues éste construye su historia y sólo llega a ser su autor a condición de que se apropie, modificándola, de la historia que le habrá contado otro y que lo

tiene a él como protagonista. Es en este punto donde intervienen el discurso de los padres y sobre todo de la madre. Ahora bien, en ciertos casos, debido a su propia estructura y a su propia historia, la madre propondrá al niño un relato mítico que le veda el acceso al Edipo. Presentará al padre bajo rasgos que impongan su apartamiento por parte del niño. La adhesión al mito materno pasa a ser una exigencia absoluta para la conservación de la madre, condición de la supervivencia psíquica del hijo. En este caso —el de Odette— se desarrolla menos una psicosis que una estructura psicótica. Esta se organiza de acuerdo con un sistema de protección que puede conocer descompensaciones dramáticas pero transitorias, sin llegar a precipitarse en el delirio propiamente dicho. En suma, no es lo peor que podría ocurrir. Según Piera Aulagnier, la psicosis resultaría más bien de la ausencia de un discurso materno, y el mutismo de la madre estaría impuesto por los inaceptables vínculos que ella misma tejiera entre el nacimiento de su propio hijo y la significación que éste cobra para ella con su situación de hijo de su propia madre. Un hijo que no debió haber nacido.

La madre que da la vida es portadora entonces, respecto de su hijo, de un anhelo de muerte forcluido. El niño que viene al mundo no es recibido con un odio explícito. Podríamos decir que se lo alimenta y se lo cría en una atmósfera de esterilización afectiva corporal y fantasmática. Y si la madre no construye a su respecto ninguna leyenda, el silencio tal vez conjure el pensamiento de que de él sólo pueden venir desgracias. Cosa que por otra parte sucederá.

Advertimos ahora de qué modo se articulan las dos ideas maestras. Hay cabalmente en el sujeto una marca inaugural que procede de lo originario: un impensable del placer de la fusión entre una boca y un pecho. Pero, como todas las teorías que postulan un originario, en cuanto hemos querido determinar lo que éste abarca se nos envía

a un punto de vista opuesto. No hay origen, pues este originario nos remonta a otro origen y de ahí a un origen anterior, dejando adivinar una concatenación plurigeneracional. No se puede hablar de origen sino en los límites de un sujeto único nacido de una generación espontánea. Pero desde el momento en que consideramos tomado a este sujeto en la relación con un objeto que le dio nacimiento, o más bien de dos, también habrá que indagar en los orígenes de este objeto o de estos dos objetos. Los únicos límites que aparecen son los del discurso, o sea, también, lo que la madre y el padre del psicótico dirán sobre sus propios padres o abuelos. Lacan percibió esto cabalmente y Piera Aulagnier no lo olvidó. Pero comprobó también por sí misma que el peso del significante no es aquello a lo que se pueda reducir una psicosis.

Así pues, la solución de esta contradicción exigirá que se articulen dos series causales: la de lo originario individual, que pertenece al *infans* en la relación que mantiene con su cuerpo libidinal, entendiéndose que el cuerpo de la madre tiene su parte en él, y la del discurso parental que le es posterior, y que en lo que tiene de implícito o de expreso lleva las marcas de una transmisión generacional a la que no es posible asignar un origen y que, en cualquier caso, desborda los límites del originario individual. La articulación de estas dos series implica ciertas retroacciones, ya que el componente materno de lo originario individual estará marcado por un discurso parental forcluido en el cuerpo a cuerpo del *infans* y su objeto. Como contrapartida, la ausencia explícita del discurso materno en cuanto a tomar el relevo del pictograma y del fantasma, privará al yo de la materia prima necesaria para la construcción histórica de su individualidad.

He mezclado en esta exposición las tesis de Piera Aulagnier, harto esquematizadas, y las mías, en una coincidencia de opuestos. Así, me he referido a la vez a lo originario, según entiendo que lo concibe la autora, y a su

impugnación, que refleja mi propio punto de vista basado a su vez en la transmisión plurigeneracional. En un plano puramente teórico esta impugnación no tiene, en verdad, nada de impugnable. Puede aplicarse a la generalidad de los casos que nuestra experiencia nos lleve a conocer. Pero la idea toma su fuerza en la psicosis porque ésta concierne a un sujeto que intenta desesperadamente, a través de un delirio, diferenciarse de sus objetos, y que invariablemente se vuelve a sumir en ellos, amoldándose sin saberlo a sus fantasmas más inconscientes. Desde ese momento, el origen ya no tiene ningún sentido con esta comunicación de fantasmas que se escalonan sobre más de una generación. La búsqueda del *punto de origen* señala la confusión entre los dos sentidos posibles de la expresión, dado que lo positivo se trueca por lo negativo y viceversa.

La referencia al pictograma es la primera etapa de esta interrogación. No hay que dar a este término la definición que le atribuye el diccionario; reduciríamos entonces el pictograma al elemento de una escritura que traduciría ideas por escenas figuradas o simbólicas, lo que dista mucho del sentido que le da Piera Aulagnier. Sin embargo, debe destacarse el afán de situar la representación como principio de la actividad psíquica. También en Freud se hallaba esta inquietud, pero en su obra generaba ambigüedad. Mientras que en el orden de lo primario no plantea ningún problema, ya que las representaciones de cosa o de objeto (y los afectos que les corresponde) constituyen al inconsciente, no sucede en absoluto lo mismo cuando se trata de las pulsiones (que no son ni inconscientes ni conscientes, pues sólo las representaciones merecerían estos calificativos) y del ello. Estaba dicho que la pulsión era el *representante* psíquico de excitaciones nacidas en el interior del organismo, pero aquí aprehendemos toda la diferencia entre las nociones de representación inconsciente y la de representante

psíquico de excitaciones corporales. Mientras que la primera encuentra su origen en las percepciones surgidas del mundo exterior, al que ella modifica ampliamente, el segundo se concibe como la forma psíquica que tomarían las excitaciones corporales. Esta distinción nos permite concluir, por una parte, que el representante psíquico no podría tener ningún contenido asimilable a lo que entendemos por representación y que, por la otra, Freud enlaza sin embargo la actividad psíquica más elemental a la idea de una representación. De todos modos, Freud completa la definición de pulsión agregando que aparece "como una medida de la exigencia de trabajo impuesta a lo psíquico a raíz de su ligazón con lo corporal".[3]

Una inspiración análoga encontramos en Piera Aulagnier cuando sostiene que la representación es la actividad fundamental del aparato psíquico y que ella es a éste lo que la metabolización es al cuerpo orgánico. Piera Aulagnier reformula a su manera la teoría del apoyo cuando concibe la actividad psíquica como un doble de la actividad corporal, tomando de esta última su modelo de funcionamiento en un primer tiempo, y luego sometiendo este último producto a una metabolización que constituye un material totalmente heterogéneo al de la actividad corporal. Este material diferente servirá de andamiaje permanente a un libreto originario que se repetirá en forma indefinida.

Esta tesis aparentemente clara suscita múltiples dificultades. Si lo psíquico es lo que resulta de la metabolización secundaria al préstamo tomado del modelo de actividad propio del cuerpo, ¿cuál es la índole de lo psíquico antes de este préstamo? Piera Aulagnier presenta esta distinción como secundaria, siendo que los términos de partida la presuponen. Pero hay que decir que la especificidad de esa psique "prepsíquica", si es que el término tiene un sentido —y no creo que lo tenga— resulta problemática. Esta es precisamente la razón por la que Freud define la pulsión anclada en el cuerpo como ya psíquica, "bajo una forma desconocida para nosotros", y por la que Bion postula una función alfa, desconocida para el sistema y que debe seguir siéndolo. En suma, Piera Aulagnier afirma que no podemos conocer lo psíquico sino como resultante ulterior [*après-coup*] del préstamo tomado al modelo del cuerpo. Pero preciso es saber que existe cabalmente algo anterior [*avant-coup*] sobre cuya naturaleza seguimos sin darnos respuestas. Si lo ulterior es lo más original que Freud descubre en la temporalidad psíquica, el rango de todo lo anterior (etapa presimbólica, causa ausente, letra detenida o incluso, por qué no, latencia mortífera cuando lo ulterior no lo devuelve a la vida) sigue siendo para nosotros casi impensable. La razón puede retornar sobre sí misma pero no hasta el punto disparatado de poder pensarse como tal.

Piera Aulagnier va más lejos que Freud en sus hipótesis. La actividad corporal que le sirve de referente es la experiencia sensorial. Su modelo supone el conjunto objeto-zona complementaria. Conjunto indisociable, pues en él reinan la indiferenciación, lo mismo. Lo mismo y el mundo se confunden en uno. Pero el uno mismo no está ahí. Todas las zonas erógenas interesadas forman bloque con un objeto en una complementariedad total. La metabolización supuesta consiste en transformar en autoinformación los elementos en juego en la experiencia sensorial. Más precisamente, las sensaciones experimentadas constituyen una autopresentación de la psique, que se vive como capacidad para experimentar el producto del encuentro entre el cuerpo y el objeto o, para expresarlo en términos más metafóricos, como la fusión del espacio corporal y el espacio del mundo. La infor-

3. S. Freud, *Métapsychologie*, París, P.U.F., 1968, pág. 18, trad. J. Laplanche y J. -B. Pontalis.

mación resultante es la de las cualidades de placer o displacer, que resume y totaliza la experiencia. Pero hay más: a esta autoinformación se le enlaza un embrión de causalidad; el *infans*, que "percibe" esta autoinformación, se atribuye el poder de haberla engendrado. Así pues, la psique no es solamente autoinformación, es también autoengendrante del placer, y también del displacer. En este último caso, para combatir el engendramiento de un nuevo estado de sufrimiento, la psique escapa a la eventualidad sirviéndose de una autodesinvestidura, de una automutilación. El pictograma es la representación de ese encuentro entre el objeto y la zona complementaria, con todas las consecuencias a que hemos aludido. El repaso habrá dejado advertir la cantidad de empleos del calificativo auto.

La riqueza de la construcción hipotética es un arma de doble filo. Esta concepción de lo originario es una matriz compleja. Retoma ciertas ideas comúnmente aceptadas sobre la indiferenciación primitiva y sobre el papel estructurante de las experiencias de placer. Sin embargo quisiera recordar que, de una manera general, en el conjunto de las teorías psicoanalíticas es raro que la estructuración provenga directamente de las experiencias de placer. El acento se pone siempre *primero* en los efectos y consecuencias de la desorganización, y toda estructuración es secundaria a esta desorganización, es decir que la organización es siempre reorganización consecutiva a una desorganización. Por lo tanto, aquí también las experiencias de satisfacción serían ulteriores, y en forma sin duda idealizada.

Piera Aulagnier les agrega no obstante ciertos correlatos que sellan la originalidad de su aportación: la autoinformación y el autoengendramiento. Y precisamente sobre este punto recaerá mi crítica. Al intentar describir lo que podría ser un originario más acá de lo primario, Piera Aulagnier le confiere propiedades muy

elaboradas. Que hay información, no cabe duda. Sin embargo, hablar de autoinformación es suponer la existencia de una instancia capaz de reflejar esta información mediante el uso de la autorreferencia. Ahora bien, por un lado se postula la indiferenciación objeto-zona complementaria y por el otro se supone una diferenciación entre una experiencia informativa y aquello que —cuando no aquel que— experimenta. Expresadas en términos lingüísticos, con todas las reservas que impondría una comparación semejante, mientras que lo que esperábamos era una formulación de tipo "*Hay* placer (o displacer)", las concepciones que aquí se presentan harán pensar en un enunciado de tipo "*Yo* siento placer". El autoengendramiento acentúa aún más la diferencia, pues habría que modificar la fórmula anterior y transformarla en "*Yo creo* placer" o "*Yo soy causa* de placer". Estoy convencido de que este yo no tiene nada de comparable con el rango que más tarde le conferirá el lenguaje. Sin embargo, ¿no es acaso su precursor?

Diré no obstante que, en cuanto a sus hipótesis de base, Piera Aulagnier se brinda demasiado o tal vez no lo suficiente. Su definición del pictograma equivaldría a la de la pulsión. Ahora bien, a nivel de la pulsión y aun privilegiando la actividad de representación —aunque aquí se trata del representante psíquico de las excitaciones nacidas en el interior del cuerpo—, en mi opinión no se trata sino de una representación que se ignora a sí misma como representación. Lo que aquí se define como autoengendramiento supone una "contemplación" de lo autoengendrado. Si hay representaciones, éstas carecen de representante (sujeto de la representación) porque todavía no hay distinción entre representante y representado. Tal vez estemos prisioneros de ciertas falsas ventanas en cuanto a la simetría. Decir que el pictograma es al mismo tiempo afecto de la representación y representación del afecto, es no atender a la diferencia

entre ambas nociones. La expresión "afecto de la representación" señala la connotación, en términos de intensidad, de la representación atinente aquí al representante-representación, que pertenece más al régimen de lo primario que de lo originario. La representación del afecto no es la simple inversión del primero, sino que designa un modo de representatividad del cuerpo para el que no existe ninguna representación directa. Esta última apunta más bien al representante psíquico de la pulsión.

Por otra parte, al indicar el papel cumplido por los mecanismos de atracción y repulsión o, si se prefiere, de introyección y proyección —en esta etapa prefiero hablar de incorporación y excorporación—, se describen procesos que a mi juicio excluyen cualquier contemplación, cualquier toma de distancia, pero donde la actividad psíquica se despliega en el cumplimiento de actividades que oscilan entre ambos polos. En mi opinión, lo originario supone la pasivización del sujeto, sin que se pueda hablar por ello de autoinformación. Constituye tal vez una ambigüedad fecunda moverse aquí en dos registros, el de un proceso, el de una puesta en actividad que pasiviza lo que entonces se supone de un sujeto embrionario que no estaría dotado de ninguna posibilidad contemplativa y, en el punto opuesto, el que implica una mirada exterior a sí que se representa, como para otro, que no es otro que el propio sujeto. Personalmente, prefiero pensar que la autoinformación debe estar precedida por el tiempo de la pérdida del objeto, ese tiempo cuyo lugar no encuentro en la teorización de Piera Aulagnier.

Propondré ahora una versión diferente de la que nos presenta Piera Aulagnier. Para que una madre cumpla adecuadamente su papel, es preciso que esté habilitada por lo que he llamado la locura materna. Me refería con

ello a esa gran modificación del psiquismo que acompaña al embarazo y al primer período de la vida del hijo. Modificación que afecta a todas las investiduras y las concentra en torno del bebé. ¿Por qué hablar aquí de "locura"? Para comprenderlo, se deberá tener en cuenta que no atribuyo a este término, que distingo del de psicosis, ninguna significación patológica. La locura (en el sentido en que se habla del amor como pequeña locura o más generalmente de las pasiones humanas) está relacionada, a mi entender, con los destinos de las pulsiones eróticas, mientras que la psicosis siempre remite a la dominancia de las pulsiones de destrucción. Así pues, la locura materna, cuya ausencia es altamente perjudicial para el niño —recuerdo lo que cité antes sobre la "esterilización" de los intercambios por parte de la madre— implica a la vez un sentimiento de omnipotencia en la madre, de quien dependen todo el bien y todo el mal causado al niño, y ciertas proyecciones sobre éste que lo dotarán precozmente de una individualidad que lo reconozca como un sujeto en el momento mismo de nacer. Dicho de otra manera, la madre piensa: "El o Ella ama o detesta, quiere o rechaza esto o aquello". Y esto mucho antes de que el *infans* tenga el menor sentimiento que corresponda a la diferenciación de un yo [*moi*], así sea elemental, y *a fortiori* de un sujeto, aunque sólo fuese en su expresión más embrionaria.

No es que la metabolización supuesta por Piera Aulagnier sea toda ella inexacta. Sin embargo, se apoya no sólo en las experiencias sensoriales del *infans* sino también en la psique materna, de la que el *infans* recibe mensajes al mismo tiempo que excitaciones sensoriales. Su cuerpo se alimenta también de éstas. Piera Aulagnier, que insistió tanto en el papel de la voz materna, no lo ignora.

La metabolización, pues, antes de convertirse en una actividad propia del niño, debe apoyarse en la condición

previa de la metabolización materna, ya que es primeramente la madre la que da un sentido a las expresiones de placer y sufrimiento del niño. Es importante señalar aquí la necesidad de un consenso, es decir que las experiencias de placer o sufrimiento tendrían que ser reconocidas como tales en su significancia afectiva, o por lo menos no resultar invertidas o hasta desviadas en su intención a la manera de: "El lo hace a propósito...", por ejemplo, que las cargas de proyecciones persecutorias más o menos camufladas. Hay aquí, por lo tanto, antes de llegar a la autoinformación, un rodeo por la información materna, con todos los efectos posibles de coincidencia o discordancia entre lo que es vivido por el niño (sin ser decodificado) y la decodificación materna. El anillo de retroacción de este circuito puede hacer surgir precoces *double-bind*. Pero, sea como fuere, hay pasaje obligado del circuito por la comunicación materna. Añádase a esto el hecho de que en la madre también puede haber discordancia entre lo que siente (angustia, por ejemplo) y lo que transmite (frialdad, por ejemplo), y se comprenderá que el mensaje final resulte positivamente indescifrable. Como mínimo, somos responsables de esta clase de confusiones en pacientes menos perturbados, cuando intervienen artefactos contratransferenciales que confieren a nuestras palabras un valor contradictorio porque debajo subyacen afectos que no concuerdan en forma alguna con nuestras palabras. Pero en el psicótico es imposible que las contradicciones discursivas del objeto sean puestas entre paréntesis. Es imposible pensar: "Ella dice eso pero sin embargo me quiere". El recorrido obligado por la respuesta materna es lo que otorga la cualidad propiamente psíquica de la experiencia que el *infans* vive, y no los estados de placer o displacer en sí mismos, inscritos en el propio cuerpo del sujeto.

Bion, reflexionando sobre problemas análogos, llegaba a la conclusión de que las experiencias sensoriales, del

pecho, buenas o malas, no bastarían por sí solas para crear el "componente mental" de la experiencia, diferenciado de su componente físico. Es la capacidad de ensoñación de la madre —que, dice Bion, "recuerda un proceso análogo al de la digestión"—[4] la que transmite la cualidad psíquica de la experiencia. Si se acepta la tesis de Bion, se comprenderá tal vez de qué modo la "información" de la experiencia física *y de su componente mental transmitido por la madre* pueden dar lugar a una autoinformación y un autoengendramiento: el *infans* se apropiaría de lo que llamaré la proyección subjetivante de la madre, cuyo amor se expresa en la atribución al *infans* de las propiedades de una individualidad reconocida como tal, pese a la total dependencia del pequeño a su respecto. Añadiré incluso que tal vez sea preferible que la ensoñación materna esté cargada de proyecciones odiosas, y no que haya ausencia de ensoñación. Al menos, en el primer caso el niño ve reconocérsele un poder, así fuese malo, mientras que en el segundo, la relación esterilizada no suscita quizá sino un sentimiento de inexistencia.

Incluso podemos suponer que una experiencia sensorial física de displacer a la que ninguna respuesta física consiga eliminar, puede convertirse, paradójicamente, en una experiencia mental satisfactoria si la ensoñación materna es consoladora y apaciguante. ¿Hay que imaginar por ello un *infans* que no reflejaría sino las producciones de su espejo materno? El caso puede darse, pero no refleja más que una imagen en superficie; el que evita la catástrofe, o la previene, es el falso *self* de Winnicott. Sin embargo, sepultada más profundamente, la vida psíquica propia del *infans*, a despecho de los esfuerzos inten-

4. W. R. Bion (1962), *Aux sources de l'expérience*, París, P.U.F., 1979, pág. 53, trad. François Robert.

tados para neutralizarla, da fe de la metabolización. Inasimilable para la psique sin duda, a causa de su fracaso y de su violencia. También Bion admite la parte propia del *infans* en su capacidad, variable según los individuos, de tolerar la frustración. En los casos de bajo umbral, el excesivo recurso a la identificación proyectiva reduce las posibilidades de desarrollo del psiquismo.

En suma, mi crítica a la noción de pictograma consiste sobre todo en asignar una fuente distinta a la autorreferencia que Piera Aulagnier postula como producto de una metabolización de la actividad psíquica. Esta no nace únicamente de la experiencia sensorial, que de este modo tendría el poder de reflejarse en asombrosa capacidad de autoinformación y autoengendramiento, sino de concebir esta reflexión como espejo interno constituido a partir del espejo externo ofrecido por la mirada de la madre (Winnicott) y por su capacidad de ensoñación. Se podría objetar que la indiferenciación madre-hijo no permite utilizar los términos interno y externo. Muy por el contrario, precisamente porque existe esta indiferenciación, se constituye el espejo interno como si el niño —para decirlo de una vez— se identificara con la función materna, informada por el niño de lo que éste siente, y que con sus cuidados engendra sus experiencias. Y precisamente la confusión que reina entre el *infans* y la madre le permite apropiarse, de manera autorreferencial, de lo que nace de otro psiquismo.

La compleja estructura introducida por Piera Aulagnier en su concepción del pictograma autoinformativo y autoengendrador, traduce la dificultad con que se topan todos los autores de la literatura psicoanalítica que construyen un mito de los orígenes de la psique, ligando ésta a la vida pulsional enraizada en el cuerpo. Ni siquiera Freud escapó a ella cuando, en una de las últimas definiciones que propuso para las pulsiones, afirmó que están ancladas en el soma pero que su expresión las sujeta al

orden de lo psíquico. Bion, igualmente, se vio obligado a recurrir a la hipótesis de la función alfa, que transforma las impresiones brutas de los sentidos en elementos aptos para servir de material al psiquismo propiamente dicho. Podríamos citar otros ejemplos, pero sería inútil alargar la lista. En lo que me concierne, propondré una solución que no pretende ser mejor que las demás pero que me parece más satisfactoria. Se basa en la asimetría de la pareja madre-niño. El niño, o mejor dicho el *infans*, vive bajo la doble dependencia de su cuerpo y de su objeto, el pecho o la madre. Al nacer, tiene una potencialidad psíquica, como asimismo una potencialidad de adquirir el lenguaje que sólo se va a actualizar posteriormente. Esta potencialidad originaria no puede actualizarse sino al contacto de su madre. Esta, que es un adulto, ha invertido las relaciones entre el cuerpo y el psiquismo. Su psiquismo plenamente desarrollado y su menor dependencia respecto de su cuerpo, captan intuitivamente que los cuidados corporales ofrecidos al niño valen por el coeficiente psíquico que los acompaña naturalmente. Ella no atiende precisamente el cuerpo del niño, aun cuando este cuerpo sea el objeto de los tratos más esmerados: lo que cuida es su ser, que ella percibe en función de las variaciones de placer y sufrimiento que él expresa. La madre no previene la dependencia del cuerpo sino para dejar que el psiquismo despierte y se expanda. La dependencia del ser humano, sumamente prolongada, a la que responde el maternaje, apunta a lo que llamaré una *descorporización* progresiva cuyo corolario no será otro que el enriquecimiento psíquico.

El "salto a lo psíquico", que toma sus distancias respecto del cuerpo, no se aleja de éste sino para volver a él por vías diferentes y con un fin modificado. Es el bien conocido paso de la necesidad al deseo. De este modo, la descorporización gana en significancia lo que puede haber perdido aparentemente en intensidad. Pues son los sig-

nos los que permiten la organización del deseo en busca de la reproducción del placer. Y así se inicia el paso de lo originario a lo primario. O sea, incluso, lo que permite el trabajo de ligazón sobre las representaciones de deseos organizadas en escenas fantasmatizadas. De la sensorialidad pesadamente cargada de libido, es decir que acumula la investidura sobre sí, se pasa a sustitutos que la significan, más ligeros, más móviles, que liberan la fuerte carga de una investidura antaño cautiva de las experiencias sensoriales, y que ahora la afectan para formar los vínculos. La metabolización que se sugiere podría ser concebida entonces como el predominio concedido a la inducción de representaciones por medio de la significancia. En suma, no se trataría de otra cosa que del paso de los sentidos al sentido. Tal parece ser la vectorialización del aparato psíquico, el sentido de la flecha que dirige las operaciones.

Invocar la descorporización no implica en absoluto inferir espiritualización alguna del aparato psíquico, porque no se trata sino de la diferenciación padecida por una parte ínfima de éste, mientras el resto continuará padeciendo durante largo tiempo la ley del cuerpo. Y además, la descorporización continúa estando a su servicio, con el sentido velando por la satisfacción de los sentidos, asegurando su salvaguarda y autorizándose el margen de locura que todo fantasma comporta. Sin la descorporización, la sublimación sería incomprensible. Aun es preciso agregar que no todo es sublimable, y que los individuos que han alcanzado un alto grado de sublimación conservan no obstante fijaciones pulsionales que no son integrables a las conquistas de la descorporización. La descorporización no es la liberación del cuerpo, todo lo contrario, sino el establecimiento de otro vínculo con el cuerpo. Este otro vínculo es quizá lo que permite la constitución de lo que Winnicott llama objeto subjetivo.

Sin el concepto de descorporización todo el postulado

de la experiencia psicoanalítica naufraga, con lo cual no quedaría a los psicoanalistas otra salida que integrarse a las filas de las terapias corporales. Si se mantienen apartados de éstas, es porque para ellos no se trata de ir directamente al cuerpo, sino de retornar a él por el rodeo del psiquismo.

Desarrollaré ahora otro punto de mi crítica. En el origen está, pues, el pictograma y, al término del desarrollo, el yo. Aun cuando inserta en este intervalo el tiempo del fantasma, me parece que Piera Aulagnier descuida voluntariamente muchos intermediarios. No me parece posible pasar de la relación con el cuerpo a la relación con el saber, lo que es para Piera Aulagnier el yo, saltando por encima del yo [*moi*]. Sin duda el concepto más discutible, más propicio para crear confusiones en psicoanálisis y cuyo mal uso conocemos en demasía. Pero finalmente las indicaciones de Freud son inapreciables cuando nos recuerdan el vínculo del yo [*moi*] con el cuerpo, el yo [*moi*] corporal que corresponde a una superficie o a la proyección de una superficie. ¿Cómo prescindir de él cuando se teoriza sobre la psicosis? ¿Acaso el cuerpo psíquico del psicótico no está múltiplemente atravesado, agujereado desde todos lados por alucinaciones de toda especie, desde las más verbales hasta las más cenestésicas? Tampoco se puede prescindir de la comprensión que nos brinda la identificación proyectiva, por más que su utilización técnica pueda ser criticada. Sería indudablemente beneficioso afinar el modelo introyectivo-proyectivo subyacente.

Yo mismo describí hace tiempo un mecanismo de doble inversión —anterior a la represión— que permite concebir de una manera más dinámica lo que Piera Aulagnier designa como pictograma. El efecto combinado de la inversión en lo contrario y de la orientación sobre la

propia persona —que es el modo en que formamos una banda de Moebius— brinda una figuración a la investidura pulsional dirigida hacia la madre, y que recoge su respuesta en forma de un circuito oscilante que, antes de intervenir la represión, no está casi estabilizado y donde dominan, según los momentos, los efectos de la introyección y de la proyección. En la psicosis, los efectos de las proyecciones destructivas conservan la mano en alto, por lo menos hasta que las capacidades proyectivas se agoten en la petrificación catatónica.

En el sujeto normal, este circuito oscilante se despojará de sus contenidos para constituir, por medio de la alucinación negativa, el marco interno susceptible de acoger en un espacio contenido las introyecciones y proyecciones ulteriores. Para la formación de este marco interno es necesario que las características representables de la madre se pierdan sacrificadas a la representación del continente. Este es el primer tiempo de la alucinación negativa. El segundo, que depende del primero, es el que permitirá el paso de las representaciones de cosa a las representaciones de palabra. La cosa debe borrarse para que la palabra la sustituya. (Entiendo que éste es, para Piera Aulagnier, el tiempo del yo.)

En el psicótico no existen estos dos tiempos: ni el de la formación del marco interno ni el del borramiento de la cosa en favor de la palabra. De ahí que se invistan palabras como si fueran cosas, pero estas cosas mismas no están descorporizadas, puesto que falta un marco interno. No hay límites para la proyección, que puede invadir todo el espacio.

Es cierto que la identificación proyectiva descrita por los kleinianos suele ser demasiado esquemática; pero lo que ellos describieron es verdadero, aunque no agote todas las figuras posibles de la proyección. Así, al lado de las descripciones que se refieren a los intentos de retorno de lo proyectado, quisiera añadir una constelación distinta que se observa tanto en el psicótico como en ciertos pacientes *borderline*. Es como si en la proyección desesperada del yo [*moi*] para deshacerse del objeto malo, este último, expulsado, se llevara consigo la fuente pulsional. En lo sucesivo, situada ahora en el exterior, ésta se comporta como una boca ávida que atrapa al sujeto y lo lleva hacia ella en una suerte de poderoso efecto de imantación vampirizante. La elaboración de este fantasma, que bien puedo llamar originario en el sentido de Piera Aulagnier, es responsable del delirio persecutorio. Pero en este caso se trata ni más ni menos que de un sujeto, de un yo definido como relación con el saber. Saber que alimenta lo que llamé hace un momento fantasma originario y para el cual no es apropiado el término fantasma, pero que en el delirio pasa a serlo porque éste nunca es producción o reproducción de lo originario sino trabajo sobre lo originario, enriquecido con todas las elaboraciones ulteriores del yo [*moi*], del fantasma y del yo, sin que los límites propios de cada uno de estos términos resulten siempre respetados.

La función de la proyección es expulsar, si no estrictamente afuera, por lo menos lo más lejos posible del "lugar" donde ella nace por efecto de las pulsiones destructivas. Pero esto a fin de que las pulsiones eróticas puedan cumplir su trabajo de ligadura, es decir, para que logren establecer los primeros lazos de la sincronía y la diacronía. Cuando la proyección, por toda clase de razones referidas tanto a la vulnerabilidad del sujeto a la frustración como a la respuesta del objeto, es excesiva, se asiste a un auténtico barreno, el cual impide a la vez la formación de la constancia objetal y de las primeras nociones temporales del antes y el después.

Como lo hace notar Piera Aulagnier, mientras que en la experiencia fenomenológica el yo se presenta como

punto de referencia central y origen de lo pensable, éste desconoce lo que lo precedió, o sea también lo que fue preinvestido y de lo que no puede tener idea, precisamente porque su origen real es el de las representaciones ideicas, y porque todo lo que le es anterior no es accesible al ámbito de las ideas. El yo anuda una relación estrecha con el saber, pero este saber se constituye históricamente. En este sentido hay, si no concordancia, al menos compatibilidad entre, por una parte, el proceso histórico subjetivo ligado a un deseo que se despliega en una continuidad coherente —y por lo tanto deseo historizado— y, por la otra, la causalidad histórica más vasta en la que este último se inserta, causalidad compartida por el conjunto cultural del que el sujeto forma parte. Ahora bien, la psicosis nos hace asistir a la desconexión temporal de estas dos series. Este divorcio quita al sujeto psicótico la posibilidad de tomar puesto y lugar en la cultura común.

De este divorcio cultural nace lo que llamaré una heroización expulsiva. Pues todo delirante puede ser considerado como un héroe cuyas aventuras no acrecentarán el patrimonio cultural con la celebración mnemónica de sus elevadas acciones, felices o desdichadas pero dignas de ser comunicadas de generación en generación. Las aventuras o desventuras del delirante lo conducirán a la segregación hospitalaria y terminarán en el olvido. Porque el mito se comparte, el delirio no. Curioso fenómeno: los delirantes reunidos en una institución psiquiátrica no entran jamás en un delirio que no sea el propio, aun cuando para un observador exterior muchos elementos, por la similitud de temas y contenidos, parezcan enteramente comparables, cuando no semejantes. En teoría, estos delirios emparentados podrían ser objeto de intercambios y hasta de refuerzos mutuos. Sin embargo, no es así.

Parecería que todo delirante quiere ser absolutamente singular, único y, más aún, desprovisto de antecesor,

desprovisto de toda filiación. Se entabla una lucha permanente contra el anonadamiento que se atribuye a la hostilidad de una fuerza adversa. Sabemos de su índole proyectiva, pero hay más que decir sobre esto. Parecería que el yo está privado de su fuente de vitalidad, no teniendo más poder que el de resistir a una destrucción fomentada por el otro. En semejante caso el sujeto parece haber desplazado su fuente pulsional sobre el Otro, del que pasa a ser un títere. Esta transferencia viene junto con un cambio en la naturaleza de lo que se desplazó por proyección. Si la pulsión es poder, poder de goce potencial, su instalación en la sede del Otro transforma este poder en potencia. Desde ese momento, el sentido de las acciones del Otro es enteramente absorbido por su voluntad de potencia. Esta no tiene más razón que la de servirse del sujeto inocente, sin que éste haya hecho nada para merecerlo, para ejercer sobre él, con maniobras diversas e incesantemente renovadas, los instrumentos de su potencia.

Pero el beneficio de este trabajo del delirio es, entre otros, el de constituir por fin una historia que tenga un sentido. Este sentido no es el de la vida, que ya antes de que aparezca el delirio no tiene ningún significado, así como no lo tiene ningún proyecto que no se refiera al delirio mismo. Se ha construido de entrada una historia primero confusa y después cada vez más clara, que permite incluso la comprensión retrospectiva de lo que parecía literalmente insensato. El sujeto marcha a la causalidad. Y cuanto más se perfila su causa, más se alejan de él sus orígenes reales, su infancia, sus padres. Como lo advirtió Freud, el sujeto, mediante el delirio, se cura de su no-historia. Ha encontrado su anclaje en la vida.

Sabemos hasta qué punto estos delirios protegen las imágenes parentales, mantenidas fuera del conflicto e inocentes de toda culpa. En esta elaboración delirante

podemos reconocer, como lo hace Piera Aulagnier, una captura del yo por el pictograma. No se trata de reducir esta compleja experiencia a la originariedad elemental del pictograma. Tal vez podamos imaginar que, a partir de este pictograma originario, una parte de la psique va a desarrollarse de acuerdo con un esquema más o menos normal, que daría cuenta de la evolución personal que antecedió a la eclosión de la enfermedad. Pero ésta es la parte más frágil del sujeto, la más precaria, lista para desmoronarse como un castillo de naipes ante las modificaciones ulteriores dictadas por la adolescencia y el ingreso en la vida. Entre tanto, otra parte prepara el terreno del delirio saturando de imaginario forcluido los aspectos negativos del pictograma.

Hay ciertamente más de una manera de comprender la singularidad de este desarrollo temporal. La desconexión temporal invocada por Piera Aulagnier es una de ellas. Y si *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo* representa una avanzada en su obra, habrá que buscarla por el lado de las relaciones entre deseo, causalidad e historia. Lo que añadiré es que en el sujeto el proceso histórico sólo se establece cuando se ha encontrado una compatibilidad entre el tiempo del sujeto y lo que he llamado tiempo del Otro. Hay empalme recíproco entre estos dos tiempos, separados en su origen por todo el espesor de las diferencias de desarrollo entre el *infans* y su madre. Aquí la flecha del tiempo está contrabalanceada por las identificaciones regresivas de la madre y por las identificaciones progresivas del niño. El tiempo del Otro, de la madre, no puede estructurar el tiempo del sujeto sino a condición de este juego identificatorio móvil que permite recuperarse de los fiascos de la experiencia. Nunca hasta cegarlos, claro, pero apuntando a la distancia tolerable que el fantasma habrá de suplir.

Ahora bien, en el psicótico no se produce esta compatibilidad. O bien está totalmente apresado en el tiempo

del Otro, o bien el tiempo del sujeto se constituye sólo en el corte radical con el tiempo del Otro. El delirio puede aparecer entonces como el compromiso paradójico entre estas dos posiciones, que las combina y las sitúa en contradicción absoluta. La lucha a muerte es la única salida para este combate. Y cuanto más progresa el psicótico en la formación de su delirio, más retrocede sin saberlo hacia modelos pictográficos que lo llaman, pero contra los cuales edifica unos vallados que le garantizarían la detención hacia un punto de no retorno. Podría ser, como afirma Searles, que todo psicótico defienda el acceso a una relación que se remonta a la noche de los tiempos, a una felicidad perdida para siempre, no existiendo ninguna posibilidad de suplantarla por el menor equivalente de un valor menos absoluto. La psicosis preserva la omnipotencia del objeto primario como objeto interno. Sin embargo, la omnipotencia del objeto simbiótico es transformada en omnipotencia persecutoria. Toda persecución remite a una idealización fundamental, así como toda idealización remite a una persecución potencial. No hay lugar aquí para la ausencia —que no adoptaría sino el rostro de una pérdida absoluta— a la que viene a contrarrestar una presencia engañosa, y ello en cuanto surge la sombra de una soledad posible.

Fácil es imaginar de qué modo esta relación dual puede mutarse en duelo a muerte por bloqueo histórico, o incluso por ausencia de los relevos identificatorios que el tercero paterno encarnaría. A los agujeros del discurso materno les responde esa "ausencia de una ausencia" representada por el padre. Hay efectivamente un discurso paterno al que el niño es sensible, pero no tiene ningún anclaje histórico. No es más que un reverso del discurso materno, no un discurso propio. En el delirio hay una fuga hacia este discurso —en Schreber es más que notable—,

pero esta fuga sólo condena al delirante a las angustias de un anonadamiento implacable.

Las grietas de una historia no sabida —historia falsa, sin duda, para cada uno de nosotros; pero poco importa pues desde el momento en que una historia semejante existe, es transformable— libran al psicótico al sentimiento de un real bruto. No el de la realidad exterior, sino el de una realidad psíquica inelaborable, salvo con el delirio. La convicción delirante no es sino la transferencia a la realidad exterior de la fe en la verdad de la realidad psíquica; máxime cuando ésta se refuerza en lo que el sujeto percibe del fantasma forcluido de la madre. Pero éste es el precio que se debe pagar por toda videncia. Toda capacidad de alcanzar lo que integra el orden de lo no sabido en el otro, tiene un corolario obligado: la ceguera sobre uno mismo. Y ésta no es una amenaza menor en la contratransferencia que acecha al analista de psicóticos, cuya excepcional penetración en ciertos momentos respecto de sus pacientes le ocultará la visión de sí mismo. Así sucede con ciertas posiciones reparadoras que él no advertirá en su carácter competitivo —y a veces hasta megalomaníaco— con una imago materna de la que el sujeto, diga lo que diga, no quiere en absoluto separarse. Si abandona la posición tercera que debería caracterizarlo siempre, el analista habrá caído en la trampa y se encontrará, sin saberlo, allí donde ya no se sitúa sino como reverso de la madre. Su doble simétrico, más bien que su otro.

Es sabido que una de las originalidades del psicoanálisis francés en materia de psicosis es haber restaurado, gracias a Lacan, la importancia de la función paterna. No me extenderé sobre este punto, pero simplemente quería añadirle un comentario. El psicótico —me refiero al de sexo masculino— se encuentra barrado en lo que hace a la identidad sexual, pues con lo que tiene que vérselas es con una doble feminidad.

Por un lado, él lucha contra la feminidad materna

peligrosa y destructora, aniquiladora de su diferencia con la madre en todos los planos; pero por el otro, al volverse hacia una imagen paterna como potencia espiritual descorporizante, fracasa con respecto a la feminidad paterna, fascinado por un masoquismo inconsciente que la desviriliza por completo. Toda tentativa de incorporación del pene paterno está destinada a asumir esa feminidad silenciosa del padre y a convertirse en la víctima del pecho materno destructor.

Entonces, si como dice Piera Aulagnier, el padre aparece en el lugar de lo que debió ser el concepto heteróclito de los padres, esta pareja se encuentra totalmente bajo el dominio materno. Y el padre ya no es sino otro hijo de la madre. ¿Cómo salir de este embrollo sino, al fin y al cabo, volviéndose uno mismo el pecho destructor y poder escapar así a la figura martirizada del padre? Pero se trata sólo de una ilusión, y éste es el destino que escogerá el psicótico en el camino que lo lleva al hospital psiquiátrico. Pensemos una vez más en Schreber, pues sospecho que ese padre martirizante que se valía de todos sus aparatos de tortura educativa, era él mismo una figura martirizada. Para el inconsciente del psicótico, se trate de Schreber o de Philippe, lo que se percibe en su goce inconsciente es el masoquismo. Cómase usted el carozo del cactus y lo que tendrá en la boca serán sus propios testículos. Sus arranques de padre terrible no impresionan a la madre. En cuanto abra usted la boca, ella le zampará el medicamento que le cierre el pico.

Abordaré, para concluir, una cuestión: ¿qué se juega en esta experiencia con el psicótico, por lo mismo que da lugar a una elaboración teórica? El título de la obra nos indicará la respuesta. El aprendiz de historiador es el yo tropezando con las acciones de un maestro-brujo, el ello.

Pero el aprendiz de historiador es también el analista frente a los enigmas del maestro-brujo de la psicosis. ¿Por qué se trata de un maestro-brujo?

Cuando un sujeto requiere un análisis, es raro que no cuente su historia por propia iniciativa. El analista lo escucha y parece concederle máximo crédito. Ciertamente, ligeros tropiezos, confusiones cronológicas inesperadas, reacciones afectivas imprevistas en el relato de los acontecimientos vendrán a suministrar los primeros indicios de los artificios de la construcción. El analista sabe bien que todo el análisis consistirá en la desconstrucción de lo que al final de éste aparecerá como una fábula que de todos modos resultaba necesaria. Sin embargo, la presencia de un proceso historizador es signo de una temporalidad en acción donde el continente importa más que el contenido. Esta temporalidad refrenda la existencia de un yo que encuentra su lugar en un discurso. Con el psicótico, es raro que en el encuentro la historia aparezca por sí misma. Y cuando se ha instalado el delirio, la historia del sujeto comienza con la de éste; el inicio del delirio hace las veces de origen del sujeto, de esa nueva vida que ha cambiado el curso de la vida. En este caso, evidentemente el analista no puede adherir ni por un instante a esta versión de las cosas. Con posterioridad, cuando tenga ocasión de traer al psicótico más acá de su delirio, los elementos que éste le proporcionará no serán en absoluto suficientes para la construcción hipotética de la historia del sujeto. La ayuda que el analista querrá encontrar en la memoria de los padres le aportará sólo elementos negativos. Todo era "normal", y el analista tendrá que someter a examen precisamente esa misma negatividad, más aún cuando se dice que con semejantes padres nada podría ser normal para nadie. Se termina pensando entonces que aquí la brujería no se manifiesta fundamentalmente en las exuberancias del delirio, sino en primer término en el borramiento de las huellas del

pasado. Una extraña complicidad en la ceguera reúne entonces al psicótico con sus padres.

Y quizás es entonces cuando se forma el deseo del analista de construir más o menos entera una historia borrada a medida. No es sólo la autenticidad del recuerdo lo que habría que cuestionar aquí en favor de un fantasma inconsciente, sino más bien eso no memorizable en todo sujeto y de lo que sólo nos dan testimonio los distantes retoños que produjo. En el psicótico, a lo no memorizable se le agrega lo no memorizado, que dio lugar a una historia en blanco.

Tal vez los que se ocupan de psicóticos busquen en ellos los fragmentos de una *prehistoria* que les es inaccesible. Acarician la ilusión de conocer, a través de la psicosis de los otros, los fundamentos impensables de su propio yo.

Pero el mismo psicótico, ¿qué busca junto al analista? La respuesta que supone el deseo de ser escuchado no me convencerá. Pues incluso cuando se lo escucha, el psicótico difícilmente renuncia a su psicosis y a su delirio. ¿Cómo aparece entonces el analista a los ojos del delirante? Quizá como alguien que no habría hallado esa respuesta que el delirio sí proporciona. La falta habrá sido llenada por el delirio, mientras que el analista no habría sabido hacer nada con su falta, o nada más que buscar en ella su respuesta junto a otros a los que se llama enfermos. El psicótico sabe que el analista no comparte su delirio. Y tampoco pretende enrolarlo en su convicción. Tal vez lo observa vagar en pos de una respuesta que él mismo ya ha encontrado. Y cuando en ciertos momentos fecundos de la relación analítica nos acercamos a la desconstrucción de la respuesta delirante, todo se enreda, el pensamiento se dispara, rehuyendo a cualquier precio enfrentarse a una verdad intolerable. El analista quedará abandonado a sus incertidumbres en el mismo momento en que las certezas del delirante se sacuden.

Pues, ¿qué tendría que hacer con una verdad que, para él, llega de todos modos demasiado tarde?

Porque los procesos psicóticos tocan al ser mismo del sujeto. La expresión puede tener resonancias metafísicas y no es éste el sentido en que la utilizo. Lo que quiere decir es otra cosa. Los procesos psicóticos suelen seducirnos por su contenido. Nos dejamos fascinar por su asombrosa creatividad. Pero no es en esto en lo que tocan al ser mismo del sujeto, sino por su extraordinario poder de imitar los mecanismos psíquicos más inconscientes, que ellos disfrazan de representaciones. Más precisamente, lo que imitan es nuestra teoría de los procesos psíquicos. El delirio de Schreber es la versión novelada del *Proyecto de una psicología para neurólogos*, que Freud escribió febrilmente y en secreto.

Y su conciencia de esto era tan clara que, al final del estudio que dedicó al Senatpräsident, necesitó defender su anterioridad. No comparto el parecer de quienes piensan que la teoría es la defensa que el analista erige contra la psicosis que lo amenaza. En cambio, estoy convencido de que nuestra fascinación por la psicosis se debe a que nos brinda la ilustración del funcionamiento del aparato psíquico, no a nivel de sus contenidos —que es el aspecto más anecdótico, incluso cuando alcanza fantasmas que dotamos de la condición de primitividad, y aun de la originariedad más radical—, sino a nivel del continente. Que el continente se represente en la psicosis siendo que él es más bien la condición de la representación, es una de las cosas más extrañas que quepa imaginar. Pues, fuera de la psicosis, no tenemos ningún otro medio para conocer este continente.

Me referiré, para concluir, a un punto de acuerdo con Piera Aulagnier. Comparto plenamente con ella el postulado de la representación, dando a este concepto la máxima extensión posible, siguiendo la huella de su expresión de lo originario más remoto hasta las producciones más sublimadas. Y tal vez el delirio no sea otra cosa que una sublimación paradójica. Paradójica porque la sublimación junta entonces lo que el delirio separa. Sublimación que no involucra únicamente pulsiones, sino que procede a recrear un aparato psíquico destruido y proyectado en la construcción delirante, que se da entonces como representación de algo irrepresentable.

Pero hay una ilusión de la que el analista debe precaverse. Esa representación última que se le ofrece y gracias a la cual edificará su teoría, convirtiendo la versión novelesca del delirio en versión científica, puede aparecérsele como el origen de toda pregunta que remita al punto de partida de todo desarrollo.

Esta búsqueda quedará frustrada, pues debe saberse que, en psicoanálisis, aun lo que nos parece el ombligo de toda pregunta es ya una respuesta. No conocemos más que respuestas para preguntas en las que ni siquiera podemos concebir de qué son ellas mismas objeto.

Tercera parte

HISTORIA

5. LOS DOS PRINCIPIOS DEL FUNCIONAMIENTO IDENTIFICATORIO: PERMANENCIA Y CAMBIO*

Piera Aulagnier

La simple lectura del proyecto que nos hicieron llegar los organizadores de este coloquio bastaría para recordarnos, por si hiciera falta, la extensión y complejidad de las cuestiones que sería preciso tratar para esclarecer en profundidad diferentes opciones que el analista privilegia en su abordaje teórico del fenómeno "psicosis" y en su labor terapéutica.

Opciones a veces emparentadas, a veces abiertamente divergentes, pero que se rigen siempre, y en su totalidad, por la respuesta que haya aportado el analista a la cuestión siguiente: ¿cuáles son el o los factores responsables de aquellos cuadros clínicos que nos autorizamos a calificar de psicóticos?

Cuestión insoslayable aun cuando la experiencia demuestre —al menos es la lección que he sacado de ella— que la teoría analítica no nos proporciona una respuesta exhaustiva.

Lo cierto es que ninguno de nosotros puede sostener su proyecto terapéutico si no presta crédito a sus propias respuestas, por parciales que sean. No es necesario agregar que sólo su puesta a prueba en el campo de la clínica puede justificar este crédito.

No tengo la intención de imponerles como objeto de discusión mis opciones teórico-clínicas, pero quisiera convencerlos de la función absolutamente privilegiada

*Trabajo escrito en 1984 (véanse págs. 394 y sigs.).

que cumple el análisis de las soluciones que el sujeto pudo aportar a su conflicto identificatorio. Función privilegiada pues es la única que nos ofrece en nuestro campo clínico un punto de orientación que nos permita, para descubrir el denominador común y a pesar de todos los rasgos que los particularizan, separar los cuadros que se nos presentan en tres conjuntos, compuestos respectivamente por las problemáticas neuróticas, por las problemáticas psicóticas y por esas problemáticas que defino como heteróclitas.

1. EL CONFLICTO IDENTIFICATORIO

Cuanto más progresa la investigación fundamental en su conocimiento del sistema nervioso central, más maravillados quedamos ante la complejidad, riqueza y precisión de los centros que coordinan el conjunto de funciones y sistemas que preservan nuestra organización somática. Maravillados, pero de ninguna manera sorprendidos por la existencia de semejante coordinación, ni por la identidad de los fines perseguidos. Con razón, nada nos parecería más absurdo que considerar una disfunción del sistema digestivo como la expresión de un conflicto que lo opondría al sistema respiratorio, donde cada uno de ellos procuraría hacer prevalecer la autonomía de sus intereses sobre el otro...

Si fingiéramos olvidar la interacción psique-soma, podríamos sostener que, siendo el fin natural de la organización somática la autopreservación y el enriquecimiento de su complejidad, sólo el deterioro fisiológico, mecánico, podríamos decir, de sus células, el choque con un agente exterior que hiciera fracasar sus defensas, un accidente que dañara uno de los centros de coordinación, podrían poner fin a la vida.

Si consideramos ahora lo que nos enseña Freud acerca

de la organización psíquica, su complejidad es igualmente asombrosa y digna de una admiración similar. Pero en este caso, lo que principalmente debería sorprendernos es la preservación de cierta coordinación y colaboración entre funciones, espacios, instancias cuyos fines son de entrada dispares, divergentes y a menudo antinómicos.

El concepto de conflicto intrasistémico, que no tiene espacio en el registro somático, está en cambio omnipresente en el registro psíquico. Hasta se podría decir que todo acto psíquico tiene una relación directa con un conflicto que él tiende a resolver o a exacerbar. Origen de la vida psíquica y origen del conflicto coinciden: el primer grito lanzado por el recién nacido nos recuerda que vivimos porque Eros entra, desde un inicio, en conflicto con las miras de Tánatos; el último suspiro exhalado por un moribundo nos señala la desaparición de uno de los adversarios sobre la escena psíquica. Esta antinomia original, estructural, que opone a Eros y Tánatos, amor y odio, movimientos de investidura y movimientos de desinvestidura, esta matriz conflictual compone el telón de fondo sobre el que se desenvuelve la totalidad de la vida psíquica. Toda nueva función y toda nueva instancia que se instalan sobre la escena psíquica son el resultado de un trabajo de diferenciación, de separación, jamás pacífica y jamás definitivamente asegurada.

El yo [*moi*] se diferenciará del ello y en lo sucesivo procurará defender su territorio contra los propósitos expansionistas de éste; el superyó, heredero del complejo de Edipo, se separará de las instancias cuyas órdenes ha interiorizado e instalará ideales que él pretende autónomos, sin perjuicio de entrar en conflicto con estas mismas instancias; en el interior de una sola y misma instancia se enfrentan propósitos contradictorios: el funcionamiento de nuestro pensamiento exige que el principio de realidad adquiera prelación sobre el principio de placer, que la previsión y la evaluación de un

placer diferido nos hagan renunciar a la satisfacción inmediata de la moción pulsional, que la espera del placer no exija ya el retorno, la re-presencia de un solo y mismo objeto.

La sucesión de aquellos acontecimientos que sellan la evolución del aparato psíquico exigirá una y otra vez una reorganización en el registro de las investiduras, una repartición diferente entre sus soportes internos (narcisistas) y sus soportes exteriores (objetales), la elección de nuevos objetos, el duelo de otros. Ninguno de estos movimientos se efectuará pasivamente sin encontrar resistencias de fuente interior y de fuente exterior (el deseo del otro, las exigencias culturales), resistencias que dan fe del impacto de fines contradictorios y que tornan necesaria una negociación, tanto entre las propias instancias psíquicas como entre el yo y aquel de los *partenaires* al que éste encuentra e inviste, entre el principio de placer y el principio de realidad, entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte, entre el fin "ciego" hacia el que tiende el deseo inconsciente, y esos fines orientados (o que uno cree tales) que dan sostén a las demandas del yo.

Hubo quienes definieron el sistema nervioso central como un *generador de orden,*[1] y mostraron que tiene el poder y la misión de transformar el *ruido* en *información,* culminando así en una *ganancia de complejidad* asignable a su propia autoorganización. No tengo los conocimientos necesarios para discutir estas tesis; supongo que, como en cualquier otra disciplina, aquí también

1. En junio de 1981 se celebró en Cerisy un coloquio sobre "La autoorganización, de la física a lo político". Como lectora profana, dos comunicaciones me parecieron singularmente esclarecedoras: la de Jacques Paillard, titulada "Les sciences du système nerveux et le formalisme du hasard organisationnel", y la de Jean-Claude Tabary, titulada "Auto-organisation à partir du bruit et système nerveux". Estos términos los tomé del segundo autor. Coloquio de Cerisy, *L'auto-organisation, de la physique au politique,* Le Seuil, 1982.

hallaremos divergencias, puntos de vista dispares. Lo cierto es que los avances de esta nueva rama del saber nos enfrentan con una muy distinta concepción de las leyes que rigen el soporte orgánico de la actividad mental. Sería absurdo pretender que se trata de un campo de investigación totalmente ajeno al nuestro y al que podríamos ignorar con toda buena conciencia, pero creo en cambio que *hasta hoy,* por lo menos, nos asiste el derecho a defender la especificidad de nuestro campo, siempre y cuando precisemos y limitemos su objeto. Yo lo haré en estos términos: dilucidar de qué manera una parte de los estímulos externos e internos son metabolizados en informaciones *libidinales* cuya tarea es conducir a una *ganancia de placer erógeno-narcisista.* Ganancia de placer que exigirá maniobras cada vez más complejas por parte de un aparato psíquico obligado a tomar conocimiento y a tener en cuenta ciertas condiciones, coerciones y elecciones que le será preciso respetar para alcanzar o acercarse a este fin, ¡más aún cuando esta vez esa "ganancia de placer" podría revelarse como un "generador de desorden"!

Desde este punto de vista, que privilegia el enfoque económico, podemos considerar el aparato psíquico como un conjunto de funciones o sistemas cuya misión es administrar el capital libidinal del que cada sujeto dispone (y, si se me permite la "especulación", añadiré que es quizá la transformación en libido, o sea en una energía cuya finalidad es el placer, de una parte de la energía necesaria para la organización de la especie viviente, la que dio nacimiento a ese animal especial que es el hombre).

La metapsicología nos ofrece un conocimiento sobre las leyes económicas de este aparato, sobre las condiciones psíquicas responsables y necesarias para su evolución, y asimismo sobre las que pueden ponerle obstáculos.

Esa evolución no es lineal, está connotada por movi-

mientos, mutaciones, progresiones que nuestra teoría designa en términos de fases relacionales. La primera de estas mutaciones es la más *fundamental;* las que siguen ejercerán, por supuesto, una acción decisiva sobre el devenir de nuestra psique y por ende sobre nosotros mismos, pero ninguna implicará una "revolución" tan radical y de tan magnas consecuencias.

Antes de esa mutación, el postulado de autoengendramiento, lo que otros autores definieron con el término de "autismo natural", lo que Freud designa como yo[*moi*]-ello indiferenciado, nos enfrenta a un funcionamiento psíquico que ignora los conceptos de exterioridad y separación, como ignora la existencia de un otro, de algo exterior a la psique, de un mundo. *Después de esa mutación,* dicho funcionamiento deberá tenerlos en cuenta y colocar así las primeras piedras de esa construcción compleja y jamás terminada, resultado del trabajo de identificación operado por el yo. Como veremos, también en esta construcción una modificación particular y fundamental rubrica el fin del trabajo del constructor *niño.*

Pero detengámonos un instante en ese tiempo del *antes,* primero para señalar la paradoja que, con ese fin, estaremos obligados a sortear: a menos que nos conformemos con una pura observación y medición de constantes fisiológicas, lo cual no es de nuestra competencia, sólo podremos intentar comprender "este antes", esa vivencia de un *infans* que ignora al otro, si tomamos como referencia las reacciones psíquicas que esta "ignorancia" despierta en este otro.

El autismo como estado natural tiene su pareja en una sobreinvestidura, en un sobrerreconocimiento por parte del otro en provecho del *infans,* no solamente "naturales" sino además necesarios para su vida. No obstante, si intentamos focalizar nuestra mirada únicamente en el funcionamiento psíquico del *infans,* cuatro características

nos permitirán proponer un breve esquema de dicho funcionamiento:

1) Asistimos de entrada a la acción conflictiva de esas dos fuerzas fundamentales que son la atracción y la repulsión, la tendencia a incorporar un objeto que no se sabe que es exterior, y la clausura sobre una unidad incorporante-incorporado, clausura que pondría fin a todo estado de falta, a toda actividad de búsqueda, a todo deseo.

2) Suponiendo que estas dos fuerzas contrarias sean más o menos simétricas, la vida sólo se preserva si, *de entrada,* una de ellas encuentra un aliado, una prótesis en un deseo de "hacer vivir", presente y activo en el yo de otro.

3) La observación de quienes investigaron particularmente la conducta del recién nacido demostró la importancia de los rasgos que caracterizan el medio psíquico al que es propulsado. También se sostuvo la hipótesis de un factor constitucional presente que podía actuar sobre la relación inicial de las fuerzas de que disponen Eros y Tánatos.

4) Más allá de lo que se viva particularmente en esta fase de "iniciación" a la vida psíquica, no podemos predecir sus efectos sobre su evolución sucesiva, aunque sí podemos predecir que se presentarán ciertos efectos. Esta *no predictibilidad* se aplica, por las mismas razones, a las consecuencias del conjunto de mutaciones que balizan el funcionamiento psíquico desde su inicio hasta el final de la infancia. Aun cuando nos halláramos, lo que sería imposible, exactamente con los mismos "rasgos constitucionales", con las mismas experiencias, con los mismos encuentros, comprobaríamos una igual singularidad en la manera con que cada psique tratará el acontecimiento, negociará con sus "factores consti-

tucionales" y su medio, superará o no los obstáculos surgidos en el trayecto.

Vayamos ahora a lo que se jugará *después* del reconocimiento de un otro de sí separado. El reconocimiento de esta separación y de la existencia de un "otra parte" es consecuencia de la aparición, en la escena psíquica, de una instancia capaz de autoconocerse como separada, diferenciada y diferenciable del otro, y asimismo de un espacio "fuera del yo", pero esta vez interno.

Tomar conocimiento de un "separado", de un "diferente" es conocer al mismo tiempo las modificaciones y la autonomía propias de este "separado": se descubrirá que puede estar, alternadamente, presente o ausente, que puede amar o rechazar, que puede ser dispensador de placer o de sufrimiento y, por este mismo hecho, que él impone un mismo *trabajo de automodificación* al "yo conocedor" que sólo puede aprehenderse, y esto será *siempre verdadero,* por la representación que éste se forja de su relación con el objeto investido. Así se inicia un proceso de identificación que engloba a este conjunto de actos psíquicos, permitiendo que el yo se autorrepresente como el polo estable de las relaciones de investidura que compondrán sucesivamente su espacio, su capital y su mundo relacional. Una vez más sería un error olvidar que la investidura de una relación, y más aún de su sucesión, exigirán cada vez una negociación entre el yo, las miras que persiga su propio ello, y los fines que privilegie el deseo del yo del otro. Por eso no vacilaré en decir que el yo es el redactor de un "compromiso identificatorio"; el contenido de una parte de sus cláusulas no deberá cambiar, mientras que el contenido de otra parte de ellas tendrá que ser siempre modificable para garantizar el devenir de esta instancia. Podría parafrasear a Freud y añadir que *el principio de permanencia y el principio de cambio son los dos principios que rigen el funcionamiento identificatorio.*

Pero igualmente podríamos sostener que el yo *es* este compromiso que nos permite reconocernos como elemento de un conjunto y como ser singular, como efecto de una historia que nos precedió mucho antes y como autores de aquella que cuenta nuestra vida, como muertos futuros y como vivos capaces de no tener demasiado en cuenta lo que ellos mismos saben acerca de este fin.

Las afirmaciones precedentes no distan tanto como parece del tema de estas jornadas: psicosis y adolescencia. En efecto, se puede abordar la adolescencia como voy a hacerlo, interrogándonos sobre lo que debió concluirse al salir el yo del tiempo y el mundo de la infancia.

Mientras se permanece en este tiempo y en este mundo, dos rasgos precisan la redacción del compromiso por el yo o, para ser más exactos, el trabajo de identificación que le incumbe:

1) Para llevarlo a buen fin, está obligado a firmar alianzas temporarias con el yo parental.

2) Deberá poder disponer de un conjunto de defensas que le permitan protegerse de un desfallecimiento o una negativa en el aliado, así como del exceso de resistencia que su propio ello pueda imponerle. Hago notar que utilizo aquí el término defensa en una acepción muy amplia: este término define ese conjunto de mecanismos (fóbicos, obsesivos, de inhibición, de somatización, pero también de renegación, de proyección, de idealización, de reconstrucción) merced al cual el niño podrá modificar, en el curso de su infancia y por lapsos breves, un fragmento de la realidad, un sector de su funcionamiento somático, un sector de su funcionamiento ideico. Mientras permanecemos en la infancia, estas defensas, salvo que una de ellas se fije y sistematice, son móviles, superables, no ponen en peligro la evolución del funcionamiento del yo, su acción se ve contrapesada por la que cumple supues-

tamente el yo parental, *cosignatario* del compromiso. Cosignatario al que incumbe la tarea de asegurar la identidad del redactor y los límites de lo modificable, límites de su contenido y sobre todo límites *temporales*. Al aceptar estas "alianzas temporarias", el yo parental acepta, o debería aceptar, asegurarle al yo infantil que se lo reconoce a través de sus propias modificaciones, ayudarlo en la elección de las cláusulas, a fin de excluir las que integran lo imposible y las que caen bajo el sello de lo prohibido. El abandono del tiempo y del mundo de la infancia exige que el yo pase a ser único signatario, y tome él solo a su cargo la continuación de las negociaciones que implicará su relación con la realidad, relación entre sus deseos y los de los otros, y entre lo que cree ser y sus ideales. Y por eso el abandono de la infancia coincide con la instalación de una *redacción conclusiva* en lo referente a las cláusulas no modificables del compromiso, cláusulas que garantizan al yo la inalienabilidad de su posición en el registro simbólico o, si se prefiere, en el orden temporal y en el sistema de parentesco. Se me podría replicar que ciertos sujetos dan la impresión de no haber salido nunca de la infancia. Tengo, pues, que precisar mi punto de vista: salvo que se instale una psicosis infantil que fije el eje y la forma de la investidura padres-hijo y que, con ello, fije el *movimiento temporal e identificatorio,* todo sujeto va a abordar, empujado por "la dura realidad" o como conquistador, las orillas de este mundo que ya no es reducible ni superponible al tiempo y el mundo meramente familiares. Es preciso, pues, que el compromiso que garantizó hasta entonces una coexistencia más o menos pacífica entre el yo del niño y su medio familiar, le posibilite una misma coexistencia con ese medio extrafamiliar y el compromiso de esos otros yoes con los que va a cruzarse. El análisis de cada compromiso, desde el más trivial hasta el más ideal, mostrará una y otra vez la participación de tal o cual defensa tomada del arsenal

neurótico.[2] Sólo si una de estas defensas adquiere prelación sobre otras más adaptadas —que siempre encontraremos ejerciéndose en la neurosis—, se asistirá a la eclosión de una de sus formas clínicas. Pero el conflicto identificatorio en el registro de la neurosis no pone en peligro ciertos referentes temporales, ciertos jalones de su historia libidinal que permiten al yo reconocerse en aquello que él deviene, a pesar de lo que de él mismo y de sus objetos se modifica, se gasta, se pierde a lo largo de toda la ruta, y a pesar de la presión a flor de conciencia de su deseo y su amor infantiles. Un principio de permanencia se encarga de garantizar su singularidad: los primeros cosignatarios del compromiso le han transmitido el derecho a esta garantía identificatoria. En la psicosis no sucede lo mismo.

2. LA POTENCIALIDAD PSICOTICA COMO PRECIO DEL COMPROMISO IDENTIFICATORIO

Al acercarme al concepto de potencialidad psicótica alcanzo el objetivo que tracé para esta exposición: demostrar que en todos los cuadros que situamos clínicamente bajo el título de psicosis, una misma cláusula imperativa reaparece en el compromiso identificatorio firmado por el yo al abandonar el mundo infantil, abandono que supone que ha podido eximirse de la eclosión de una psicosis en la infancia. Estos compromisos no son idénticos. La singularidad del sujeto, de su historia, de las pruebas que debe atravesar, aparecen tanto en el registro de la psicosis como en el de la neurosis. Ningún sujeto puede ser reducido a su sintomatología; pero, a la inversa, una

2. Por esta razón la "potencialidad neurótica" se encuentra en todos nosotros.

misma coacción sella esos compromisos: el yo sólo ha podido firmarlo aceptando que una instancia exterior se instituya cosignataria "de por vida"; lo que debió ser una "alianza temporaria" desembocó en un derecho de fiscalización definitivo. La función cumplida por el aliado exterior no pudo ser interiorizada, no pudo transformarse en una función que el yo asume en su propio y único nombre. El aliado se ha convertido en una suerte de colonizador que se arroga el poder de decidir sobre el derecho a la permanencia y sobre el derecho al cambio. Desde ese momento, el compromiso identificatorio sólo podrá preservarse si los *dos* cosignatarios garantizan su respeto. Puede ocurrir que alguno denuncie este compromiso durante la infancia misma: sea que el yo materno exija seguir siendo cogarante y el yo infantil repudie esta alianza impuesta; sea, a la inversa, que el yo infantil no pueda arreglárselas sin esa prótesis exterior y ésta se torne desfalleciente y hasta desaparezca o, hipótesis que no debemos excluir, que muestre disposición a renunciar a sus derechos.

En ese momento el yo infantil se encontrará frente a un conflicto insoluble: ¿cómo podría existir frente a un otro si constata o cree constatar que éste le impone ser y ser solamente lo que este mismo supuestamente ha sido? ¿Cómo podría existir por sí mismo si cualquier cambio es o le parece ser denunciado por el otro, como la prueba de que ha desaparecido toda permanencia entre aquel que uno fue y que uno invistió, y aquel en que uno se convierte? Cuando el conflicto adopta este carácter, asistimos a la eclosión de una psicosis infantil: la neorrealidad construida por el delirio tiene por presupuesto y por fundamento la construcción de una *neotemporalidad.*

Pero en cierto número de casos se podrá evitar esta solución: los dos cosignatarios respetarán los poderes asimétricos que el compromiso les otorga y éste, desde ese momento, podrá preservarse.

Se instalará así, antes de que la infancia llegue a su fin, esa *potencialidad psicótica* que en un tiempo venidero podrá pasar o no al estado manifiesto. Potencialidad psicótica que puede constituirse y fijarse en momentos más o menos precoces del recorrido identificatorio; por eso sus eventuales manifestaciones futuras podrán dar lugar a cuadros esquizofrénicos, paranoicos, atípicos... Pero, cualquiera que sea la fase relacional concluida con la fijación de las cláusulas del compromiso, cláusulas que sufrirán muy pocas modificaciones y casi siempre de pura forma, siempre importará la apelación a una defensa que ocupa un lugar muy particular en el arsenal de las defensas psicóticas; me refiero a la idealización masiva del poder de otro. Y por esta razón siempre habremos de toparnos con las consecuencias del duelo, en los límites de lo asumible, que esta defensa impone al yo: hacer el duelo de cualquier autonomía en su devenir. Pese a la magnitud del precio pagado, mientras este compromiso se preserve no habrá psicosis manifiesta. Pero esto sólo será posible si se respetan dos condiciones: o bien la fidelidad y estabilidad del primer cosignatario, quien una vez aceptado el juramento de fidelidad del yo del niño respeta las cláusulas del compromiso, o la posibilidad dada al yo de encontrar un nuevo cosignatario un poco menos exigente, tal vez un poco más complaciente, pero —no nos engañemos— un signatario del que seguirá dependiendo exactamente igual. Mientras se permanezca en la infancia, las defensas puestas en acto, aunque tomadas del arsenal psicótico, pueden correr a la par con una relación con la realidad que evite el conflicto abierto. El yo infantil puede permanecer sordo, sin mayor perjuicio, a una parte de sus exigencias y renunciar otro tanto, es verdad, a una parte de sus promesas. Por eso la potencialidad psicótica y a veces varios sectores del comportamiento infantil abiertamente psicóticos pueden permanecer velados no sólo para la mirada familiar, para la cual la ceguera es a

veces una necesidad y a menudo una decisión, sino para la del observador. Ya no sucederá lo mismo cuando el sujeto deba abandonar ese espacio cerrado, adentrarse en un campo social no reducible ya al de la familia, descubrir lo que separa a su compromiso del de los otros, y sobre todo enfrentar la intolerancia de éstos, con su rechazo, con su angustia ante todo lo que amenace con entrar en resonancia con su propia represión y con movilizar la representación relacional —y peligrosamente conflictiva— de una experiencia que ha sido parte interviniente en toda infancia.

Que nada cambie: si el sujeto pudiera ceder sin la menor distancia a este mandato, enunciado ante todo por la voz materna e interiorizado en un segundo tiempo como prohibición, la potencialidad psicótica y el compromiso identificatorio que lo sostienen estarían a cubierto de cualquier riesgo de actualización. Pero semejante obediencia está fuera del poder del sujeto, quien no puede ponerse a resguardo de la acción del tiempo, de ese acontecimiento que es la muerte del otro, de los accidentes que pudieran afectar su propio cuerpo y modificar la representación psíquica que tiene de él, y tampoco de esos acontecimientos que puedan sacudir el campo social y enfrentarlo a la precariedad y la inestabilidad del sitio que en él creía ocupar.

Por eso, cuanto más tiempo pasa, más difícil se hace preservar la potencialidad, y más exigirá ésta un acentuado estrechamiento de las investiduras relacionales del sujeto: retiro anticipado que acaba por asimilarse a una suerte de muerte psíquica anticipada.

Que todo cambie: en estos términos se podría formular el orden social que a veces recibe y golpea al sujeto a su salida del mundo infantil. Conminación proporcionalmente imposible de respetar, a menos que el yo renuncie sencillamente a ser, para transformarse en un robot programado por otros.

Estas dos órdenes, tan abusivas como contradictorias, pueden llegar a obtener tres respuestas:

— la robotización del yo, lo cual eliminará efectivamente cualquier conflicto merced a la desaparición de uno de los adversarios;
— la rebelión del yo al que se quiso imponerlas: se asistirá entonces a la eclosión de un episodio, de un momento psicótico que podrá o no reabsorberse o sistematizarse;
— una suerte de compromiso tributario de un "fingimiento" por una y otra parte.

El campo social fingirá aceptar a estos "diferentes" a los que calificará de marginales, o a los que incluirá en esos variados subgrupos para los que reserva un espacio particular, en los límites de sus fronteras. Ni verdaderamente aceptados ni legalmente excluidos, lo social los considera como la prueba de su tolerancia y comprensión. A su vez, el sujeto "fingirá" tolerar la escala de valoración compartida y defendida por los otros, se someterá a una parte de las exigencias consiguientes, procurará no ver, y no dejar ver, las maniobras de evitamiento y de esquiva con que se ha topado, para no tener que afrontar otras demandas a las que no podría responder.

Entre estas maniobras, la que tiene más posibilidades de resultar eficaz consistirá en encontrar e investir a un otro —amigo, amante, profesor, jefe, educador— que ha preservado su condición de ciudadano de pleno derecho y que a menudo ocupa incluso una función que lo social valora. Pero también un otro al que su propia economía psíquica, lo mismo que su compromiso identificatorio, tornan particularmente dispuesto a desempeñar e inducir en el otro, y para el otro, un papel de soporte identificatorio, de referente idealizado e idealizante. Merced a

lo cual se convertirá en el protector y hasta en el "reparador" de este mal-amado, de este mal-comprendido.

Con los "robots" no nos cruzaremos; los "rebeldes" vendrán a veces a consultarnos; casi siempre son los otros los que les impondrán que se reconozcan "enfermos" y se hagan "tratar". No por ello la partida estará perdida de antemano, si no olvidamos las dificultades extra que semejante apertura conlleva.

Los sujetos que más posibilidades tenemos de llegar a ver pertenecen al tercer grupo. Su demanda se origina en la intuición, justificada, de que están a punto de no poder seguir "fingiendo", de que ya no pueden mantenerse en ese espacio *límite* con las fronteras de la psicosis.

Si nos atuviéramos a la formulación manifiesta de su demanda, "cambiar la realidad", sólo podríamos responderles que eso no está en nuestras manos, y negarnos a ella. Pero si podemos oír la motivación latente de su llamada, podremos responder a ella y proponerles un pacto terapéutico que efectivamente va a cambiar de raíz las exigencias de aquel primer cosignatario a quien el analista empieza por suplantar.

Nuevo cosignatario que no tiene exigencias que imponer pero que espera restituir a su *partenaire,* al final del recorrido, la posibilidad de firmar en su solo nombre su compromiso identificatorio. Compromiso singular que conservará las huellas de la singularidad del tiempo vivido por el *infans* y por el niño, que no resguardará al sujeto de conflictos y trances difíciles que el futuro le imponga, pero que le permitirá hallar respuestas y defensas para que el yo no tenga que enfrentar su derrota.

6. HISTORIA LIBIDINAL, HISTORIA IDENTIFICATORIA

M. C. Rother de Hornstein

"Estamos convencidos de que pensar el pensamiento de otro —único modo de rendirle homenaje y de reconocer su valor— da lugar a un trabajo que nunca reproduce algo idéntico."

Piera Aulagnier, *La violencia de la interpretación.*

Su obra teórico-clínica ubica a P. Aulagnier entre los pensadores que harán historia en el psicoanálisis contemporáneo.

La realidad psíquica es para P. Aulagnier producto de una compleja historia relacional en la que privilegia tres formas de encuentro. Encuentro entre un cuerpo y un "mundo" exterior que el *infans* desconoce como tal; encuentro entre una psique y el discurso deseante de la madre y, finalmente, encuentro entre el yo y el tiempo.

Una vez advenido el yo, éste podrá interpretar y resignificar su propio escenario histórico-vivencial así como ese antes que da cuenta de la trama relacional tejida a partir de los enigmáticos mensajes y las fantasías inconscientes contenidas en el discurso parental y, pos-

teriormente, en su propio discurso y en el de los otros significativos. El yo deberá dar cuenta también del efecto estructurante o desestructurante de los mensajes cargados de sentido, del misterio de los gestos, de los silencios sustitutivos de una palabra de amor o de un grito de odio.

La interpretación continua del yo debe preservar el recuerdo de esa trama relacional, de ese sostén simbólico que es marca de identidad y que hace posible referir siempre a un pasado, evitando quedar adherido a puntos de fijación que detendrían la marcha del proceso identificatorio.

Coherente con este pensamiento teórico, fue su clínica y su trayectoria profesional. Sus filiaciones fueron Freud y Lacan, "filiaciones eróticas" y no "fijaciones tanáticas"[1] que le permitieron seguir avanzando en la investigación de los conceptos psicoanalíticos.

En 1968, P. Aulagnier se aleja de la Escuela Freudiana de París, entre otras razones por no acordar con la concepción jerárquica que regía la formación de los analistas; lo que la obligó a reflexionar cada vez con más exigencia sobre el proceso analítico y sobre la teoría que lo sustenta.

En un comienzo, esta escisión la lleva a escribir sus artículos más polémicos, consecuencia de su divergencia con la modalidad que fue asumiendo la práctica lacaniana. Funda el cuarto grupo y la revista *Topique,* de la cual fue directora hasta su muerte.

Desde 1962 dictó seminarios en Sainte-Anne, tarea que invistió con la misma intensidad con que escuchó a sus pacientes, investigó y teorizó. Para ella, los seminarios eran un "lugar de encuentro" privilegiado en donde sus pensamientos y su tarea clínica podía ser "hablada", obligándola a hacer comunicable, cuestionable, conceptualizable el camino recorrido por su reflexión y su escucha día tras día.

Sus publicaciones son testimonio de un pensamiento sistemático y esencialmente antidogmático, y de un trabajo de elaboración sobre los fundamentos que no pierde la referencia constante a los hechos que lo suscitaron.

La problemática identificatoria, eje conductor desde sus primeras investigaciones hasta el fin, junto al trabajo del yo y el pensamiento marcan sus "cuestiones fundamentales", dando lugar a una concepción metapsicológica propia que, sin embargo, no abandona ese triple registro que Freud consideraba constitutivo de su metapsicología: tópico, dinámico y económico.

Proceso y proyecto identificatorio son dos conceptos que buscan dar cuenta de la complejidad del psiquismo, aunque el yo crea ser el único habitante, "ilusión que defiende contra viento y marea". El yo es producto de los primeros enunciados identificantes que vienen del discurso materno. El yo no es una instancia pasiva, que incorpora sin mediación lo que el discurso parental le ofrece; es también instancia identificante. Es un yo historizado que inscribe al niño en un orden temporal y simbólico e historiador de ese antes de su existencia: tiempo de vida somatopsíquico que lo precede, en el cual quedan inscriptas las representaciones pictográficas y fantasmáticas que constituyen el fondo representacional a la vez que forman parte de ese memorizable afectivo al que el yo podrá acceder una vez que tenga la palabra.

1. "Mucho del porvenir del psicoanálisis se juega en la relación que los psicoanalistas tengamos con la teoría. Para la cual debemos cuestionarnos acerca de nuestras filiaciones con Freud y otros que forjaron la historia del psicoanálisis. Hay analistas que tienen una *fijación neurótica* a la teoría; ante la frustración que la clínica impone se regresa al punto de fijación. Estos analistas están siempre en búsqueda de la Dora perdida. [...] Por el contrario, Freud y su obra deben constituir una identificación fundante que remite a una filiación simbólica. [...] El movimiento teórico es como el deseo: debe tener un deslizamiento metonímico incesante. Todo proceso de investigación supone renunciar a la certeza de lo sabido" (17).

A la historia que trata de contarse el yo se opone ese otro "texto", el de lo originario, que "cuenta" y encuentra un mundo interior en donde psique y mundo están en una relación de engendramiento recíproco. Construcciones inaugurales, las de lo originario, que desde un comienzo presentan una forma acabada, perfecta, adecuada enteramente al deseo que, a su vez, ignora. Texto sin palabras, texto que habla desde las matrices corporales, marcas de una relación con la madre que impone su discurso al cual opone el yo su letra para hacer decible y comprensible las huellas de ese tiempo que permanecerá siempre como fondo enigmático. Tiempo del antes que deja oír su voz siempre vigente por medio de ese "memorizado-memorizante", que liga las emociones capturadas por el yo a partir de la resonancia operada entre los sonidos que uno escucha y aquellos que fueron escuchados en el pasado, encarnados en esa presencia viva del cuerpo.

Piera Aulagnier condena al yo a tres verbos: pensar, investir, sufrir. Pensar e investir son dos funciones sin las cuales no podría advenir ni preservar su lugar en la escena psíquica. Y sufrir es el precio que deberá pagar para lograrlo.[2]

Recuperó para el psicoanálisis esa cuarta instancia freudiana, la realidad, tan soslayada en otros desarrollos

2. Decía Freud en *El yo y el ello*, "el yo se desarrolla desde la percepción de las pulsiones hacia su gobierno sobre éstas, desde la obediencia a las pulsiones hacia su inhibición. En esta operación participa intensamente el ideal del yo, siendo, como lo es en parte, una formación reactiva contra los procesos pulsionales del ello. El psicoanálisis es un instrumento destinado a posibilitar al yo la conquista progresiva del ello. [...] Vemos a este mismo yo como una pobre cosa sometida a tres servidumbres y que, en consecuencia, sufre las amenazas de tres clases de peligros: de parte del mundo exterior, de la libido del ello y de la severidad del superyó" (15, pág. 56).

posfreudianos. Es la realidad de las necesidades del cuerpo, de las necesidades narcisistas, de las condiciones que el *infans* encontrará en el ambiente físico y psíquico que lo rodea, el que revelándose diferente a lo pictográfico y a lo fantasmático del deseo exigirá el reconocimiento de su existencia fuera de la psique y el de sus exigencias. No es posible desconocer la relación realidad psíquica-realidad en la constitución del psiquismo como perpetuo devenir del proceso identificatorio. Realidad de los acontecimientos que resignifican a cada paso lo histórico vivencial. Para P. Aulagnier la *realidad histórica* es el conjunto de acontecimientos que marcan la primera infancia de todo sujeto, cuyo surgimiento enfrenta al niño con experiencias afectivas, somáticas, psíquicas, que lo obligan a una reorganización exitosa o fallida de su mundo interno, a una reevaluación estructurante o desestructurante de su economía psíquica, a una reorganización más rica o más pobre de sus referentes identificatorios. Esas experiencias vividas serán, según los casos, reprimidas, reconstruidas cuando lo permite el recuerdo, o exhibidas como heridas siempre abiertas. El trabajo analítico podrá darle al sujeto la oportunidad de transformar su significación, de relativizar el impacto que dichas experiencias pudieron haber producido o bien de imputarles otra causalidad, pero sin dejar de reconocer que en el momento cuando se produjeron tuvieron un rol determinante para el funcionamiento psíquico del niño (9, pág. 7).

Su interés por la psicosis la llevó a una conceptualización metapsicológica propia. La psicosis, para P. Aulagnier, no es sólo efecto de una carencia o de una represión que no se ha producido, aun cuando ambas situaciones estén presentes, sino también del trabajo de construcción que debe hacer el sujeto para poder dar cuenta de una teoría de los orígenes que le dé la posibilidad de insertarse en una temporalidad que no lo conde-

ne a vivir indefinidamente lo que vivió en el pasado. La esquizofrenia y la paranoia son dos formas que tiene el yo de representar su relación con el mundo cuando se ve enfrentado a ciertas condiciones de arbitrariedad que no le permiten compartir con el discurso social una teoría sobre los orígenes. La psicosis, para P. Aulagnier, jamás es reductible a la proyección de una fantasía sobre una realidad neutra. La proyección está presente, pero para que se desencadene una psicosis es necesario que haya un redoblamiento entre la fantasía y lo que aparece en la escena de la realidad. Por otra parte, así como el yo no es un destino pasivo del deseo de la madre, la psicosis tampoco lo es, de ahí la importancia que en la teoría de Aulagnier tiene el concepto de remodelación de las escenas fantasmáticas propias del proceso primario y el trabajo de interpretación y resignificación del yo.

Su preocupación constante fue conceptualizar la tarea clínica y el proyecto terapéutico. Ese subterráneo trabajo de ligazón que pone en relación lo que oímos en nuestros encuentros clínicos y las adquisiciones sedimentadas gracias a la teorización flotante.

La meta del análisis es desencadenar la apertura de un movimiento interpretativo con el fin de que el yo pueda modificar la versión de sus vivencias infantiles.

La búsqueda y el develamiento de nuevas causalidades apuntan a operar una transformación del espacio psíquico a partir de la apropiación de la nueva relación de los objetos libidinales establecida como consecuencia de los desplazamientos que en el registro causal produce la interpretación analítica, cuya meta es permitirle al yo librarse de un "sufrimiento neurótico".

La reinterpretación del pasado puede modificar el vivenciar presente, "romper" con las fijaciones, las conductas repetitivas, la huida ante lo imprevisto, la negación; desconstruir una realidad que se volvió rígida, sustituyéndola tanto en relación consigo mismo como con

los otros, de acuerdo con la posibilidad que el encuentro con el análisis y el analista le ofrezcan. La interpretación es para P. Aulagnier "pensamientos creados" en el marco témporo-espacial de la sesión, y nunca dados de antemano. La interpretación surge siempre en un momento de "sobreinvestimiento" de la relación de ambos participantes. "Sobreinvestimiento" que le da a la palabra ese poder de ligamen, de resonancia necesaria para que logre su objetivo. Para que este sobreinvestimiento tenga lugar, los analistas deberemos tener en cuenta determinados aspectos de la historia que el sujeto nos cuenta, retenerlos en nuestra memoria y sumarlos a nuestra capacidad de percibir el tipo de nexo entre el afecto y las palabras que pronuncia el sujeto, y el trabajo de introspección que nos hace tomar conciencia de la cualidad y de la intensidad de la emoción que se produce en nuestro propio espacio psíquico.

P. Aulagnier nos anticipó su sentir ante la inminencia del propio fin: "El yo no puede pensar que esta tierra humana permanezca indiferente a su desaparición, que nada de sí mismo persistirá en ella, que sus catectizaciones, su sufrimiento, sus sueños choquen con lo absurdo de un final que revela la desmesura presente ante la fatiga, la lucha, los duelos, [...] y el objetivo que inevitablemente va a encontrar. El yo quiere creer —y diré necesita creer— que su existencia tiene un sentido" (2, pág. 194).

Podemos afirmar no sólo que su existencia tuvo un sentido sino que fue el sentido de más de treinta años de investigación plasmados en su obra escrita lo que hoy nos reúne en este libro con la intención de retomar sus ideas, repensarlas, hallar las contradicciones, trabajarlas.

Nuestra propuesta no es transformar el interés por las ideas de la autora en un meticuloso estudio de sus detalles ni en una repetición abroquelada. Por el contrario, poner a trabajar los conceptos, revalorizar las

contradicciones, buscar en su lectura la posibilidad de nuevas producciones, para que ésta no sea una mera repetición pero tampoco un deslizamiento desenfrenado que dé como resultado un sinfín de lecturas posibles; poner a jugar la duda, luchar contra el peligro de arroparnos en pensamientos arrogantes y creídos certeros para aliviar el sufrimiento que el pensar trae consigo; andar y desandar caminos que pensamos transitados definitivamente y enfrentarnos a la ignorancia, la sorpresa, la efímera ilusión de creer que sabemos lo que no sabemos, todo esto fueron para nosotros, algunos de los *dones* que P. Aulagnier nos legó.

CUERPO, AFECTO Y REPRESENTACION

La constitución del psiquismo nos enfrenta con una trama compleja de relaciones e itinerarios posibles, abierta desde los primeros encuentros con el discurso-deseo de la madre, representante a su vez del discurso social, de la realidad exterior. Discurso del cual el *infans* es destinatario aun cuando lo exceda en su capacidad de entender la significación.

La primera forma relacional que se inscribe en el psiquismo es el encuentro entre el cuerpo erogeneizado, la psique del *infans* y el cuerpo y el discurso de la madre.

La psique del *infans* se enfrenta con una realidad representable porque está modelada por la libido materna. En esa realidad definida por los enunciados con que la madre se acerca al niño —y que ya han sufrido los efectos de la represión— adviene a posteriori el yo.

Desde la primeras inscripciones de lo originario hasta la posibilidad de historizar el antes —trabajo del yo—, tienen lugar en el psiquismo del niño una serie de figuraciones sucesivas que pasan desde la especularidad símismo/mundo de la representación pictográfica, hasta: 1) el reconocimiento de un "exterior a sí" que debe poder figurarlo como el encuentro con un espacio que hace posible el placer y el displacer, representado en primera instancia por el pecho y luego por la madre, fuentes y causa de placer cuya referencia a otro lugar es testimonio de la existencia del padre y de un deseo no sometido a la sola jurisdicción de la madre; y finalmente hasta: 2) el encuentro con una pareja deseante, cada uno de cuyos integrantes experimenta el deseo por ese hijo. Desde la figuración de la escena primaria al pensamiento sexual infantil, el niño se interroga sobre el origen y causa de su historia. Una vez instalado el proceso secundario se resignifica parte de las escenas vividas.

Para P. Aulagnier es a través del cuerpo como la exterioridad del "mundo" resuena en su capacidad de excitabilidad. Mientras lo gesta, la madre piensa al niño como un "cuerpo imaginado" al cual cubrirá de atributos y enunciados (cuerpo hablado). La presencia en la escena de la realidad del niño confirmará o desmentirá la imagen que la madre anticipó sobre ese cuerpo; el que se presta a ser hablado, interpretado, al mismo tiempo que impone su singularidad, obligando a la madre a desilusionarse del poder de su discurso: el de adivinar las necesidades y los deseos del *infans*.[3]

Al nombrar el cuerpo infantil y lo que espera de él, la voz materna será escuchada por el niño como testimonio del placer, el displacer o la indiferencia. Es más dramática para la estructuración psíquica la indiferencia que el mensaje cargado de odio. La indiferencia lleva a cuestas la sombra del *no deseo*, de la pulsión de muerte. El odio requiere del investimiento del otro, al cual se lo

3. Es posible vincular cierta patología de la madre: depresión posparto; psicosis puerperal por un "trauma de encuentro" entre esta presencia "real" del niño y la imagen "anticipada" descalificada por ese niño real que sobre él se había forjado la madre.

necesita para lograr la supervivencia. La relación persecutoria retoma como dogma el postulado sobre el origen: "Para que haya un existente y para que haya un mundo se requiere que entre los dos el conflicto no pueda agotarse, que persista el estado de actividad continua, gracias a la cual coinciden la oferta del odio y la oferta de la vida" (1, pág. 276).

El mensaje de placer, que en un comienzo recae sobre el cuerpo y sus funciones, promueve su unificación; es también anticipación de un proyecto de yo y la posibilidad de que ese mismo cuerpo, que en el comienzo de la vida es un conjunto de zonas erógenas y de funciones parciales, pueda ser en un futuro lugar privilegiado para el goce. Será a posteriori —cuando el yo tenga la capacidad de resignificar— que podrá darles nuevo sentido a las experiencias de dolor y displacer sufridas. Cuerpo del placer y cuerpo del sufrimiento, intrincada relación con la madre que irrumpe con sus enunciados, sus caricias, sus ilusiones narcisistas sobre ese hijo, dando lugar a las distintas zonas erógenas. Límite entre el adentro y el afuera, límite entre el placer y el displacer, entre el amor y el odio, entre la vida y la muerte. Primer sostén de la pulsión, creación de una huella en donde el modo relacional encuentra en la plasmación de lo originario la ilusión de fusión, motor de un deseo nunca posible de satisfacer y siempre buscado. La madre anticipa en su recorrido imaginario y factual el cuerpo erógeno del placer. El cuerpo del dolor es más la marca del afuera que el cuerpo del amor, pero el yo no tiene lugar sin este último. Zona erógena, primeras huellas que inscriben una forma relacional que será despertada cada vez que una experiencia similar encuentre allí su eco.

Zona erógena, abierta al deseo del otro, zona que engloba la pasión, que sangra ante el dolor de la pérdida o la desgarradura insuperable de la muerte (20).

Lugar creado por la erogeneidad del otro. Huella de

ruptura, de placer, de potencialidad creadora, que podrá ser reactivada siempre que una experiencia afectiva actual la invoque. "Si en ese 'cuerpo hablado' llega a faltar una palabra que nombra una función y una zona erógena e igualmente, si esta palabra existe pero se niega a reconocer que ella es para el niño, y para el portavoz, fuente de placer, esta función y este placer pueden llegar a faltar en el cuerpo" (1, pág. 253).

La representación de lo "real"[4] se convierte en elemento de una representación en función de una *elaboración psíquica* que, en cada sujeto y en los diferentes tiempos, puede producir resultados diversos e inesperados.

"Metabolización" es el término que P. Aulagnier utiliza para redefinir esta actividad de representación, como el equivalente psíquico del trabajo de metabolización propio de la actividad orgánica. Este trabajo transforma los elementos informativos distintos de la estructura en elementos homogéneos respecto de cada uno de los tres espacios psíquicos —originario, primario y secundario—, rechazando aquello que la estructura no puede asimilar.

Esta función de metabolización será *constante* ante cada información que la "existencia exterior a la psique" le impone a ésta. Lo exterior se refiere tanto al espacio psíquico como a cada uno de los sistemas en relación con el otro.

Proceso de descomposición y recomposición que posibilita la manifestación de la pulsión en la psique por

4. P. Aulagnier diferencia entre real y realidad "[...] la realidad es lo real 'humanizado' y lo único de lo que pueden hablar tanto el lego como el teórico, lo 'real' es la 'materia' totalmente incognoscible que se ofrece y se impone a la metabolización de los tres procesos. Según la expresión de Lacan, lo que resiste a esta metabolización, su residuo, es lo que permite que la psique encuentre al mundo bajo la forma de lo vivo, es decir, de lo que debe ser permanentemente re-presentado, re-puesto en escena, re-interpretado" (1, pág. 320).

intermediación de una representación; la psique somete a la pulsión a la obligación de delegar por representación y delegar por afecto.

La psique es surgimiento de representación. La representación psíquica es entrecruzamiento de lo relacional y lo pulsional. Como bien lo expresa A. Green, si las pulsiones aparecen como fundantes, originarias, no debemos olvidar que es el objeto, en este caso la madre, el que desde su pensar-hablar al niño las pone en evidencia. "El no las crea —y se podría sin duda decir que es creado por ellas al menos en parte— pero es la condición de su advenimiento a la existencia. Y por esta existencia él mismo será creado aun estando ya allí. Tal es la explicación de la idea de Winnicott del encontrar-creado" (16, págs. 71-72).

Intrincado interjuego relacional que, como nos lo advierte P. Aulagnier al teorizar sobre la representación y el estado de encuentro, evidencia a la arbitrariedad de separar los espacios psíquicos del niño y de la madre. Un mismo objeto, una misma experiencia de encuentro es lo que irá a inscribirse —en ambos— aun cuando se trate de dos formas de inscripción diferentes y de dos esquemas relacionales heterogéneos. En cada etapa, "la reflexión analítica choca con el mismo escollo: tener que separar lo inseparable. Se trata de una exigencia metodológica que el discurso impone, pero debemos recordar constantemente su presencia y advertir el precio que exige pagar en el momento en que cortamos arbitrariamente el cordón umbilical que une a las dos psiques en presencia para ocuparnos del *infans* y de la primera obra de su psique: la representación pictográfica" (1, pág. 39).

La capacidad de ser excitado por lo somático en su encuentro con el otro dará lugar a la primera actividad psíquica: el proceso originario, cuya forma de representación es el pictograma. Se rige por el postulado del autoengendramiento según el cual "la representación pictográfica de este encuentro tiene la particularidad de

ignorar la dualidad que la compone". Lo figurado por el pictograma se define como objeto-zona complementario —representación de dos placeres—. Cuando el bebé mama, inscribe el encuentro con la madre —que lo amamanta con placer— como una imagen en donde queda fusionado el objeto (madre que amamanta) con la boca. Boca que quedará afectada en su función, deglutir, tragar, ingerir si en ese encuentro entre la madre y el niño predomina el displacer, experiencia que será representada como pictograma de rechazo. Si el monto de displacer es excesivo, la desinvestidura conduce a un no-registro que queda como un agujero, un vacío, marca de una carencia fundamental que es posible detectarla en los estados psicóticos.

Los datos somáticos privilegiados dejan su huella pudiendo ser siempre recuperados por la psique. Podemos enlazar a posteriori esta recuperación a conceptos como los de ordenamiento de representaciones, memorización, elaboración y creación por un lado, así como también a la eclosión de una psicosis, momento en el cual se produce una irrupción repentina y desestructurante en el espacio del yo debido a un afecto imposible de dominar que podrá precipitar al sujeto tanto al abismo como al asesinato (de sí mismo o del otro); siguiendo la ley del todo o nada propia de lo originario. Experiencia que fue conceptualizada por P. Aulagnier como efecto de develamiento.[5]

5. "El efecto de develamiento" es ese paso del estado potencial de un conflicto identificatorio, al de un estado manifiesto como producto de un encuentro que se produce mucho después de la infancia y que amenaza con una catástrofe identificatoria que ya había tenido lugar en el pasado, pero que de no haberse producido tal encuentro podría haber seguido ignorada. Se trata, entonces, de una representación fantasmática que se ha vuelto no reprimible. Para que este fenómeno develante se produzca tiene que haber ocurrido en algún período de la infancia el fenómeno del "telescopaje", es decir "un efecto de interpenetración entre un enunciado de valor identificante, pronunciado por una voz particularmente investida, y la vivencia emocional del niño en el momento en que la oye".

El psiquismo es un continuo reordenamiento representacional. Las huellas somáticas arcaicas unidas al afecto que les dio origen estarán siempre presentes en elaboraciones fantasmáticas lejanas en el tiempo, las que, como dice Freud en 1896, se reordenan periódicamente en su encuentro con *el tiempo,* a partir del establecimiento de nuevos nexos, dando lugar a diferentes retranscripciones que hacen posible pensar la memoria como un sistema complejo de inscripciones registradas "en diversas variedades de signos. [...] El preconsciente es la tercera retranscripción ligada a representaciones-palabra, correspondiente a nuestro yo oficial. Desde este Prec. las investiduras devienen conscientes de acuerdo con ciertas reglas, y por cierto que esta consciencia-pensar secundaria es de efecto posterior *(Nachtraglich)* en el orden del tiempo, probablemente anudada a la reanimación alucinatoria de representaciones palabra. [...] Quiero destacar que las transcripciones que se siguen unas a las otras constituyen la operación psíquica de épocas sucesivas de la vida. En la frontera entre dos de estas épocas tiene que producirse la traducción del material psíquico. [...] La denegación de la traducción es aquello que clínicamente se llama *represión*" (14, págs. 275-6).

Tanto para lo originario como para lo primario las posibilidades de "aprehender" el mundo son limitadas. El proceso originario —en tanto negación del afuera— tiene como postulado el autoengendramiento; en el proceso primario —en tanto ya es posible separar los espacios psíquicos de la madre y el niño— el sujeto sólo puede aprehender al otro a través de la omnipotencia del deseo. La imagen del otro así constituido es, pues, proyección de la imagen propia del sujeto para sí mismo, "sólo puede constituir un otro si proyecta sobre él su propio esquema imaginario de omnipotencia". La desaparición del pecho es postulada como efecto del deseo del Otro, y el pecho es

reconocido como separado del cuerpo propio; de igual manera, placer y displacer son vividos como efectos respectivos del deseo del Otro —de reunificar los espacios separados y de su deseo de rechazarlos—.

Esta proyección del fantaseante sobre el espacio exterior y la reflexión de la actividad primaria sobre sí misma da lugar al *sujeto del inconsciente.* Precursor del yo, el fantaseante se constituye como imagen de la respuesta que se da al deseo proyectado sobre la madre. *Es la puesta en escena de una relación.* El sujeto del inconsciente por lo tanto no se "identifica" ni con un objeto, ni con un atributo de intencionalidad, sino con una respuesta; por eso la puesta en escena será siempre la de una *relación.* La vivencia de placer o displacer que siente el niño es puesta en escena por la actividad de lo primario como la introyección de una *relación* de placer o displacer entre la madre y el niño, interpretada como causa del deseo de ese otro exterior a sí, que desea dar o negar placer, respuesta con la cual el fantaseante se identifica, generando a su vez una acción acorde con lo que supone que el otro desea de él.

Las consecuencias de este encuentro dependen de la calidad de los mensajes transmitidos por el portavoz y del grado de libertad que le otorgue al niño para que éste pueda reorganizar su economía relacional. El yo surge de la "interiorización-apropiación" de estos primeros enunciados identificatorios mediante los cuales la madre se ofrece al niño, a la vez que le da a conocer el lugar donde ella se sitúa para ser investida. La madre propone al niño las posiciones identificatorias y los movimientos relacionales que éste debe aceptar para que se preserve la relación entre ambos.

Esta propuesta de P. Aulagnier sobre la forma de organización de lo primario da lugar a pensar un yo en el que lo primario no sólo es testimonio de una organización psíquica que lo precede y de la que no puede desligarse,

sino en la que el fantaseante es un precursor con valor identificante. De ahí que el yo no sea reductible a los enunciados identificatorios que vienen del otro y del propio yo como identificante. La actividad de lo primario es, por lo tanto, *la puesta en escena* de las relaciones que la psique experimenta en su *encuentro* con los objetos que inviste y la figuración de los "argumentos" y situaciones que son fuente de placer o displacer, prototipo identificatorio del yo.

El reconocimiento de ese "otro lugar" investido por la madre prenuncia a la psique la existencia del padre y, por lo tanto, de la pareja parental. "La mirada que contempla un argumento en el que están presentes dos objetos" (1, pág. 82). Esta espacialización produce una nueva serie de reordenamientos decisivos. Si bien es cierto que el otro es captado e interpretado por el sujeto en un marco fantasmático también es cierto que ese otro en tanto diferente se pliega o no a la exigencia del sujeto, ama o permanece indiferente, promete, prohíbe, da, quita, regaña, besa, castiga.

Los sucesivos reordenamientos de las representaciones y de las cargas libidinales dejan improntas imborrables. En el inconsciente se mantienen los objetos parciales sucesivamente abandonados y las figuraciones fantaseadas que le corresponden.

Para poder alcanzar una imagen unificada de sí mismo, previamente debe haber una imagen unificada del cuerpo dada desde la nominación que le otorga la madre a ese cuerpo y el placer con que nombra sus partes y sus funciones. El yo podrá y deberá catectizar a posteriori ese índice de realidad que es su cuerpo, lo que le dará seguridad de ser un existente exterior para la mirada del otro.

Ese cuerpo del que se cree amo puede convertirse en cuerpo-sufrimiento y revelarse así definitivamente exterior, un "objeto autónomo" que impone al yo un sufrimiento inevitable. Aun entonces el yo está obligado a investirlo porque es índice de su realidad y de la realidad para los otros, aceptando —en tal caso— su no correspondencia con la imagen pensada que podía tener de él.

El cuerpo como posibilidad de sufrimiento enfrenta al yo con que no puede existir ni puede ser, si no se preserva la catectización de ese objeto-cuerpo. Este cuerpo del que no se ha elegido ni su anatomía, ni su forma, ni sus cualidades estéticas es, sin embargo, el fragmento de realidad exterior que pone en evidencia al niño y a la madre, que no es el resultado del puro placer pensado por la madre. Doble encuentro y doble descubrimiento que está en el origen del investimiento de la realidad por parte del yo, y en el origen de su deseo y de su necesidad de hallar en esa realidad objetos conformes a sus anhelos, a sus exigencias y a su demanda.

El concepto de encuentro tiene una dimensión económica, tópica y dinámica, investimiento que está en relación con una experiencia con un otro significativo o con una situación que moviliza afectos teniendo, por lo tanto, una función estructurante o desestructurante.[6]

6. En 1895 Freud dice que ante el estímulo endógeno (hambre, frío, dolor) el bebé responde con una "alteración interior" (... expresión de las emociones, inervación vascular), descargas que no aligeran en nada la tensión. Para que ello ocurra se necesita una alteración en el mundo exterior (provisión de alimento, acercamiento del objeto sexual) que, como acción específica sólo se puede producir por caminos definidos. "El organismo humano es al comienzo incapaz de llevar a cabo la acción específica. Esta sobreviene mediante auxilio ajeno: por la descarga sobre el camino de la alteración interior; un individuo experimentado advierte el estado del niño. Esta vía de descarga cobra así la función secundaria, importante en extremo, del *entendimiento* o *comunicación*, y el inicial desvalimiento del ser humano es la fuente primordial de todos los motivos morales.

"Si el individuo auxiliador ha operado el trabajo de la acción específica en el mundo exterior en lugar del individuo desvalido, éste

La pregunta sobre cómo nacen los niños es una manera de preguntar cómo nace el yo, la que a su vez remite a la historia, única vía por la cual el yo puede darse una respuesta legítima a la sucesión de todas las posiciones identificatorias que va a ocupar a lo largo de su existencia.

El proceso identificatorio es la cara oculta del trabajo de historización, tarea obligada del yo en su intento de rescatar el tiempo vivido y perdido, y poder "desalojar a esos seres arcaicos y fantasmáticos que fueron sus primeros habitantes" y sustituirlos por un discurso que lo hable.

Para P. Aulagnier los organizadores del psiquismo temprano se sustentan en una dimensión histórica presente en la trama edípica. Primerísimas marcas donde el otro dejó inscripta su palabra deseante, dando forma a un deseo por ese hijo. El niño deberá recorrer el itinerario de los tiempos de una historia por hacer en medio de una lucha descarnada de posicionamientos y reposicionamientos, de encuentros y desencuentros.

La madre, al comentar "el antes" de nacer, la venida al mundo y la vida del niño, al mismo tiempo le da "representaciones" que lo proyectan en su porvenir. La madre es portavoz, porque es representante de un orden exterior cuyas leyes transmite en su discurso; porque anticipa lo que el niño siente; porque le da significaciones estructurantes.[7]

es capaz de consumar sin más en el interior de su cuerpo la operación requerida para cancelar el estímulo endógeno. El todo constituye entonces una *vivencia de satisfacción* que tiene las más hondas consecuencias para el desarrollo de las funciones en el individuo" (13, págs. 362-363).

7. "Significantes enigmáticos" cargados de sentido y de deseo y de los que el niño no posee la clave tienen un efecto traumático en tanto requieren de un esfuerzo de ligazón y de simbolización, que desemboca

De esta manera, y cualquiera que sea su intención, ejerce una *violencia primaria,* propia de toda anticipación sobre la capacidad del niño de entender su significación. Para designar este efecto, P. Aulagnier utiliza la expresión "sombra hablada", conjunto de enunciados que son testimonio del deseo materno en relación con lo que espera para ese niño. Esta sombra, que es un fragmento de su propio discurso, representa para el yo de la madre lo que el cuerpo del niño representa para su deseo inconsciente. La sombra hablada es aquello que del objeto imposible e interdicto de su deseo ha podido transformar en decible y en lícito. La presencia real del niño es testimonio de la victoria de la instancia represora, a la vez que es lo más cercano del deseo inconsciente de la madre. Tener un hijo del padre, y más profundamente, tener un hijo de la madre (1, pág. 121).

La madre ejerce una violencia interpretativa al darle sentido desde su historia singular a las manifestaciones que el *infans* le ofrece con su cuerpo y con sus expresiones "afectivas". La respuesta que la madre da a las manifestaciones corporales y psíquicas de su bebé crean un espacio de realidad que los implica a ambos. Si lo originario toma en préstamo de la relación con el "mundo" el modelo sensorial para figurar el objeto-zona complementario, las representaciones fantasmática e ideica toman en préstamo la realidad de los acontecimientos vividos que son causa de afecto para el niño. De ahí la importancia de este primer espacio de realidad que crean madre y niño a partir de los primeros encuentros. En un primer momento, la madre es una intérprete que piensa al niño desde su propia historia; cree que hay una transparencia en la comunicación, en tanto es ella la que otorga sentido a las demandas somáticas y psíquicas del *infans.*

en la represión de esos primeros significantes o de sus derivados metonímicos (18, pág. 24).

Lo que en primera instancia es una violencia inevitable, puede transformarse en exceso si prevalece el deseo materno de preservar su lugar de sujeto donador de vida y único objeto de necesidad y de placer. Esta acción ejercida *contra el yo* —sobre su actividad de pensar— es lo que se define como *violencia secundaria*.

El espacio al que el yo debe advenir depende de una serie de signos lingüísticos —los propios del afecto y los del sistema de parentesco— que definen una relación entre el objeto nombrado y aquel que se apropia de esta nominación y la enuncia. El yo surge a posteriori de esta nominación. "El Yo es el saber del Yo sobre el Yo" (1, pág. 147), fórmula un tanto concentrada que, una vez más, muestra el lugar central que tiene el discurso libidinal de la madre y de los otros significativos en la constitución de esa instancia formada por todos los enunciados que dicen sobre esa relación afectiva de la psique con los objetos del mundo, previamente catectizados. De ahí el valor y la fuerza de referentes identificatorios, de emblemas compartidos.

El yo, eterno constructor que jamás descansa en su búsqueda no tanto de "realidades" como de "verdades" históricas, intentará conquistar para sí una parte de ese espacio psíquico que el ello quiere mantener bajo su dominio. Espacio enigmático para él pero que se le impone y del que nunca será del todo consciente. De las primeras inscripciones pulsionales sólo puede tener memoria por las representaciones ideicas (preconsciente). Sin embargo, de ese tiempo somatopsíquico vivido, sufrido y perdido tiene que construirse una historia, historia de un origen, para lo cual toma prestado lo que el discurso materno le cuenta de los acontecimientos ocurridos en ese período.

El yo que adviene no es un yo autónomo que pueda pensarse independiente de la relación con el otro primordial, ni tampoco por fuera de la relación con los procesos originario y primario. Es una instancia caracterizada por

cierto modo de organización y funcionamiento, que lo diferencia y lo sitúa en relación con las otras instancias, así como con la realidad externa. Constituida por el discurso y desde el discurso del otro no es una instancia pasiva; es también identificante. Es un yo historizado que inscribe al niño en un orden temporal y simbólico.

El relato histórico que el yo se cuente será su patrimonio inalienable, garantía a la vez de un tiempo futuro que deberá investir como experiencia *por-hacer*, "sin dejar de preservar la esperanza de que dicha experiencia se vea acompañada por una vivencia que el Yo designe como 'felicidad': vivencia que el sujeto no puede pensar, o sea representarse, sino apelando a un 'estado' ya 'vivido' " (4, pág. 128).

Pensar al yo como un proyecto es ubicarlo en la categoría del tiempo y de la historia. El primer carácter de realidad que el yo reconoce es el yo del otro como espacio exterior no reductible al suyo propio y como espacio que contiene los objetos que pretende "tener", planteando una separación entre la categoría del ser y la categoría del tener.

El yo sólo puede preservarse en la medida en que se reconoce como un "existente" para sí y para la mirada de los otros; el yo debe construir una versión de su historia libidinal e identificatoria, para entender las causas que le hagan parecer razonables y aceptables las exigencias que debe enfrentar, tanto de la realidad del mundo exterior como de su mundo psíquico del cual ignora gran parte; a su vez, tiene que anclar en una historia que sustituya ese tiempo anterior a su existencia por una reconstrucción que le dé la oportunidad de encontrar una causalidad a su condición de ser, que dé razón de su presente y le haga posible pensar un eventual futuro. "Lo propio del trayecto identificatorio, mientras un identificante permanece vivo, es no quedar nunca cerrado, pero tiene que poder anclar en un punto de partida fijo para que el viajero se oriente

por él, descubra el sentido de la trayectoria, de ahí la doble acepción del término, a saber: de dónde viene, dónde está detenido, hacia dónde va" (3, pág. 201).

La relación entre el pensamiento y el yo con aquello que lo precede y con aquello que lo separa es crucial en lo referente al problema de la identificación. Lo primario no es sólo el testimonio de una organización psíquica antigua, sino la vía obligada de todo reconocimiento por el yo de su deseo y de su lugar en relación con el otro. Las experiencias originales de placer y displacer no son memorizables; sin embargo, persisten como una huella imborrable que hace que todo deseo también esté animado por la búsqueda de lo perdido. De igual manera, los objetos y los lugares figurados en el fantasma tienen una función identificante que, a la vez, concierne a la prehistoria del yo y a lo más actual de su historia, sensible a los acontecimientos y encuentros significativos que la vida impone en su devenir. La forma como se percibe la realidad externa e interna a través del prisma del fantasma, realza el valor central que tiene la dimensión histórica, como una trama compleja de acontecimientos, entretejidos por los hilos fantasmáticos y los hilos del pensamiento.

El descubrimiento del inconsciente perdería sentido si no se lo piensa en su individualidad —y no como producto de arquetipos trascendentales—, sometido a la única forma de actualización que concierne a su objeto: la experiencia singular e irrepetible de los procesos psíquicos en el análisis. "Definimos como proyecto identificatorio la autoconstrucción continua del yo por el yo, necesaria para que esta instancia pueda proyectarse en un movimiento temporal, proyección de la que depende la propia existencia del yo" (1, pág. 167). Por eso es imposible pensar un yo "vital" que no pueda catectizar un tiempo por venir. Uno de los precios que paga el yo en la psicosis es el derrumbe de un proyecto futuro en beneficio de una

mismidad de lo experimentado que lo congela en una imagen de sí *fenecida*.

El yo se abre a un primer acceso al futuro si puede proyectar en éste el encuentro con lo que fue pasado —"cuando sea grande me casaré con mamá"—, retorno a la ilusión de una relación privilegiada con la madre. Pero para poder expresarlo de esa manera ha tenido que reconocer y aceptar previamente una diferencia entre lo que es y lo que querría ser.

Antes de la declinación del complejo de Edipo, el ideal del yo responde al deseo materno, el que deberá ser parcialmente abandonado para seguir avanzando en su construcción identificatoria. Esta construcción es posible gracias a las modificaciones del yo, producto de las relaciones de objeto resignadas, de las identificaciones con esos otros significativos que fueron necesarios sustitutos de las figuras parentales, de las propuestas devenidas enunciados identificantes del discurso social y del deseo de los otros.

El yo está constituido por una historia representada por: 1) el conjunto de enunciados identificatorios que son "memoria fundamental": huellas que guarda y que ligan lo que deviene con aquello que él fue. Hilo conductor que puede mantener unidos momentos de su pasado, impidiendo su "evaporación". Enunciados identificantes que el yo se formula siempre en términos relacionales para hacer pensables las emociones que acompañaron su encuentro con una palabra, un cuerpo, un pensamiento; 2) por otros enunciados que manifiestan en su presente su relación con el proyecto identificatorio y, 3) por el conjunto de los enunciados en relación con los cuales ejerce su acción represora para que se mantengan fuera de su campo, fuera de su memoria, fuera de su saber, y que permanecen inconscientes para él.

Las representaciones pictográficas y fantasmáticas a las que podrá acceder el yo una vez que accede a la palabra

constituyen el fondo representacional, a la vez que forman parte de ese memorizable afectivo que el proceso analítico hace posible rescatar.

Memoria del recuerdo, memoria de lo reprimido y lo "automemorizante". Las dos primeras fueron investigadas por Freud. A partir del recuerdo se accede a la propia historia; es la carta de identidad psíquica sin la cual el yo —la haya perdido o no la haya tenido nunca— no podría reconocerse.

Las representaciones reprimidas tienen un lugar en la memoria del yo, han formado parte de su pensamiento y de su memoria en el curso de la vida infantil y, a partir de un momento ante la eventual unión con una experiencia actual, pueden conducir a una experiencia emocional y a una forma de placer que es parte de lo interdicto. De ahí la exclusión activa de esas representaciones por parte del yo. Lo cual no asegura que queden definitivamente fuera del campo de lo memorizable en tanto puedan reingresar a partir de experiencias sustitutivas ligadas a otro contexto de sentido.

El tercer tipo de memoria es la que P. Aulagnier llama la "automemorizante" —que permite rescatar inscripciones ligadas a lo originario y a lo primario—, entendida como ese eco de placeres y sufrimientos pasados que persisten como el fondo sensorial sobre el cual se apoya toda palabra fuente de emoción. Fondo de memoria integrado al discurso y que pasa inadvertido tanto para el que habla como para el que escucha; también fondo sonoro que utiliza un abanico de posibilidades eligiendo una u otra en función de la resonancia que se opere entre los sonidos que uno escucha y aquellos que fueron escuchados en el pasado. Contrariamente a lo memorizable, este memorizado-memorizante no es percibido por el yo como un elemento de su pasado; no puede volverse pensable para el yo, ni responde a lo que puede reprimirse; por el contrario, es integrante de su tiempo presente y

reorganizado permanentemente. Representa lo siempre presente y actuante de nuestra infancia, la sintaxis a la cual acude el yo cada vez que debe pensar su deseo. Sintaxis a la que acude sin pensarlo conscientemente, sino de la misma manera a como se recurre al código lingüístico cuando hablamos nuestra lengua materna. En el caso de lo automemorizante, el modelo sintáctico impone a sus palabras un orden que deforma el sentido de lo que se creía querer decir.

Para que se pueda producir una recomposición de la memoria, las experiencias vividas en el tiempo de lo originario y de lo primario tendrán que unirse a experiencias ulteriores, siendo estas últimas las memorizadas; testimonio de que otra experiencia anterior ligada a ellas dio el poder emocional que detenta el recuerdo aparecido en la superficie.

Una vez más la literatura puede ayudarnos también a penetrar el rincón de las memorias. Escribiendo este texto tuve una y otra vez el recuerdo de una fábula autobiográfica de María Elena Walsh, y sobre todo un capítulo que evoca magistralmente a través de esa "memoria fantaseada", un episodio, un clima, una época y una clase social, y en donde es posible reconocer esos distintos tipos de memoria. Capacidad de la autora para recuperar esas desgarraduras en donde alma y cuerpo se plasman en la figura de un originario y una puesta en escena retomados por el relato "donde el lenguaje es protagonista"; única posibilidad de dar lugar a la elaboración, de experiencias con predominio de dolor y de pérdida, que nos dan las claves y el acceso a una simbolización de historias y experiencias compartidas:

> No termina mi madre de quitarme guantes y abrigo cuando el enfermero me enchufa un gran babero y me acarrea como paquete a una sala de vitrinas llenas de

*rayos de metal crispado.** Me defiendo poniéndome tiesa como un maniquí, desde la punta de los pelos hasta la punta de las uñas, como quien mucho aprendió de los gatos. El hombre se reclina en un sillón de dentista abrazándome por detrás y dobla mis articulaciones de muñeca rígida de cinco años y me acuesta sobre él, atenaza mis brazos con los suyos de Popeye y enlaza mis piernas entre las suyas y somos un solo cuerpo doble, un férreo crustáceo gigante atenazando a una presa paralizada que abre la boca y chilla, y entonces entra Polifemo el del ojo-linterna, que empuña *un vuelo y un brillo alrededor de mi vida** y lo mete en las fauces abiertas y me arranca grito y garganta en una sola maniobra magistral.

Mientras baño el babero en lágrimas y coágulos escucho la fórmula tranquilizadora:

—Ya está, ya pasó.

Lo sabemos: en la brevedad de un sismo, de un zarpazo, no puede caber desdicha ni fraguarse rencor. Es casi imposible recordar un dolor físico y la memoria se limita a merodear en la selva precisa de los detalles preliminares. [...] La operación de amígdalas es una novedad impuesta a las familias de posibles que, como la mía, se desviven generosamente por gozar de todos los adelantos técnicos y científicos, ajenos a la ostentación, por pura necesidad de incluirse en el mundo moderno, dejar atrás las salvajadas y un pasado de penosas carencias. Quién hubiera podido decirles que incurrían de buena fe en salvajadas legales, prestigiosas, como consumadas por una Mazorca de almidonado uniforme (22, pág. 136).

El proyecto identificatorio depende de una sucesión de movimientos identificantes que reorganizan el esquema relacional a partir de los sucesivos encuentros entre el yo

*Miguel Hernández.

como identificante, como identificado y con el ideal del yo. El yo se apropia del antes de su existencia gracias a la mirada y al discurso que la madre le ofrece. En un primer momento, el yo es un simple "repitiente" del discurso de la madre; a ella le deja la tarea de formular sus "anhelos identificatorios" concernientes a su futuro. En un segundo tiempo, esta acción "anticipatoria" es investida por el niño, para ser él mismo dueño de sus propios "anhelos identificatorios", que no tienen que estar ligados exclusivamente a un retorno a lo pasado. Por el contrario, es necesario que catectice su propio cambio, su propia alteración. Hasta ahí hay un polimorfismo defensivo que debe definirse una vez concluida la infancia, dando lugar a una elección de las defensas que dependerá de la naturaleza de los obstáculos y de la elaboración que haga el yo ante el peligro que lo amenaza en el recorrido de su trabajo identificatorio. Momento crucial en el que culmina la identificación simbólica, proceso que se realiza en dos tiempos. En un primer tiempo, el yo deberá formar parte de los enunciados que lo nombran; el segundo tiempo corresponde a la interiorización y apropiación por el yo de la posición identificatoria que resulta del trabajo de elaboración y de duelo operando sobre sus propios identificados en el curso del primer tiempo del recorrido identificatorio.

Uno de los acontecimientos responsables de este giro responde a la necesidad del yo de modificar su relación de dependencia con el discurso parental. Coincide con el comienzo de la adolescencia, momento en el cual las identificaciones que cobran preponderancia dependen de los encuentros extrafamiliares.

El discurso del conjunto le ofrece al sujeto una certeza acerca del origen, necesaria para que la dimensión histórica del pasado sea posible por retroacción; a la vez que le otorga un lugar en el campo social. De esta manera, el saber parental no queda como su garante exclusivo. El

acceso a una historicidad es indispensable para que el yo alcance el umbral de autonomía para su funcionamiento.

Los encuentros sucesivos en el trayecto identificatorio remiten a situaciones afectivas ya vividas, las que al ser reforzadas por la fantasía llevan a movimientos de atracción o de huida según que el encuentro evoque la espera o el rechazo del objeto. "El yo firma a partir de aquí un compromiso con la realidad", que dependerá en gran medida de cómo la madre ayude al niño a desidealizar el tiempo infantil, para que pueda catectizar un tiempo futuro. El rechazo a colaborar en esta desidealización favorece una potencialidad psicótica.

El reconocimiento de la importancia que adquieren otros referentes enfrentan al yo con la no "unicidad de un identificado", con el saber de que ninguna mirada podrá ser "único espejo", siendo por el contrario "el conjunto de las miradas de los otros por él investidos las que le propondrán algunas de las piezas del rompecabezas que sólo él podrá ensamblar después de haber elegido aquellas que le ayudarán a proseguir y a consolidar su construcción identificatoria. Construcción sólo posible sobre el fondo de un número de piezas ya unificadas gracias a los dos componentes del yo que son el identificante y algunos de los primeros identificados ofrecidos por el portavoz" (3, pág. 216).

La continuidad del trayecto identificatorio requiere la catectización de nuevos espacios y otros destinatarios a los cuales demandar amor, placer y reconocimiento. En el primer espacio de catectización, que es el familiar, las demandas tienen como finalidad metas fusionadas: al mismo objeto se le pide placer tanto narcisista como sexual. Las posteriores áreas de catectización, apuntan a metas y placeres diferentes. Para los ocupantes del segundo espacio —que para el niño es el medio escolar; para el joven, la relación con los amigos y para el adulto, el medio profesional— las demandas tienen objetivos parciales: ya

sea un placer narcisista o sexual, o también ese abanico de sentimientos que tienen que ver con la amistad, las relaciones con colegas, etc. A lo largo de toda la vida se preservará la catectización de ambos. Lo que supuestamente cambian son los ocupantes, las demandas y las ofertas dirigidas a los habitantes de cada uno de esos otros representantes de la realidad. Pero siempre el yo requerirá de un espacio al cual demandará "con metas fusionadas".

Un tercer espacio de catectización es esa parte del campo social con el que se comparten los mismos intereses, las mismas exigencias y esperanzas —profesión, comunidad, clase social—.

La continuidad del trayecto identificatorio depende de que una serie de identificados se unan al identificante para que el yo infantil realice un trabajo de *automodificación* en favor o en contra del deseo del otro.

La movilidad de la construcción identificatoria exige una reorganización permanente del espacio psíquico y de su relación con el mundo, una nueva repartición entre los soportes narcisistas y los soportes objetales, la elección de nuevos objetos, el duelo por otros que forzosamente tendrá que abandonar. Tarea nada simple y conflictiva por definición, si tenemos presente el grado de exigencia y de resistencia que imponen cada una de las instancias puestas en juego.

El yo debe guardar en su memoria el recuerdo de ciertas experiencias pasadas, con la condición de que el recuerdo permanezca investido sin verse obligado a permanecer fijo en una única posición que detendría su marcha. Peligro que se evidencia en la psicosis, en la cual el yo tiene que apelar a la construcción de una neotemporalidad que lo ponga a salvo de un sentimiento de desestructuración ya vivida, pero que debe borrar de su memoria.

P. Aulagnier llama "área de los posibles relacionales"

a la serie de posiciones identificatorias que puede ocupar el yo, conservando siempre la seguridad de que algo de él mismo se preservará y podrá ser reencontrado en ese yo modificado, en el cual se va transformando a lo largo de la vida. Esta área de los posibles relacionales nos da la medida de su libertad.

El movimiento identificatorio y el movimiento relacional son indisociables, como lo son también del movimiento temporal que sirve de hilo conductor, de ligazón, tanto en la sucesión de las posiciones identificatorias ocupadas por el yo en su historicidad, como en relación con los objetos de investimiento sucesivamente elegidos.

"Es por la historia de la relación con sus objetos que el yo se construye la suya propia."

El fin de la infancia no impone una detención en este movimiento identificatorio y relacional; una vez pasada la infancia los efectos de encuentro siguen ejerciendo su poder modificante. La relación entre lo modificable y lo no modificable sirve de indicador de las posibilidades identificatorias para un sujeto dado, que siempre tienen su límite; criterio clínico importante para definir el umbral de tolerancia que le permitirá al yo encontrar o no una respuesta al conflicto al que inevitablemente lo enfrenta el deseo del otro, su propio cuerpo y el espacio de la realidad o el campo social.

Pero, por alto que sea el umbral de tolerancia que cada persona puede tener ante los conflictos, por más que este umbral indique que la marcha identificatoria no ha tenido mayores obstáculos en el recorrido hacia su meta, sería erróneo pensar en un "sujeto modelo", protegido de fenómenos de desestructuración pasajeros debido a ciertas experiencias somáticas y también a ciertas experiencias provocadas y organizadas por el campo social.[8]

Es tarea del yo, entonces, para defender el espacio psíquico que ha hecho habitable y de donde ha podido desalojar a sus imagos arcaicas que fueron sus primeros habitantes, transformar los textos fragmentarios ofrecidos por los otros por él investidos, en una historia que le aporte el sentimiento no ilusorio de una "continuidad temporal". "Sólo de esta manera podrá religar aquello que él ha sido y proyectar en el futuro un devenir que junte la posibilidad y el deseo de un cambio con la preservación de esa parte de 'propio', de singular, de no transformable, sin lo cual no podría reconocerse ni investirse" (3).

Encuentro, memoria, historia, proyecto, remodelamientos sucesivos del antes en el ahora, retroyecciones y proyecciones de nuevos sentidos en busca de posicionamientos que den flexibilidad al yo sin hacer tambalear el fundamento del proceso identificatorio, lo que lo obliga a estar alerta ante sus propias alteraciones y en una lucha descarnada contra las trampas que le tienden su mundo pulsional, sus ideales, el deseo de los otros y la realidad. El psiquismo es un sistema abierto en permanente intercambio con su entorno. Su discurrir por una historia en perpetuo movimiento es producto de los encuentros y los impactos emocionales que le son propios, lo que muestra la contingencia y el límite finito del determinismo así como la importancia de la intervención del azar, el cual puede ser destructivo, deshacedor para aquellos sistemas que tan sólo quieren conservar lo conseguido, o creador, que representa el aspecto innovador de los sistemas complejos.

8. No debemos confundir estos posibles episodios de desestructuración con la idea errónea —a mi juicio— de una potencialidad psicótica universal.

1. Aulagnier, Piera: *La violencia de la interpretación,* Buenos Aires, Amorrortu, 1977.
2. —: *Los destinos del placer,* Barcelona, Petrel, 1980.
3. —: *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo,* Buenos Aires, Amorrortu, 1986.
4. —: *El sentido perdido,* Buenos Aires, Trieb, 1980.
5. —: "Condamné à investir" en *Un interprète en quête de sens,* París, Ramsay E., 1982. [Trad. esp.: en *Rev. de Psicoanálisis,* 2/3; T. XLI, 1984.]
6. —: "Les deux principes du fonctionnement identificatoire: permanence et changement", en *Un interprète en quête de sens,* París, Ramsay E., 1986. [Trad. esp.: Cap. 5 de este libro.]
7. —: "Se construire un passé", Congreso de Mónaco, 1988.
8. —: "Le temps de l'interprétation", Congreso de Río de Janeiro, 1989.
9. —: "Temps vécu, histoire parlée", en *Topique,* 31, septiembre 1983.
10. —: "Naissance d'un corps, origine d'une histoire", en *Corps et histoire,* Aulagnier, J. McDougall y otros, París, Les belles lettres, 1986. [Trad. esp.: Cap. 2 de este libro.]
11. Cartolano de Mandet, E.: "Una metapsicología de la realidad. Algunas reflexiones en torno al concepto de realidad en la obra de P. Aulagnier".
12. Castoriadis, C.: *La institución imaginaria de la sociedad,* Barcelona, vol. 2, Tusquets, 1989.
13. Freud, S. (1895): "Proyecto de una psicología" en *Obras completas,* Buenos Aires, Amorrortu, tomo I.
14. — (1896): Carta 52 a Fliess, en ob. cit., tomo I.
15. — (1923): *El yo y el ello,* en ob. cit., tomo XIX.
16. Green, A.: "Pulsión de muerte, narcisismo negativo, función desobjetalizante", en *La pulsión de muerte,* Green, A., Laplanche, J. y otros, Buenos Aires, Amorrortu, 1990.
17. Hornstein, Luis: *Cura psicoanalítica y sublimación,* Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.
18. Laplanche, Jean: "La pulsión de muerte en la teoría de la pulsión sexual", en Green, Ikonen, Laplanche, Rechardt, Segal, Widlocher, Yorke, *La pulsión de muerte,* Buenos Aires, Amorrortu, 1990.
19. —: *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis,* Buenos Aires, Amorrortu, 1990.
20. Rother de Hornstein, M. C.: "Adolescence: un temps de historisation", *Topique,* 46, 1990.
21. —: "Historia y proyecto: el yo como devenir. Introducción al pensamiento de P. Aulagnier", *Rev. de Psicoanálisis,* T. XLIV, 3, Buenos Aires, 1987.
22. Walsh, María Elena: *Novios de antaño,* Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

7. ¿REPETICION O HISTORIA?

Hugo Bianchi

1. TIEMPO Y REPETICION

"—Escucha, si por pereza te detuvieras un solo instante... De inmediato el universo temblaría en los bloques de su materia..."
Rabindranath Tagore, *Cygne*

Nuestra noción del paso del tiempo se halla construida sobre la ilusión de la sucesión constante e interminable de instantes.

Para el hombre, el tiempo aparece en tanto *experiencias* vividas de diversos modos, en múltiples áreas de la vida. La experiencia temporal es universal, pero puede captarse en diversos niveles. La vida es medida por el tiempo, que pasa a ser el representante de la ley ineludible que marca su término. El tiempo es también el marco de referencia que permite el intercambio social, y el contexto mismo de nuestro pensamiento. La composición que cada sujeto hace de la realidad (Dayan, 1988) apunta a la

retención sobre el propio cuerpo de las señales que interesan al conjunto pulsional, y a los acontecimientos que estas señales describen en el espacio y el *tiempo.* Espacio y tiempo que se prestan a una modificación subjetiva no sólo en la semiología de la psicosis, sino también en las tramas de la cotidianidad, y esta *construcción* de la realidad se halla en el cruce de la percepción con la fantasía, de la historia con la repetición, del cuerpo con el lenguaje.

Una experiencia, un suceso, un acontecimiento dejan su marca en tanto son significativos, y algo se vuelve significativo en relación con lo ocurrido antes del suceso, o a lo que ocurrirá más tarde.

Esta relación de significación es parte esencial de la *teoría de las fases,* tal como la entendía Freud.

En relación con la significación causal, los sucesos ocurridos con anterioridad son entendidos como causa de aquellos que suceden con posterioridad. Este ordenamiento resulta accesible y lógico para la comprensión de la realidad que nos rodea.

Una excepción a este ordenamiento causal de la realidad lo constituye el fenómeno de la repetición. En la construcción de la temporalidad, la secuencia explicativa del acontecimiento se establece como una relación en la que lo anterior explica —y es causa— de lo posterior, entendido como efecto. Esta relación da lugar a la construcción de una serie histórica; el sujeto puede intervenir en esta serie de una manera activa. Si para ciertos historiadores —como para la escuela histórica más extendida en este momento de Francia—,[1] lo interesante es el *sentido* del conjunto de los acontecimientos ubicados en

1. La así llamada "escuela del proceso", liderada por el historiador Paul Veyne.

un contexto determinado, y no sus causas aisladas, para el sujeto es imprescindible poder enlazar en su memoria las significaciones que atañen al origen de su existencia y al deseo de aquellos que la determinaron, con una causalidad que haya incluido el placer como condición necesaria para componer una realidad aceptable que lo incluya.

La repetición, en tanto acontecimiento proveniente del exterior en cambio, se presenta como un fenómeno invertido en el que el efecto aparece con anterioridad a la causa —automatismo de repetición—, que de todos modos permanece ajeno a toda intervención por parte del sujeto que lo contempla. Como consecuencia de la reiteración repetitiva, lo que observamos es una sucesión de hechos que interpretamos como efecto de alguna causa fuera de nuestro alcance; por ello esta causa aparece representada por una falta, por una significación *vacía* que parece multiplicar sus efectos de manera continua. Esta significación vacía, generadora de angustia, crea el sentimiento de ser juguete de otra voluntad, "...es sólo el trabajo de la repetición no deliberada el que vuelve ominoso algo en sí mismo inofensivo y nos impone la idea de lo fatal, inevitable, donde de ordinario sólo habríamos hablado de *causalidad*".[2]

La repetición trastroca la causalidad temporal, introduciendo un espacio vacío que es recubierto por diferentes nombres, el más conocido de los cuales es *destino*.

El destino opera al modo de una significación *restitutiva* que permite alinear la repetición con los modelos de causalidad temporal, aunque al precio de proyectar esta causa en una entidad ajena, incapaz de prestar significaciones.

2. Freud, Sigmund: "Lo ominoso", en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, tomo XVII, pág. 237.

Bajo el nombre de destino ubicamos los hechos cuya causa desconocemos, las determinaciones que no podemos explicar. El destino aparece como una trama desprovista de significación, y por eso opuesta a la historia. La repetición aparece como la manifestación más aparente de esta estructura de determinación a la que llamamos destino.

Freud describió con el nombre de fantasía originaria un modo de rellenar las lagunas que dejan los vacíos de la falta de significación, también las construcciones y los procesos de historización, ambos operando a través de la significación de los hechos ocurridos en el pasado.

Lo inexorable del destino se ve expresado en una carta de Madame de Sevigné a su hijo, en la que escribe: "La bala de cañón que mató a Turenne estaba fundida de toda la eternidad...". No es un soldado quien disparó la bala, ésta no fue disparada ahora; los efectos de una batalla no alcanzan para explicar la muerte del príncipe-general, es necesario apelar a la fuerza enigmática del destino expresado en la escala de tiempo: la eternidad es metáfora de lo infinito.

La misión de interpretar el destino ha quedado reservada a oficiantes de diversas magias o religiones a los que se creyó capaces de este develamiento.

Por otra parte, como veremos más adelante, la repetición es función propia de la memoria y posibilidad del sentimiento de identidad, en este caso la repetición opera desde la subjetividad. En lo relativo a los juegos infantiles, Freud relacionó la repetición con "la ganancia de placer que proviene de otra fuente", con un pasaje de la pasividad a la actividad, aunque más tarde relativiza esta observación por estar dentro del principio del placer y no "más allá" de él. En todas formas, el placer ganado con la repetición infantil es el "cemento" que sostiene a "Su Majestad, el Bebé" en la pasión narcisista de identidad, núcleo de la subjetividad.

El tiempo psicológico es el punto de anclaje de la subjetividad. Desde allí es posible ubicarse en el presente y *actuar* o sumergirse en el pasado y recordar,[3] modificar los recuerdos o incluso olvidar o proyectarse al futuro.

La repetición, noción freudiana central en la teoría psicoanalítica, debe distinguirse de la generalidad. Su estructura se halla compuesta por dos aspectos, no sólo diferentes, sino hasta contradictorios. "Son ellos el ligado a la igualdad reiterativa; y el diferente, creativo, dependiente del intervalo vacío, de la falta en repetir que media entre una repetición y otra" (Yáñez Cortez, 1986).

Podemos encontrar en las ideas de Freud, al menos dos maneras de pensar el tema de la repetición: una de ellas, más optimista, en la que espera alcanzar la meta de la curación íntegra: hasta 1914, la ilusión freudiana de la cura está centrada en la oposición entre repetición y recuerdo, con la presunción de que la recuperación analítica del segundo tornará innecesaria la primera. El recuerdo debía ser buscado activamente, debiendo el analista instalarse "de antemano en el pasado para operar la conjunción viviente entre saber y resistencia, representación y relleno". Hasta 1914, la resistencia separaba recuerdo y repetición: cuanto más fuerte era aquella, la reviviscencia, más hacía fracasar al recuerdo. La clave del cambio, de la interrupción del automatismo de repetición, que lo transformaría en deseo de recordar estaba para Freud en la autoridad transferencial.

En un segundo momento, en plena "vuelta de 1920", aquella ilusión terapéutica cede su lugar para retomar la noción de compulsión a la repetición, presentada por

3. Sigmund Freud propone para la memoria un modelo periódico para el funcionamiento del sistema Percepción-Conciencia, proponiendo que en este funcionamiento discontinuo se basaría la génesis de la representación del tiempo ("Notas acerca de la pizarra mágica").

primera vez en 1892, pero sin la fuerza irreductible que tendría más tarde.

"En el analizando, en cambio, resulta claro que su compulsión a repetir en la transferencia los episodios del período infantil de su vida se sitúa, en *todos* los sentidos, *más allá* del principio del placer. El enfermo se comporta en esto de una manera completamente infantil, y así nos enseña que las huellas mnémicas reprimidas de sus vivencias del tiempo primordial no subsisten en su interior en el estado ligado, y aun, en cierta medida, son insusceptibles del proceso secundario."[4] Esta es la perspectiva desde la cual Freud hace coincidir la repetición con la noción de resistencia, con la que ha quedado registrada en la teoría psicoanalítica desde entonces. Como veremos más adelante, el enlace entre repetición, memoria e identidad merece que se le adjudique a la repetición una función constructiva del psiquismo, en lugar de convertirla en una dependiente exclusiva de la resistencia.

Puntualizar el concepto de repetición requiere que, tal como lo hace Gilles Deleuze, podamos distinguir esta noción de otras, que en ocasiones pueden prestarse a confusión, tales como generalidad, diferencia, ley, etc. Deleuze define como problema fundamental de la repetición el que trasciende su característica aparente: la identidad de forma en el concepto y en la representación; aquel que reclama un *principio* positivo superior que pone en movimiento y mantiene la reiteración. No es repetición aquello que perdura; la repetición, en cambio, está ligada al retorno iterativo que supone intervalos libres entre una y otra reiteración. El intervalo o falta entre ciclo y ciclo introduce la noción de cambio como elemento implícito en toda repetición; así una formación

4. Freud, Sigmund: *Más allá del principio del placer.*

sintomática, por ejemplo, debe incluir espacios libres de sintomatología para que se la pueda considerar repetida.

2. TIEMPO Y FANTASIA

Dice Henri Bergson que el "espesor" del presente vivido se situaría entre un máximo de doce segundos y un mínimo de 1/500 de segundo. Hannah Arendt señala que el presente obtiene su "espesor de las tensiones ejercidas contra él por el pasado y el futuro". Bergson, que el presente muerde el futuro "como un río que desgasta sus riberas". Pero en estas definiciones, provenientes de una historiadora y de un psicólogo, no se habla del tiempo convencional marcado por el reloj, sino de un tiempo que transcurre en el interior de nuestra alma; hablan de un tiempo *subjetivo*. También la definición de los límites de un *acontecimiento* procede de un recorte subjetivo que mide un *espacio* temporal, dentro del cual se ubica la escena —o la fantasía— encerrada en el acontecimiento definido.

El tiempo freudiano de la fantasía es el tiempo en el que se dispone el fondo representacional que sirve a la construcción de la realidad. En este tiempo, como fue descrito más arriba, los acontecimientos encuentran un ordenamiento eminentemente defensivo; las relaciones de anterioridad y posterioridad sirven a la construcción de la explicación causal. Más que un ordenamiento apoyado en una clasificación temporal estricta encontramos aquí un ordenamiento temporal encubridor apoyado en una causalidad defensiva. Las matrices imaginarias se constituyen en el fondo explicativo a partir de las cuales se organiza un relato también imaginario: el relato mítico. Pero el hecho de que la fantasía se encuentre conectada por un extremo con lo imaginario no significa que la realidad se encuentre totalmente excluida de su dominio,

ni desde el punto de vista de su propia construcción, ni desde el de la codeterminación de la realidad, que se halla implicada en las condiciones de satisfacción pulsionales. No sólo la fantasía se encuentra originada en hechos reales de la prehistoria —y de la historia—, sino que en devolución la fantasía define la escena en que el deseo ha de satisfacerse, encontrando un objeto disponible en la realidad. La escena de satisfacción desiderativa creada por el sujeto no necesariamente lo muestra de modo directo, o sin disfraces; sin embargo, éste se halla seguramente configurado en algún lugar de la misma escena.

La temporalidad de lo inconsciente es reversible y no evolutiva. Es el tiempo de la significación de los elementos empíricos a los que presta un sentido oculto. Es un tiempo perpetuamente presente y por ello no se somete a un ordenamiento cronológico.[5]

Esta falta de ordenamiento trae como consecuencia la caída (o la inversión) de las relaciones de causalidad, ordenadas según la regla que supone como causa al antecedente del efecto consecuente.

"La historia como ordenamiento objetivo se halla a merced de los destinos de estas temporalidades de mecánica distinta. La temporalidad del yo como sujeto de la historia y la temporalidad del inconsciente bajo la atemporalidad del deseo."[6]

La fantasía señala el campo de batalla, así como el hecho único, origen de la repetición (Freud, 1897).

5. Freud, Sigmund: "La formación de fantasías acontece por combinación y desfiguración, análogamente a la descomposición de un cuerpo químico que se combina con otro. Y en efecto, la primera variedad de la desfiguración es la falsificación del recuerdo por fragmentación, *en lo cual son descuidadas precisamente las relaciones de tiempo*". (La bastardilla es del autor.) ..."Mediante la formación de tales fantasías *cesan los síntomas mnémicos*", en ob. cit., tomo I, pág. 293.

6. Aulagnier, Piera: *El sentido perdido*, pág. 65.

La clínica nos muestra, a menudo, ejemplos en los que las relaciones entre fantasía, transferencia y repetición se encuentran claramente en relación. El caso que paso a sintetizar lo he conocido en el curso de una supervisión.[7]

Teresa fue la menor de varios hermanos, joven, de inteligencia desarrollada y excelente nivel cultural; su energía y decisión a menudo determinaron que la llamaran "varonera". Decía de sí misma que se apasionaba en empresas quiméricas, y se complacía en los triunfos "imposibles" que obtenía en esas empresas. Un hecho de su historia reapareció con mucha frecuencia.

Cuando Teresa tenía poco más de cuatro años, murió su padre. Ocurrió al arreglar un artefacto eléctrico, por pedido de la madre de Teresa. Ambos se encontraban solos en la casa; la madre, accidentalmente, reconectó los fusibles sin dar aviso a su marido, con la consecuencia de que éste murió electrocutado. A menudo, Teresa, angustiada, decía que no guardaba ningún recuerdo de su padre.

La muerte se produjo en momentos en que la niña se encontraba en pleno desarrollo edípico de amor por su padre, y de rivalidad con su madre.

Un hecho producido el día que conoció a su marido también estaba marcado por un relato épico: mientras transcurría el encuentro, la casa del joven se había incendiado a raíz de la caída de un rayo; la cita amorosa, imprevista, lo habría salvado de la muerte. Sobre esta convicción se forma la alianza. Debía ser ella quien lo salvara. Una mujer mata a su pareja: hay otra mujer que, simétricamente, salva a la suya. Triunfo edípico que marca la alianza y también la transferencia.[8]

7. Agradezco al Dr. V. R. el haberme facilitado el uso de la información sobre el presente caso.

8. Jean Laplanche y Jean Baptiste Pontalis dicen: "Las fantasías originarias constituyen *ese tesoro de fantasías inconscientes que el análisis puede descubrir en todos los neuróticos y probablemente en*

El ideal sexual conlleva la marca de aquél salvado por una mujer, el anhelo de ser deseada, como garantía de inmortalidad. Idealización de la atracción erótica como amparo frente a la idea de la pareja como lugar de la muerte.

La confirmación de los propios atractivos confirma la unión con el ideal. Pero la escena que sirve de garantía debe ser recreada una y otra vez de modo permanente; nada más protege contra la angustia.

Recientemente, asombrada, contó que se ha sorprendido. Mientras estaba jugando al tenis con su marido, percibió la furia con la que quería "matarlo", en el sentido deportivo. Algo de lo transferido de su historia al marido se había deslizado y Teresa sentía cierta angustia al descubrirse tan apasionada por su triunfo y por derrotar al rival.

Teresa insinuaba con frecuencia tener sueños y fantasías eróticas en las que aparecerían ella y su terapeuta, a pesar de lo cual nunca revelaba su contenido.

Una vez pudo, con cierto esfuerzo, hablar de un ensueño; se trataba de una aventura como las mencionadas, con la característica de que aparecían en la escena una serie de nombres de lugares todos con sílabas duplicadas.

Esas duplicaciones fueron entendidas como parte del mundo narcisista contenido en el imaginario de Teresa.

En otra oportunidad relató: "Usted salía del teatro y estaba rodeado de mujeres que le hablaban y se reían con

todos los hijos de los hombres. Estas solas palabras sugieren que no es sólo el hecho empírico de su frecuencia, y hasta de su generalidad, lo que las caracteriza. Si *cada vez son creadas las mismas fantasías con el mismo contenido,* si se pueden recuperar, bajo la diversidad de las fabulaciones individuales, algunas fantasías *típicas* es porque la historia acontecimiental del sujeto no es el *primum movens* y debe suponerse un esquema anterior capaz de operar como 'organizador' ". *Fantasía originaria, origen de la fantasía, fantasía de los orígenes.*

usted. Yo me puse furiosa y pensé cómo podía hacer para llevármelo. Corrí a la portería, allí tiré... algo así como un rayo y todas esas mujeres quedaron paralizadas. Me lo llevé sin que ninguna pudiera hacer nada... ¡Cómo me divertí...! Todvía veo el brillo del rayo, si cierro los ojos..."

En el enamoramiento, ¿la unión con el ideal representa la devoración del objeto por el yo?[9] ¿Cómo podría Teresa encontrar amparo en el deseo de matar a su analista escondido por el brillo del triunfo erótico sobre las otras "mujeres"? Y sobre todo, ¿quién es él para ella?[10]

3. TRANSFERENCIA Y REPETICION

Para Freud, "la transferencia misma es sólo una pieza de repetición", y agrega que en forma recíproca "la repetición es la transferencia del pasado olvidado; pero no sólo sobre el médico: también sobre todos los ámbitos de la situación presente" (Freud, 1914).

Si pensamos en la ensoñación diurna citada, se hace evidente la dimensión transferencial, así como la presencia del argumento repetitivo —presente tanto en la multitud de nombres con sílabas duplicadas como en el elemento *rayo*—, transferencia y repetición, idealización y pulsión de muerte, ¿cómo entender esta ensoñación?

La repetición ambiciona siempre lo único, singularidad de la impresión cercana, excepcional y sin embargo repetible; el sujeto busca una y otra vez la identidad de su ser

9. Freud, S.: *Psicología de las masas y análisis del yo.*

10. Freud, S.: (1909) en "Un caso de Neurosis Obsesiva", expresa: "No es difícil comprobar que el sujeto intenta borrar, en estas fantasías sobre su primera niñez, el recuerdo de su actividad autoerótica, elevando sus huellas mnémicas al estadio del amor a un objeto y procediendo así como un auténtico historiador que contempla el pasado a la luz del presente".

individual a través de la cual sentirse completo, a lo largo de una historia en la que el otro garantiza esa completud:[11] llegar a ser la mujer ideal que protege a su padre de todos los riesgos, aun del mismo accidente ya ocurrido transformado en encantadora lluvia de colores, brillando, como indicación de una imagen idealizada.

La fantasmática reiterada de Teresa ponía en escena,[12] a través del erotismo, el drama épico inaceptable, la pareja conyugal unida en un paroxismo de amor y de muerte. La compulsión de repetición pasa al costado del placer, siendo el displacer el procedente del recuerdo traumático. Los rayos utilizados —ella había salvado a *su marido* de un peligro semejante— esta vez han sufrido la inversión de su sentido. En efecto, en la fantasía mencionada Teresa usa el rayo contra *las mujeres* para defender (apoderarse) a un hombre.

Si "en la escena primaria es el origen del individuo el prefigurado", la construcción defensiva de Teresa conducía a la escena en la que se proponía como una mujer salvadora, subyaciendo como enigma la cuestión acerca de cómo podría su origen haber sido consecuencia del odio entre los padres.

11. Freud, S., en *Tótem y tabú* expresa: "Los estados de enamoramiento, psicológicamente tan asombrosos y que son los arquetipos normales de las psicosis, corresponden al máximo nivel de estas emanaciones [las de la libido narcisista] comparado con el nivel de amor al yo".

12. "Que el peso de tales sombras invocadas —al igual que cuando éramos niños pedíamos socorro a mamá y papá cuando todo estaba oscuro— exceda a veces nuestra capacidad para dominarlas, y como nuevos aprendices de brujo, corramos el riesgo de vernos arrastrados hacia una existencia extraña a nosotros mismos, no debe sin embargo hacernos olvidar el por qué ni el cómo de su antigua elaboración. Los fantasmas de identificación tienen una historia en nosotros cuya trama podemos reconstituir, no sin sentir a menudo, por ello, algunas sorpresas" (Alain de Mijolla).

Las fantasías originarias,[13] (la escena primaria, la fantasía de castración, la fantasía de seducción) forman parte de una situación que Teresa mantenía, teniendo que explicar el enigma de una muerte debida a la pareja unida. Desmentir en el origen de su existencia el odio homicida entre los padres como inaceptable para la propia historia.

Porque la transferencia es ante todo un fragmento de repetición; el deseo infantil de reencuentro del padre fallecido carga —y eso es la transferencia para Freud— una (o varias) representaciones preconscientes, así:

La búsqueda del padre se repetía en Teresa una y otra vez, en diversos personajes. En estas situaciones se configuraba una escena en la que alguien corría peligro y en la que Teresa aparecía como salvadora... Estas escenas vividas reiteradamente se sucedían en épocas en las que Teresa vivía normalmente, trabajando con eficacia en su tarea profesional, practicaba deportes, se interesaba en los espectáculos. Imprevistamente, una sombra, la caída en un estado de tristeza e indiferencia en la que nada más parecía importar o, en tiempos más recientes, la aparición de episodios de agorafobia que le impedían salir de su casa, la hacían argumentar que podrían entrar ladrones en su ausencia, presa de intensa angustia.[14] La

13. Sigmund Freud, en *La interpretación de los sueños,* expresa: "Cuando se examina la estructura *(Aufbau)* (de las fantasías) uno se convence hasta qué punto el tema del deseo *(Wunschmotiv),* que está trabajando en la producción de la fantasía, ha trastornado y modificado el material con que están construidas, para reunirlo nuevamente en un todo...".

14. Sigmund Freud, en *Moisés y la religión monoteísta* dice: "Las reacciones negativas persiguen la meta contrapuesta; que no se recuerde nada ni se repita nada de los traumas olvidados. Podemos resumirlas como *reacciones de defensa...* Todos estos fenómenos, tanto los síntomas como las limitaciones del yo y las alteraciones estables del carácter, poseen naturaleza *compulsiva;* es decir que a raíz de una

sexualidad de la que se ufanaba, desaparecía, y ella se sentía extraña, otra, a la que no conocía bien. Estos ciclos se repitieron una y otra vez, y al modo de un aviso, Teresa decía haber tenido un sueño..., o había imaginado algo... que no podía contar.

Si la escena primitiva dio lugar a la fantasía de origen del sujeto —y allí nació la repetición—, ¿la muerte podría estar enlazada a la misma fantasía? De ser así, el propio origen de Teresa habría debido ser causado por el odio entre los padres, configurando una causalidad *imposible,* ya que no es posible para nadie figurarse una escena de odio o de dolor como causa de su existencia.

La fantasía transferencial que prefiguraba a Teresa representada en la escena épica, nos permite intuir la dramática, pero no la historia, ya que Teresa puede ser cualquiera de esos personajes, enmascarado a esta altura en los modos más primitivos de las operaciones defensivas.

La construcción de su historia depende de una recuperación de la temporalidad —más que de la interrupción de la estructura de repetición dependiente de la fuente inagotable pulsional—, en donde trabajar y ubicar históricamente los contenidos inconscientes recuperados en la labor transferencial; de esa manera se podrán recuperar áreas capturadas hasta ese momento por la formación sintomática. Pero, como veremos, el proceso de historización depende de la labor de un yo, advenido algo tardíamente en la evolución del sujeto, capaz de concebir un discurso acerca de su origen que, verdadero o acaso inventado, pueda dar cuenta de la generación de placer

gran intensidad psíquica, muestran una amplia independencia respecto de la organización de los otros procesos anímicos, adaptados estos últimos a los reclamos del mundo exterior real y obedientes a las leyes del pensar lógico".

acerca de su propio origen. De esa demora depende que en todo momento pudiera aparecer en el espacio psíquico de la paciente *una escena y un objeto* de características persecutorias que pudiesen reducir a polvo todo el trabajo de ese yo que quiso tener el piso firme para poder seguir adelante. Por eso, la transferencia renueva la demanda de la presencia de un objeto capaz de *resistir.* El desamparo sólo puede ser evitado por la ilusión de un completamiento que la ponga a cobijo del retorno de lo mismo.

La contribución del análisis es reemplazar este retorno por un trabajo de pensamiento (es decir de palabra), capaz de dar un nuevo punto de partida a la repetición.

4. HISTORIA O REPETICION

Poco a poco se introduce en la filosofía de las ciencias el más inveterado de los axiomas de la filosofía del conocimiento: el axioma que quiere que lo primitivo siempre sea lo fundamental.

Bachelard, G., *La actividad racionalista*

Bachelard (1975) ha enunciado la hipótesis de que se intenta calcar la representación del tiempo histórico sobre la del tiempo físico.

Freud, por el contrario, construyó la temporalidad como un proceso de repetición con cambio, explicando la eficacia terapéutica del psicoanálisis, desde el deseo inconsciente hasta la operación analítica de reemplazar la repetición por el recuerdo.

A través de esta operación, propone ubicar la repetición en un nivel acrónico, dejando la diacronía ligada al concepto de cambio: el interés por la recuperación del

pasado y su elaboración, la historización, como eje de la tarea a desarrollar entre analista y paciente. Los límites a este trabajo son el exceso de materialidad en la pesquisa que podría convertir el análisis en una tarea más adecuada para fenomenólogos, y el abuso sugestivo en la indagatoria, que obtendría efectos verosímiles en cambio de la historización resignificadora.

Una dificultad en la comunicación de los casos preocupó a Freud casi desde el principio; confesaba, inquieto, que se parecían "a novelas breves",[15] hallándose despojadas del estilo habitual en las comunicaciones científicas. Esto tiene que ver precisamente con el hecho de que estos casos eran contados tal como fueran recogidos, como *historias.* Y si se objetara que esta muestra de lo recogido en el trayecto analítico procede de una época muy temprana de la experiencia clínica analítica, bastaría con recordar el artículo técnico (de 1937) acerca de las construcciones, para convencerse de la perdurabilidad de su interés por la historización en el trabajo clínico.

Muy pronto percibió que la elección de los hechos relatados en sus historiales implicaban un recorte, pero que para cada observación habría de encontrar múltiples maneras de confirmar o denegar su verdad, una de las más eficaces, la transferencia. Pero la transferencia misma no es en sí otra cosa que un fragmento de repetición, que conduce el recorte de nuestra escucha en una dirección ya recorrida por el paciente.

"Con esta materia prima —por así llamarla— debemos nosotros producir lo deseado", dice Freud, en 1937, en su trabajo "Construcciones en el análisis", y agrega: "Y lo deseado es la imagen confiable, e íntegra en todas sus piezas esenciales, de los años olvidados de la vida del paciente".

15. Sigmund Freud: (1893-1895) "Estudios sobre la histeria, II Historiales: Srta. Elisabeth von R.".

La idea de retomar la construcción histórica freudiana ha sido un interés permanente en el pensamiento de Piera Aulagnier. El objetivo de esa tarea es permitir la participación creciente del paciente como *sujeto* de una historia que él ayude a construir, en lugar de estar sujeto al olvido de lo que incansablemente ha de repetir hasta su muerte.

En *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo* esta autora declara que hay dos cuestiones en la tarea clínica que se pusieron, para ella, de manifiesto una y otra vez:

"a) La función del yo como constructor que jamás descansa, e inventor, si es necesario, de *una historia libidinal* de la que extrae las causas que le parecen razonables y aceptables las exigencias de las duras realidades con las que le es preciso cohabitar: el mundo exterior y ese mundo psíquico que, en buena parte, permanece ignoto para él.

"b) La relación entre esta función de historiador, propia del yo, su pesquisa causal (o ese *afán de causalidad*, para retomar una frase de Cassirer que cito con frecuencia) y *una teoría y un método*, los nuestros, que privilegian la búsqueda y el develamiento de un nuevo tipo de causalidad y los beneficios primarios que de esto puede esperar el yo."

Separar el contenido de la repetición, del automatismo de la repetición, he ahí el trabajo del psicoanálisis. La sustitución de actuar la repetición es impedida en la sesión analítica por la derivación de la acción a la palabra, pero la palabra la *representa* en forma simbólica al modo de la repetición significante (y de la verbalización de la transferencia también).

La conciencia de identidad se encuentra enlazada a la

memoria; su deterioro coincide con la pérdida de extensos fragmentos del sentimiento de sí: por esta razón es que la raíz misma de la identidad se encuentra en la repetición, el reencuentro con la pasión narcisista, satisfecha en el gozo del reencuentro de lo idéntico. La función de autorreferencia ha sido definida tanto como una característica eminentemente humana como una parte de la reflexividad, entendida como la posibilidad de que la propia actividad del *sujeto* devenga *objeto* (Castoriadis, 1986).

Suprimir la repetición no es sólo algo imposible sino también algo inadecuado. Si por un momento alguien pudiese anular el mecanismo de la repetición en sí mismo, no sólo perdería la memoria, sino que perdería la vida, para ser *otro:* a fin de producir un cambio total, de suprimir absolutamente la repetición, es necesario morir. El pasaje del estado de identidad excluyente de todo lo exterior (que Freud describió con el nombre de *narcisismo primario absoluto*) a la posibilidad de un cambio, aunque sea mínimo, debe respetar la memoria de sí, y con ello el conjunto de las posiciones identificatorias. No por casualidad la definición freudiana del paradigma monádico narcisista aparecería en un artículo destinado a ampliar la teoría sobre un acontecimiento repetido cotidianamente por todos los seres humanos de todas las edades: el dormir y el soñar.[16] Esta búsqueda de la identidad narcisista aparece en forma permanente en la vida. A propósito de la participación de la repetición en la formación identificatoria, Maurice Dayan subraya que "la repetición confirmada en el compromiso sintomático no es más que una forma ostensible (...) de la pasión narcisista que procede del afecto identificatorio por sí mismo". Este afecto identificatorio procede de una matriz previa

16. Sigmund Freud: "Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños".

a la adquisición del lenguaje y previa también a la represión, en la que se inscribirían "los acontecimientos perceptibles que interesan a las pulsiones". Por medio de esta matriz se explica el pasaje de la temporalidad prehistórica a la *intemporalidad* de lo inconsciente. Debido a que la repetición corre siempre detrás de la singularidad (singularidad de la impresión cercana, única y sin embargo repetible), el individuo busca una y otra vez la identidad de su ser individual, una identidad que el sujeto siempre luchará por mantener igual desde el *encuentro* con el otro y con el mundo, a lo largo de una historia en la que el otro no dejó nunca de intervenir.

Si no quedara para el paciente otra forma de expresarse que la sintomática, ha de ser la causa de que los objetos primitivos de los cuales dependió, y los postulados identificatorios bajo los cuales quedó colocado en sus orígenes, no permitieron otra forma de reconocerse sino a través de la puesta en práctica del complejo sintomático. En este sentido, toda práctica terapéutica que se intente deberá construir —en el sentido freudiano de la historia— *vías alternativas* a través de las cuales el sufrimiento deje de ser la forma exclusiva de conservar la relación con los objetos originarios en su interior y, por lo tanto, con la realidad que les concierne.

Los analistas obtenemos dos tipos de datos históricos: uno procedente de la versión que el propio paciente aporta acerca de su pasado, versión que se halla sometida al proceso reordenador de la resignificación; otro, lo extraemos del análisis del discurso y el recorrido transferencial durante el proceso terapéutico. De la primera serie de datos podremos construir algunas hipótesis sobre las causas a las que el propio paciente imputa su sufrimiento; se trata de una causalidad que apunta a una escena sin temporalidad como corresponde al tiempo congelado de la "historia mítica". Esta causalidad que habrá de confrontar con lo obtenido en la diacronía de la

relación analítica de las formaciones de compromiso: lapsus, sueños, análisis del relato y, sobre todo, de la dimensión transferencial. De esta segunda clase de elementos, la construcción de la temporalidad, su historización, ha de ser la tarea conjunta de analista y paciente, a través de la interpretación, y sobre todo, de la construcción.

Pero es necesario recordar que hay un período anterior en la historia que trae el paciente, del que sólo guarda retazos deshilvanados o huellas en el cuerpo. Este período, en el que el yo no operaba aún como historiador, se funda en el conjunto de los enunciados maternos. El trabajo de construcción sobre este tiempo, el tiempo de lo originario, el tiempo de lo primario, anterior a la adquisición del lenguaje, aunque mucho más alejado de cualquier pretensión de verdad material, también ha de ser nuestra tarea.

Piera Aulagnier definió la tarea del modo siguiente: "Me inclinaría a comparar nuestra teoría con una historia de la ontogénesis del deseo, y la relación analítica, con un encuentro entre un analista historiador, que posee su versión de esa ontogénesis, e historiadores profanos que defienden cada uno la suya: éstos se consideran dueños de una versión exhaustiva merced a su creencia en una identidad espacial y temporal entre el yo y la totalidad de la psique. En biología, la ontogénesis trata del desarrollo del individuo desde la fecundación del huevo hasta el estadio final de su desarrollo. En análisis, la ontogénesis trata de los deseos (de las causas) por los que un huevo pudo ser fecundado, y de las consecuencias que traen en el entero devenir de ese 'huevo' ".[17]

17. Piera Aulagnier apunta en este texto a discernir la función biológica, cuyo devenir es gobernado por un orden de causalidad distinto del del psiquismo, y la función de la psique que, en cambio, no puede construir identidad ni "proyectos" sin "historia". Precisamente

La tarea de historización del análisis, en tanto se encuentra centrada en el desciframiento de contenidos inconscientes, se asemeja, como Freud lo propuso, al trabajo del arqueólogo. Piera Aulagnier agrega que la reconstrucción debe ser asimilable para el sujeto a una situación en la que el placer de haberlo hecho existir tenga algún lugar. Todo proyecto identificatorio debe estar sostenido en la idea de que en su futuro han de existir objetos que sostengan su deseo; para ello es necesario que tales objetos hayan existido y aceptado ser investidos por el deseante.

El resultado del trabajo propuesto, de desmontaje de las piezas de la historia mítica familiar y de la organización causal resultante de dicha historia, está magníficamente expresado en las primeras líneas de la *Biografía para Feacios* de Octavio Armand:

Tal vez soy Demódoco y cuento las hazañas de Odiseo
O soy Odiseo escuchando el relato del ciego
Ya no fui lo que soy
El lenguaje me mata...

La línea en bastardilla muestra cómo el pasado no

---

el *proyecto identificatorio* debe incluir la pasión de identidad provista por la repetición, pero también la posibilidad creativa en el hiatus determinado entre cada ciclo de la misma repetición. Yáñez Cortez define esta posibilidad creativa de la siguiente manera: "La creación surge entonces imponiendo un sentido a una falta que es a su vez el *otro* sentido en la ausencia que denota sustantivamente —a modo analógico— la presencia en otro sentido, en aquel que le aporta el acto (...) La creación es pues el cumplimiento de una falta —y fundada por ésta— en la serialidad sucesiva del acontecimiento, es un quebrantamiento, un corte que representa la instancia de lo desigual".

vuelve a ser más construido como lo fuera antes de la llegada de la palabra.

Historiador, el analista ha de ser coautor de una historia, la de la relación del deseo de ese paciente por sus objetos, y para ello deberá sostener transferencialmente el argumento de una nueva historia que terminará cuando el analista caiga de su lugar de objeto. En el camino entre el comienzo y la despedida ha de desarrollarse un proceso en el que la temporalidad ocupará un lugar inscripto desde la doble vertiente del recuerdo y la resignificación, por una parte y por la misma experiencia temporal de la relación analítica, en la que la demanda remitirá incesantemente al descubrimiento de que *en algún lugar, en algún momento,* se encontrará la razón escondida que hasta *ahora* le había hecho pensar los hechos de la repetición como un *destino* inapelable. La influencia que la relación con el analista desarrolla en cada paciente es tema de una investigación que hasta el momento no ha sido desarrollada.

Todos estos factores, hasta ahora escondidos, se irán engarzando en una trama significativa historizada y temporal, en la que las diferentes relaciones de objeto desarrolladas por el paciente en su transferencia son acogidas por alguien que privilegie la escucha de esas palabras hasta entonces silenciadas.

Yáñez Cortez señala que la interpretación sólo puede inscribirse en el espacio de la falta en la serialidad repetitiva, rompiendo la estructura de la serie para producir un orden nuevo "que ponga en crisis el sentido de toda la serie". Este nuevo orden de la significación producirá el corrimiento de la cadena repetitiva, que desde entonces iniciará una serie nueva.

La historización propuesta por el análisis no aspira a reconstruir de manera absoluta, sin error, la historia del sujeto, sino tan sólo, y en todos los casos, un paso atrás del paciente, ayudarlo a pensar como un continuo sin hiatos

aquello que pudo quedar fragmentado debido a la existencia del sufrimiento en la vida del paciente. Pero es cierto que la tentación de estructurar la historia que escuchamos alrededor de ciertos núcleos teóricos —como el Edipo, por ejemplo—, puede hacernos olvidar la precaución de esperar lo original de *ese* paciente para, en cambio, imponer esos núcleos universales sobre la historia particular que nos comprometimos a escuchar. Por ello la necesidad de obtener del tratamiento para cada paciente la *prueba* que le permita compartir la causalidad que proponemos de su historia. Y esa causalidad podrá entonces ser asumida como factor que ocupó una parte de su vida, y siguió siendo causa en la formación sintomática y en la demanda transferencial.

BIBLIOGRAFIA

Arendt, Hannah: *La crisis de la cultura*, Madrid, Alianza Universidad, 1982.

Aulagnier, Piera: *El sentido perdido* (1970-1971), Buenos Aires, Trieb, 1980, caps. II y IV.

—: *La violencia de la interpretación* (1975), Buenos Aires, Amorrortu, 1977.

—: *Los destinos del placer* (1979), Barcelona, Petrel, 1980.

—: *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo.* Del discurso identificante al discurso delirante (1984), Buenos Aires, Amorrortu, 1986.

Bachelard, Gastón: *La actividad racionalista de la física contemporánea*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1975.

—: *La formación del espíritu científico*, México, Siglo XXI, 1982.

Baranger, Madeleine: "Regresión y temporalidad en el tratamiento analítico", *Revista de Psicoanálisis* (1969), XXVI:2.

Barrois, Claude: "Action du traumatisme, traumatisme en action, action sur le traumatisme", París, *Novelle Revue*, n. 31.

Berenstein, Isidoro: *Familia y enfermedad mental*, Buenos Aires, Paidós, 1978.

—: *Psicoanálisis de la estructura familiar*, Buenos Aires, Paidós, 1981.

Bergson, Henri: *"Essai sur les données inmédiates de la conscience"*, París, Alcan, 1924. Citado por Jean Pucelle en *El Tiempo*, Buenos Aires, El Ateneo, 22a. ed., 1976.

Castoriadis, Cornelius: "L'état du sujet aujourd'hui", París, *Topique Revue Freudienne*, n. 38, 1986.

Dayan, Maurice: *Inconscient et réalité*, París, P.U.F., 1985.

—: "Répétition et composition du réel", *Topique*, n. 41, marzo 1988.

Deleuze, Gilles: *Diferencia y repetición*, Madrid, Ediciones Jûcar, 1988.

Ferrater Mora, José: *Diccionario de Filosofía*, Buenos Aires, Sudamericana, 1974.

Freud, Sigmund: (1950 [1892-99]) Correspondencia con Fliess, en *Obras Completas*, Buenos Aires, Amorrortu, tomo I, págs. 288-289, 293.

—: (1900 [1899]) *La interpretación de los sueños*, en ob. cit., tomos IV y V.

—: (1912-13) *Tótem y tabú*, en ob. cit., tomo 13, pág. 921.

—: (1914 *c*), "La introducción del narcisismo", ob. cit., tomo XIV, pág. 90.

—: (1914 *g*), "Recordar, repetir y reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II)", ob. cit., tomo XII, pág. 147.

—: (1917 *d* [1915]), "Complemento metapsicológico a la doctrina de los sueños", ob. cit., tomo XIV, pág. 215.

—: (1920 *g*) *Más allá del principio del placer*, ob. cit., tomo XVI, págs. 16, 17 y 36.

—: (1921 *c*), *Psicología de las masas y análisis del yo,* ob. cit., tomo XVIII, pág. 107.
—: (1925 [1924]) "Notas sobre la pizarra mágica", ob. cit., tomo XIX, pág. 238.
—: *Moisés y la religión monoteísta,* ob. cit. tomo XXIII, pág. 73.
—: "Un caso de neurosis obsesiva", en ob. cit., tomo X, pág. 162.
—: "Estudios sobre la histeria", ob. cit., tomo II.
LaCapra, Dominik: *History and Psychoanalysis. Soundings in critical Theory,* Ithaca y Londres, Cornell University Press, 1989. Debo agradecer este texto y su traducción corregida a Susana Rotker y Tomás Eloy Martínez.
Laplanche, Jean y Pontalis, Jean Baptista: "Fantasía originaria, origen de la fantasía, fantasía de los orígenes". *El inconsciente freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo,* Laplanche, J., Pontalis, J., Green, A. y otros, Buenos Aires, Nueva Visión, 1976.
de Mijolla, Alain: *Los visitantes del yo. Fantasmas de identificación,* Madrid, TecniPublicaciones S.A., 1989.
Pucelle, Jean: (1967) *El Tiempo,* Buenos Aires, El Ateneo, 1976.
Yáñez Cortez, Roberto: "Análisis filosófico del concepto psicoanalítico de repetición", *Revista de Psicoanálisis,* 1983, XL, 4:787.

8. INTRODUCCION ORAL A LA LECTURA DE *EL APRENDIZ DE HISTORIADOR Y EL MAESTRO-BRUJO**

Maurice Dayan

Estimados amigos:

Con razón o sin ella pensé que, al menos hoy, se esperaba que cumpliese el poco cómodo papel de maestro historiador. Algo inveterado en mí debe de prestarse a ello, pues compruebo que finalmente me he acomodado a esta incomodidad relativa.

Hace, pues, diez años que se publicó *La violencia de la interpretación.* Este libro maestro —como lo llamé en el primer estudio crítico que entonces propuse— no desmintió en absoluto esa estimación *princeps,* si vamos a juzgarlo por su público, por su penetración profunda en el campo analítico contemporáneo, por la evidente influencia que ejerce en nuestros pensamientos. No se trataba ciertamente de un primer ensayo, aunque se tratara de un primer libro. Por el contrario, venía a coronar una obra ya considerable integrada por numerosos artículos citados aún hoy y que bueno sería, dicho sea de paso, que pronto pudiésemos disponer de sus textos esenciales reunidos en un volumen que recogiera el primer itinerario de la autora.[1] Tan cierto es que un primer itinerario

*El texto que sigue es una transcripción no corregida de la conferencia pronunciada el 10 de marzo de 1985 en la Jornada científica del IV Grupo. Publicado en *Topique,* 37, 1986.

1. Obra en preparación.

analítico, sobre todo cuando se trata del de uno de los fundadores de una sociedad de analistas, resulta siempre luminoso para los que siguen o acompañan (aunque no imiten) y, más allá de este círculo de iniciados, para todos quienes deseen comprender mejor y hacer más provechoso este mejoramiento en su propia práctica.

Hoy sólo diré una palabra sobre esa andadura inicial de Piera, o mejor dicho diré dos (el universitario impenitente que soy forma parte de esos dadores de cursos y discursos que se revelan radicalmente incapaces de limitarse a decir una sola palabra de lo que fuere). La primera será para comentar una frase muy simple que dice que la práctica "siempre fue y nunca podrá ser sino teórico-clínica".[2] Frase que resume a las mil maravillas, como ya tuve ocasión de calificarla,[3] una de las convicciones profundas y constantes de su autora, convicción que comparte seguramente con buen número de analistas, pero que cobra en ella un relieve particular; tan importante es a sus ojos la complementariedad necesaria de los dos aspectos que contiene: implicación de la teoría en la escucha y en la interpretación, que llega a la inclusión en éstas de una "teorización flotante"; sumisión de la gestión discursiva y reflexiva a la prueba de la clínica, sin lo cual la primera viraría inevitablemente a una especulación vana y sin fundamento. Si comento ahora esa pequeña frase, quince o dieciséis años después de publicada (y situándola en parangón con el concepto, más reciente, de teorización flotante), es porque hallamos su ilustración patente en *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo* de una manera todavía más clara que en *La violencia de*

2. P. Aulagnier, "Sociétés de Psychanalyse et Psychanalyse de société", *Topique*, n. 1, octubre de 1969, pág. 40.

3. Véase *L'arbre des styles*, París, Aubier-Montaigne, 1980, pág. 189.

la interpretación, obra que otorgaba ya su pleno sentido a la imbricación teórico-clínica, pero que ante todo echaba las bases de una nueva concepción metapsicológica a la que luego volveré a referirme.

Voy a mi segundo punto. Esta vez, no será el comentario remozado de una cita significativa, sino la recordación de un hecho, a saber: que, desde su inicio, la búsqueda de Piera está dominada por una problemática cardinal que corre a través de todos sus escritos y que aparece evocada además en el subtítulo de su último libro —"del discurso identificante al discurso delirante"—. Problemática identificatoria que es, por una parte, la de todo yo que se constituye a través de la sedimentación y también de la tensión, y hasta la divergencia, entre unos enunciados de los que algunos al menos preceden a la propia enunciación de la que el yo va a mostrarse capaz; pero que por otra parte es, y de una manera aquí radical y a menudo trágica, la del yo psicótico, presa de un conflicto interno entre su faz identificante y su faz identificada. El hecho de que el delirio intente preservar con desesperación el funcionamiento de una instancia hasta tal punto desgarrada, confiere todo su sentido a la circunstancia de que aquí se trata de un *discurso* y no de un agrupamiento fortuito de palabras insensatas; discurso en el que se articula un *pensamiento* delirante a cuyo respecto deberemos preguntarnos qué se ha hecho ahora del rango *primario* que le reconociera *La violencia de la interpretación*, como constitutivo de su tiempo inicial de formación.

Estas pocas palabras con las que he querido indicar dos aspectos esenciales en los que se señala la continuidad del estilo en Piera, me llevan a comentar más en particular el contenido de la obra central, introducida por ese primer libro. El eje principal es aquí la posibilidad del devenir-psicótico, una posibilidad que cuestiona intrínsecamente la aptitud de cualquier modelo teórico de la

psique para explicar su objeto. Hace un momento yo oponía el discurso delirante a un agrupamiento de palabras insensatas, con lo que señalaba la necesaria superación de un enfoque psiquiátrico tradicional del que no podemos decir, muy lejos de eso, que en el presente haya dimitido. Pero no hay que perder de vista que si el sufrimiento psicótico representa innegablemente el mayor desafío involuntario que se pueda lanzar al proyecto analítico y a la práctica que éste inspira, es también porque el analista no puede eludir de ninguna manera la cuestión de lo a-sensato, y aun de lo impensable, que este imparangonable sufrimiento arrastra. El analista no puede eludir la confrontación con algo que *La violencia de la interpretación* definía como la no evidencia de lo evidente: o sea la imposibilidad de contar con esas convicciones compartidas que limitan tácitamente y que balizan de entrada, en el caso de la neurosis, el campo de lo decible y de la escucha. Es decir que el analista de ningún modo tiene una seguridad *a priori* sobre la interpretabilidad del delirio; y menos aún, diría yo, sobre la interpretabilidad de los fenómenos alucinatorios con los que puede tener que habérselas. "Nada es más difícil que interpretar un delirio —confirma Piera en su último libro—, salvo que nos contentemos con decodificarlo refiriendo lo que dice el sujeto a conceptos universales y excluyendo así, a nuestro turno, su subjetividad y la singularidad de su historia."[4]

Historia: este término connota precisamente, en el ámbito de la vida psíquica y singular, la dialéctica del sentido y del sin sentido, vuelve a llevarnos directamente

4. *L'apprenti-historien et le maître-sorcier*, París, P.U.F., 1984, pág. 145.

a lo que llamé hace un momento la posibilidad del devenir-psicótico, eje esencial desde *La violencia de la interpretación*. Como sabemos, en este libro la historia que puede dar cuenta de esa posibilidad comienza muy precozmente. Se inicia, a decir verdad, en los albores de la vida (Piera se precavió siempre, e incluso hace muy poco en una conferencia, de hacer hipótesis sobre la vida prenatal, observando no sin humor que la existencia posnatal era ya bastante difícil de comprender de por sí). Se trata más bien, con respecto a ese primer tiempo, de una prehistoria, de lo que Freud llamaba historia originaria *(Urgeschichte)*. Evidentemente en ese tiempo precocísimo en que se desarrolla la vida del *infans* es cuando se sitúa primero sólo lo originario antes que lo primario y lo secundario, sistemas no derivados del primero sino autónomos, puedan cumplir a su vez sus funciones específicas respectivas de metabolización; funciones que representarán elementos tanto de origen externo al espacio psíquico, como elementos internos ya constituidos por lo originario, o sea pictogramas.

Aquí conviene recordar que esa actividad de representación, sea pictográfica, fantasmática o ideica, sea que corresponda al postulado de autoengendramiento, al del todo-poder del deseo del Otro o al de la inteligibilidad causal (conforme con el "discurso del conjunto"), no tiene únicamente un contenido cognitivo. No tiene la exclusiva significación de imponer a los elementos metabolizables —provenientes del cuerpo y sus necesidades, o de la psique misma o aun de la realidad exterior— un esquema relacional confirmador del postulado que le es propio. Toda representación implica, en efecto, un acto de investidura o de desinvestidura; en lo que atañe a lo originario, cada una de estas dos posibilidades corresponde al "tomar-en-sí" y al "rechazar fuera de sí". Ahora bien, cuando la psique intenta rechazar fuera de ella misma una información sensorial fuente de displacer o sufrimiento, esta

tentativa pictográfica implica, según el postulado de autoengendramiento, que la psique se separe, que por lo tanto se automutile de lo que se une al objeto, la zona complementaria fuente y sede de la excitación (lo mismo, además, que el órgano portador de esta zona). En otros términos, el postulado de lo originario entraña que toda zona "autoengendre" el objeto que le corresponde, de forma tal que si de la ausencia o inadecuación del objeto resulta un displacer, será *ipso facto* un displacer salido de la zona misma. Así, el pecho malo es indisociable de una boca mala; y, más generalmente, si la totalización de los objetos se efectúa bajo el signo de lo malo, la totalización de las zonas del cuerpo se efectuará bajo el mismo signo, y en consecuencia también la del representante. De ahí que vaya a producirse una desarticulación entre zona y objeto complementario, pues el pictograma del rechazo no podrá expresarse más que en la puesta en escena de un rechazo mutuo entre zona y objeto, así como de un rechazo mutuo entre el representante y lo representado. Es decir, además, que rechazo y desinvestidura del objeto, para lo originario, significan siempre deseo de destruir o de aniquilar la zona complementaria. Hay aquí una solidaridad funesta en la destrucción recíproca de estos dos elementos que el pictograma del rechazo conjuga.

En este punto la conceptualización de Piera difiere radicalmente de la del yo-placer [*moi-plaisir*] purificado que expuso Freud en "Pulsiones y destinos de las pulsiones" (y que retomó en un breve pasaje de *El malestar en la cultura*). No se parte de un yo [*moi*] o incluso de un yo [*moi*]-ello (según los términos del *Compendio*) que expulsaría de sí mismo todo lo malo, instituyendo de esa forma un prototipo de la negación; mientras que la incorporación sería el prototipo de la afirmación. El postulado de autoengendramiento veda la solución del repliegue narcisista que decreta la caducidad del mundo malo y que exalta al yo [*moi*]. O, para expresarnos con más exactitud,

en la fase de lo originario, semejante solución del conflicto interno surgido de la prueba de sufrimiento es impracticable. Por eso Piera, quien en *La violencia de la interpretación* cita el pasaje de 1915 al que he hecho alusión, se separa de Freud y dice que, según ella, el odio no es ni anterior ni posterior al amor. Se trata de afectos fundamentales absolutamente indisociables de dos tipos de respresentaciones inaugurales. La representación del rechazo se inscribe en el área de Tánatos, porque es, idénticamente, exigencia del rechazo del otro como objeto y de destrucción de sí como zona rechazante y rechazada. Este "fondo representativo" característico de lo originario perdura la vida entera, como perdura al mismo tiempo el fondo representativo característico del pictograma antagónico que abre carrera a Eros.

Si recordé esta concepción original del autoengendramiento —insistiendo un poco en ella—, es ante todo porque múltiples referencias, al fin y al cabo muy bien intencionadas en su mayoría, a *La violencia de la interpretación* —se trate de comentarios escritos o de alusiones orales— y referidas al pictograma, me parecen hacer a un lado lo esencial. Pero, desde luego, lo hice sobre todo por la importancia que reviste este concepto para la inteligencia del devenir-psicótico. No es que este devenir derive únicamente en eso, todo lo contrario. *La violencia de la interpretación* expone largamente la complejidad de las condiciones que crean una potencialidad psicótica, y especialmente los tres encuentros con la realidad: el de la experiencia corporal-sensorial, el del redoblamiento acontecimiento/fantasma produciendo una "interpenetración" (telescopaje) que hace imposibles la represión y reelaboración de la escena primaria, cuya leyenda lo real viene inoportunamente a confirmar; por último, el de lo escuchado por el lado parental, que impone una interpretación de los afectos experimentados cuya causa, tal como el portavoz materno se la describe al yo del niño,

no puede sino desautorizar aquello de lo que el primero guardó tácitamente en su poder un sordo conocimiento. Por otra parte, Piera se hizo luego más circunspecta en lo que atañe a estas condiciones, que en su primera obra se presentaban no suficientes pero necesarias para el devenir-psicótico. Siempre las entendió como condiciones que favorecían el conflicto identificatorio hecho manifiesto por una psicosis, pero no como implicaciones necesarias de este conflicto. Prueba —si es que hacía falta probarlo— de que en el campo analítico, mientras que sin duda podemos ir descubriendo retrospectivamente lo que pudo ser determinante en la historia de un individuo, o lo que describe, de una manera más general, la esfera de influencia probable de ciertas relaciones, en cambio no podemos adoptar el proceder científico inverso, aquel que se orientaría a reproducir sintéticamente el destino psíquico del adulto sobre la base de las condiciones precoces que lo prefiguraron.

Por eso, los roles asignados a la realidad histórica en el devenir-psicótico posible y efectivo no disminuyen, y sobre todo —y esto es lo que más me interesa en el marco de la presente disertación— se definen siempre en función de la triple metabolización representativa que he recordado y que, insisto, incide idénticamente en el destino de los afectos. Destino al que muchos de nosotros (y pienso particularmente en la reciente obra de Micheline Enriquez) estamos sumamente atentos.

Del hecho mismo de la triplicidad y del apuntalamiento de los sistemas de representación, resulta que la psicosis puede ser examinada desde ángulos diferentes y complementarios. En *Los destinos del placer,* por ejemplo, cuyo comienzo elabora un paralelo entre la psicosis y la alienación, se advierte que el yo pensado y anticipado por el portavoz, "expuesto a la negativa de reconocimiento que se le opone, excluido de lo pensable del otro en provecho de lo que este otro sería el único en poder pensar, remite al identificante un veredicto que declara lo a-sensato de sus pensamientos en su globalidad, que lo enfrenta a su impotencia, a la nulidad de su poder, a una violencia arbitraria contra la cual está desarmado".[5] Esta violencia mueve, especialmente al esquizofrénico, a tratar de convencerse y de convencernos, con su "bella indiferencia", de que aquel al que se destruye o al que se pone bajo tutela es un no-yo, impuesto a su yo por el pensamiento que lo persigue. Desinvestidura del proyecto identificatorio e idealización de un imposible no-yo van a la par y se caracterizan por un exceso de sufrimiento, que en definitiva remite a la denegación del derecho a vivir en la realidad futura una relación con el portavoz susceptible de ser investida. Así pues, comprender el conflicto identificatorio del psicótico es ante todo representarse lo que para él tiene de irrebasable la *desidealización* del tiempo infantil, aquella que su yo exige para que pueda investir el tiempo futuro (véase la historia de Odette). El engaño de la idealización del yo, producido por el portavoz de sus primeros enunciados identificatorios relativos al *infans,* debe ser disipado, en efecto, para que el yo pueda formar sus ideales y proyectarlos a un futuro en el que lo espere una realidad distinta. Pero si la madre niega su concurso a esta desidealización necesaria (que la involucra a ella también), o si las respuestas que da se interpretan exclusivamente en el sentido de una negativa a designar lo posible y lo imposible y a tornar discernible lo interdicto de lo prohibido, entonces la relación del yo con la realidad, con el tiempo, con su propio pensamiento, será portadora de una potencialidad psicótica.

Aquí tenemos, pues, un enfoque esencial. Pero hay otro, no menos fundamental en el plano metapsicológico.

5. *Les destins du plaisir - aliénation, amour, passion,* París, P.U.F., 1979, pág. 32.

Es el que hallamos resumido en forma lapidaria y luminosa en una frase de un artículo del mismo período que *Los destinos del placer,* titulado "Del lenguaje pictórico al lenguaje del intérprete". Frase con la que Piera define a la psicosis como "la consecuencia del fracaso obtenido periódicamente por el *niño* en sus tentativas de interponer, entre él mismo y una realidad que es causa de un exceso de sufrimiento, el fantasma como interpretación causal (se tratara de interpretar un sufrimiento cuya fuente estaba en la realidad exterior, o de un sufrimiento que tenía su fuente en el interior de la propia psique o del propio cuerpo)".[6] Esta carencia de la interpretación fantasmática nos remite a una mediación tópico-económica entre lo originario y lo secundario. Cuando puede desplegarse una interpretación primaria de esta índole, que pone en escena el deseo del otro y/o uno mismo como otro deseante, se hace posible apartar una realidad protohistórica intolerable cuya representación forma cuerpo con lo originario. En cambio, si no se pudo investir una semejante producción fantasmática reprimible —debido precisamente al exceso de sufrimiento—, el yo que va a ingresar en la palabra, este yo del *niño,* quedará directamente enfrentado con un tipo de representación de cosa perteneciente al orden de la figuración y que estará colocado *de facto* bajo la égida de Tánatos. Si quiere preservarse vivo, este yo deberá instalar una potencialidad psicótica que le permita recurrir ulteriormente a una causalidad delirante para interpretar la realidad y sus propios orígenes.

Este es el enfoque que voy a privilegiar ahora, para entrar en las historias "plenas de silencio y furia" que se nos cuentan en *El aprendiz de historiador...*

6. *Topique,* n. 26, pág. 43.

De la larga historia de Philippe, recordaré primero que en este libro se nos ofrecen cuatro versiones:

—la del paciente, caracterizada por la indiferenciación temporal propia del delirio, y que apunta a absolver a los dos padres de toda responsabilidad en cuanto a su destino;

— la que dan los padres durante cinco entrevistas y que niega que hayan cumplido un papel en la infancia "sin historia" de Philippe;

—la del analista, reservada para su uso personal y que reúne diversas hipótesis interpretativas;

— y, por último, la que Piera empieza a trazar con Philippe.

En esta historia, una de las relaciones capitales está constituida por la relación con la temporalidad. El diálogo que se entabla a este respecto es bien significativo de los lazos que se anudaron entre el pictograma, el tiempo y la muerte. En Pucallpa, Philippe declara haber visto a ésta de frente. Piera le responde que esto prueba que él no es un robot: en efecto, sólo los hombres pueden pensar en la muerte.[7] Philippe pregunta entonces a su terapeuta si ella cree en el tiempo; luego, invitado a decir lo que él mismo piensa del tiempo, niega que se pueda separar el presente, el pasado y el futuro, pues todos son equivalentes. A lo que Piera responde que para efectuar esta separación, "hay que estar seguro de que se tiene el derecho de cambiar de objeto, de deseo, de amar a otras personas, de recordar los trances pasados".[8]

7. "Todos somos robots": éste era, como indica la autora en la tapa del libro, el leitmotiv del delirio de Philippe.

8. Ob. cit., pág. 111.

Dejo el diálogo en este punto (recordando que a continuación de este intercambio se propondrá a Philippe, repentinamente, continuar las entrevistas en el consultorio de su terapeuta). En la primera reseña de sesión que viene después reaparece la cuestión del tiempo, y ello a instigación de Piera, sorprendida por una expresión de su paciente, que dijo: "Creo entender lo que dice, se trataría de reencontrar mi verdadero yo [*moi*]. Pero, ¿qué haré con él una vez que lo haya descubierto? ¿Qué quiere usted que llegue a ser él en mi vida?".[9] La analista quiere hacerle oír entonces que, una vez reencontrado ese verdadero yo [*moi*], él tendría la noción de un futuro nunca decidido de antemano, donde por lo tanto pudiesen hallar un sitio lo imprevisible y el cambio. La réplica de Philippe está guiada por un movimiento de retirada frente a la idea de semejante "futuro". Son "ideas" que él no puede comprender: "Usted quisiera cambiar lo que yo espero. No es posible. El tiempo es un falso movimiento, uno cree que se mueve pero no es verdad. Ya se lo dije, para mí el tiempo es circular, no puedo hacer una diferencia entre el pasado y el futuro. Tampoco puedo hacer una diferencia entre la vida y la muerte. No entiendo nada de todas esas dualidades: pasado/presente, vida/muerte, presente/futuro, hombre y mujer".[10]

Seguidamente se habla del silencio de sus padres, que desmiente el "silencio feliz" que habría acompañado a su infancia. Luego Philippe intentará escapar a la angustia de muerte que asoma ante la idea, que le es presentada, de un bebé muy bueno porque no tiene esperanzas. Esta fuga reviste el aspecto de una orientación hacia otro tren de pensamientos, centrado en imágenes de omnipotencia. Durante los meses que precedieron al delirio, Philippe consumía LSD y ciertos hongos alucinógenos. Comentando los efectos de la droga, declara en especial: "Esto prueba que nadie puede estar seguro de que hay una sola realidad (...). Yo sí sé que hay otra realidad, la que la gente no quiere ver".[11]

9. Ibíd., pág. 118-119.
10. Ibíd., pág. 119.

En este punto, Piera engancha a este tren de pensamientos un vagón que ya se ha paseado aisladamente en repetidas ocasiones, el cactus llamado en castellano San Pedro (en francés, Saint Pierre). Según el paciente, esta planta había causado la "desintegración de sus huesos y sus pensamientos". Se le pregunta entonces (por segunda vez) si ese cactus tenía poder alucinógeno. La respuesta ya no es negativa. Philippe cuenta que al salir de una reunión en la que había oído hablar de los poderes extraordinarios de dicho cactus, no sabe lo que le pasó; tomó y abrió el fruto de un cactus San Pedro, se embadurnó con el jugo la totalidad de su cuerpo y después se comió todo lo que quedaba, incluida la parte central, que no había que ingerir. Con una expresión de repulsión en el rostro, dijo que tenía un gusto infame. "Algo incalificable, no se puede explicar, no hay palabras para expresarlo, era infame, infame, el líquido también, un líquido blancuzco, como jarabe...".

"Mientras Philippe habla —agrega aquí Piera—, yo '*veo*', no puedo expresarlo con otro verbo, un cuerpo cubierto de una sustancia lechosa, una boca tragando 'lo incalificable', y vuelve a mi mente lo que había dicho Philippe sobre 'el uno-mujer'*, lo que yo sabía sobre la imposibilidad de su madre de amamantar a ninguno de sus hijos, mi propia intervención al comienzo de la sesión cuando mencioné a un lactante privado de pecho y más aún de esperanzas, y le propongo estas dos interpretaciones:

11. Ibíd., pág. 121.

*Homofonía intraducible entre *l'infâme* ("el o lo infame") y *l'un femme*, que traducimos por "el uno-mujer". [T.]

Yo: Saint Pierre me hace pensar en un pecho hecho de piedra* y en lo que me dijo usted sobre el mundo mineral, ese mundo duro de la muerte que atrae y da miedo. Tal vez un pecho sin leche sea para un lactante el equivalente de un pecho muerto, el testigo de una madre que no quiere alimentarlo, hacerlo vivir.

El: No, no, Saint Pierre se dice San Pedro en español, quiere decir Saint Pierre, el que tiene las llaves del paraíso, el que puede abrirle o cerrarle las puertas.

Yo: A lo mejor para usted, comer ese cactus, del que le habían contado su poder milagroso, era una manera de ocupar el lugar del santo al que Dios Padre dio las llaves del Paraíso. Pero cuando se embadurnó el cuerpo con la leche que no le habían dado, tal vez trataba de probarse que tenía el poder de autoalimentarse.

El: El carozo era infame, incalificable, él fue lo que desintegró mis pensamientos.

Yo: Tal vez creyó que merecía un castigo por haber destruido el pezón de su madre, el carozo más duro, más central.

El: No sé, ya no sé, usted piensa que... (...) Eso desfila, desfila por mi pensamiento, pero no puedo formular mis ideas, no se hace la conexión, no hay puente de pasaje.[12]

Habría que releer íntegramente estas páginas centrales prestando especial atención a las hipótesis en las que se apoyan las interpretaciones. En primer lugar, la hipótesis de que la absorción del cactus marcó el "momento fecundo" de la entrada en el delirio. Después, la idea de que con esta absorción se consumó un fantasma de incorporación del poder del padre, de un poder que se aproximaba al poder de Dios. Hay en Philippe, en efecto, una reduplicación de la imagen paterna en un padre espiritual. Pero en tercer lugar, y aquí tocamos evidentemente el punto nodal al que nos introdujeron los desarrollos precedentes, la irrupción de esta representación fantasmática abre el camino a otra cosa. El cactus cuya

**Saint*, "santo" y *sein*, "pecho", son homófonos; *pierre*, a su vez, significa "piedra". [T.]

12. Ibíd., pág. 121-122.

forma hace pensar en un pecho-pene "se impone como la encarnación de un pecho materno dador de una *vida-muerte* indiferenciable. Al embadurnarse el cuerpo con esta sustancia, al estrujar ese 'carozo infame y prohibido' hasta destruirlo, Philippe actúa un pictograma que le permite incorporar y 'autolisar' conjuntamente un pecho de piedra que jamás pudo ser poseído ni destruido. Este pecho sólo se torna incorporable y destruible cuando se lo ha apresado en una representación pictográfica que lo metaboliza en un objeto autoengendrado por un representante que, al hacerlo, se autoincorpora, se autoengendra, se autodestruye en y por el mismo movimiento".[13]

En esta página se concentra y expresa un aspecto esencial del trabajo teórico-clínico de la autora. Es importante, pues, habida cuenta de la problemática de la psicosis y de su inteligibilidad, reconsiderar exactamente este aspecto. En este caso, las características de la introducción del pictograma difieren notablemente de las que planteó el artículo antes citado. En éste, el analista debe satisfacer una exigencia interpretativa que se corresponde con el surgimiento de "signos blancos": inmovilidad súbita del cuerpo, silencio, mirada fija y como vuelta hacia el interior. Estos signos ponen de manifiesto el pavor que vive el yo cuando en sus fronteras aparece "una representación de cosa indecible, que escapa a toda nominación y cuya carga afectiva y poder explosivo son de tal dimensión que el sujeto no puede sino quedar inmovilizado ante la idea de que todo acto provocaría la explosión o lo precipitaría en un movimiento de fuga hacia adelante, tan ciego como mortífero".[14] Se trata de una situación en la que no puede ejercerse ningún recurso a la causalidad transferencial, de manera que los "actos de palabra" que el analista produce y que están des-

13. Ibíd., pág. 123-124.

14. Artículo citado, *Topique*, n. 26, pág. 42.

tinados a prevenir un actuar inminente, no son interpretaciones en sentido estricto, sino que proponen una figuración hablada "bien próxima a las representaciones pictográficas". Figuración hablada es una expresión que hace referencia al lenguaje figural, a la *bildliche Sprache* que Freud atribuyó al soñante normal bajo la forma del cuidado de la figurabilidad. Se trata aquí, efectivamente, de hablar lo indecible, de nombrar representaciones "a las que su radical extrañeza torna innombrables"; y ésta es la condición para permanecer cerca de este yo presa de una petrificación pictográfica mortífera. Se tiende entonces un puente entre la palabra y la cosa figurada (que figura regresivamente al yo mismo, convertido, por ejemplo, en un charco de vómito que se extiende y que uno limpia, asqueado). Este puente entre lo enunciable y lo figurable salva el espacio ocupado normalmente por la función mediatizadora del fantasma.

Ahora bien, en la historia de Philippe, a la que vuelvo a referirme, el recurso a la vez interpretativo y teórico al pictograma —y por consiguiente al autoengendramiento— aparece introducido de manera muy diferente. En primer término, no nos encontramos ante esa petrificación silenciosa a la que nos habíamos referido. Además, el fantasma no está ausente; está cabalmente presente, e incluso se supone que es él quien abre el acceso a la representación pictográfica. Resulta de esto que la demarcación entre los dos dominios, el límite tópico, si se quiere, es un poco más difícil de trazar. Más aún cuando Piera, al explicar el curso de la sesión relatada, se refiere después, mencionando sus propias asociaciones-interpretaciones, a "la historia teórica de la psique contada por Freud", citando en un paréntesis "los fantasmas de incorporación, de fusión, de destrucción del pecho, universales de la relación del *infans* con el pezón".[15]

15. Ob. cit., pág. 124.

Hay aquí una aparente ambigüedad terminológica, pues el lector, que ya vio figurar (tenemos que decirlo así) la destrucción del pecho bajo el encabezado del pictograma, no espera su reaparición bajo el del fantasma. Pienso que Piera se está sirviendo del vocablo "fantasma" de acuerdo con la acepción global de Freud, que es también (por ejemplo) una acepción kleiniana. Pero, más allá de la cuestión terminológica, lo que importa comprender es que el pictograma puede ser percibido, entrevisto como plano de fondo de un fantasma y que incluso puede actualizarse a raíz de un acontecimiento fantasmático insertado a su vez en una acción real. Esto es lo que sucede, al parecer, en el episodio clave de la ingestión de la parte central del cactus Saint Pierre. Por una parte, en esta acción impulsiva puede verse la realización de un fantasma de incorporación —o sea una representación en la que Philippe pone en escena no la persona del padre, sino un poder con el cual él mismo se identifica—, y aquí reaparece lo que la organización de un fantasma tiene de más clásico, que es siempre la descripción de cierto acontecimiento imputable al deseo. Por otra parte, la misma acción actúa un pictograma en el que se produce la "autólisis" del pecho de piedra. Hay un redoblamiento de la incorporación fantasmática por lo originario, donde la boca se figura autodestruida por ese pecho muerto y mortífero que de hecho es indestructible.

Así entiendo yo este análisis. Queda no obstante una cuestión, la del acceso al pictograma por medio de puentes verbales, en este caso Saint Pierre y el uno-mujer. Naturalmente, la expresión "puente verbal" la tomo prestada de Freud, quien la empleó especialmente en un pasaje que ya tuve ocasión de citar y que no carece de interés para el problema que acabo de plantear. "Cuando la interpretación del sueño —dice Freud— sigue por sus huellas el curso del trabajo del sueño, tomando las vías que conducen de los pensamientos latentes a los ele-

mentos del sueño, descubriendo el partido que se puede sacar del doble sentido de las palabras e indicando los puentes verbales que unen campos de material diferente, esa interpretación produce una impresión que unas veces es la del chiste y otras la de la esquizofrenia, y nos hace olvidar entonces que todas las operaciones ejercidas sobre palabras no son para el sueño sino una preparación para la regresión a las [representaciones de] cosa."[16] La misma cuestión que plantean en el análisis del sueño las "operaciones ejercidas sobre palabra", reaparece en realidad con respecto a la esquizofrenia (a despecho de la ausencia aquí de regresión tópica, según la concepción freudiana del retiro de las investiduras *Ics* de cosa). ¿Qué es lo que permite, gracias a las homofonías o incluso a las identidades fonemáticas entre formas significantes, remontarse hasta representaciones de cosa que hemos supuesto accesibles antes que se adquiriera el lenguaje? Para que una conexión *saint (sein)-pierre* [santo (pecho)-piedra] despierte el afecto escoltado por el pictograma —y no simplemente la idea de este último en el intérprete—, ¿no hay que admitir una paradójica sumisión de la representación originaria a la significación verbal que presuntamente le conviene? Difícil problema con el que en verdad tropieza cualquier teoría de la representación preverbal sometida a la prueba de la clínica analítica, que es esencialmente una clínica de lenguaje.

No quisiera abandonar el ámbito del proceso originario y sus efectos sin referirme al otro caso clínico que Piera trata, más brevemente, con el título de "Odette y su memoria". Reencontramos aquí el eje esencial de la rela-

16. "Complément métapsychologique à la théorie du rêve", *Métapsychologie*, Gallimard, págs. 136-137.

ción con la temporalidad; pero esta vez no se trata de una infancia "sin historia"; más bien nos hallamos ante un tiempo "marcado por una historia llena de furia", historia centrada en la abyección del padre proclamada por la madre (que hace de esta abyección la causa única de lo que la niña ha tenido que soportar). Odette alucina ciertos hechos, dice acordarse perfectamente de su desamparo cuando, siendo lactante, abría de noche los ojos y veía la "nada"... ¿No desplaza Odette hacia el tiempo del origen unas experiencias que, al igual que Philippe, debió de *re*-vivir a los tres, cuatro o cinco años? Al antedatar estos hechos, Odette puede justificar su desamparo ante la práctica educativa de su madre. En este primer capítulo de la prehistoria que pronuncia en la edad adulta, "los párrafos que habría tenido que tomar prestados del discurso materno son reemplazados por percepciones corporales. Cuando uno escucha a Odette, comprueba que ella no ve las escenas que refiere; pone en palabras percepciones y afectos *actuales,* afectos y percepciones reactivados por toda situación cargada emocionalmente".[17] Se enuncia entonces la idea de que el cuerpo que sufre de su estado de "falta" ha enviado sus "delegados" a una psique que los metabolizó en sus representaciones pictográficas y fantasmáticas. "Pero el yo no pudo hacer sitio a los 'delegados', por no haber hallado un 'destinatario' capaz de comprender y aceptar su puesta en palabras."[18] Así es explicada la reacción de la inscripción corporal a toda emoción que traspase cierto umbral; y también la formación de una teoría delirante *sectorizada* que utiliza el discurso psicoanalítico para conservar una historia idealizante de la madre.

17. Ob. cit., pág. 165.
18. Ibíd.

Estoy muy lejos de haberles comunicado todas las reflexiones que suscitó en mí la lectura de la primera parte de este libro (con mucho la más larga). De todos modos debo decir por lo menos algunas palabras sobre la segunda, titulada "Una historia llena de preguntas". "La tarea del yo —escribe Piera en un primer capítulo sobre los 'historiadores en busca de pruebas'— es transformar los *documentos fragmentarios* en una construcción histórica que aporte al autor y a sus interlocutores la sensación de una *continuidad temporal* (...). El proceso identificatorio es la cara oculta de ese trabajo de historización que transforma lo inasible del tiempo físico en un tiempo humano, que sustituye un tiempo definitivamente perdido por un discurso que lo habla." [19] Estos enunciados nos introducen en el meollo de la problemática teórica anunciada por el título de la obra. En las páginas que siguen, la autora tropieza evidentemente con el problema que se alza ante el historiador adulto, quien no puede volver a dar voz al niño más que sirviéndose de palabras que ya no poseen la misma significación, expresando deseos en su nombre, siendo que el objeto deseable actual y el objeto deseable infantil no coinciden. De ello resulta una historia "mestizada" de tiempos, deseos, demandas entremezclados "que nosotros escuchamos al ocupar el lugar de los destinatarios a los que supuestamente se dirige".[20]

Pero, más radicalmente, cuando consideramos el yo y la labor que le incumbe (según los términos de la penúltima cita), advertimos que ésta presupone un *antes,* un ya presente [*déja-là*] que no es solamente el del mundo y los seres que nacieron antes del individuo portador de este yo, sino que es también el de las pulsiones, cuyos efectos se le ponen de manifiesto en sus experiencias inalienables de placer y sufrimiento. Lo ya presente es además lo de las necesidades corporales y la vida somática entera, de la voz y el cuerpo de la madre, soporte de las primeras investiduras. Así, el mundo no resulta simplemente preexistente (como los filósofos reconocieron expresamente desde Descartes, en especial mediante la prueba de la duda); resulta sobre todo *preinvestido* por aquel o aquella que viene a habitarlo. Preinvestidura que en realidad es la reanudación de investiduras anteriores —las de la parentela— señalando a este yo, que adviene a cierto espacio debidamente circunscrito, como la culminación, si no como el cumplimiento, de deseos y discursos proferidos por voces que precedieron a la suya.

Aunque ahora el discurso materno, al contar al niño la historia de sus relaciones con el bebé que éste ya no es (historia donde la confabulación puede cumplir un papel nada superfluo), torne pensable para el yo esa multiplicidad de hechos anteriores que le conciernen, ello no obsta para que "el niño, y después el adulto, queden definitivamente despojados de toda representación ideica del *infans* que les precedió. Esta desposesión de una representación yo-mórfica de su vivencia de *infans,* esta imposibilidad de 'pensar', de reconstruir una primera relación boca-pecho, grito-respuesta, necesidad-placer, despoja también definitivamente al sujeto de cierto tipo de relación, de apertura a los contenidos de su propio ello".[21] Al releer estas últimas líneas, a cada uno de nosotros se nos agolpan numerosas y variadas preguntas. Comentaré dos, para terminar:

1) En cuanto a la diferencia entre esa desposesión en la hipótesis de un devenir-psicótico y la inapropiación del

19. Ibíd., pág. 196.
20. Ibíd., pág. 198.
21. Ibíd., pág. 207.

pasado del *infans* en general, que Freud incluyó en un campo temporal más vasto, cubierto por la amnesia infantil y designado como "prehistoria". A decir verdad, los elementos de una respuesta a esta primera pregunta nos faltan en la continuación del mismo capítulo que da ocasión para plantearla. Así, cuando Piera menciona la orden tácita significada a ciertos niños de no haber nacido y de no ser, orden ignorada/transgredida por el solo hecho de que viven y de que por lo tanto se le reenvía a la madre la imagen del autor y testigo de un *crimen de lesa-Tánatos*. La desposesión, en este caso, ¿no es adquirida —diría yo— *de jure* y no sólo *de facto*? Además, en el plano clínico, cuando la reconsideración del caso de Odette nos muestra recuerdos alucinados llenando el espacio de silencio abierto y cubierto por la instancia materna, pero también precedido por la historia de una relación de odio contada por la madre, considerándose al padre, antes de nacer la niña, un individuo perfectamente abyecto, vemos entonces que el silencio de la memoria de la niña se adosa a un discurso materno omnipresente y que no permitió la constitución de ese "saber en el sentido de una represión" del que hablaba Freud; y es esto *no* reprimible —lo contrario, en suma, de la causa "normal" de la amnesia infantil— lo que Odette, en un mismo movimiento, tendrá que experimentar e interpretar vinculándolo con la idea de una pareja parental dividida para siempre entre una parte buena y una parte mala.

2) En cuanto a la desposesión de una apertura a los contenidos del ello (que no se manifiesta tan sólo en la psicosis), ¿no asistimos aquí a una suerte de "retorno del ello", por referirme a cierta terminología propia de la segunda tópica? A ese "maestro-brujo" que se perfila en filigrana en los análisis de Piera, ¿se acabó finalmente por reconocérsele el rango que exigen las múltiples referencias a la pareja demoníaca Eros-Tánatos? No puedo decir que avizore una respuesta inmediata a esta pregunta; hasta me inclinaría a decir que ella indica cierta asimetría en la elaboración discursiva que intento aclarar, y que indica también uno de los carriles por los que podrá continuarse esta elaboración en lo sucesivo.

Me hubiese gustado formular también una interrogación sobre el modelo orwelliano que inspiró a Piera el final de su libro; así como sobre la idea, ajustada a este modelo, de que en la psicosis lo reprimido es decidido por un Otro (puesto que se subordina al disimulo de un no-reprimido en la madre) y de que responde entonces a un orden arbitrario. Pero me conformo con haber mencionado rápidamente estos problemas, a manera de preámbulo a una discusión cuyo objeto resulta apasionante. Y si a alguien se le ocurre decir que mi exposición ha sido decididamente incompleta —lo que yo sería el último en negar—, mi respuesta (no delirante) será que la causante es la autora de este libro, quien nos ha abrumado una vez más con la riqueza de su discurso y de su pensamiento, y que por lo tanto me impidió sostener hasta el final el papel decididamente poco envidiable de maestro historiador.

Cuarta parte

INTERPRETACION

9. EL TRABAJO DE LA INTERPRETACION. LA FUNCION DEL PLACER EN EL TRABAJO ANALITICO*

Piera Aulagnier

A MODO DE PREFACIO

El momento en que entrego estas páginas a René Major para su publicación sigue en pocos meses a mi exposición oral: aprovecharé esta circunstancia para anteponerle algunos comentarios.

En primer término, quiero agradecer a René Major y a Dominique Geahchan por haberme pedido que contribuyera a las jornadas de "Confrontación", y agradecer a quienes tuvieron a bien escucharme y responderme, en especial Serge Viderman, que fue mi discutidor.

Las preguntas y críticas que se me dirigieron me ayudaron ciertamente a proseguir mi reflexión sobre este tema: pienso sobre todo en lo que se dijo sobre el papel desempeñado por el narcisismo, sobre la función de la angustia como posible motor de nuestra toma de palabra, sobre el lugar que hay que conceder al sacudimiento pulsional y a la memorización que ella induce en el analista.

En cambio, debo confesar que por momentos tuve la impresión de que surgía un malentendido, y quisiera evitarlo parcialmente a mis lectores.

Nunca pretendí tratar en ese texto la interpretación en su totalidad; no tomé en consideración *más que uno de los*

*Trabajo escrito en 1976 (véanse págs. 394 y sigs.).

factores que intervienen en nuestro hablar y en sus efectos. Interpretar es comunicar un pensamiento: en nuestra disciplina, ese pensamiento nunca puede reducirse a la traducción erudita y teórica de algo oído, que sólo habría que decodificar. Interpretar es crear sentido y postular significaciones que no existen sino gracias a esa extraña *construcción común y nueva* que se llama análisis. Construcción que es el resultado del trabajo psíquico y del trabajo de pensamiento de los dos partícipes en presencia. Para que un trabajo semejante pueda efectuarse, es preciso que el displacer, que inevitablemente entrañará, sea acompañado también por la presencia de momentos de placer: en caso contrario no se lo podría investir, salvo apelando a la psicopatología o decidiendo, arbitrariamente, que el analista no está sometido a las leyes que rigen la economía psíquica de todos los sujetos. En este placer que debe ser posible en y por el ejercicio de nuestra función, algunos verán la "culpa original" del analista, un "pecado" que se comete a pesar de nosotros y contra nuestra voluntad, lo que explicaría por qué los analistas suelen ser tan lúgubres. Otros, a la inversa, pretenderán demostrar que la necesaria presencia de momentos de placer prueba su derecho a escapar de cualquier displacer. Por desgracia, esta fuga no es compatible con el fin al que supuestamente se orienta nuestro proyecto. En este caso son a menudo los pacientes los que, si no se vuelven lúgubres, al menos se deprimen mucho y con razón.

Se puede eludir finalmente el problema y desinvestir la función, estar presente sólo físicamente y por breves apariciones, lo que permite, en efecto, buscar y encontrar placer en otra parte y pensando en otra cosa, ¡a esto se le llama a veces "actividad teórica"!

No creo que estemos reducidos a estas tres opciones, y por eso he querido examinar qué "cualidad" de placer debía acompañar a nuestra actividad psíquica en cuanto

analistas, cuáles eran sus vías de realización, cuál era su causa.

Si he planteado estos interrogantes a la interpretación y al intérprete es porque el acto de interpretar aparece en momentos privilegiados de nuestra función. Analizar la función del placer en nuestra actividad de analistas y de intérpretes no disminuye en nada la importancia de otros factores que en ella intervienen y la tornan posible. Pero no analizarla es privar al conjunto de estos otros factores de un componente esencial. Si hablé de malentendido es porque en la discusión que se produjo a continuación lamenté el que se criticaran demasiado poco mis hipótesis y en cambio se discutiera principalmente algo de lo que yo no había hablado. Es indudable que no supe hacer entender lo que mi elección tenía de voluntariamente parcial. A esto se añade otra dificultad con la que va a tropezar el lector. En el tiempo de que disponía era imposible, salvo que transformáramos la discusión en un soliloquio, retomar lo que ya sostuve en *La violencia de la interpretación* en lo referente al yo, a la actividad de pensar y a los tres sistemas de representación que a mi juicio están presentes en la psique. Es evidente que son sin embargo estos presupuestos los que fundamentan mi concepción de la interpretación: hay aquí un inconveniente indudable.

Hubiese podido aprovechar esta publicación para reanudar el examen de algunos de mis conceptos: intenté hacerlo, pero pronto advertí que, salvo que se la redujera a una sucesión de *post-scriptum* elípticos y poco esclarecedores, esta escritura hubiese acabado por ser un nuevo texto. (París, septiembre de 1976.)

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

1. *El calificativo de "analítico".* A mi modo de ver, no se puede aplicar a una teoría el calificativo de analítica

simplemente en función del objeto del que trata: puede existir una teoría no analítica que se interese en el inconsciente y que conduzca, llegado el caso, a resultados que el analista tendría máximo interés en conocer. Esto no alcanzará para configurarla como pensamiento analítico, pues tal denominación exige la presencia de dos propiedades, las mismas que poseía la teoría de Freud:

— proponer la formalización de una serie de conceptos que se refieren al funcionamiento psíquico y, especialmente, al inconsciente tal como Freud lo definió;
— pero también, y en esto radica su singularidad, formular una teoría cuya apropiación por parte del teórico y por parte de quienes la harán suya comporta un poder de modificación sobre la relación que va a instaurarse entre aquel que interioriza la teoría, el yo, y aquello de lo que la teoría habla: lo inconsciente.

Para abreviar, diría que la teoría de Freud pretende ser y es efectivamente una *"teoría de"* y un *"instrumento para"*. La adquisición de conocimientos que propone va supuestamente a la par con una transformación de los objetos psíquicos de los que trata: transformación que es precisamente el fin al que se orienta esa adquisición y la única prueba que la teoría puede proporcionar en lo que respecta a su verdad y a su dimensión analítica.

Esta definición se aplica punto por punto al concepto de interpretación: el acto de interpretar se define al mismo título por la nueva relación que él postula entre un efecto y su causa (o sea por el desplazamiento que opera en el registro causal) y por la transformación que la apropiación de esta relación nueva trae aparejada en la organización del espacio psíquico.

2. *Las dos suposiciones fundamentales y el pacto analítico.* El conjunto de reflexiones que componen este texto se refiere a lo que se presenta *exclusivamente en el registro de la neurosis.*

Partiré de una doble constatación:

— quien viene a consultarnos lo hace impulsado por un "sufrimiento neurótico" (aun a riesgo de mantener cierta imprecisión, prefiero este término antes que el de síntoma), y si las entrevistas preliminares desembocan en el análisis, esto implica que el sujeto ha hecho suyas tres hipótesis: *a*) la causa de ese sufrimiento le es desconocida, pero es "endopsíquica" o "endógena"; *b*) el conocimiento de esta causa habría de permitir su "disolución"; *c*) el analista y la experiencia analítica son capaces de hacerle tomar ese conocimiento.

Fácil es comprender de qué manera sobre la base de esta triple convicción va a cristalizarse su creencia de haberse encontrado con un sujeto que supuestamente posee cierto saber y con un sujeto que supuestamente puede compartirlo con él, y ello más aún cuando en este inicio de la partida el analizando está convencido de que el analista no puede sino desear el éxito de la empresa que él mismo propone, y esperar placer de esta eventual realización. Hemos de retener dos términos, *el saber* y *el placer,* que son de entrada las claves que decidirán los movimientos de la partida.

Pero debemos recordar que el conocimiento que el analizando espera y demanda tiene muy poco que ver con un puro deseo de saber cualquiera, cuya única meta sería el placer de conocer la verdad. El analizando espera obtener un saber que le aportaría *un poder sobre el afecto:* poder de no sufrir, poder establecer una relación no

conflictiva entre lo que él vive y sus pensamientos, poder pensar el goce y poder gozar de este pensamiento. De esto resulta que el analizando tiene la ilusión de haber firmado con el analista el siguiente pacto: *"Yo doy a su escucha la puesta en palabras de la totalidad de mis pensamientos; usted me dará a cambio la totalidad de lo que piense a partir de mis propios pensamientos"*,[1] formulación que expresa el exceso de saber que *a priori* se nos imputa en cuanto a la significación oculta de estos mismos pensamientos.

¿Qué sucede con el analista? También para él las entrevistas preliminares concluyen en una *suposición* relativa al demandante, al que colocará en el lugar de un "sujeto que supuestamente puede analizarse", y por lo tanto de un sujeto supuestamente capaz de soportar la situación analítica y sus apremios, pero también de un sujeto capaz de hallar momentos de placer en la experiencia, condición necesaria para que pueda investir el particular trabajo psíquico que el proceso analítico exige. Soportar, desde luego, la frustración, la regresión, el no actuar, la puesta en palabras, pero también descubrirse capaz de crear nuevos pensamientos, a su vez fuente de placer, que hagan soportables los momentos difíciles y el displacer que la experiencia impondrá inevitablemente.[2]

Estas dos suposiciones integran el fundamento de este extraño pacto —término que prefiero al de contrato— por el cual uno de los partícipes se compromete a hablar de su

1. Demanda ilusoria, ciertamente. Pero hay que recordar que en la sesión, el analista hace supuestamente de los pensamientos del otro, o de aquellos que le atribuye, el núcleo en torno del cual se desenvolverá su propio trabajo de asociación, reflexión y de eventual puesta en palabras.

2. Si se quiere postular una equivalencia entre "poder analizarse" y "poder transferir", hay que revisar lo que se entiende por transferencia. Poder hacer del analista el destinatario actual de una demanda de amor pretérita no basta para volver "analizable" a un sujeto.

sufrimiento, de su placer, sus sueños, su cuerpo, su mundo, y el otro a asegurar la presencia de su escucha a cada palabra pronunciada, y a cada silencio. Pacto que ni uno ni otro podrán respetar nunca por entero ni constantemente.

3. *Qué entiendo yo por pensamiento.* Esta aclaración terminológica es necesaria para comprender lo que sigue. Denomino pensamiento a esa parte de las construcciones psíquicas que debemos a la actividad del yo, consistente en ligar la imagen de cosa con la imagen de palabra. Por "imagen de palabra" entiendo, no la emisión o recepción de una sonoridad fonemática, sino algo oído que el yo percibe como portador de significación y, en ciertas condiciones, como creador de estas mismas significaciones.

El yo sólo puede tener conocimiento de aquello que se presenta ante él en esta forma; de aquí resulta que de lo que está fuera del yo, se trate del espacio del mundo o del propio espacio psíquico del sujeto, para el yo sólo tendrá existencia psíquica, y por lo tanto existencia a secas, aquello que se torna *pensable.* Si nos inclinamos sobre la relación del yo con el inconsciente, es decir con las representaciones fantasmáticas y con las representaciones pictográficas, comprobamos la paradójica situación ante la que esta instancia se encuentra:

No está en sus manos sustraerse a los efectos (quiero decir, a lo experimentado por el yo) de los afectos-representaciones presentes en la escena de lo primario y de lo originario.

No está en sus manos experimentar una emoción o un sentimiento[3] sin intentar descubrir y nombrar su causa,

3. Denomino sentimiento a toda vivencia afectiva de la que el yo puede tener conocimiento.

es decir, sin conseguir pensarla. La indiferencia o la renuncia a esta búsqueda es por sí sola síntoma de un trastorno que ha sacudido la investidura presente entre el yo y su propia actividad psíquica.

No está en sus manos pensar, es decir conocer, aquello que es *efectivamente* la causa de algunas de sus experiencias. El yo no puede pensar una representación fantasmática o pictográfica *sin transformarla* radicalmente.

Agreguemos que pensar el fantasma inconsciente supone una contradicción en los términos: volver conscientes estos fantasmas implica una transformación de estas mismas producciones que, al devenir pensadas, cambian de "naturaleza". Lo propio del yo es construir representaciones ideicas que él se dará como causa de un afecto del que ellas se convertirán en soporte; pero, inversamente, al poder del afecto coextenso con las representaciones de lo primario y de lo originario, le queda *obligar al yo* a forjarse construcciones ideicas que éste hubiera preferido no tener que pensar jamás, puesto que para él son fuente de sufrimiento.

Agregaré por último que con el término *placer* designo en este texto una vivencia y un estado del yo, que representan la mira a la que tiende su actividad de pensar.

Con esto pongo fin a las aclaraciones que deseaba formular referidas a los presupuestos que son la base de este trabajo sobre la interpretación.

Diría unas últimas palabras sobre la posición y la función del yo en el análisis: el yo y el discurso poseen, en el espacio-tiempo de la sesión, lo que podríamos llamar una función de revelador. Gracias a ellos el analista deduce y reconstruye lo que se juega en otra parte, los afectos y las representaciones ejercidos en esos otros dos lugares psíquicos que se sustraen a la mirada.

I. Del lado del analista

No podemos plantearnos tratar aquí en forma exhaustiva la función del placer en el trabajo de la interpretación, y por este motivo las reflexiones que siguen van a privilegiar una *clase particular* de interpretaciones, cuyos caracteres distintivos me propondré definir.

Más adelante volveré sobre las razones que permiten afirmar que la interpretación apunta esencialmente a modificar la relación presente entre el yo y el espacio psíquico que se encuentra fuera de su jurisdicción.

Comprender qué cosa posibilita la obtención de este fin y sobre todo la modificación de la economía psíquica que habrá de resultar, exige poder dar cuenta de las fuerzas libidinales ejercidas *en los dos partícipes* a lo largo de la partida, y en primer término de aquello que, por ser realización o promesa de un placer, puede inducir sus investiduras.

Se puede dar una primera formulación de un factor que debe estar necesariamente presente en el analista y en el analizando si se pretende que el éxito del proyecto analítico forme parte de lo posible: *el anhelo de crear pensamientos nuevos y la posibilidad de sentir placer con ellos.*

Por "pensamiento nuevo" no me refiero al descubrimiento del analista de un nuevo pensamiento sobre la teoría, aunque existan experiencias privilegiadas que alcancen esta meta, sino a pensamientos que atañen a la problemática psíquica de *este* sujeto, pensamientos que no podían formar parte de aquel esquema del funcionamiento psíquico de este mismo sujeto que el analista puede trazar en muchos casos con bastante rapidez, sino sobre todo a un pensamiento que obliga al analista a repensar, *más allá del caso singular,* su concepción de la psique, a re-conocer la distancia siempre renovada entre

los conocimientos adquiridos y aquello que rebasa cualquier nueva totalización de lo adquirido.

Investir el proceso, investir nuestra escucha y el discurso que se le ofrece es, por lo tanto, ¡investir la posibilidad de tener que pensar lo inesperado!

Es una experiencia a la que el analista se puede negar; pensar lo inesperado implica siempre el riesgo de cuestionarse algo ya-pensado que se suponía iba a estar protegido de la más mínima duda. Cierto uso de la teoría kleiniana, con las interpretaciones exhaustivas y preformadas que supone, y cierta aplicación de la teoría de Lacan, con lo que implica de silencio[4] y certidumbre en cuanto al revelamiento final y puntual al que conducirá, son dos manifestaciones privilegiadas de esa negativa a pensar lo que no fue ya pensado y certificado por otro o por el Otro.

Desear que el discurso que se expresa pueda llevarnos a pensar lo imprevisto, es una de las condiciones cuya presencia o ausencia desempeñarán un papel decisivo en la función analítica; la presencia de este mismo anhelo en el analizando es necesaria para su interiorización y metabolización de la interpretación y sus efectos.

Esta función de un placer que en el campo analítico debería acompañar al surgimiento de cierto tipo de pensamientos, aunque presente y activa en toda interpretación, aparece con mayor claridad en un tipo de interpretación particular que responde a las características siguientes:

1. El momento de su enunciación no está previsto ni es previsible de antemano: acompaña a una decisión que se toma en el *hic et nunc* de algo oído, a lo que ella viene a responder.

2. Estas interpretaciones nunca se formulan en un

4. Silencio que ya no es el corolario de un necesario "dejar hablar", sino algo que traduce un "charla siempre".

momento afectivamente neutro: o bien expresan una modificación *in statu nascendi* en la relación del analista con el proceso, es decir en su investidura del espacio-tiempo de la sesión, o bien se orientan a producir esta modificación.

3. Señalan de manera directa el deseo inconsciente hecho manifiesto por el decir del analizando: al hacerlo, ponen al descubierto la relación presente entre este momento de la vivencia transferencial y un momento pasado de la historia libidinal del sujeto.

4. Se vinculan y van a actuar sobre la relación presente entre la representación fantasmática del cuerpo (la representación inconsciente) mediante la cual lo primario pone en escena la problemática del deseo, del goce, de lo que implicaría el cumplimiento de la amenaza de castración, y los pensamientos mediante los cuales el yo se forja su construcción ideica de los efectos de estas mismas representaciones.

5. Su resultado, en la hipótesis de que no se le oponga el momento transferencial en el que se encuentra el analizando, es ofrecer a éste ciertas puestas-en-sentido que le permitirán aceptar pensar un momento de su deseo pasado, asumir un momento de su deseo actual y reconocer la relación de *consanguinidad y la diferencia* presente entre estos dos deseos.

Dejo de lado lo que todos sabemos, esto es, que la comunicación de una interpretación debe responder a esas dos condiciones generalizables que son la posibilidad de descubrir en lo oído el enlace presente entre lo que se vive aquí y ahora y la representación fantasmática de un deseo que este momento de la relación transferencial reactiva, y muestra convicción de que el punto del recorrido en que se encuentra el sujeto le posibilita apropiarse del sentido y alcance de la interpretación.

Personalmente, me importa insistir sobre un tercer

factor: el paso al acto de palabra representado por la comunicación de este tipo de interpretación, supone una motivación más que, por su parte, concierne a la *investidura* hic et nunc *del proceso por parte del analista.* Todo analista sabe, o debería saber, que hay momentos en que tiene la interpretación más fácil y otros en que privilegia el silencio, y que estas variaciones dependen con toda seguridad del "material" ante el que se encuentra, pero que ésta no es su única causa. Una dimensión latente en su relación con el proceso analítico infiltra el espacio y el tiempo en que se ejerce su función. Todo esto lo sabemos, pero casi siempre pensamos que estas variaciones se presentan en forma esporádica, en momentos particularmente arduos de nuestra función, en sesiones particularmente difíciles o, a la inversa, particularmente gratificantes. Por mi parte, entiendo que estos fenómenos sólo se nos tornan inexorablemente conscientes cuando su intensidad se muestra exagerada, pero que en realidad están siempre ahí, funcionando silenciosamente, y que entre los factores desencadenantes de cualquier intervención hallamos un movimiento afectivo cuya causa es preciso comprender. Esta causa nos confronta con el papel cumplido por la investidura del proceso analítico por parte del analista. La investidura presente entre el analista y el proceso no se debe entender como una formulación más de lo que en general se expresa mediante el término contratransferencia. De manera sumaria, diré que este término designa una relación que depende de la singularidad de la organización psíquica del analista, confrontada con la singularidad de la organización psíquica de tal o cual sujeto, mientras que el "movimiento libidinal" que aquí intento circunscribir no se motiva en la reactivación de tal o cual fantasma, de tal o cual pulsión en el analista, sino que responde a la mayor o menor aptitud del analizando para investir la búsqueda de nuevas significaciones que den especificidad al trabajo

psíquico que le incumbe a él mismo a lo largo de la experiencia.

Esta es la razón por la que el análisis de las motivaciones que nos hacen *pensar* una interpretación y que nos la hacen simultáneamente *expresar,* muestra el lugar privilegiado que ocupan, tanto nuestro modo de investir la función que ejercemos y el fin que ella dice hacer posible, como nuestra relación "momentánea" con estos dos "objetos" (el trabajo analítico y su fin), tal como se presenta al surgir la posibilidad de una interpretación y su comunicación.

Los analistas centraron a menudo el análisis de su práctica privilegiando los efectos del discurso del analizando y sus reacciones a los afectos que este discurso pone de manifiesto. Este privilegio tiene sus razones, pero no debe hacer olvidar la ambigüedad que supone la relación del analista no con el autoanálisis a que lo induce lo que escucha, sino con las exigencias de una función cuya primera característica es que aquel para quien ella se ejerce (el analizando) se encuentra casi siempre en la imposibilidad de reconocer y denunciar lo que de pronto pudiera tornarse desfalleciente, o antianalítico, en el decir y hacer del analista. La "roca" contra la que corren el riesgo de estrellarse el analista y su función, está representada primero por esta ausencia de una señal exterior cualquiera, señal de cuya objetividad estaríamos seguros y que nos advertiría que estamos abusando de nuestro poder: el analista puede oír, a menudo con razón, cierta crítica o cierta objeción como manifestaciones transferenciales, pero también puede servirse de esta interpretación para velarse sus propios abusos. Cabe recordar que nada nos asegura que no abusemos del poder que nos confiere la transferencia; todo nos hace pensar que siempre hay momentos en que abusamos de él, y con toda buena fe lograremos a veces justificar teóricamente, pero a posteriori, las consecuencias de los efectos de nuestros

errores en el otro. La mayoría de los analistas reconocerá que nadie está a cubierto de este peligro, pero su amenaza sería tal vez menos grave si meditáramos más seriamente y con más lucidez sobre la *necesidad* que se impone al analista de aceptar esa parte de displacer que su función va a imponerle, pero también, de poder hallar fuentes de placer que no entorpezcan su proyecto. Reflexión que nos ayudaría a salir del confusionismo que reina hoy en día en nuestra disciplina, y que nos haría comprender por qué la enunciación de una interpretación está motivada también —y no solamente, por supuesto—, por el surgimiento de una situación de conflicto entre las fuerzas libidinales que se ejercen en el espacio psíquico del analista, conflicto que pone en peligro un equilibrio placer-displacer que éste tiene la obligación de preservar si quiere proteger y conservar la presencia de su escucha. El efecto de la interpretación se manifestará en el analista por una modificación en su relación con el proceso, en su relación con el discurso del sujeto y en su relación con esa producción psíquica particular que es una interpretación. Sobreinvestidura particular que se produce en el *hic et nunc*, que permanece limitada al *momento temporal* que acompaña y sigue a la interpretación. Pero sobreinvestidura de la que el analizando es consciente, aun cuando ignore en qué consiste. El analizando "sabe" o "siente" que la interpretación instrumenta una *intención* del analista referida a los dos sujetos en presencia y a su relación, y que va acompañada de la *suspensión* momentánea de la posición de retirada en la que nos mantenemos (o de esa posición de indiferencia que él nos imputa o reprocha). Por eso su respuesta a la interpretación dependerá, a su vez, de tres factores:

— su enunciado literal —lo que ella revela acerca de su deseo inconsciente— y la verdad que este revelamiento puede o no entrañar;

— el momento en que se enuncia, que determinará su aceptación o su rechazo, dependientes de la vivencia transferencial;

— lo que él percibe de las modificaciones afectivas presentes en el analista al producirse su enunciación.

No hay jerarquía posible entre estos tres factores; nunca se debe olvidar la importancia de los dos primeros. Pero entiendo que una interpretación que no entrañe y que no apunte a ninguna modificación afectiva en el analista, tiene menos posibilidades de ser eficaz.

He insistido más arriba sobre el aspecto fugaz de esa modificación, con la consecuencia de que es siempre muy difícil captarla y tenerla en cuenta cuando se quiere analizar el trabajo de la interpretación. Y ello más aún cuanto que el carácter "fugaz" de este movimiento libidinal en el analista se ve contrabalanceado por la continuidad de lo que debe seguir siendo el soporte de su investidura, si aspira a poder soportar y asumir su función: su anhelo de una posible realización del proyecto analítico.

Toda interpretación apunta a una modificación en el *hic et nunc* del proceso (superación de una resistencia, revelación de un fantasma, asunción por el yo de un nuevo enunciado identificatorio), pero también apunta a la realización de la meta final que el proceso analítico se propone. El tiempo para comprender debería estar siempre al servicio de la aparición del tiempo para concluir.

Cada vez que el analista se encuentre en la imposibilidad de investir un deseo relativo a la meta propuesta, lo que supone inevitablemente una desinvestidura de su función y de su proyecto, asistiremos, en el mejor de los casos, a interpretaciones puntuales, estereotipadas,

que no tendrán otro efecto que preservar, bien o mal, la relación y la ilusión transferenciales. Lo cual, en gran cantidad de casos, conducirá al análisis interminable, que es una manera más elegante de definir el fracaso del proceso analítico. Este resultado, consecuencia de aquel estilo interpretativo y que contraría al proyecto analítico, pone al descubierto la relación inevitablemente presente entre diferentes opciones en cuanto a la manera de "practicar" o ejercer nuestro trabajo; y también la investidura, no de una actividad analítica en sí —y costaría entender lo que esto quiere decir—, sino la investidura de una meta que tendríamos la ambición y la capacidad de definir como algo distinto de la satisfacción narcisista que pueden aportar el atesoramiento indefinido del propio autoanálisis y la acumulación de ladrillos con vistas a la construcción de una "pura" teoría.

En otros términos, el trabajo interpretativo del analista, tanto como sus opciones teóricas acerca del funcionamiento psíquico, llevan la marca de su opción en cuanto al objetivo del proceso: es esta última opción la que decidirá el modelo teórico mediante el cual conceptualice —a los otros y a sí mismo— su práctica y lo que de ella espera.

Ahora debo explicar cómo se definen, a mi entender, la meta de la interpretación y la meta del proceso analítico.

Los dos tiempos de la interpretación. Postulemos que la interpretación se enuncie en un momento que permita al analizando oírla, comprenderla y aportarle una respuesta ajustada a nuestra espera. La acción de la interpretación va a manifestarse por la respuesta inmediata, o muy próxima, que lo que el sujeto escuchó puede suscitar, y por una *segunda respuesta* que sólo aparecerá a posteriori y que dependerá de la inevitable metabolización que deberá hacer el yo de lo que ha oído para poder

apropiárselo. Esta segunda respuesta supone lo que podríamos llamar "singularización" del sentido al que escoltamos, respuesta diferida cuyo resultado se exteriorizará en una reorganización de los enunciados identificatorios por los que el yo se define como yo pasado, yo actual, y como enunciador de un anhelo relativo a su yo futuro.

Uno de los fines de la interpretación consiste en dar conocimiento al yo de un pensamiento que expresaba un deseo que él habría querido realizar en su pasado infantil, pensamiento y deseo que continúan actuando infiltrándose en sus pensamientos actuales y ante todo en sus pensamientos transferenciales. Al hacerlo, ella le permite apropiarse y reconstruir el sentido de un fragmento de la historia de su pasado libidinal, a fin de ponerlo al servicio de la singularidad de su proyecto identificatorio actual.[5] Pero, tal como yo lo entiendo, el mecanismo de apropiación nos muestra la diversidad y complejidad de las elaboraciones que el sujeto aportará a estas nuevas puestas-en-sentido, en función de lo imprevisible de sus investiduras futuras; elaboración *que será modificable en el tiempo y deberá seguir siéndolo.* Para tomar un ejemplo, digamos que la posibilidad dada al sujeto de reconocer que pudo experimentar un sentimiento de odio respecto del pecho materno, y que odiar es una experiencia que todo ser humano ha tenido, nunca puede ser comparada con una aserción *puntual.* Una vez admitida, implica para todo sujeto la reorganización del conjunto del discurso que se pronunció hasta entonces sobre lo lícito y lo ilícito, sobre su representación de la función materna, sobre su teoría de los afectos permitidos y de los afectos prohibidos, sobre lo que él piensa del sentimiento

5. Nos referimos a uno de los fines de la interpretación, fin cuya importancia no debe hacernos olvidar que no es el único.

que sus hijos tendrían derecho a experimentar a su respecto, y así siguiendo. Habrá, pues, una reorganización de esa serie de enunciados por los que el sujeto conceptualiza su "teoría" de la relación parental, del afecto, de su relación con los otros, teoría que nunca carece de relación con sus primeras teorías sexuales infantiles. Este trabajo exige un tiempo que no podemos medir, dependerá de los puntos de resistencia, jamás idénticos, con que pueda toparse, tanto resistencia de ciertas representaciones fantasmáticas como resistencia de ciertas defensas del yo, como resistencia de ciertas opciones ideológicas. El efecto diferido de la interpretación nos confronta con el trabajo de reorganización que ella induce y nos ilustra la imposibilidad de predecir con certeza el destino que va a conocer en el a posteriori del análisis. Compararé el doble tiempo de los efectos de la interpretación con las consecuencias del descubrimiento de un nuevo postulado o de una nueva ley en el campo matemático. Para cada investigador al que *supongamos haber aceptado este nuevo aporte*, las implicaciones dependerán de su relación con el conjunto de su teoría una vez que deba integrar el nuevo elemento. Ahora bien, en gran cantidad de casos, las modificaciones que esto trae aparejado sólo las percibirá a posteriori, cuando deba y pueda percatarse de que el nuevo postulado hace contradictorio a tal o cual otro, lo que a su vez pone en entredicho a un tercero mientras que un cuarto quedará confirmado.

La experiencia prueba que todo investigador puede hacer un "uso" personal del nuevo aporte y que este "uso" siempre puede ser modificado y está siempre al servicio de los fines sucesivos que propone él mismo a su propia investigación. Puede descubrir corolarios que el inventor no había previsto y que refuerzan el impacto del aporte de éste o, por el contrario, quizás intente relativizar la verdad del aporte nuevo —cuando ya no le es posible negarla—, reduciéndola al mínimo compatible con la

preservación de una organización teórica que él no quiere poner en cuestión. Sabemos que, por más científico que sea el descubrimiento, puede uno olvidar que lo hubo, y hasta olvidar que uno mismo lo había entrevisto en una primera etapa de la investigación.

Lo mismo sucede con la interpretación. Estamos en condiciones de analizar y de explicar teóricamente su eventual efecto en el momento de su enunciación y en la secuencia temporal que le sucede. Pero el destino futuro del trabajo analítico nos será en parte desconocido. El analista debe ser capaz de aceptar este no-saber. Debe renunciar a incidir sobre la suerte de una obra en la que él colaboró, pero que no le pertenece.

II. Del lado del analizando

En esta última sección me inclinaré sobre lo que concierne al analizando, reflexionando sobre las condiciones y consecuencias de la posible creación de pensamientos nuevos y sobre la función que cumple en su campo su relación con el placer de pensar. El análisis pone al sujeto frente al "principio de realidad psíquica": con esta paráfrasis quiero significar no el simple reconocimiento de la existencia del inconsciente, sino el tener que reconocer que en el espacio del yo continuarán manifestándose inevitablemente los efectos de lo que se juega en la escena de lo exterior al yo. Este reconocimiento no eliminará nunca la presencia de tales efectos, pero hará que el yo pueda pensar esta "otra parte" de sí mismo, este territorio que siempre le resultará parcialmente desconocido, y pensarlo de manera tal que sienta placer en este conocimiento y por él.

¿Pero, cómo puede convertirse en fuente de placer un conocimiento contra el cual se había construido todo el aparato defensivo? En mi conclusión trataré de responder a este interrogante.

Partiré de una constatación cuya pertinencia he demostrado en otros trabajos: la neurosis nos prueba que a pesar del elevado precio pagado por el sujeto, éste puede ser privado de la libertad de gozar sexualmente sin hundirse por ello en la locura; la locura nos demuestra que si se le quita al sujeto toda posibilidad de gozar de su autonomía de pensamiento, no puede sobrevivir sino intentando recuperar aquello que se le expropió mediante el recurso a la construcción delirante. Creación de un yo que con ello consigue preservarse un "poder hablar" que le garantice la existencia de una función pensante dentro de su propio espacio psíquico. Los analistas se han inclinado solícitos, y con justa razón, sobre el complejo de castración y sus consecuencias; al hacerlo, permitieron concebir de otro modo los conceptos de sexualidad y de sujeto. Pero quizá no meditaron lo suficiente sobre el riesgo de otra "castración" distinta, que su propia estructura hace correr al hombre, el de que se lo despoje de un placer resultante de la parte de libertad que su pensamiento debe preservar, con la amputación inaceptable que esto conlleva. Poder ejercer un derecho de goce sobre su propia actividad de pensar, reconocerse el derecho a pensar lo que el otro no piensa y lo que él no sabe que se piensa, es una condición necesaria para el funcionamiento del yo.

Es cierto que la libertad del yo de pensar dista mucho de ser ilimitada; existe un umbral que necesariamente ha de respetarse, pues es imprescindible para el funcionamiento de esta instancia. De ello resulta que toda disminución en este registro será sentida por el yo como fuente de displacer, y todo aumento aportará consigo un efecto de placer. Todas las formas de neurosis se caracterizan por implicar una pérdida parcial de esa libertad: la acción de la interpretación y del análisis apuntan a posibilitar su recuperación.

La situación en que se encuentra el yo del neurótico

puede ser comparada con la de un individuo cuyo estado de salud exigiera que pudiese recorrer libremente cierto espacio, y que de pronto descubriese que el terreno había sido invadido por insectos venenosos: o bien emprenderá la fuga, o bien deberá concentrar todo su interés y toda su atención en la exploración continua del suelo donde apoya sus pies. En estas condiciones le será imposible experimentar un placer cualquiera. La relación del yo del neurótico con lo reprimido y con la labor represora que le incumbe, conduce al mismo resultado: agreguemos que, por más que esté al acecho, las más de las veces no podrá escapar a la picadura.

Por más que el compromiso representado por el síntoma quiera tornar irreconocible determinado pensamiento referido a una representación que se quiere expulsar a lo reprimido, esta representación seguirá "a flor de pensamiento". El riesgo de que se libere del disfraz que el yo le impone estará latente: para evitarlo, el yo se ve obligado a operar, de manera *inconsciente pero constante,* un trabajo de exclusión referido a cualquier pensamiento y a cualquier tema de pensamiento que, por su proximidad con la representación, le hicieran correr el riesgo de descubrirse *pensando* lo que él se niega a pensar: crimen de pensamiento que para él es fuente de culpabilidad y angustia. No se habla de sogas en casa del ahorcado: cuando la representación de un "ahorcado" debe permanecer fuera del pensamiento, no hay que pensar más en la palabra "soga", ni en sus sinónimos. Esta lucha que libra el yo, esta exclusión de una serie de pensamientos sólo son posibles a costa de un empobrecimiento de su actividad de pensamiento, de la pérdida de un poder pensar sin trabas. Encontramos aquí una de las razones del sufrimiento neurótico y la fuente de una manifestación privilegiada de su sintomatología: la inhibición intelectual.

El primer efecto de placer que puede experimentar el

yo en el análisis y por el análisis se debe a la recuperación de una actividad de pensamiento "normalmente" libre. "De la asociación libre al pensamiento libre": por *relativa* que sea la libertad en ambos casos, así podrían definirse el punto de partida y el punto de llegada de la experiencia.

Pero todavía es preciso entender qué es lo que permite al yo recuperar, en su beneficio, una parte de la energía invertida hasta entonces en consolidar la barrera de la represión.

A mi juicio, si la interpretación posibilita al yo dar acceso a una representación y a un afecto hasta entonces reprimidos, es porque le ofrece conjuntamente el *poder de transformar su significación,* enlazándolos con una causa que esta vez él puede conocer y asumir. Este nuevo lazo entre el efecto y la causa permite al sujeto hacer *pensable* "hoy" un deseo que echa raíces en su pasado, y atribuir un sentido nuevo a las experiencias de placer o angustia que jalonaron su historia.

El orden de causalidad que así se instala es obra del trabajo analítico; antes del análisis era *inexistente,* y no hubiese podido existir *sin* el análisis. No remite a ningún conocimiento que haya sido secundariamente reprimido, a ningún "antes" que la "enfermedad" haya podido perturbar. El nuevo vínculo que se instaura entre los efectos del fantasma tal como se manifiestan en el registro del yo, y su causa, es una creación que sólo la especificidad del trabajo analítico puede producir. Poner el fantasma en palabras, definirlo como fantasma implica cambiar la relación que enlaza al yo con esa producción psíquica que sin embargo jamás estará sometida a su jurisdicción. Transformar esta relación es también transformar la relación presente entre el yo y sus pensamientos, entre el yo y lo exterior al yo y, por último, modificar a este mismo yo. Aquí se confirma lo que decía al comienzo sobre la indisociabilidad presente, en nuestro campo, entre lo teórico y lo práctico, entre el conocer y el transformar. Es

evidente que siempre perdurará una distancia entre las construcciones que nuestra teoría posibilita y lo que nunca podremos saber sobre la "realidad" de las más precoces representaciones; lo mismo sucede con el yo, que no podrá sino construir a posteriori los enunciados relativos a su propio origen. Nuestra teoría, al ser "hablante" y también elocuente, tiene la posibilidad de volver pensable y enunciable lo que "por naturaleza" no lo era (esto es lo que llamo su inevitable yo-morfismo). Agreguemos que el yo sólo puede efectuar este trabajo de puesta en sentido y de puesta en palabras si acepta padecer "activamente" sus consecuencias: *querer* cambiar su relación con su mundo (exterior o interior) es *deber* imponerse la labor de re-pensar, de re-organizar, de transformar, en una palabra, su ser y sus haberes, su espacio y su tiempo, la historia de su pasado y los sueños sobre su futuro.

Poder investir el trabajo psíquico que esto exige, proseguir una búsqueda que impone semejantes cargas y cuyo buen fin nadie puede garantizar *a priori,* sólo será posible si el sujeto que inicia un análisis es o se hace capaz de sentir placer al descubrir un nuevo pensamiento, frente al retorno de un momento inesperado de su historia, durante esos momentos privilegiados en los que se instala una fugitiva comunicación entre el yo y esa parte de la psique que se sustrae a su conocimiento. La investidura del proceso analítico por el analista, y de la particularidad del trabajo psíquico que exige, no bastan para provocar la del analizando, pero su ausencia hace muy probable su imposibilidad para el *partenaire.* Agreguemos que exactamente lo mismo sucede con el analista. De nuevo aparece aquí un poder recíproco y análogo: habría que revisar desde este nuevo ángulo el concepto de contratransferencia.

En un texto titulado "El abuso de la transferencia y la ilusión mortífera", demostré que la ausencia de este placer y de este deseo en el analista y en el analizando son

la manifestación de la prelación que ha obtenido Tánatos en sus economías psíquicas. La exterminación de su propia actividad de pensar es una de las dos formas con que puede actualizarse la obra de Tánatos *en el registro del yo:* "No tener que pensar ya sino lo ya pensado por otro", anhelo *mortífero* que la ilusión transferencial y la fascinación ideológica amenazan siempre con reforzar en ambos partícipes y especialmente en el analista.

También contra este peligro se subleva Eros, encontrando su principal aliado en el placer que se siente al crear "nuevos pensamientos" que se oponen a la compulsión a repetir una leyenda del fantasma, que finalmente ha podido re-escribirse.

Esta nueva relación entre el yo y sus pensamientos desempeñará un papel fundamental en la economía psíquica, al introducir otra puesta en forma de la representación que se forjan el proceso originario y el proceso primario de la relación del yo con esa otra cara de sí mismo que son sus propios pensamientos (y ante todo los pensamientos mediante los cuales el yo puede pensarse). Representaciones cuyo efecto de *feed-back* se manifestará, en el espacio del yo, por un sentimiento de displacer cada vez que la relación entre las dos entidades que lo componen (la instancia pensante y lo pensado) sea puesta en escena por lo primario y por lo originario como relación de conflicto, de rechazo, de odio.

Antes de concluir esta exposición quiero señalar la importancia de otros factores que intervienen en el trabajo de la interpretación, y que no he comentado.

Pienso, entre otros, en la acción de la interpretación sobre el *exceso* de mecanismos proyectivos, en su posibilidad de auspiciar no la desaparición de las representaciones fantasmáticas forjadas bajo el sello de lo oral y lo anal, sino de favorecer la prelación que alcanzarán las

puestas en escena que atiendan al deseo edípico y a su problemática. Aquí es donde se interrumpe en cualquier hombre su posible acción sobre la elaboración fantasmática: representar su drama y su enigma por la relación presente entre tres cuerpos y no ya entre partes de cuerpo, entre tres sujetos y no ya entre un Otro y dos apéndices. Nadie puede asegurarle al sujeto que, en ciertas condiciones, no volverán a tomar la delantera unas puestas en escena mucho más arcaicas, pero el análisis le permite confiar en que ha adquirido la posibilidad de *re-interpretarlas* en términos que formen sentido para el yo, que le permitan reconocerse como efecto de este sentido pero, también, como instancia capaz de modificarlo y de rehusarse a la repetición indefinida de un sinsentido al servicio del deseo del otro.

10. EL TRABAJO CLINICO Y SUS OPCIONES TECNICAS EN LA CURA PSICOANALITICA

Elena Friszman Bosoer

INTRODUCCION

Iremos circunscribiendo en este trabajo los recorridos particulares que Piera Aulagnier realizó respecto de las nociones básicas del psicoanálisis sobre la cura: transferencia, interpretación y proyecto terapéutico.

Este trayecto rodeará una concepción que se insinúa a través de su obra y que podemos llamar "posición identificatoria de analizando". Al adelantar aquí esta figura, queremos marcar una línea directriz respecto de las claves o hitos que marcan estas ideas acerca de aquello que se trata cuando analizamos, a la vez que arrojar otras luces sobre aquello que se juega en el acto de analizarse.

POSICIONES Y REGLA FUNDAMENTAL EN LA CURA. LA ESCUCHA Y EL SABER

El espacio terapéutico marca los límites de una conjunción de efectos en lo que respecta a dos posiciones bien nítidas y diferenciadas: la de analista y la de analizando.

Piera Aulagnier se ocupa en especial de la posición del analista cuando subraya en distintos testimonios que deja su obra, el papel de escucha. Engarzando esta opción privilegiada en la figura más amplia del sujeto supuesto

saber, concepto creado y desarrollado por Lacan para enfatizar una demanda que centra al analizando, a la vez que vectoriza la transferencia.

Del lado del analizando despunta otra figura, subsidiaria del amplio lugar que en esta teoría ocupa la identificación, los lugares identificatorios y la forma en que va construyéndose con las correspondientes acciones identificantes.

El papel estructurante de la identificación ve reflejar su fuerza en este modo de observar la construcción de una arquitectura necesaria para que la cura pueda progresar y desarrollarse.

Este "lugar identificatorio de analizando" se definiría centralmente por un modo de la demanda, un objeto que se busca y una función que se desarrolla en lo endopsíquico. Es una construcción que encuentra sus raíces en la llamada regla fundamental y sería la contrapartida del concepto acuñado por P. Aulagnier de "estado de teorización flotante" en el analista.

La regla fundamental en psicoanálisis dirige una demanda directa y primera, inaugural del diálogo o el intercambio que se propone: la de hablar todo lo que pase por la mente del analizando, a la vez que instaura una interdicción sobre la acción. Sólo hablar. Ni más ni menos que hablarlo todo.

¿Qué entraña esta regla que fundamentará el modo o el estilo de lo analítico en la cura?: que todo pensamiento que se cruce a la hora de la sesión es supuesto de poder ponerse en palabras, que un acto de palabra puede ponerse en el lugar y tiempo de cualquier ocurrencia.

Al subrayar la dimensión *acto* en la puesta en palabras de todo pensamiento, se perfila la concepción que tiene Aulagnier sobre el yo. En este punto, acto define que el yo se enfrenta a la "reacción" de aquel a quien se dirige la palabra. Y ésta será recibida por el yo hablante con las correspondientes "reacciones", a la vez que implica

todas esas modificaciones somáticas y psíquicas que acompañarán a la recepción de aquello que le fue enviado en virtud de lo que habló. Esto abriría una facilitación hacia el hecho de tornar comunicable lo que se piensa y siente. El espacio que se abre a pensar es que nada hace suponer una tal facilitación antes que la demanda la requiera en el acto inaugural del encuentro analítico, demanda que supone el cumplimiento de la regla fundamental.

Por el lado del analista, esta regla fundamenta la dimensión mayor de la escucha en el hacer terapéutico. Escucha que supone sin duda una espera, una expectativa y claramente un anhelo del analista.

Esta fórmula encuentra un pliegue esencial a la concepción del sujeto supuesto saber. En él se encuentra la perla que el analista necesita hallar para relanzar su propuesta de una cura en términos dominantes de intercambio, ocupando y expandiendo el campo relacional en la profundidad que esta noción tiene en el pensamiento de P. Aulagnier.

Lo que este pliegue guarda es una contracara de lo que se supone es objeto de toda búsqueda por parte del analizando: el *saberlo-todo* del analista.

Si la aceptación de esa demanda implica que este saber se afirma, a la vez que conocemos de su carácter necesario para la instauración de un campo transferencial, también es cierto que privilegiar el escuchar determina una dirección que apunta a una no-completud en el saber-Total del analista. Si espera ser informado de todo, es que no lo sabe todo. La incompletud de su *saber* se manifiesta en este anhelo presente en la posición de estar para la escucha.

El testimonio de la realidad de la escucha se verá en el acto interpretativo. Esta referencia incluye aquí, en sentido ampliado, al conjunto de intervenciones que el analista hace y produce en el encuentro de cada sesión.

El *bagaje de lo interpretable* se constituye en un sinónimo de todo el saber del analista e incluye aquello que conoce sobre la teoría, sobre la técnica, sobre sus propias formaciones psíquicas, sobre su historia, adicionado a la totalidad de lo que se inscribió del transcurso de la construcción de la historia transferencial con ese analizando.

Así, lo interpretable incluye: saber, pensamiento, deseo y memoria, sin dejar de ver en esta última aquello que centralmente refiere a la memoria afectiva.

De lo que el analizando escuche en cada interpretación que se le dirige, extraerá la información de cuánto su habla y su curso asociativo ha marcado la hechura a medida de tal interpretación. La textura mixta de esa interpretación, mezcla de pensamiento y deseo de hacerlo comunicable, impresionará a la vez a esa zona del yo del analizando que se canaliza y encuentra nuevas vías para estimular una actividad conectiva y de unión de fragmentos pensables y afectivos, cuyo entrelazado va formando una malla o red que se apuntala en un placer emanante de ese ir haciendo, y en ese anhelo de escuchar que ha sometido a prueba.

EROS Y TANATOS EN EL YO

La teoría pulsional toma aquí un papel central y vemos aquello que nos aporta respecto de esa lucha sorda entre Eros y Tánatos en su forma particular de darse en el yo.

Es precisamente sobre ese placer de conectar, unir

espacios y sentidos, sentires y palabras, que aquella lucha de pulsiones ejercerá perpetuamente una amenaza o permitirá una continuidad activa.

La actividad del pensamiento es el campo común y amplio de una variedad de patologías que tienen como característica la inhibición intelectual.

Campo complejo y múltiple que necesita algunas puntualizaciones. Vamos llevando la vía de la lucha tanática que asume en el yo una especificidad: atacar a la función (pensar) y al producto (los pensamientos).

Este yo para P. Aulagnier es el asiento de la actividad simbólica con sus representaciones ideicas que permiten el reprocesamiento psíquico de todo aquello que viene de los espacios de lo primario (representaciones fantasmáticas o puestas en escena inscriptas como fantasías) y de lo originario (con su modo particular de representar psíquico que es el atávico pictograma). Proceso de metabolización que permite ordenar simbólicamente un material de fuertes intensidades afectivas, que se modela sobre las excitaciones y emociones que vienen de las fuentes pulsionales y del registro somático por la vía privilegiada del lenguaje.

No ampliaremos aquí, por no ser atinente a nuestro tema, toda la problemática que supone el tiempo de transcripciones de lo primario a lo secundario. Baste decir que es éste el momento de la formación del yo, que será así sede y organizador a la vez, de esa multiplicidad compleja que es el material psíquico más allá de las fronteras del yo y del que él no puede conocer de modo directo, nada. Por lo tanto, este yo aulagniano puede representarse a sí mismo como único representante (ilusorio) de lo psíquico para el sujeto.

Es también del yo, de quien y a quien se ha hablado anticipadamente en el ámbito de la relación que marca la venida de un ser humano al mundo. Relación privilegiada con la madre cumpliendo la función de portavoz que

prenuncia y nombra la existencia de ese yo antes de su advenimiento.

Esta precedencia hablada de una existencia que se dará a posteriori, marca el nudo conflictivo y paradójico por el cual el yo puede ser tomado como objeto privilegiado de la lucha pulsional. Una existencia así forjada en una precedencia y en una intromisión, y sólo existente en un a-posteriori, posee una sutil e intrínseca fragilidad. Por este sesgo avanzan tanto Eros como Tánatos.

La actividad pulsional dual en estado de intrincación podrá ser pensada como productora de diversas transacciones, formaciones de compromiso y modelando también una densa red defensiva. La defensa por excelencia en el terreno de la neurosis es la represión, que acciona por prohibición, un complejo dispositivo de partición y olvido que tiene su sede en el yo.

Aquí podemos retomar el hilo de lo que atraviesa la difusa patología que conlleva la inhibición intelectual.

Si a veces hay un sometimiento del yo a los fines de la pulsión destructiva, ésta tomará al pensamiento como su objeto: deseo de no pensar, desarticular y matar los pensamientos, pensar siempre lo mismo, romper asociaciones evidentes o notables, no poder sacar inferencias, reducir la distancia entre lo verdadero y lo falso, sentir, en fin, sufrimiento y dolor con aquel sentimiento que los pensamientos hacen presente.

Este índice de opciones patológicas, nada abarcador y de variantes tan múltiples como peligrosas para el yo del sujeto que las porta y para el eventual proceso analítico que se desarrolle, contiene lo esencial de lo que se despliega en la mayoría de las formas de resistencia a la actividad de analizarse: la incapacidad o la imposibilidad para la reelaboración, en lo que retenemos de este concepto freudiano. La vertiente tanática de búsqueda de reducción de tensiones y de vuelta a un estado de estructuración anterior o precedente en el tiempo, constituye la vía por

la que podemos llegar a entender esta finalidad destructiva sobre la función del pensar.

Regresiones, entonces, a ese estado de *yo pensado y hablado* por Otro quien contiene todo lo que ese yo quiere saber, y frente al cual (ese Otro objeto surgido sobre el molde del portavoz) sólo será necesario una actividad de ECO, una incorporación sin dudas de todo lo que se dictamine como verdadero o falso, bueno o malo, etcétera.

Esta apretada síntesis de las relaciones de dominación de Tánatos sobre la actividad del yo, pone en escena primera el tema de la duda, de lo incierto y la posibilidad de la mentira en el discurso que portan la madre y los primeros objetos de investidura libidinal.

LA ACTIVIDAD DE LA DUDA EN EL PENSAR. LA INCERTIDUMBRE. LA ILUSION Y EL PENSAMIENTO AUTONOMO

A través de la actividad pensante, el yo toma noticia, se informa de esa opción que la realidad le trae: el pensamiento mismo y su funcionar discriminativo y asociativo se convierten en la fuente de una desilusión, de un sentimiento de dolor respecto de esa falla, que le demuestra que su confianza no puede mantenerse, al caer la "presunción de inocencia" respecto de su primer objeto de amor.

Así puede enlazarse de modo estable una vía que conduzca del pensamiento al sufrimiento, o más aún, a la desilusión. En estas condiciones, el yo no podrá imantar o investir una actividad que le provoca presumible o potencialmente caídas en sus hitos identificatorios y desesperanza en lo atinente a sus búsquedas, sus anhelos, sus demandas. Este desvío podrá llevar a formas de anulación, del tipo de las que describimos en las tramas de la inhibición intelectual.

Para que la actividad de pensamiento pueda mantenerse en una activa ligazón con el placer, necesita del aporte y el nexo de un vínculo objetal que demande tal accionar del yo y que, sobre todo, no le dirija una denuncia, una condena o un efecto de intolerancia.

El anhelo de la madre de que su hijo exista en forma independiente es el sostén primero de esta actividad. La historia afectiva e identificatoria necesitará transformación, y la madre ocupará otra posición que la de única donadora de todo sostén, de la que lo sabe todo respecto de quién es el *infans* y lo que éste desea. Pasaje de lugar y cambio relacional dentro del mismo eje simbólico del establecimiento de las diferencias y de la obra de la represión edípica, actuando en esa "falla geológica" que es la castración.

Aceptación de la castración y de la propia incompletud, que se traduce en el yo como asentamiento en el espacio de la duda y de la incertidumbre. Esta posición de examen crítico de la realidad erige una posibilidad del yo respecto del registro temporal. Someter a crítica o a prueba la verdad de un discurso o de un enunciado es en primer término suponer una posibilidad *creíble* de que algo verdadero puede ser pensado y dicho. En esas patologías del descrédito y la inhibición en el intelecto, esta creencia está afectada.

Se puede deducir allí una falla del deseo materno que no ha permitido ni celebrado la duda posible, en tanto vería en ella el reflejo no soportable de su incompletud o de su ineptitud.

Si en esos tiempos del "investigador infantil", del explorador de decires y comparador de éstos con enunciados, frases, sugerencias, ungimientos y condenas, hallados en los retazos de discursos cristalizados, aparecieran a la vez los signos de concordancia entre lo vivido, acontecido y las palabras que lo hablan en su clave singular lingüística y afectiva, un júbilo de hallazgo de

verdad confirmará lo cierto de tal encuentro. Se hace claro que ese encuentro no puede sino producir placer.

Describimos así, entonces, la contrafigura de la falla del deseo parental, que sería el motor conjugado en una trama de deseos y fantasías, que haría circular ese soplo vital del placer unido al pensar propio, sostenido por Eros.

Por otra parte, podemos ver en esta vicisitud la cuestión fundamental de la alienación y la pasión, como puntos intensos del recorrido teórico aulagniano, en los que el encuentro de una relación que proponga este perfil accionará esa potencialidad de búsqueda y encuentro fusional, en lo que de éste puede ofrecerse al cumplimiento de un deseo de lo inefable perdido pero vivido, y como tal, inscripto en marcas remotas siempre actualizadas y activas en diversas formas y organizaciones.

Algo así como una nueva forma del antiguo molde de la relación fusional podrá cristalizarse rápidamente, si un tal encuentro oferta alguna vía en la transferencia analítica.

Amplio capítulo, el de la pasión de transferencia que P. Aulagnier ha recorrido exhaustivamente, por el deslizamiento que se supone, podría darse, a partir del necesario amor de transferencia. Un destino posible del placer y del amor, si se encuentran con el impacto de desvío y destrucción que desde Tánatos puede aportar un lugar de investimiento para una relación transferencial-pasional, que hará de ésta a la vez que una relación alienatoria y alienada, una *fuente* siempre sorda y oculta de expectativa de sufrimiento.

Oculta queda al yo la suerte de despojamiento y mutilación que estas relaciones suponen. Desde la pérdida de todo poder de crítica sobre el objeto pasional, hasta la pérdida del poder de placer, encontraremos variadas formas de empobrecimiento ligadas al vasallaje de ese yo que no podrá nunca reconocerse como tal, preso como está

en esa red compleja de dos deseos que se marcan y se determinan. Culminaciones funestas y peligrosas de procesos analíticos encuentran aquí un complejo causal, en el que muchos re-análisis deberán necesariamente adentrarse.

TRANSFERENCIA, PLACER Y TIEMPO FUTURO

El placer que vincula, une, conecta, es el que puede y debe re-aparecer en la escena de la realidad cuando el vínculo transferencial progresa en un sentido de intercambio.

Placer cuya huella viene de trazas afectivas vivas que se reactivan cuando una nueva experiencia fusional aparece. Esta es la relación de fondo entre el pensar y el placer, apuntalado en el espacio transferencial.

Hay un tipo de pensamientos llamados por P. Aulagnier "transferenciales", que comienzan rápidamente a producirse en la relación analítica. Son las diversas formas por las que se representa el yo a la relación, al analista y a sí mismo en función de analizando. Una cuota importante de estos "pensamientos transferenciales" no podrá dejar de ser dolorosa: ellos hacen aparecer el conflicto que el yo vive, las discordancias con lo esperado de sí mismo, los incumplidos deseos y los objetos faltantes o perdidos.

En la relación transferencial, la interpretación aquí puede hacer hablar lo que permanece de un pasado y lo que se espera de un futuro. Esta dimensión temporal pertenece a las vivencias que el yo experimenta, y se asienta en el eje de lo que el presente hace aparecer.

La investidura privilegiada sobre la creación de pensamientos *nuevos* hace de referente y soporte a la representación de un cambio posible, en el registro de los afectos y de las realidades que al yo le toca compatibilizar.

La representación de un cambio como investidura de placer futuro, alude a la función anticipatoria que está en poder del yo poner en movimiento. Anticipar es el placer del pensamiento. Y es por esta razón que el tiempo toma un lugar central en la historia transferencial que se construye entre analista y analizando.

Esta función encuentra también su crédito en una relación que el analista pone en juego en la partida: él se representa este interjuego con un tiempo de conclusión. En la obra de Piera Aulagnier, el término "proyecto terapéutico" acuñado para pensar lo que se dirime en la escena de la transferencia, trasparenta y alude de modo clave a ese final, como un "pensamiento terapéutico" para que la cura tenga lugar.

Este tiempo de final, donde la experiencia acabe y la posibilidad terapéutica ya no cuente con la presencia, sesión tras sesión, del analista, se propone como la garantía de no exceso en el poder que la transferencia otorga necesariamente al analista. Un límite para su saber y un límite en el tiempo.

HISTORIA SINGULAR. LOS LIMITES DE LO DECIBLE Y DE LO INTERPRETABLE

Se juega del lado del analizando una menor limitación de la actividad del yo al poner su historia al día: partir de modo más nítido las hebras del pasado que impregnan las experiencias presentes, ser reintegrado de poderes sobre el placer y el derecho a una autonomía en el plano del pensar que le permitan formaciones tales como la actividad de sublimación, la inventiva y la creación, las que devendrán posibles paralelamente a ese adueñamiento de una historia singular que sin duda le pertenecerá al reorganizarse en versiones y en capacidad narrativa. Lo cual implica las abrochaduras de un capital de memoria

recuperable y en continuo estado de recomienzo con aquellos contenidos fragmentados, dispersos y dislocados que accionan sobre el yo desde los espacios fantasmático y pictográfico, en tanto no logran ese efecto de metabolización, que en este caso podrían alcanzar por el efecto interpretativo-transferencial.

La interpretación irá jalonando este proceso, relatado aquí en su vertiente más afortunada o ideal, participando de las cualidades y poderes que en el analizando irá haciendo posible.

En la textura de la interpretación habrá siempre trazas de la relación que el analista mantiene con lo singular de ese analizando y con la singularidad en general. Los momentos de vacilación o retroceso frente a la emergencia de lo nuevo, lo inesperado, o lo no confirmatorio en las asociaciones del analizado, tendrán siempre oportunidad de hacerse presentes tanto en la interpretación como en los silencios.

La expectativa investible por el analista de esas apariciones estimularía ese pensar propio y original que expresa toda historia en su singularidad. Es claro que estas asociaciones sorpresivas o novedosas podrán y deberán ser el producto de un ensamblaje muy particular y sutil en la relación transferencial, y corresponden a la exacta contracara de esos momentos de sobreinvestidura qué supone una interpretación adecuada. Sobreinvestidura surgida en la relación de transferencia en los dos partícipes.

Esta actividad del yo en su poder simbólico establece la potencialidad de extenderse sobre la masa de "lo desconocido" y sobre lo no susceptible de conocimiento. La reducción de las fronteras de lo indecible, lo experimentado inefable-inexpresable, lo existente pero no significado, es una intención en toda la obra de P. Aulagnier.

¿Cuáles serán los recursos y las fuentes por investigar, para que pueda darse esta función de la interpretación y

de los caminos metafóricos que se elijan, al plantearnos una acción sobre lo nombrable-memorable y sobre tornar cognoscible por el encuentro de sentidos y significaciones a aquellas vivencias que parasitan al yo por su irreductibilidad arrepresentativa?

Más allá de la función de desconocimiento que asienta en el yo al ser sede y hábitat de la represión, se juega ese otro desconocimiento de lo no decible en tanto no forma parte de lo prohibido en la represión, ni corresponde al caudal de la memoria que podría retornar.

Lo que la interpretación necesita abordar en sentido estricto es aquello que del lado de la percepción y de la imagen no ha engarzado nunca una huella de palabra que torne a la impresión vivamente experimentada, re-encontrable en cualquier momento. No sólo por revivencia (acción de la repetición) sino también por el rodeo y el nexo que establece la re-elaboración (secundaria).

El impulso a recordar es activado por el tratamiento analítico que lucha contra la compulsión de repetir que toma todas las áreas vitales, como lo afirma Freud en "Recuerdo, repetición y reelaboración" (1914).

La transferencia consiste en instalar un campo magnético para la repetición, la que convoca un fragmento de vida real. También es librar en su campo la lucha para que la tendencia a descargar por el acto de la repetición se tramite por la vía del recordar y el trabajo que éste supone. Trabajo que consiste, básicamente, en renunciar a transformar lo ya acontecido (que se dio a conocer como recordable o ya-vivido) en beneficio de una propuesta trasladada al futuro, en la que sean posibles representaciones que el yo se hará de sí en conformidad a sus ideales y su proyecto identificatorio.

Si se cumple este trabajo que el proyecto terapéutico se propone, en primer lugar necesitará del discernimiento y final reconocimiento de que aquello que se "vuelve a vivir" ciertamente es ese fragmento de vida pasada que así fue

convocado. Supondrá también un conocimiento "nuevo", construido sobre la base de una afectividad discriminativa, en la que lo nuevo relacional realmente se sienta y se reconozca como tal.

Nuevo conocimiento, nueva relación, son atributos, entre otros, de esa posición nueva que el yo va alcanzando e hilando incesantemente a través de esa figura de la posición identificatoria de analizando.

Podríamos llegar a concluir que si esta nueva arquitectura de la organización libidinal en el yo se construye y expande, se instaura una garantía contra la posibilidad alienatoria-pasional dentro y fuera de la relación transferencial.

REMEMORACION Y FIGURATIVIDAD

La búsqueda de aquello que supone redefinir una aptitud con el proceso de analizarse para la cura, nos reenvía a una forma de proyecto identificatorio que la propuesta terapéutica requiere.

Se trata, sin más, de retomar esa aspiración que todo ser humano tiene y en la que hay una verdadera insistencia subjetiva (EROS) hacia pensarse como individuo singular, lo que lo empuja a la rememoración y a la investigación de su pasado. Desear conocer los "comienzos" y los "orígenes", querer volver atrás para orientarse en el tiempo, recuperarlo y así dominarlo, son coexistentes con la vida. Recuperar el pasado para conocerlo, impartirle un sentido, impedirle que intervenga en el presente, salvo para significar que ciertos hechos ocurrieron y que fueron constitutivos de nuestra identidad y de nuestro ser en el mundo. Llegar a esos reservorios de la identidad que son los actos ya consumados y los pensamientos ya formulados.

La empresa analítica puede ser comparada con una

investigación historiográfica que en un movimiento de apropiación y de interpretación, reteje, remodela el espacio y la función de la memoria singular, garantizando el sentimiento de una continuidad de sí en el tiempo. Garantía que se expande hacia un "motivo" central de la memoria: el de la diferencia. Desde aquí el proyecto de futuro se torna pensable y creíble.

En esta trayectoria de búsqueda se va cimentando para ambos (analista y analizando) una experiencia de la historicidad, cuya cualidad sensible está relacionada con una clave esencial del hacer analítico.

En esta experiencia que toma caracteres de la vivencia rememorativa, de los pensamientos constructivos y reconstructivos (sentimiento de lo verosímil) y de la ligazón, siempre aparecerá el encuentro con la experiencia opuesta: la vivencia emocional que se produce al chocar con el olvido, la borradura de huellas, la inexistencia de testimonios, los agujeros de memoria en el tiempo y la desinvestidura.

El proceso de rememoración se une al descubrimiento de la historicidad por la vía de que su producto se haga comunicable.

Es pensable una fantasía estructurante de la vida psíquica, que consiste en la existencia de una *memoria común compartible*. Es por eso que el campo transferencial tenderá a la instauración de un proceso de rememoración compartible-comunicable. El esfuerzo de creación histórica exige la participación de algún otro en la rememoración. Se encarna en un juego de recuerdos o en la conjugación duradera y estabilizada de ese juego entre la madre y el niño, como la forma de un tipo de intercambio de placer, que permanece inscripto por sus cualidades sensibles.

Esta será la base, en el campo clínico, que funda la idea de una fantasía activada por el análisis, de una *memoria común* entre analista y analizando, como condición para

la fecundidad del trabajo y para garantizar la experiencia que se construye de la historia.

Finalmente, es posible volver a definir sintéticamente la rememoración, como el resultado de un proceso psíquico que consiste en trabajar los restos de un recuerdo (siempre encubridor o pantalla), de una fantasía o de un sueño, de manera de construir un compromiso *nuevo* entre lo que se representa del pasado acontecido, libidinal o identificatorio del sujeto, y su problemática actual respecto de ese pasado y lo que él tolera (o no), conoce e ignora de éste.

Por último conviene reexaminar el problema que se plantea en la clínica con lo que podemos llamar una memoria prehistórica, no situable en el campo memorable, lo que está constituido por trazos imborrables de impresiones ciertas, vivida precozmente y dejadas por influjos que se ejercieron sobre los registros pulsionales, fantasmáticos y somáticos. Red caótica, inconexa, de fuerte inaccesibilidad que necesita de elaboración ulterior y por cierto trabajada por las experiencias de lo vivido a posteriori, pero sin entrar en el campo de la significatividad.

Se muestra por indicios, repeticiones, reminiscencias insólitas y sorpresivas, insistentes con el estigma de la compulsión, gestos y reacciones estereotipadas. Marcas todas que necesitan un desciframiento de lo enigmático, así expresado.

El quehacer analítico encuentra en este bagaje de una memoria incognoscible, un obstáculo notable y necesita de un esfuerzo activo para traducirlo y hacerlo nombrable.

Esta memoria *sólo* puede ser ligada por una red y una protección que provenga *de otro*.

Históricamente es la madre la que captura y traduce estas formas de intensidad emocional muy alta, a través de actos de voz y mirada como del sostén y envoltura del

tacto y la estimulación propioceptiva; actos de traducción y continencia.

En la cura no es posible proponer una reapropiación total en primera persona de estas memorias inconexas y desflecadas. Encontrado este obstáculo, se hace necesario un acto de imaginación (imaginación simbólica) que tenga los caracteres de un deducir de los trazos-huellas-visiones, y sobre todo de los tonos emocionales y afectivos que sí se muestran.

Participa de lo que refiere Freud, en la afinidad del analista con el trabajo del arqueólogo, que transmuta ruinas y hallazgos casuales o azarosos en una red organizada como lo es el de una cultura o civilización sepultadas.

Esos hallazgos solitarios para el arqueólogo suponen en la cura analítica de la alta temperatura afectiva que exaltan ciertos momentos de la transferencia. El analizando se halla así expuesto a la inundación en el espacio de su yo, de imágenes de cosas sensibles con efectos saturantes del campo analítico por su indecibilidad.

El tipo de interpretación adecuada necesita acercarse a aquello que formulábamos respecto de la madre y el *infans*, cuando los actos de puesta en juego del cuerpo, prestaron y tradujeron una continencia a estos afectos surgentes.

Serán interpretaciones constructivas que reelaboren el material de las emociones en términos de figuraciones que integran las huellas emocionales visualizables en la comunicación de imágenes. Momentos en que la palabra y la escena que se construye en la interpretación no bastan y pierden su poder de comunicabilidad, por sí misma. Serían puestas en figuración de las impresiones que la constituyen. El analista facilita su rememoración, si transforma lo oído en evocaciones visuales.

Un blanco en la historia y en la continuidad de la trama del psiquismo puede ser rodeado, circunvalado, pero

nunca llenado, con estas construcciones en donde la imaginación simbólica y la participación emocional de la relación transferencial así tramitada, permitan transmitir un potencial figurativo que le preste soporte y convicción. Soporte, al procurar la imagen de un vivenciar corporal unido a un afecto, en el que lo inespecífico se especifique y así pueda ligarse a alguna conexión asociativa, y por tanto, rememorable en el sistema ideativo de lo secundario.

Unirse a esas partes de sí de las que se había estado hasta entonces separado, es el efecto ideal esperable con esta forma de la interpretación.

11. DIALOGO CON PIERA AULAGNIER*

Luis Hornstein

Luis Hornstein. Usted teoriza sobre el principio de permanencia y el de cambio en el proceso identificatorio. Para facilitar la tarea de sus lectores y trasladando esto a su obra, ¿qué es lo que permanece y qué es lo que cambia en su proceso de investigación?

Piera Aulagnier. Creo que en mi investigación lo que persiste es una manera de concebir la teoría analítica como la que intenta esclarecer las condiciones necesarias para que el yo pueda existir y la actividad de pensamiento sea posible. En resumen, yo he privilegiado en mi investigación —lo que también creo es un hilo conductor en Freud— la problemática de la identificación. Eso es así desde el comienzo y —así lo espero— será verdadero hasta el final. Creo que por los interrogantes que nos plantea la identificación podemos entender mejor la complejidad del aparato psíquico del cual el yo cree ser el único que lo habita, siendo esa una ilusión que él defiende contra viento y marea.

*Este diálogo tuvo lugar en diciembre de 1986. Fue publicado fragmentariamente en enero de 1987 en el Suplemento de Psicología del Diario *La Razón*, de Buenos Aires.

Es a partir de una teoría del yo que podemos dar cuenta de los obstáculos que debe enfrentar el sujeto para poder lograr ese mínimo de autonomía que es necesario para su funcionamiento psíquico. El proceso identificatorio es la cara oculta de ese trabajo de historización.

El yo no puede advenir más que siendo su propio biógrafo. Su historia es tanto libidinal como identificatoria. Esta historia exigirá periódicamente la inversión de una parte de sus parágrafos, hará necesaria la desaparición de algunos y la invención de otros para arribar a una versión que el sujeto cree definitiva pero que debe permanecer abierta para ese trabajo de reconstrucción, de reorganización de sus contenidos, y especialmente de sus causalidades cada vez que ello se revele necesario. Es sólo porque esta versión de su historia es modificable que el sujeto puede asegurarse su propia permanencia y aceptar los inevitables cambios psíquicos y físicos. Por eso —para responder a su pregunta— lo que perdura es el privilegio que le otorgo a la problemática identificatoria.

EL VINCULO REALIDAD PSIQUICA-REALIDAD

Luis Hornstein. Luego de haber renunciado —con razón— a convertir el análisis en una ortopedia del yo, se visualiza en los analistas franceses con más trayectoria teórica una preocupación creciente por temas vinculados a la instancia yoica, al pensamiento y al narcisismo. Laplanche, en 1970, decía que es preciso construir una teoría analítica del yo; también Pontalis escribió en 1975 que los analistas franceses se estaban enfrentando al retorno de lo represor, aludiendo a la necesidad de dar cuenta teóricamente tanto del yo como del superyó. Actualmente, tanto usted como otros (Anzieu, McDougall, Green, Rosolato, Enriquez, Dayan) se interrogan acerca del problema del yo y de la realidad. Pareciera que los

analistas franceses han decidido que el yo es demasiado importante para entregarlo a la *ego-psychology*. ¿Cómo ve usted esta relativa convergencia?

Piera Aulagnier. Creo que efectivamente hay una tendencia en el análisis francés —que debe mucho a Lacan— a abordar de otra manera el concepto de yo [*moi*] freudiano. Persiste la crítica que Lacan inauguró al registro de la *ego-psychology* que tiene su área de influencia en Estados Unidos. Pero no diría que la mayor parte de los analistas franceses le asignan gran importancia a la relación entre el yo y la realidad. Más bien he sido criticada por algunos analistas porque le otorgo importancia a la realidad. Crítica que —debo decirlo— creo justificada. Si hay una cuestión a la que el analista está siempre enfrentado es a la relación realidad psíquica-realidad. No veo cómo puede ser estudiada esa relación sin tomar en cuenta el vínculo que el sujeto tiene con la realidad. Para mí, desconocer uno de los aspectos de esa relación es tan absurdo como estudiar la relación lactante-madre dejando de lado a la madre como representante de la realidad. Así como en el otro extremo, no considerando la fantasmatización del niño y postular que ésta es una respuesta pasiva del niño al deseo inconsciente materno.

Asignar —como la mayoría de los analistas— un lugar predominante a la madre no implica un olvido del padre. Desde el comienzo de la vida el padre ejerce una acción modificante sobre el medio ambiente que rodea al recién nacido. Pero en la casi generalidad de los casos una persona —generalmente la madre— tiene un papel fundamental en la respuesta a las necesidades del bebé —tanto de autoconservación como libidinales—. Es, por lo tanto, la fuente de las primeras experiencias de placer y de sufrimiento. Es por eso que a partir de ella surgirá el

primer signo de la presencia del padre o de su ausencia, y la elección de esos "signos" dependerá de su relación con ese padre. Ulteriormente el niño podrá recusar esos signos para forjar los suyos e instaurar una relación con el padre en acuerdo o en desacuerdo con aquella que la precedía. Es indudable que en el registro temporal la relación con la madre es previa así como el embarazo induce en ella una forma de investimiento que es diferente del investimiento con el que el padre espera a su hijo.

Creo que hay que abordar la problemática de lo psíquico teniendo siempre presente que el sujeto adviene en un espacio relacional. Hay dos tendencias que se pueden caracterizar así: la primera, que se considera heredera del pensamiento freudiano y kleiniano, para la cual el campo de la psicopatología sería totalmente reductible a un develamiento de la actividad fantasmática. Llevada al límite, pueden decir que no importa cuál sea la realidad siempre habrá una fantasmatización que será la misma, y los cambios y reelaboraciones fantasmáticas no serán jamás en función de aquello que aparece en la realidad sino en función de una economía interna (gran tolerancia o no a la frustración, desintrincación pulsional, fijaciones, etc.). Todo reenvía a la problemática interna del sujeto. Es verdad que esto exagera algo que estuvo presente en Freud en algunos de sus escritos. La segunda tendencia —que va al otro extremo— es la que se encuentra en la Escuela de Palo Alto y en ciertas teorías francesas que conciben al niño psicótico como expresión de la patología familiar o en ciertas postulaciones antipsiquiátricas que conciben la psicosis desde la sociogénesis. Creo que ambas tendencias son erróneas.

Pienso que ciertas circunstancias vividas imponen a la psique lo que llamo fantasmatización obligada. Así como ciertos encuentros en el campo objetal y social pueden perturbar un trabajo de elaboración fantasmática, de

identificaciones que el yo había podido lograr antes de esos encuentros. Esa es mi posición en relación con el vínculo realidad psíquica-realidad que se diferencia de la tendencia más extendida en los analistas que tienden a otorgar una exclusividad en el registro de la causalidad a la problemática interna del sujeto.

PSICOSIS, REPRESENTACION, HISTORIA

Luis Hornstein. Su teoría de la psicosis no se reduce a concebirla como mero producto de un proceso deficitario. Al definir la problemática psicótica por sus carencias se ilustran ciertas regresiones pero no se da cuenta del trabajo de reinterpretación que efectúa el psicótico. Según la mejor tradición freudiana usted utiliza la psicopatología para construir la metapsicología. Sus elaboraciones sobre el pensamiento delirante, ¿qué conclusiones le permiten extraer acerca del pensamiento en general?

Piera Aulagnier. No es una pregunta fácil. Creo que es verdad que la psicosis me ha enseñado mucho y no sé si tendría la misma concepción de la metapsicología si desde los comienzos de mi práctica no me hubiera interesado de manera privilegiada en la psicosis. Puede sonar como una *boutade* pero enfrentada a un psicótico siempre me he preguntado cuáles son las condiciones que permiten que un sujeto no sea psicótico. Eso es lo que primordialmente he aprendido en mi contacto con la psicosis.

Es cierto lo que usted dice, que rechazo concebir al pensamiento psicótico como efecto de no se sabe qué déficit o de una represión que no se ha producido, y que jerarquizo todo ese trabajo de construcción que debe hacer el sujeto que ha basculado hacia la psicosis para

poder lograr una historia de su origen, para lograr insertarse en una temporalidad que no lo condene a vivir indefinidamente en el presente lo que ha vivido en el pasado, para intentar tener un proyecto identificatorio.

A partir de la psicosis me he planteado, efectivamente, cuáles son las condiciones que deben estar presentes en el discurso y en el comportamiento materno para preservar al niño de un devenir psicótico. Quiero decir algo que me parece importante: ningún analista que conozca todo lo posible a una pareja que ha tenido un hijo, supongamos que los hubiera analizado y conociera sus problemas, sus fantasías, sus conflictos, etc., etc., podría concluir: ya que la pareja funciona así, el niño será así. Eso es el tipo de causalidad estrictamente imposible. Felizmente existe lo impredecible en el devenir del sujeto. Eso no quiere decir que no podamos decir algo. Si se puede decir que a partir de una cierta relación en la pareja, de lo que va a representar el niño para la pareja y para cada uno de los padres, a partir de la historia que precede —y sostiene— al deseo de tener un niño en cada uno, el analista puede decir que hay grandes probabilidades de que el niño tienda a construir una defensa psicótica, neurótica o somática. Hay probabilidades pero no certezas. Y no hay certezas porque no debemos nunca olvidar el poder de metabolización, de renegociación, de transformación que la psique puede operar a partir de las experiencias que vive. Felizmente hay un margen para lo impredecible en el funcionamiento psíquico.

Volviendo al tema, ¿cuáles son las condiciones para evitar que el niño deba recurrir a una defensa psicótica? Si bien hay una primera violencia tan abusiva como necesaria que hace que la madre interprete al niño y sus expresiones corporales y que hace que el sujeto entre al campo de discurso, esta violencia primaria es positiva si es limitada en el tiempo. Pero, ¿qué pasa en ciertas relaciones madre-hijo? Uno ve la imposibilidad para la

madre de aceptar que cambie aquel momento en que ella era para el niño condición de vida.

Luis Hornstein. Usted escribió que hay un deseo en la madre que si emerge es nefasto para el niño: que nada cambie.

Piera Aulagnier. Así es, "que nada cambie". En ese caso opera la violencia secundaria que puede —si el niño no encuentra una respuesta que lo proteja— conducir a una mutilación de la actividad de pensamiento. Una segunda condición es aquella que he intentado conceptualizar como el derecho al secreto. Es la posibilidad que el niño tiene de poder preservar algunos pensamientos como propios y para los cuales la madre y el mundo exterior en general no tienen derecho de mirada.

Por supuesto es preciso considerar lo que significa en el inconsciente de la madre el ser madre. Quién es este niño para el inconsciente de la madre. En la madre hay una realidad psíquica ya historizada que anticipa aquello que se juega, en su encuentro con el niño y que decodifica los primeros signos de éste a través del filtro de su propia historia, escribiendo de esa manera los primeros parágrafos de eso que devendrá la historia del niño. La relación de esa madre con el niño está marcada por su propia relación con el padre del niño, por su propia historia infantil, por aquello que retorna desde su Otra escena, por su relación con su propio cuerpo; todos estos elementos organizan el tipo y calidad de investimiento libidinal del niño.

Luis Hornstein. Usted plantea que el niño hereda un anhelo que prueba que él mismo no es la realización plena del deseo materno y esa no estagnación fetichista de sí mismo le permite ser sucesor de un deseo que circula. También diferencia usted el deseo de hijo del deseo de maternidad.

Piera Aulagnier. Sí; la diferencia que yo establezco es que en ciertos casos si uno escucha el discurso manifiesto de la madre, o si uno presta atención al vínculo con el niño se puede constatar que tienen el deseo de tener un niño, pero es necesario diferenciar el deseo de hijo con toda la evolución que ello implica: tener un hijo de la madre, tener un hijo del padre hasta llegar a desear un hijo del hombre que se lo puede dar. Este deseo de hijo debe ser diferenciado del deseo de maternidad que es el deseo de repetir en forma especular su relación con la madre. Este deseo es catastrófico para el niño. Lo catastrófico es que para estas mujeres es imposible aceptar lo nuevo. En francés decimos "nuevo nacido" (recién nacido). Estas mujeres pueden aceptar que alguien haya nacido pero no que sea algo nuevo. En *El aprendiz de historiador* elaboré una hipótesis acerca de otro tipo de drama que se encuentra en algunas mujeres, al que llamé el crimen de lesa Tánatos. En esos casos, el nacimiento es vivido como la consumación de un crimen —eso me parece evidente en la madre de Philippe—. Traté de mostrar cómo en ella hay una desconexión del registro temporal.

En un texto recién publicado analicé otra particularidad que llamé traumatismo del encuentro; hay ciertas mujeres que al enfrentarse al niño no pueden establecer una relación entre la representación psíquica del niño que esperaban y del niño real que está ante ellas. Sabemos

que todo investimiento de un objeto real presupone el investimiento de la representación psíquica de ese objeto.

Luis Hornstein. Eso me recuerda su viejo concepto de cuerpo imaginado, previo al de sombra hablada.

Piera Aulagnier. Sí, ciertamente, pero si bien es algo que va en el mismo sentido, hay diferencia —por suerte, porque pasaron 20 años—. Cuando hablaba de cuerpo imaginado me refería a madres que ubicaba del lado de la psicosis. En estos casos, a los que me refiero actualmente, se trata de madres que no pueden enfrentar lo imprevisto del cuerpo del niño real. Es una situación absolutamente dramática y lo vinculo a ciertas formas de autismo precoz. El *infans* debe ser investido por la libido materna pero, ¿cómo investir a alguien del cual no se tiene representación psíquica? No es posible investir una representación que rompe la propia historia y que no puede insertarse en ella. El recién nacido se sitúa fuera de su historia y pone en riesgo la totalidad de su construcción identificatoria.

EL LENGUAJE, EL INCONSCIENTE Y EL YO

Luis Hornstein. Hay en su obra una ausencia que llama la atención: el superyó.

Piera Aulagnier. Usted tiene razón. Aunque no puedo decir que yo no tenga un superyó. Cuando me refiero a esa instancia, utilizo el término ideal del yo. En mi manera de concebir la psique, la acción del superyó la veo en los ideales que el yo se propone con todas sus exigencias y sus

excesos posibles. Tal vez haya otra razón y es que utilizo el término yo que no es equivalente al yo [*moi*] freudiano y que, a partir de esto, para mí el ideal del yo tome el lugar que en la metapsicología freudiana tiene el superyó. Creo que ésa es la razón.

Luis Hornstein. Cuando usted insiste en la diferencia entre el yo [*moi*] freudiano y su yo, ¿en qué piensa?

Piera Aulagnier. Pienso esencialmente que mi concepción del yo debe mucho a Lacan. Para mí el yo es una instancia que está directamente vinculada al lenguaje. No hay lugar en mi concepción metapsicológica para el concepto freudiano yo-ello indiferenciado. En ese sentido, no se puede hacer una equivalencia entre la manera como Freud se sirve del concepto de yo [*moi*] y lo que he definido como yo. Definí un concepto para mí fundamental que es el yo anticipado y no se puede hablar de un yo [*moi*] anticipado en el discurso maternal. En esto soy fiel (fiel no quiere decir que no lo interprete a mi manera) al lugar que Lacan da al discurso en el nacimiento de esa instancia que llamo yo y que se constituye por la apropiación de esos primeros enunciados identificantes construidos por la madre. El yo anticipado es un yo historizado que inscribe al niño desde el comienzo en un orden temporal y simbólico. Mi diferencia con Lacan es que para mí el yo no está condenado al desconocimiento ni es una instancia pasiva. Si bien sus primeros identificados son provistos por el discurso materno, el yo es también una instancia identificante y no es un producto pasivo del discurso del Otro. Si todo discurso es engañoso es también engañoso el discurso que dice que todo discurso es engañoso. Una cosa es decir que no hay verdad definitiva y otra decir que toda verdad es un error que será reemplazada por otro

error. Este enunciado es paradójico y sólo se sostiene porque aquel que lo enuncia está convencido de que estos enunciados acerca de lo que es verdadero y falso son verdaderos. He ahí la paradoja. Si se lleva esto hasta sus últimas consecuencias se descalifica toda relación con la realidad.

Luis Hornstein. ¿Por qué utiliza el término metabolización?

Piera Aulagnier. Para subrayar que para mí la psique es en todos sus procesos una actividad de representación. Alguien a quien aprecio mucho, André Green, me ha preguntado por qué no utilicé en lugar de metabolización el término de transformación y decir que la psique transforma una información exterior en representación.

Le respondí que para mí metabolización tiene un sentido más duro, más esencial que transformación, ya que alude a la transformación de lo heterogéneo en lo propio.

Luis Hornstein. ¿Usted dice que el yo está estructurado desde el lenguaje?

Piera Aulagnier. Porque para mí el yo se origina en los primeros enunciados producidos por el discurso maternal. Por el contrario, no creo que el ello esté estructurado como un lenguaje.

Luis Hornstein. A eso iba mi pregunta, ¿y el inconsciente reprimido?

Piera Aulagnier. En eso soy freudiana. Lo reprimido alude a un cierto número de representaciones y de representaciones identificatorias que se han vuelto incompatibles con la posición que el yo ha advenido a ocupar. Creo que en mi manera de concebir lo reprimido permanezco muy fiel a la manera como Freud concebía lo reprimido.

LA PULSION DE MUERTE: DESEO DE NO DESEO

Luis Hornstein. En "Condenado a investir" usted dice que la pulsión de muerte se manifiesta clínicamente como un movimiento de desinvestidura del objeto; desinvestidura que no se realiza en beneficio de otro objeto sino que amenaza todo objeto. Define como meta de Tánatos el deseo de no deseo. Postula que el sufrimiento es la manifestación de un investimiento todavía operante, pero aclara que todo sufrimiento que se prolongue en el tiempo corre el riesgo de facilitar el trabajo de desinvestidura propio de Tánatos. Usted parece postular un sufrimiento elaborativo todavía al servicio de Eros y otro no elaborativo. Parafraseando a Freud, ¿habría un sufrimiento traumático y otro señal?

Piera Aulagnier. Postulo efectivamente que hay un tipo de sufrimiento que está ligado al investimiento preservado del objeto y se sufre por la pérdida. Generalmente ése es el registro del sufrimiento neurótico y es cierto que ese sufrimiento nos permite trabajar analíticamente, ya que se repite en la relación transferencial. Es el trabajo del duelo del que hablaba Freud pues está ligado al desinvestimiento de un objeto para poder recuperar la libido y ponerla al servicio de otro investimiento.

El otro tipo de sufrimiento se encuentra especialmente

en la psicosis y en depresiones graves. Deja en la vida psíquica un agujero, un borramiento de toda huella de que un objeto había sido investido. Esta desinvestidura no se realiza en beneficio de otro objeto sino que amenaza todo objeto, toda experiencia que para poseer una existencia psíquica exige la actividad de ligar, propia de Eros. Todo acto de desinvestidura logrado no deja ninguna huella y conduce a la abolición, la disolución, el borramiento definitivo de la representación del objeto. La victoria de la pulsión de muerte conlleva una nada en ese conjunto de objetos que constituyen el capital representativo del sujeto y en el conjunto de soportes del que podría disponer su capital libidinal. Por ello propuse hace tiempo que la meta de Tánatos es un deseo de no deseo y su forma de lograrlo es a través de una desinvestidura que, más allá del objeto preciso al que parece apuntar, concierne a la totalidad de los objetos investidos por Eros. La meta última de la pulsión de muerte es la desaparición de la totalidad de los soportes cuya investidura es simultáneamente la manifestación, la exigencia y la meta de las pulsiones eróticas. Es —entonces— la meta de Tánatos hacer desaparecer a todo objeto cuya ausencia se hace responsable del surgimiento del deseo y que obliga a reconocerse deseante de un objeto que falta. La meta de Eros es lograr que la desinvestidura se desarrolle paralelamente a la búsqueda y la localización de un nuevo soporte que pueda ser investido libidinalmente. No uso el concepto de pulsión de muerte en forma metafórica, sino que para mí —como para Freud— el dualismo pulsional Eros-Tánatos está siempre en juego en el conflicto psíquico al cual accedemos clínicamente. Para mí la pulsión de muerte no es una categoría metafísica.

En el tipo de sufrimiento en que no hay investimiento del objeto para que el análisis sea posible hay que crear ciertas condiciones. Estas no están dadas de entrada, a diferencia del neurótico que ya está libidinalmente dis-

puesto para ingresar al campo transferencial. En aquellos casos no es así y es preciso todo un trabajo previo para hacer que la relación analítica sea posible. Desgraciadamente no creo que haya reglas generalizables. Todo va a depender de nuestra capacidad y de nuestra posibilidad de ubicarnos en la historia singular. Lo poco que persiste de la capacidad de investimiento hace que la relación sea muy frágil.

Hay que ser muy cuidadoso porque en estos casos los errores pueden ser muy graves para el sujeto —no me refiero al analista sino al sujeto que consulta—. Toda forma de aproximación muy brusca puede producir la interrupción del vínculo. Nuestra principal tarea es darle el mínimo de sentido al sufrimiento que él padece; si lo logramos el análisis se vuelve posible.

PASION DE TRANSFERENCIA. ALIENACION Y ETICA DEL PSICOANALISIS

Luis Hornstein. Desde hace tiempo usted enfatiza la importancia del proyecto terapéutico. ¿Cómo vincular esta reivindicación de la dimensión terapéutica del análisis con sus elaboraciones sobre la pasión de transferencia y la alienación? ¿Cómo se relaciona ello con la ética del psicoanálisis?

Piera Aulagnier. Para retomar la última parte de su pregunta no veo cómo la ética del psicoanalista puede olvidar su función terapéutica. El sujeto no viene a vernos porque forma parte de una *intelligentsia*, tampoco porque está movido por no sé qué deseo de saber, sino que viene porque sufre y para que lo ayudemos a superar su conflicto psicótico, neurótico u otro que es causa de su sufrimiento. Por ello es que pienso que la dimensión

terapéutica es parte integrante de lo que hago cotidianamente cuando trabajo como analista.

Usted me pregunta cómo ligar esta reivindicación de la dimensión terapéutica con mi elaboración sobre la pasión transferencial y la alienación como consecuencia. Creo justamente que es el olvido de esta dimensión terapéutica el responsable mayor en convertir el amor de transferencia necesario en una pasión transferencial que no puede conducir sino a la alienación. Creo que la pasión transferencial tiene como principal responsable a un deseo inconsciente del analista. Es el analista quien induce en la mayor parte de los casos la pasión.

Luis Hornstein. Usted escribió que tanto el silencio abusivo como la interpretación a ultranza favorecen la pasión transferencial. El exceso de silencio, porque demuestra al analizando la insignificancia de su discurso y de todo discurso y porque el analista da cuerpo a una ilusión de que sabe todas las verdades universales que el discurso no hace otra cosa que velar y disfrazar. En dicha postura todo aquello que el analizando podría decir y pensar es entendido como confirmación de la mentira característica de todo discurso, como montaje artificioso, como señuelo. La interpretación prefabricada porque enfrenta al sujeto con un modelo generalizable. En ambos casos la creencia en la singularidad de la historia será implícitamente denunciada como una dimensión engañosa que es preciso perder para alcanzar la suprema sabiduría que lleva a proclamar que lo que el analizando puede elaborar de sus determinaciones históricas corresponde al registro de lo imaginario. Se pierden entonces las referencias freudianas mayores en cuanto al hacer consciente lo inconsciente, el lugar de las interpretaciones y construcciones y la función esencial que Freud le asignaba a la reelaboración.

Piera Aulagnier. No critiqué tanto la interpretación prefabricada por generar una pasión transferencial, sino más bien por otras razones. Pero sí el silencio a ultranza. Este genera en el analizando una idealización. Es fácil idealizar a un mudo.

Además creo que la pasión transferencial es favorecida por una serie de comportamientos y técnicas de moda en cierta práctica del análisis. Si uno atiende a un paciente cinco minutos, sólo puede esperar dos consecuencias: o bien la fuga del paciente —y por razones muy largas de explicar no es lo más frecuente— o bien, y eso es muy grave, lleva al analizando a renunciar a juzgar lo que efectivamente pasa en la relación analítica por una idealización masiva del analista que conduce a una relación de alienación. Cada vez estoy más convencida de que la modalidad técnica de conducir una cura es la responsable de la alienación y, en general, el analista es también víctima de su alienación en una teoría para la cual él es incapaz de asumir una posición crítica.

Luis Hornstein. A pesar de tener una tradición clínica de varias décadas, en nuestro país estamos pendientes de la Otra escena que es siempre Europa. Usted dice que hay épocas de valorización excesiva de la teoría y épocas de decepción y vuelta a la clínica. En nuestro país ya se dio la decepción con la escuela kleiniana a la que siguió luego una ilusión con los desarrollos de Lacan. A comienzos de la década del 70 la lectura de Lacan tuvo en nuestro medio gran importancia ya que —por la hegemonía absoluta del kleinismo— no se leía casi a Freud. Gracias a Lacan recuperamos a Freud y es indudable que los aportes de Lacan posibilitaron comprensiones inéditas de dimensiones esenciales de la obra de Freud. En resumen: Lacan

nos hizo pensar. Pero para algunos las formulaciones de Lacan padecen de una petrificación ontológica y se convierten en verdades absolutas; para ellos se da un cógito modificado: "El piensa (Lacan), luego yo existo".

Me parece útil profundizar la categoría de alienación cultural para dar cuenta de algunos procesos que ocurren en países dependientes como el nuestro. Me interesaría saber su opinión al respecto.

Piera Aulagnier. Usted sabe, no creo que la alienación sea un fenómeno de su país, creo sí que es patrimonio de vuestro país la forma que asumió el terror social en el gobierno militar. Creo que la alienación del pensamiento no es un hecho particular de un país dado. La alienación tiene por meta la exclusión de toda duda, de toda causa del conflicto e implica la muerte de la actividad de pensamiento. Poder reconocerse un derecho a pensar implica renunciar a encontrar en la escena de la realidad una voz que garantice lo verdadero y lo falso, y presupone el duelo por la certeza perdida. Tener que pensar, tener que dudar de lo pensado, tener que verificarlo: tales son las exigencias que el yo no puede esquivar.

En algún texto planteé que la duda es el equivalente de la castración en el registro del pensamiento. Aquel que aliena su pensamiento a un discurso le otorga el mismo grado de certeza que en la psicosis tiene la reconstrucción delirante con respecto a la realidad. Todo pensamiento —sobre todo si tiene cierto valor— hace que mucha gente se precipite en él para no tener que seguir pensando. Esa no es una particularidad argentina. En Francia también tenemos modas y hay modas peligrosas.

Luis Hornstein. Hablando de modas. Sabemos que el estructuralismo había evacuado al acontecimiento y, en

el límite, a la historia misma. Al definir al yo como historiador, al jerarquizar la realidad histórica y los efectos de los encuentros como lo que hace pasar de una potencialidad a sus manifestaciones clínicas pareciera que usted se ha distanciado del estructuralismo. ¿Es así?

Piera Aulagnier. Usted sabe, siempre estuve muy lejos del estructuralismo. Eso no es nuevo. Lacan estuvo siempre interesado en lo que podía aportar el estructuralismo al psicoanálisis, pero yo siempre me sentí alejada del estructuralismo. No creo que el estructuralismo aportara gran cosa al pensamiento analítico.

Luis Hornstein. A partir de las dos revistas —a mi juicio— más representativas del análisis francés actual, *Nouvelle Revue* y *Topique*, se puede inferir que hay cambios. Pareciera que ya han sobrepasado la época de las duras escisiones, y que los debates son más conceptuales que creenciales. ¿Es así? ¿Cómo describiría la coyuntura del análisis francés hoy?

Piera Aulagnier. Algo que es preciso decir es que en las nuevas generaciones no existen esas barreras entre los diversos grupos analíticos. Dejo de lado algunos grupitos lacanianos que son una cuestión aparte. Soy frecuentemente invitada por diversas instituciones, y no soy en este caso una excepción. Estoy en Argentina invitada por la A.P.A. a pesar de que yo y mi grupo no pertenecemos a la I.P.A. Hay en este momento una apertura y se valora a cada analista por lo que él aporta independientemente de la institución a la que pertenezca.

Luis Hornstein. Usted es una de las fundadoras del cuarto grupo. Uno de los objetivos fue encarar de manera diferente la formación de analistas. Después de más de 17 años, ¿cómo evaluaría la experiencia?

Piera Aulagnier. Yo diría de las sociedades analíticas que no hay buena sociedad así como no hay buen salvaje, como lo creía Rousseau. Diría que no es más mala que las otras. En el cuarto grupo intentamos un sistema de formación que respeta al máximo la libertad del sujeto que quiere devenir analista. La propuesta que creo central en el cuarto grupo es que la institución no obstaculice el proceso analítico de aquel que quiere ser analista. Tenemos muchas exigencias: que el candidato haya hecho un análisis con quien él quiera, que haga dos supervisiones, que tenga un trabajo de elaboración, de discusión con algunos analistas de nuestro grupo durante un tiempo que permita una suerte de reconocimiento recíproco. No es fácil devenir analista en el cuarto grupo.

LA RELACION TEORIA-CLINICA

Luis Hornstein. En Freud hay armonía entre las elaboraciones metapsicológicas y sus consecuencias técnicas. En los anglosajones hay una referencia clínica constante que incluso descuida —relativamente— los aspectos teóricos. En Francia por tradición se tiene tendencia al teoricismo, lo que implica un cierto menosprecio de la investigación clínica. En su último libro escribe que un trabajo clínico expone mucho más al analista que una elaboración teórica y advierte contra los riesgos de convertir a la clínica en algo inefable. ¿Está usted sola en esta empresa o hay otros analistas franceses que están dispuestos a asumir ese riesgo? En otras palabras, ¿hay un retorno a la clínica?

Piera Aulagnier. Creo que después de años de fascinación teórica —y no puedo negar que personalmente tengo una fascinación por la teoría y casi podría decir que para mí la investigación teórica es mi forma de toxicomanía—, pienso, le decía, que desde hace una docena de años se visualiza en el análisis francés, efectivamente, un mayor interés por la clínica. Eso creo que es verdaderamente cierto. Es verdad que, a pesar de esto que le digo, en Francia no se ha llegado todavía a la importancia que le asignan a la clínica los trabajos anglosajones. En *El aprendiz de historiador* le consagro más de cien páginas al caso de Philippe, cosa poco frecuente en Francia y habitual en la literatura anglosajona. Es verdad también que yo le reprocharía el pragmatismo —a pesar de todo lo positivo que pueda tener— a los anglosajones, de dejar de lado la teoría y de conformarse con ciertas aproximaciones. No creo que uno se pueda interesar verdaderamente en la teoría sin acordar el mismo interés a la clínica, que debe ser —como usted dice— el campo de la puesta a prueba de la teoría. ¿Qué valor puede tener una teoría que no se confronta con la clínica?

Creo que es verdad, que los analistas más jóvenes, sobre todo en el campo analítico francés, le acuerdan más importancia a la clínica. Tal vez porque se enfrentan a cuadros psicopatológicos nuevos que no pertenecen simplemente al registro de las neurosis y que corresponden a esas problemáticas que se suelen llamar *borderline,* estructuras narcisistas o del orden de lo psicosomático. Tal vez el hecho de verse enfrentados tan masivamente a un tipo de sintomatología que plantea nuevos problemas explica, parcialmente, este mayor interés por la clínica.

12. PIERA AULAGNIER*

Maurice Dayan

Desaparecida en la primavera pasada, Piera Aulagnier deja un gran vacío; un vacío que aún no hemos terminado de asimilar. Deja también —es una forma de consuelo— la plenitud de una obra considerable y la impronta de un estilo psicoanalítico claramente delineado.[1]

Necesitó tiempo esta brillante disidente del lacanismo para encontrar su senda propia, reflexionando sobre una práctica fuertemente marcada por el tratamiento de las psicosis. Ese tiempo no sólo era necesario para suspender el juramento de fidelidad intelectual y explorar un terreno en el que todas las certezas son puestas fuera de juego por la operación del delirio polimorfo, a menudo inaprehensible; también lo requería la necesidad de extender la competencia del modelo metapsicológico —y por lo tanto de modificarlo en profundidad— más allá de

1. Hace unos quince años publiqué un primer estudio de *La violence de l'interprétation*, que acababa de salir (véase M. Dayan, "Représentation, délire, histoire", *Psychanalyse à l'Université*, n° 1, dic. de 1975, págs. 189-211). Más adelante expuse lo que entendía por "estilo psicoanalítico" en un trabajo cuyo último capítulo está enteramente dedicado al estilo de P. Aulagnier, tras la publicación de su segundo libro, *Les destins du plaisir* (PUF, 1979). Véase *L'arbre des styles*, Aubier-Flammarion, 1980, cap. 6.

*Publicado en *Psychanalyse à l'Université*, 16: 61, 1991.

los procesos subyacentes a las neurosis de transferencia y a las perversiones. Gesto que Lacan esbozó en una cierta dirección, pero que Aulagnier recogió y realizó de manera muy diferente, considerando la relación de la representación de lenguaje o "ideica" con modalidades más originarias de las metabolizaciones constitutivas de la vida psíquica, y de lo que la transforma en acontecimiento.

Más de una vez he llamado la atención sobre la radical originalidad de esta andadura, que de ningún modo se limita a "agregar" a los procesos primario y secundario, distinguidos por Freud, un proceso más primitivo cuya expresión "pictográfica" estaría certificada por la psicosis. Por lo demás, no es posible agregar lo que fuere al dualismo freudiano, regido por el punto de vista económico. Tanto es así que, según este punto de vista, o bien la investidura de huella es objeto de una tentativa de descarga total e inmediata, y entonces nos hallamos ante el proceso primario; o bien la energía que esta investidura emplea está sometida a una actividad de ligazón que instituye mediaciones espacio-temporales entre el deseo y su satisfacción, y entonces se trata necesariamente de procesos secundarios. Es posible imaginar, sin duda, grados diversos en el acondicionamiento y elaboración de los rodeos que se toman para producir o hacer volver la satisfacción; dicho con otras palabras, habría una distancia más o menos grande entre *solución* primaria y *resolución* secundaria. Pero en este diseño no hay lugar posible para otro tipo de procesos.[2]

Así pues, cuando P. Aulagnier, en *La violencia de la interpretación*, introduce lo "originario", oponiéndolo a lo "primario", aparta a este último concepto de su sentido

2. Véase sobre este punto mi artículo "Pourquoi l'oiriginaire?", publicado en *Psychanalyse à l'Université*, n° 42, 1986, págs. 243-258.

económico freudiano y procede a un cambio completo de perspectiva. Lo decisivo para ella no es la suerte de la investidura (aunque no la deje de lado); lo decisivo es el postulado causal que rige, a la manera de una lógica inmanente, las metabolizaciones específicas de los acontecimientos que sobrevienen en un "espacio psíquico" intrínsecamente ligado al cuerpo vivo, él mismo distribuido en zonas sensoriales-erógenas aptas para el placer y el dolor. Este postulado causal que preside la transformación psíquica del acontecimiento (que puede ser de naturaleza somática o haber surgido ya de una metabolización perceptiva) consagra la primacía de la representación en la definición de los procesos psíquicos. Si el acontecimiento es recibido bajo el principio no formulado del autoengendramiento, se inscribe en un pictograma originario tomar en sí o rechazar fuera de sí lo que acontece (y que de este modo es investido o desinvestido como lo que el ser vivo produce por sí mismo). Si, por el contrario, se lo imputa al mero poder de otro, se hace pasible de ser *puesto en escena* de acuerdo con un fantasma que describirá el cumplimiento del deseo de este otro (generalmente materno): por lo tanto, el postulado de este proceso "primario" no tiene nada en común con el proceso primario freudiano. Por último, si el acontecimiento es liberado, mediante una representación causal acorde con el discurso de un conjunto cultural, de esta alternativa *princeps* (uno mismo o el Otro), queda devuelto entonces a la mundanidad de los fenómenos que se pueden conocer a través del lenguaje, haciéndose susceptible de una *puesta en sentido* no solipsista, de acuerdo con un proceso secundario en el que el yo se distingue conscientemente de las actividades pictográfica y fantasmática que lo preceden y acompañan.

Sin embargo, la diferencia entre estas dos actividades es de tal dimensión que el fantasma cumple un papel mediador entre un sentir anónimo en el que el "sujeto" es

lo que experimenta, y un pensamiento capaz de interpretar lo que le acontece al individuo en un mundo donde se encuentra con otros yoes y donde se forma su historia propia. Por un lado, el fantasma describe un acontecimiento que afecta a la vida pulsional de este individuo en lo que tiene de más íntimo; por el otro, proyecta hacia afuera, en una puesta en escena objetivante, esta calidad de acontecimiento que él refiere al deseo del otro. En cambio, el pictograma confina al ser que le sirve de soporte a la identidad de una unión o de un rechazo que él padece sin poder imaginarlo. Esto *inimaginable,* esencial a lo originario en cuanto es primero, no relativo al otro ni a una exterioridad cualquiera, signa el postulado del autoengendramiento. En el vínculo inmediato que une una zona estesiológica con la cosa que la completa y le procura placer o sufrimiento, no hay lugar para una interpretación del acontecimiento libidinal o mortífero que lo refiriese a un poder extraño. De este modo, la tentativa originaria de rechazar fuera de sí un acontecimiento fuente de sufrimiento no conduce *eo ipso* al "yo-placer purificado" de Freud, sino que implica, de acuerdo con el postulado del autoengendramiento (que es nada menos que un axioma intelectual), que la psique se separa de aquello mediante lo cual se une al objeto, de esa zona complementaria fuente y sede de excitación de la que entonces le es preciso mutilarse. Semejante necesidad torna impracticable la "solución" del repliegue narcisista que decreta la caducidad del mundo malo y exalta al yo [*moi*]. En cambio, deja al fantasma —cuyo postulado constitutivo se sitúa *en el punto opuesto* a lo originario— la posibilidad de interponer entre el sujeto y una realidad que es causa de un exceso de sufrimiento, una interpretación escénica que pone en causa (en el doble sentido de la expresión) al deseo del otro. Pero si se da el caso de que esta interpretación primaria no pueda desplegarse (para entrar ulteriormente en el campo de lo reprimido), el yo

del niño que accede a la palabra quedará directamente enfrentado con un tipo de representación de cosa que corresponde a la inmediatez pictográfica y que está colocado bajo la égida de Tánatos. En estas condiciones, el yo no podrá preservarse vivo más que apelando, en el orden del discurso, a una causalidad delirante que le permita recomponer lo real asignándose a sí mismo "nuevos" orígenes, una historia distinta y hasta otro cuerpo. Así pues, el fracaso de la mediación fantasmática desempeña un papel central en la formación de la potencialidad psicótica; y, lejos de que se deba considerar lo originario como la única fuente de ésta, sólo el juego complejo de diversos factores en que lo imaginario y la palabra tienen su lugar definido, confiere *après coup* su potencia patógena a la pregnancia pictográfica del rechazo.

Esta teoría, que hemos resumido a grandes rasgos, no presenta sólo el interés de determinar y articular juntos los elementos de la representación. Podemos estar agradecidos ya a su autora por haber llevado a cabo esta delicada tarea (y por haber sabido romper, en tal designio, con las concepciones difluentes del fantasma que invadieron el *logos* analítico). Pero la obra de Aulagnier autoriza también un enfoque discriminativo de los destinos pulsionales, por lo menos de los que se dejan ubicar dentro de las categorías generales de la neurosis y la psicosis. Este enfoque no es en absoluto lo sencillo que se podría creer si nos limitáramos a las diferencias sintomáticas (que todo el mundo sabe hacer, sin por ello explicarlas). La originalidad de esta autora no se debe en esta circunstancia a una modificación de la nosología, sino a un sacudimiento de la perspectiva metapsicológica abierta por Freud, mantenida en gran parte por Klein y cuestionada únicamente por Lacan. En lugar de edificar esta teoría a partir de los interrogantes freudianos iniciales —o sea: ¿en qué condiciones son posibles las neurosis de transferencia y el sueño?—, P. Aulagnier se propuso resolver el problema siguiente: ¿qué fundamentos de la vida psíquica deben estar presupuestos para que sobrevengan conflictos psicóticos, aparte de otros tipos de evolución compatibles con la adopción y asunción de una posición identificatoria singular?. Se trató, pues, para esta analista (que fue primero psiquiatra), no simplemente de extender a procesos psicóticos, mediante algunos añadidos y especificaciones, un modelo concebido primeramente para interpretar trastornos psíquicos menos importantes; sino, muy por el contrario, de elaborar los conceptos aptos para dar cuenta de los conflictos identificatorios más graves y de abarcar, sobre esta base, el campo entero de las manifestaciones páticas de la vida y de la lucha constante que la opone a las potencias mortíferas.

Vistas bajo esta luz, las representaciones negativas de la psicosis propuestas desde Freud a Lacan (pérdida de la realidad, forclusión del Nombre-del-Padre) se muestran inadecuadas para describir su objeto, que se limitan a significar bajo las figuras de la "falta", es decir, de un déficit de adquisiciones normales o neuróticas implícitamente planteadas como primeras en derecho. En tales condiciones la locura no puede sino ser reenviada a la nada de lo insensato, como ya lo había sido antes del psicoanálisis. Esforzarse en comprenderla por ella misma, en su positividad, es entrar más bien en el juego de las duras pruebas y las coacciones que impusieron al *infans*, y luego al ser hablante (si no es mutista), la elección de un modo de representación de lo experimentado que fuese compatible con su vida propia, permitiéndole responder a la violencia padecida, en particular la de la interpretación materna de los afectos sentidos antes de ser nombrados. Semejante esfuerzo supone que la escucha del psicótico esté exenta del prejuicio del sinsentido que acecha constantemente al clínico confrontado con el

delirio y con la implacable soledad en que se encierra quien es presa de él. Otros autores denunciaron enfáticamente este prejuicio y el combate que exige.[3] Pero lo propio de la andadura de Aulagnier fue derivar la búsqueda del sentido[4] hacia la construcción de una historia, en vez de dejarla diseminarse y atascarse en una actualidad transferencial inestable. Para Freud, esta tarea incumbía plenamente al análisis de las neurosis, que debía ser capaz de bosquejar "el cuadro de los años olvidados de la infancia". Si el realismo que esta intención implica fue severamente impugnado en la práctica corriente y en la teoría desde los principios de la década de 1920, el acercamiento a la psicosis demuestra su legitimidad heurística para esa categoría de pacientes que vivieron siempre bajo el acoso de lo real, siendo que jamás pudieron representárselo como un lugar de origen o como un punto de apoyo. Vemos así al esquizofrénico despojado por su madre (su "portavoz") de todo lo que podía hacerle advenir como existente singular e irreductible, privado además del recurso al tercero paterno, cuya posición deseante en el origen de su concepción, la que lo trajo al mundo se dedicó a excluir de su discurso. En tales condiciones, el yo del niño no puede formar el menor enunciado que vincule su existencia con el deseo de la pareja parental. El lugar que se le prescribe no es el trazado por un proyecto, sino más bien el que circunscribe ese retorno

3. Pensamos sobre todo en Searles y sus penetrantes análisis de la "comunicación esquizofrénica". La defensa del terapeuta contra la persecución que el delirante procura desviar hacia él es un conocido obstáculo a la preservación de una actitud interpretativa que el psicótico pueda acoger y recibir como un beneficio.

4. *La búsqueda del sentido* es el título que dio la autora a su último libro (*La quête du sens*, Ramsay, 1986), en el que se recogieron sus principales artículos, desde el comienzo de su carrera analítica hasta la fecha de publicación.

de lo Mismo en el que lo aliena la sombra hablada.[5] Esta inversión de la función anticipadora de la enunciación materna vacía de todo sentido la cuestión del origen sexuado y, con ella, el pensamiento de lo temporal. En efecto, cabe preguntarse si la incapacidad esquizofrénica para ordenar el tiempo sobre la base de referentes investidos y privilegiados, no emana de esa circularidad sin fin en la que fue sumido un niño que no tuvo acceso a ninguna representación verdadera de sus orígenes, como tampoco a un reconocimiento de la ignorancia en que se lo mantuvo.

Sin embargo, la realidad incriminada e interrogada en esta búsqueda de las condiciones de la psicosis no se limita a los aspectos discursivos de la violencia ejercida por el portavoz. Más allá de la innegable eficacia y de la devastadora influencia de una prohibición de pensar significada por esta instancia, es preciso que el niño, cual el "estudiante de lenguas esquizofrénico", haya tenido "el espíritu hendido" por las palabras maternas instiladas con el alimento, con "tono de triunfo"[6] o no, para que la

5. Esta expresión designa de una manera general, en *La violencia de la interpretación*, una serie de enunciados que atestiguan el anhelo materno en lo que respecta al niño, al cabo de lo cual se forma supuestamente una imagen identificatoria que se anticipa a la enunciación propia del sujeto. Según el análisis propuesto por la autora (más allá del caso particular de la psicosis), "esa sombra, ese fragmento de su propio discurso representa para el yo de la madre lo que el cuerpo del hijo, en otra escena, representa para su deseo inconsciente. Ella es, por lo tanto, lo que, del objeto imposible y prohibido de este deseo, ha podido transformarse en decible y lícito" (pág. 140).

6. Cito aquí las expresiones de Louis Wolfson (véase *Le Schizo et les langues*, Gallimard, 1970). P. Aulagnier, que había publicado en *Topique* un vasto estudio de este libro ("Le sens perdu", recogido en *La quête du sens*), había hablado profundamente con el autor. La hipótesis "wolfsoniana" del rechazo de un sentido impuesto y de la creación de un neolenguaje ajeno al sentido tuvo una influencia directa sobre la concepción de *La violencia de la interpretación*.

realidad sensible de lo escuchado haya revelado ser por sí misma intolerable; es preciso también que la madre haya suministrado al sujeto apto para el fantasma signos de no deseo y de displacer, tanto en sus dones como en sus demandas y exigencias; y es preciso, por último, para remontarnos a lo originario, que se haya producido una funesta conjunción entre acontecimientos reales y el pictograma del rechazo, para que la dominancia de éste se afirmara y para que surgiera con ella el vértigo de la autoaniquilación. Todas estas condiciones, propuestas como necesarias frente a la tópica ternaria mencionada hace poco, no son suficientes, indudablemente. Por decisivos que parezcan los "encuentros" de las diversas regiones de la psique con la realidad en la que creció el niño destinado al devenir-psicótico, el analista que intenta comprender y volver a trazar ese devenir a través de los elementos significativos que le habrá brindado "el aprendiz de historiador", no puede jactarse de alcanzar a este respecto un conocimiento completo.

A falta de un saber semejante, cuya idea misma poco se concilia con el desarrollo de la actividad interpretativa, es posible interponer, entre el discurso delirante y las representaciones inconscientes que el psicótico está lejos de presentar "a cielo abierto", lo que P. Aulagnier denominó "enunciados históricos": es decir, enunciados que restituyen "lugar y voz a ese tiempo de la infancia reducido al silencio, o asesinado, tanto por el discurso parental como por el propio discurso del sujeto cuando la infancia quedó atrás".[7] A tales enunciados, en la medida en que puedan ser oídos y recibidos por el psicótico, podemos deberles el paso de los "documentos fragmentarios" a una cierta continuidad temporal y a la reapropiación de un pasado cuyo acceso estaba antes prohibido. El peso de esta interdicción puede ser no obstante aplastador, cuando detrás de ella se perfila la desinvestidura activa de la madre por su hijo y, detrás de esta desinvestidura, una orden terminante y tácita de no nacer y de no ser, para la que la mera vida de este hijo representa una transgresión: "crimen de leso Tánatos" que el sujeto presiente en su delirio cuando, por una suerte de salto hacia atrás, intenta sobrevolar el tiempo mismo de la vida de sus padres o de su linaje, para hacer coincidir su origen propio con el de la especie y hasta con el de los seres vivos.

7. *L'apprenti-historien et le maître-sorcier*, PUF, 1984, pág. 146.

Una larga frecuentación de psicóticos permitió a P. Aulagnier apreciar en toda su dimensión los posibles efectos de una desposesión del tiempo inicial del *infans*. El yo que adviene, que se busca una identidad, un ámbito de vida que cree abierto ante él, no puede abarcar con la mirada esa existencia pasada que necesita atribuirse. Encuentra un ya-ahí que no es solamente el del mundo y los seres nacidos antes que él (algunos de los cuales le propondrán una versión inverificable de las premisas de su historia), sino que es también el de sus necesidades corporales y sus pulsiones, el de la voz y el cuerpo de la madre, soportes de sus primeras investiduras. El mundo no se le aparece simplemente preexistente, sino sobre todo *preinvestido* por el ser que lo precede y que vino a habitarlo. De estas investiduras primordiales el yo no puede darse una representación "ideica" ajustada a sus propias posibilidades de metabolización. No puede pensar ni reconstruir "una primera relación boca-pecho, grito-respuesta, necesidad-placer", y queda así definitivamente separado "de cierto tipo de relación, de apertura a los contenidos de su propio ello".[8]

En su momento puse de relieve este retorno del ello en el discurso de la autora; un discurso que lectores apresurados podían juzgar intelectualista, porque se habla mucho en él del yo y del poder-pensar. Es significativo que

8. Idem, pág. 207.

la desposesión, en esta instancia, de la apertura a los contenidos del ello, vaya a la par con la del tiempo inaugural, lugar prehistórico de investiduras indecibles e inmemoriales. El paralelo entre esta concepción y la de los efectos de la amnesia infantil en el discurso freudiano se impone con toda evidencia, pero de una manera problemática. La inapropiación del pasado más remoto era para Freud una característica universal, que superaba ampliamente el marco de la neurosis, marco dentro del cual él la relacionó con la amnesia histérica. Cualquiera que sea el papel de los límites de los procesos cognitivos (recientemente se estableció que eran mucho más precoces en el bebé de lo que antaño se creía) en la indisponibilidad, para la memoria, de los acontecimientos de la primera infancia; cualquiera que sea también la variabilidad —de hecho considerable— de la extensión de la amnesia infantil "normal", ésta siempre es correlativa, en Freud, a las secuelas de la represión. Ahora bien, P. Aulagnier concibe la represión, en la neurosis, como impuesta al niño por las instancias parentales, en forma tal que éstas queden a cubierto, todo lo posible, del retorno de su propio reprimido. "La prohibición que afecta al objeto del deseo incestuoso, repitiendo la prohibición que afectó al objeto del deseo incestuoso parental, permite al niño, igual que a los padres, preservarse, en el futuro el primero, en el presente los segundos, objetos lícitos, y otro tanto preservar entre ellos una relación de investidura".[9] Entre lo ya-reprimido por el progenitor y lo que va a constituirse como reprimido en el niño hay así una complementariedad, como hay una alianza en la exclusión del campo de las demandas respectivas de todo enunciado que llame a la transgresión y a la realización de lo prohibido. A riesgo, me parece, de simplificar mucho lo que sucede "fuera del registro de la psicosis", P. Aulagnier opone a este enfoque la mira específica de la represión en el proceso psicótico. Aquí se trata más bien de tornar imposible *el revelamiento de un no-reprimido* en la madre. Esta va a prohibir a su hijo cualquier enunciado que pudiese evocar ese no-reprimido: la alianza de las represiones es suplantada por la decisión unilateral de hacer reprimir por el vástago aquello que pudiese poner al padre en peligro (y llegado el caso, también a su hijo). Desde su advenimiento el yo se encontrará, pues, en la imposibilidad de dar sentido a cualquier experiencia capaz de aproximar lo que desencadenara la acción arbitraria de la instancia represora parental. La interiorización de la prohibición significada por ésta, lejos de dejar al deseo la posibilidad de darse en un tiempo ulterior un objeto lícito y una expresión admisible, producirá la atemporalidad de un inexplicable, fuente de una angustia indecible que deja en suspenso el tiempo de la infancia anonadada. Los "agujeros de memoria" de Orwell inspiraron a la autora de *El aprendiz de historiador* unas analogías muy sugestivas entre el sistema persecutorio del "peor de los mundos" y ese orden superior e innombrable al que están ciegamente sometidos los pensamientos del psicótico acerca de su infancia. Abundan los análisis clínicos que ponen en evidencia amnesias infantiles severas secretamente ligadas a un pivote traumático cuya fuerza de difusión le viene de la implantación de lo no-reprimible parental.

La tajante oposición entre neurosis y psicosis es una gran constante del pensamiento de Aulagnier y de su práctica. Lo deja ver claramente esta cuestión de la inapropiación del pasado infantil y de la represión, pero aquí se trataba de una visión general aplicable a todos los aspectos de la vida psíquica y de los procesos patógenos. Había, por lo tanto, dos "registros" bien definidos entre los cuales casi no se hallaba más espacio del que ofrecía el discurso freudiano para lo que se denomina regular-

9. Idem, pág. 253.

mente, en nuestros días, estados límite. De hecho, la extrema vigilancia crítica de esta analista le hacía considerar con mucha reserva la abusiva extensión que alcanzaran esos "estados" intermedios en la nosografía contemporánea. Ella juzgaba psicóticos a muchos pacientes que le eran presentados vagamente como "límites"; y, a la inversa, recusaba el concepto de "núcleo psicótico" de la personalidad, en el que sólo veía una facilidad de lenguaje que autorizaba menos explicaciones que confusiones. Asimismo, el proyecto terapéutico trivial de llevar a un psicótico a la neurosis, le parecía absurdo. La idea de una evolución semejante atestiguaba a sus ojos un profundo desconocimiento de la psicosis y de los límites entre los cuales se puede actuar sobre ella.

Un aspecto esencial del rigor de que daba pruebas residía en la exigencia de bien pensar, quiero decir de representarse lo más claramente posible lo que sucede en un proceso de análisis, de someter a la interrogación teórica lo que parecería tener que escapar a esta representación, sin descuidar esos pequeños detalles sobre los que se apoya, como sabemos, la predilección de los procesos inconscientes. En Piera Aulagnier, este tipo de interrogación teórico-clínica se hallaba constantemente alerta. Hablaba de "teorización flotante" para caracterizar el pensamiento del analista digno de este nombre, remarcando con ello que le es preciso otra cosa que atención —así fuese "en igual suspenso"— para oír las palabras del analizante, para pensar su decir y para hallarse también en condiciones, en ciertas circunstancias, de decir, cuando no de predecir su pensamiento. Pero esa expresión significaba además que la actividad teorizante debe estar presente siempre, y no confinada en los renglones del escrito o en los efectos del discurso *ex cathedra;* que conviene someterla a la prueba de esos hechos singulares que la obligan a *flotar* y que denuncian la inadecuación de los sistemas. Pues, en esta analista, la

afición y el interés por la singularidad, por lo que cada historia tiene de irreductible, por la capacidad de invención imprevisible de la psique estaban desarrollados al máximo. Sólo se les igualaba su pasión por comprender y por elevar al concepto las dificultades que aparecieran, así debiese revisar para ello palmos enteros de una problemática expuesta con anterioridad.

Más allá y en el interior del campo del análisis (del que no cesaba de ocuparse), P. Aulagnier mostraba una vivísima curiosidad, un deseo juvenil de aprender y una lucidez rara vez pillada en falta. Nadie aunó más naturalmente el amor por las ideas claras y el sentido respetuoso de lo oscuro, que se sustrae y se desplaza a medida que el pensamiento progresa. Bajo apariencias un tanto severas y huranas, su rectitud, su desdén por los honores y el poder, su cálido humor, su sensibilidad y su profunda generosidad hicieron de ella mucho más que una eminente practicante y que un maestro del pensar: simplemente, uno de los seres más afectuosos que hubiésemos deseado conocer.

LISTADO CRONOLOGICO DE LA OBRA DE PIERA AULAGNIER

— «Remarques à propos de la structure maniaco-dépressive», *Recherches sur les maladies mentales,* 1961, págs. 93-115.
— «Remarques sur la structure psychotique»*, *La Psychanalyse,* 1964, págs. 47-67. [Trad. esp.: "Observaciones sobre la estructura psicótica", en *Carpeta de Psicoanálisis I,* Letra Viva, Buenos Aires, 1973.]
— «Angoisse et identification», *Rivista sperimentale di Freniatria e Medicina legale delle Alienazioni mentali,* 1965, *89,* fasc. 1, págs. 13-30.
— «Le "désir de savoir" dans ses rapports à la transgression»*, *L'inconscient,* n° 1, enero-marzo, 1967, págs. 109-125.
— «Remarques sur la féminité et ses avatars», en P. Aulagnier Spairani *et al., Le désir et la perversion,* París, Seuil, 1967, págs. 55-79. [Trad. esp.: «Observaciones sobre la femineidad y sus avatares» en *El deseo y la perversión,* Sudamericana, Buenos Aires, 1968.]
— «La spécificité d'une demande ou la première séance», *Interprétation,* I, n° 2, abril-junio 1967.
— «La perversion comme structure», *L'inconscient,* n° 2, abril-junio 1967, págs. 11-41. [Trad. esp.: "La perversión como estructura", en *La perversión,* Trieb, Buenos Aires, 1978.]
— «Demande et identification»*, *L'inconscient,* n° 7, julio-septiembre 1968, págs. 23-65.

*Los títulos seguidos por un asterisco han sido reproducidos en *Un interprète en quête de sens,* Ramsay, París, 1986.

— «Comment peut-on ne pas être persan?»*, *L'inconscient,* n° 8, oct. 1968, págs. 27-45.
— «Sociétés de psychanalyse et psychanalyste de société»*, *Topique,* n° 1, 1969, págs. 7-46. [Trad. esp.: "Sociedades de psicoanalistas y psicoanalistas de sociedad" en *El sentido perdido,* Trieb, Buenos Aires, 1980.]
— «Aspects théoriques des perversions», *Sexualité humaine* (col.), París, Aubier-Montaigne, 1970, págs. 215-229.
— «Un problème actuel: les constructions psychanalytiques»*, *Topique,* n° 3, 1970, págs. 61-96. [Trad. esp.: "Un problema actual: las construcciones psicoanalíticas", *El sentido perdido,* op. cit.]
— «L'interprétation psychanalytique dans la théorie et dans la pratique», extracto de la ponencia al Congreso de Psiquiatría y Neurología de Lengua Francesa, 63 a. sesión, Milán, 7-12 de septiembre, 1970, págs. 287-311.
— «Le sens perdu (ou le "schizo" et la signification)»*, *Topique,* nº 7-8, págs. 49-83. [Trad. esp.: "El sentido perdido", *Carpeta de psicoanálisis I,* Letra Viva, 1973.]
— «Temps de parole et temps de l'écoute: remarques cliniques»*, *Topique,* nº 11-12, 1973, 41-69. [Trad. esp.: "Tiempo de palabra y tiempo de escucha: observaciones clínicas", en *El sentido perdido,* op. cit.]
— «A propos de la réalité: savoir ou certitude»*, *Topique,* n° 13, 1974, págs. 5-22. [Trad. esp.: "A propósito de la realidad: saber o certeza", en *El sentido perdido,* op. cit.]
— «L'histoire d'une demande et l'imprévisibilité de son futur (remarques actuelles)», *Revue française de psychanalyse,* XXXIX, nos. 1-2, enero-abril 1975, págs. 87-102. [Trad. esp.: "La historia de una demanda y la imprevisibilidad de su futuro", en *El sentido perdido,* op. cit.]
— *La violence de l'interprétation - du pictogramme à l'énoncé,* París, P.U.F., 1975. [Trad. esp.: *La violencia de la interpretación del pictograma al enunciado,* Amorrortu, Buenos Aires, 1977.]
— «A propos du transfert: le risque d'excès et l'illusion mortifère», Coll. *Savoir, faire, espérer,* Publications des Facultés Universitaires Saint-Luois, Bruselas, 1976, págs. 417-440.

[Trad. esp.: "A propósito de la transferencia: el riesgo de exceso y la ilusión mortífera", en *El sentido perdido,* op. cit.]
— «Le droit au secret: condition pour pouvoir penser»*, *Nouvelle Revue de Psychanalyse,* XIV, otoño 1976, págs. 141-157. [Trad. esp.: "El derecho al secreto: condición para poder pensar", en *El sentido perdido,* op. cit.]
— «Le travail de l'interprétation», en *Comment l'interprétation vient au psychanalyste. Journeés Confrontation,* Aubier Montaigne, París, 1977, págs. 13-38. [Trad. esp.: "El trabajo de la interpretación", capítulo 9 de este libro.]
— «Le choix des critères dans l'œuvre de Freud», *Topique,* n° 21, 1978, págs. 3-21. [Trad. esp.: "La elección de criterios en la obra de Freud", en *El sentido perdido,* op. cit.]
— «Introduction aux Journeés scientifiques», *Topique,* n° 23, 1979, págs. 75-80.
— *Les destins du plaisir-aliénation, amour, passion,* París, P.U.F., 1979. [Trad. esp.: *Los destinos del placer: alienación-amor, pasión,* Petrel, Barcelona, 1980.]
— «La "filiation" persécutive»*, *Psychanalyse à l'université,* n° 18, marzo, 1980, págs. 213-223. [Trad. esp.: "La filiación persecutoria", *Revista de la Asociación Psicoanalítica Argentina,* 1980, 4.]
— «Du langage pictural au langage de l'interprète»*, *Topique,* n° 26, 1981, págs. 29-54.
— «Condamné à investir»*, *Nouvelle Revue de Psychanalyse,* XXV, primavera 1982, págs. 309-330. [Trad. esp.: "Condenado a investir", *Revista de la Asociación Psicoanalítica Argentina,* 1984, 2-3.]
— «Temps vécu, histoire parlée», *Topique,* 31, 1983.
— «Telle une "zone sinistrée"», *Adolescence,* t. 2, n° 1, primavera 1984, págs. 9-21. [Trad. esp.: "Como una zona siniestrada", *Revista de la Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados,* 1988, 15.]
— *L'apprenti-historien et le maître-socier - du discours identifiant au discours délirant,* París, P.U.F., 1984. [Trad. esp.: *El aprendiz de historiador y el maestro-brujo - del discurso identificante al discurso delirante,* Amorrortu, Buenos Aires, 1986.]

— «Coïncidences temporelles», *Psychanalyse à l'université,* n° 38, abril 1985, págs. 203-207.
— «Quelqu'un a tué quelque chose»*, *Topique,* nº 35-36, 1985, págs. 265-295. [Trad. esp.: "Alguien ha matado algo", *Revista de la Escuela Argentina en Psicoterapia para Graduados,* 1987, 14.]
— «Le retrait dans l'hallucination: un équivalent du retrait autistique?»*, *Lieux de l'enfance,* n° 3, julio 1985, págs. 149-164.
— «Les deux principes du fonctionnement identificatoire (permanence et changement)»*, comunicación al Colloque International sur Psychose et Adolescence, París, 11, 12 y 13 mayo, 1984. [Trad. esp.: "Los dos principios del funcionamiento identificatorio (permanencia y cambio)", cap. 5 de este libro.]
— «Naissance d'un corps, origine d'une histoire», en *Corps et histoire,* Les Belles Lettres, París, 1986. [Trad. esp.: "Nacimiento de un cuerpo, origen de una historia", capítulo 2 de este libro.]
— «Cent fois sur le métier (On remet son écoute)», *Topique,* N° 41, 1988.
— «Se construir un passe», Congreso de Mónaco, 1988.
— «Le temps de l'interprétation», Coloquio de Río, 1989.
— «Quel désir, pour quel enfant», *Topique,* N° 44, 1989.